

UN CAMBIO DE ESPERANZA

TESTIMONIOS Y HECHOS COMPILADOS POR
GABRIEL MARCEL

*UN CAMBIO DE
ESPERANZA*

AL ENCUENTRO DEL REARME MORAL



COLECCIÓN
CÚPULA

EDITORIAL
GUILLERMO KRAFT LIMITADA
FUNDADA EN 1864
BUENOS AIRES

Título del original francés:

UN CHANGEMENT D'ESPÉRANCE
A LA RENCONTRE DU RÉARMEMENT MORAL

Copyright 1958 by LIBRAIRIE PLON, Paris

La traducción de esta obra ha sido realizada por
personas de diferentes países de América latina.

IMPRESO EN LA ARGENTINA

*Queda hecho el depósito que previene la ley N.º 11.723.
Copyright by Editorial Guillermo Kraft Ltda.,
calle Reconquista 319-327 — Buenos Aires*

Nada más grande sucede jamás en la historia que un cambio de esperanza.

HENRI GOUIER.

CARTA-TESTIMONIO A TRES AMIGOS INQUIETOS

Mi querido Roger, mi querido Pablo, mi querido Thierry:

Los tres me habéis escrito separadamente para hacerme parte de vuestro asombro, entristecidos por la noticia de la adhesión que di al *Rearme Moral* después de mi estada en Caux en setiembre último. Ciertamente, vuestros puntos de vista difieren. Tú, Roger, eres esencialmente un filósofo; te repugna llamarte creyente, sea cual fuere, por otra parte, el respeto que hayas profesado siempre a la religión. Tú, Pablo, eres un protestante barthiano. Tú, mi querido Thierry, te aprestas a celebrar tu primera misa en la iglesia de campo en la que antaño hiciste tu primera comunión. Pero, aun cuando no hayáis pronunciado esta palabra por temor de apenarme, me doy cuenta de que los tres estáis escandalizados y hasta un poco asustados. "Envejece, decae", tal es el pensamiento inexpresado que adivino detrás de todo lo que me habéis dicho. Me siento, pues, obligado a responder a los tres a la vez.

Querría, en primer término, relataros la historia de mi encuentro con este movimiento.

Fue en 1933, si no me engaño, cuando mi mujer y yo tomamos contacto por primera vez, en casa de mi amigo el pintor André

Dauids, con lo que se llamaba entonces los Grupos de Oxford. Estaban allí Roberto y Diana de Watteville, el pastor Grosjean, Lucie Desoille, que llegaría a ser la mejor amiga de mi mujer. Ambas perecieron con escaso intervalo después de la guerra.

Seguramente, vosotros no tendréis duda alguna de que no es la ideología proclamada por los Grupos, es decir, la doctrina de los cuatro principios, lo que en sí podría retener mi atención: honradez absoluta, pureza absoluta, desinterés absoluto, amor absoluto. Esta doctrina, tomada en sí misma, sólo podría parecerme un poco simplista.

En cambio, ¿cómo dejar de sorprenderme por una coincidencia totalmente singular? Un año antes, yo había escrito el ensayo titulado *Posición y aproximaciones concretas al misterio ontológico*, que apareció primero como anexo del *Mundo Quebrado*. En ese ensayo, que el R. P. de Lubac y Etienne Gilson consideran con razón como uno de mis escritos más significativos, había puesto el acento sobre el valor central del recogimiento, considerado como un acto de reconsideración interior. “Esencialmente”, decía, “es el acto por el cual yo me reconsidero como unidad: la palabra misma lo indica, pero esa reconsideración, esa reiniciación, toman el aspecto de una liberación, de un abandono. *Abandono a ... liberación en presencia de...*, sin que de manera alguna me sea dado seguir estas preposiciones con el sustantivo que ellas exigirían. El camino se detiene en el umbral...”

“En el seno del recogimiento, asumo una posición frente a mi vida. Me aparto de ella en cierta manera, ... *en este retiro llevo conmigo lo que soy yo y lo que mi vida quizá no es...* El recogimiento es acaso lo menos espectacular en el alma: no consiste en mirar alguna cosa; es una reiniciación, una reestructuración interior”.

“Estamos aquí en presencia de esa paradoja que es el misterio mismo en virtud del cual el *yo* en el que penetro de nuevo deja igualmente de pertenecerse”. (Ed. Nauwelaerts-Vrin., páginas 63-64).

Os ruego excusar estas citas, mis queridos amigos. Ellas muestran lo que desde el principio fue el punto de encuentro entre

los Grupos y yo. En efecto, yo estaba muy dispuesto a admitir eso que para ellos fue siempre lo esencial: que en el recogimiento hay que escuchar una voz que ya no es la del yo.

Pero eso no es todo; sobre otro punto más me hallaba en presencia de una experiencia que se unía a mi búsqueda: mi propia convicción. Quiero hablar del encuentro y, muy precisamente, del acto por el cual una conciencia —la palabra no me basta— es capaz de *abrirse* en presencia de otra conciencia, y eso en condiciones sobre las cuales aportan la mayor claridad los innumerables testimonios recogidos por mis amigos en esta obra.

Pero vosotros, que estáis familiarizados con mis escritos, no podréis dejar de reconocer que este “abrirse” al otro, ya es esa intersubjetividad (en esta época no creo haberme servido todavía de este término) que habría de ocupar un lugar clave en mis escritos ulteriores.

En esas condiciones, no debéis juzgar sorprendente que mi mujer y yo, en el curso del invierno de 1933-1934, hayamos decidido realizar pequeñas reuniones de los Grupos en el departamento en que acabábamos de instalarnos en la calle Tournon. Reuniones más y más numerosas y que dejaron en mí, es preciso decirlo, un recuerdo mezclado. En primer lugar, demasiados vinieron como curiosos, lo que no podía dejar de falsear el carácter de las reuniones. Por otra parte, me acuso de haber buscado, a menudo artificialmente, lo que podía dar lugar a testimonio, bien fuesen ocasiones para incriminarme. De una manera general, el elemento personal jugó en esos encuentros un papel demasiado importante. Agrego que entonces se estimaba, ciertamente por error, que todo lo dicho debía tener lo que se llamaba carácter positivo, de suerte que la reflexión como tal, era juzgada negativa y por tanto sospechosa.

En el curso del verano que siguió, algunas experiencias, sobre las que me parece enteramente inútil insistir, nos llevaron a mi mujer y a mí a interrumpir la actividad de que hablé, y sólo de una manera ocasional quedamos informados de la evolución de los Grupos de Oxford y de la transformación que condujo a la creación del *Rearme Moral*.

Por ello pude mantenerme al corriente respecto de los subsiguientes desarrollos, a la vez tan amplios y tan imprevistos, que debían modificar profundamente el carácter del movimiento.

En el curso de estos últimos años, frecuentemente recibí la visita de ciertas personalidades abocadas directamente a la actividad del Rearme Moral, que venían a informarme de lo que ocurría en los diferentes países.

Pero creo poder decir que fue el encuentro que tuve en Tokio, en noviembre último, con personalidades americanas y japonesas llamadas a desempeñar un papel de primer plano en los acontecimientos cuya narración figura en la tercera parte de este volumen, lo que constituyó para mí un factor determinante. Las narraciones que se me hicieron en Tokio me aportaron la prueba irrefutable de un hecho capital: el movimiento tenía ahora una gravitación directa en la vida política de un cierto número de países en Extremo Oriente, porque hombres de Estado tales como el presidente de las Filipinas, el primer ministro del Japón, etc. . . . estaban directamente bajo su influencia.

En varias ocasiones, había sido invitado a Caux, pero siempre había declinado. Conociendo mis reacciones, temía en efecto experimentar molestia, irritación, hasta exasperación por ciertos aspectos superficiales de la vida que allí se desarrolla y, por ello, encontrarme en adelante menos dispuesto a proclamar mi profunda simpatía por la acción del Rearme Moral.

Pero debo confesar que esta actitud era un tanto deshonesto e injustificada. No debéis, pues, asombraros de que habiendo recibido una nueva invitación de mi amigo Lawson Wood en Londres, en agosto último, decidiese que era preciso terminar con esta especie de equívoco y que mi deber absoluto era aceptar. Con esa generosidad que es uno de los rasgos magníficos del equipo de Caux, sabiendo la dificultad con que me desplazo, se me ofreció venir a buscarme a Corrèze. Jamás evocaré sin emoción el viaje admirable que hicimos para ir en un día a través de l'Auvergne y le Velay, desde las proximidades del Quercy a las riberas del Lemán. Pero esto es anecdótico y no atañe a nuestro propósito.

Ahora debo responder a vuestras preguntas y sobre todo a la objeción central que, bajo formas algo diferentes, figura en vuestras tres cartas. ¿Qué he podido buscar en semejante movimiento? O, más exactamente, ¿cómo he podido yo, filósofo serio y exigente, pasar tan fácilmente por alto la puerilidad de que todo eso adolecería?

Ante todo responderé que, con el mayor cuidado, aun cuando este discernimiento es difícil de realizar, es preciso distinguir entre puerilidad y sencillez. La sencillez es, a mis ojos, un valor positivo: un valor casi universalmente desconocido en un mundo como el nuestro, que tiende a perderse en su propia complicación. En realidad, allí había que buscar con cuidado cuáles son los dominios en los que la complicación es inevitable, en los que es el precio de un progreso serio, y aquellos donde es literalmente ruinosa, en los que hasta podría decirse que se derrota a sí misma. Allí donde la técnica es soberana —y pienso sobre todo en la que tiende a asegurar la acción del hombre sobre la naturaleza— no se ve que la complicación pueda ser evitada; parece más bien que ella fuera la condición de un reajuste destinado a ser cada vez más preciso. Esta complicación recae a la vez sobre los cálculos y sobre los andamiajes en los cuales esos cálculos fundan su posibilidad y su eficacia. Pero lo notable, y de lo que muy poca gente se percata, es que, a partir del momento en que estamos en presencia de lo humano, todo cambia: cierto es que esa palabra *lo humano* es peligrosamente ambigua. Si considero a un hombre como una máquina o como un conjunto de mecanismos, me siento llevado a reconocer la extrema complejidad de esos resortes. Pero tengamos buen cuidado de observar que, por eso mismo, yo ceso de tomar al hombre como tal. No puedo adoptar esta manera de considerarlo sin olvidar precisamente lo esencial, es decir, que un ser humano es capaz de concebir —no digo de crear— valores y fines y de actuar, ya en conformidad, ya en contradicción con ellos.

Pero decir eso es, justamente, dejar de pensar en el hombre como máquina. Eso os parecerá de la mayor importancia si pensáis que, para mis amigos, la experiencia fundamental es la del

cambio, no sólo interior sino radical, de la persona. Aquí podría citaros cien ejemplos y, por otro lado, vosotros no tendréis sino que referiros a los testimonios que constituyen la primera parte de este volumen. Tomemos el de R. D. Mathur, un joven hindú que había consagrado todos sus esfuerzos a la causa de la independencia. Mas, una vez liberado su país, tal como lo veréis, debía comprobar, por una parte, que los libertadores mismos venían a merecer los mismos reproches que precedentemente habían dirigido a los ingleses: es decir, que ellos no practicaban mejor que éstos la honradez y la justicia, en nombre de las cuales el propio Mathur y sus amigos los habían combatido. Pero, sobre todo, debía darse cuenta de que él mismo había llegado a ser un simple ambicioso y que venía a perseguir, *para su propio provecho* y no por ellos mismos o para el bien público, los fines que él había considerado como los mejores. A partir de ese momento, Mathur llegó a ser realmente un hombre nuevo.

Preveo aquí dos objeciones: una, del filósofo; la otra, de los creyentes. Las abordaré dentro de un instante, pero antes les pido prestar atención a las condiciones en las cuales este descubrimiento tuvo lugar. No fue el hecho de un hombre solo, reflexionando como podemos hacerlo en el silencio de nuestro gabinete de trabajo. Se produjo *en contacto con* otros hombres, y todo permite creer que es en virtud de ese contacto que no fue sólo un pensamiento fugitivo, sino que, por el contrario, gracias a él marcó la vida de aquel que lo había formado; que gracias a él llegó a ser lo que gustoso yo llamaría un acontecimiento-principio, un acontecimiento-fuente que dio origen a toda una serie de actos inconcebibles sin él.

Si, pues, mi querido Roger, vienes a decirme: “No hay nada nuevo en todo eso, nada respecto de lo cual la vida de la reflexión no nos aporte ejemplos innumerables”, te pediría que concentraras tu atención sobre mi última observación. A nosotros, que somos hombres de reflexión, muchas ideas nos atraviesan el espíritu; nos ocurre ciertamente con frecuencia vernos, juzgarnos en tal o cual circunstancia, pero, lo más a menudo, sin que esta visión (*insight*) o este juicio tenga consecuencias. Muy frecuen-

temente, este juicio no cambia nada de nada, mas sobre todo —y esto es enteramente esencial— *no contribuye, en manera alguna, a tornar esclarecedor para los demás*, diría con más gusto, radiactivo, a aquel que se ve y se juzga en esa forma a sí mismo simplemente porque tiene el hábito de reflexionar. Pero, justamente, esos hombres y esas mujeres que encontré en Caux no solamente han sido cambiados: un poder misterioso les ha sido impartido sin que, por otra parte, su voluntad tenga nada que ver en ello. Uso con pesar este término de poder, que corre el riesgo, como casi siempre, de dar lugar a malentendidos. Más valdría, seguramente, hablar de una presencia activa, y vosotros sabéis qué lugar tiene este vocablo presencia en mis escritos. Una presencia que es un don, una luz, que se ejerce como sin saberlo, por aquel que ha sido dotado de ella.

Queda la otra objeción, la tuya, Pablo. Las palabras “hombre nuevo”, de que me serví, no pueden dejar de ofuscarte, en efecto. Pues el hombre nuevo, para un creyente, ¿no es el hombre interiormente renovado por la gracia? La objeción más grave entre las que articulas contra el Rearme Moral, ¿no consiste en el reproche de naturalismo? ¿No juzgas que las criaturas pretenden aquí estar investidas de una potencia que sólo pertenece a Dios?

Me parece que se te deberá responder esto:

Ante todo, no tenemos que vérnoslas con una teología ni siquiera rudimentaria, menos todavía con una filosofía, sino realmente con una experiencia; es preciso agregar en seguida que por todas partes, y tanto en los musulmanes como en los cristianos, está salvaguardada una humildad radical, lo que viene a querer decir que esta experiencia siempre está referida a Dios: a Dios solamente. Puedes estar bien seguro de que si R. D. Mathur un día comprobó que él había llegado a ser esclarecedor, por ejemplo, para un miembro de su familia, cayó de rodillas y dio gracias a Dios por haberlo elegido como su muy digno instrumento. Hasta puedo asegurar que si una complacencia hacia sí mismo, una vanidad o una presunción cualquiera se trasluce en un testimonio, inmediatamente es descubierta y recusada por

todos. Una mañana oímos a un político africano que manifiestamente no había captado el espíritu y que intentaba usar el movimiento en provecho de su reelección futura; todo el mundo comprendió inmediatamente que tenía que aprender el abecé. Agregó que la extraordinaria alegría que irradia en particular toda la juventud reunida en Caux se explica, en mi sentir, principalmente por el hecho, no diré de que ella se ha renunciado a sí misma —pues la palabra renunciamiento tiene otras armónicas—, sino que ha procedido, una vez por todas, a una entera desapropiación de sí. No conozco el lugar donde se palpe más la única libertad que vale; la de los hijos de Dios.

Pero, sin duda, eres tú, Thierry, quien en el punto al que hemos llegado tomará la ofensiva. Dios, ¿pero qué Dios? ¿No se tratará, en el caso, preguntarás tú, de una especie de protestantismo bastante manoseado? Responderé con toda certidumbre: *ciertamente que no*. Un joven del Camerún del norte, cuyo puro y bello rostro me impresionó, nos dijo un día: “Vacilé mucho en venir a Caux. Soy musulmán y mis hermanos me dijeron: “Ten cuidado. Allí se tratará de convertirte al cristianismo”. Yo partí, sin embargo, y algunas horas en Caux me bastaron para comprender que nadie se entregaba allí a proselitismo alguno. Estoy enteramente tranquilizado”.

Efectivamente, toda voluntad de conversión está aquí ausente, por la razón bien sencilla de que no se trata de una religión ni de una secta. Pero objetaréis, sin duda: hay algo allí, sin embargo, que rebasa el plano estrictamente moral, puesto que todos en el recogimiento pretenden oír, no osaré decir la palabra de Dios, pero por lo menos una recomendación y hasta un mandato de esencia divina.

Aquí me parecen necesarias varias observaciones. Ante todo, es un hecho que casi todos aquellos que, después de haber encontrado a Buchman o a uno de sus adeptos, han sentido la necesidad de cambiar de plano, han comenzado por interpretar esta experiencia en términos de conciencia moral; en lo subsiguiente han sido llevados a reconocer que no podían mantenerse allí, y que les era preciso proclamar su dependencia respecto de

una instancia superior que denominaron Dios. Aquellos que, en su infancia, habían recibido una educación religiosa, casi siempre han regresado a su iglesia; los otros han escogido, supongo, aquello cuyo espíritu correspondía más directamente a su nueva orientación. Pero, de todas maneras, esta afiliación religiosa les apareció como la consecuencia, o quizá sería preciso decir: como la coronación de su transformación interior. Y me parece indispensable insistir sobre este punto, para hacer justicia de una vez por todas a la idea errónea de que aquí se estaría en presencia de una nueva religión o de una secta.

Veo bien el dilema en el que Roger tratará de aprisionarme. “O bien”, me dirá, “estamos más acá de una afirmación propiamente religiosa, y entonces no está permitido hablar de una dirección que emana de Dios; o bien uno se obstina en pretender que el hombre cambiado actúa bajo una moción superhumana y entonces estamos, digas lo que dijeres, en el dominio de la religión. ¿Pero de qué religión?” En cuanto a mí, me parece que ese dilema reposa sobre un postulado que debe ser refutado. Todo ocurre como si la experiencia de que se trata y de la que encontraréis más lejos los muy emocionantes testimonios, sólo se tornara, a decir verdad, inteligible sobre la base de una religión natural, que podría servir de denominador común a cristianos, a musulmanes, sin duda alguna a budistas, etc... —y tampoco olvido a los shintoístas japoneses—, pero que se sitúa más acá de las religiones, no digo solamente reveladas, sino aun constituidas. Si ahora me apuras para que diga cuál es mi posición personal sobre esta cuestión tan grave, te responderé que, según yo —esto sólo me compromete a mí—, no es absolutamente necesario tomar a la letra la idea según la cual es Dios mismo quien nos habla en el recogimiento. Aquí citaré la palabra de uno de mis personajes, uno de los que prefiero, Arnaud, en los *Corazones Ávidos*. Habla a Evelina, la segunda mujer de su padre, de la especie de pacto que él ha concluido con uno más grande que él, pacto por el que se comprometió a no pretender penetrar en el misterio que planea sobre la muerte de su madre. “¿Con quién es ese pacto?”, pregunta Evelina. “No siento”,

respondió, “la necesidad de dar un nombre a mi interlocutor. Sólo sé que es una presencia —no una presencia humana—; alguien del que no puedo hablar, pero para quien yo soy *tu*. Está allí. Vela”. (página 149). Personalmente, pienso que aquí se impone esta discreción, esta *docta ignorantia*. Cuando en mi recogimiento se me ha significado, quizá de la manera más discreta, que debía actuar de tal modo y no de tal otro, es sin duda *uno más grande que yo* quien me ha esclarecido. Pero la cuestión: ¿quién es? ¿ofrece aquí algún sentido? En lo que me concierne, diré que la palabra Dios presenta aquí, ante todo, este valor negativo insigne de constituir en el fondo, un rechazo a plantear esta cuestión. O, más bien, ese rechazo mismo no es sino el lado de sombra, diría yo de *nescience*, de una afirmación que sin duda no puede llegar a ser explícita sin desnaturalizarse. No creo que sea necesario apelar a la idea jasperiana de las cifras para comprender que lo evocado aquí se sitúa más allá de las categorías del discurso o, aun, del mundo de los quienes, del mundo del tal o cual. Y si la palabra trascendencia, de la que desde hace unos cuantos años se ha abusado tan deplorablemente, está aquí en su lugar, es que justamente ella designa esa superación.

Es, por otra parte, de la más elemental honradez agregar que, muy verosímilmente, ni Frank Buchman ni sus adeptos tomarían a cuenta suya las reservas que acabo de formular. Si he creído deber expresarlas, es para marcar bien mi posición personal; pero no pienso que sea preciso exagerar la importancia de una divergencia de manera de ver que se explica por el hecho de que yo soy filósofo y de que mi preocupación de rigor intelectual, en principio, no cuenta, me parece, para los testigos, aun los más auténticos, a los cuales no ceso de referirme en estas páginas.

Por otra parte, no dejéis de observar que el carácter absoluto de los cuatro principios es precisamente función del valor de superación o de trascendencia que es esencial aquí, y considerad también que, después de todo, reencontramos bajo otra forma esta sencillez de la que hablaba al principio: sin duda ella no es accesible sino a quienes han reencontrado este espíritu de niñez,

del cual en nuestros días, por ejemplo, un Péguy, tan maravillosamente, liberó la esencia.

¿No estáis, además, asombrados al ver que, en el momento preciso de la historia al que hemos llegado, los problemas mundiales, si bajo una cierta relación se complican casi al infinito, en otro sentido mucho más profundo se simplifican al extremo? Más y más, y de manera manifiesta, estamos siendo colocados frente a una opción radical, no sólo para el individuo, sino para la humanidad entera: vivir o morir. Pues, por primera vez en la historia de la humanidad, el suicidio en escala planetaria ha llegado a ser posible. Pero rehusar este suicidio es comprometerse *ipso facto* a respetar un pacto fundamental cuyas condiciones tienen raíces profundas en la estructura misma del hombre; ahora bien, esa estructura —advirtámoslo bien— se descubre tan sólo a los moralistas y en manera alguna a los hombres de ciencia. Pero el progreso de las técnicas deshumanizantes que están actuando en el mundo de hoy no puede sino tornarnos ciegos para esta misma estructura. El mérito grandísimo de Frank Buchman, por el contrario, habrá sido el de hacer todo para ponerla de manifiesto. Me preguntáis qué pienso de él. No lo he encontrado más que dos o tres veces, y jamás he tenido conversaciones prolongadas con él. Pero todo lo que he podido enterarme a su respecto, todo lo que he comprobado en aquellos —son innumerables— que han sido marcados por él más o menos directamente, me ha dado el respeto más grande por su persona. La acción a la vez discreta e imborrable que habrá ejercido sobre incontables destinos es el signo mismo de su vocación. Habrá sido ante todo, y en el sentido más grande, un hombre de buena voluntad y un jefe de fila para todos aquellos que han comprendido y meditado su ejemplo.

Además, os pido que reflexionéis bien en esto. Es a la luz de un clima de sencillez recuperada —aquí instaurado— que vemos claramente reconstituirse una unidad de lo moral y lo político, en un cierto número de jefes de nuevos Estados de Asia y África, unidad que, en nuestro mundo envejecido y camino a la esclerosis, aparece por lo regular como una quimera,

a menos que reaparezca, pero desnaturalizada por una ideología marxista o nacionalsocialista, según la cual el fin justifica los medios.

Desde luego, nos es fácil pretender que estos hombres de Estado de los países nuevos muy pronto se convertirán en políticos. Eso es posible, ciertamente, y sin duda hasta verosímil. Pero, en cuanto a mí, afirmo que nosotros tenemos primero que *saludar* ese momento tan hermoso, ese momento único en que la sencillez no ha sido ajada todavía por los cálculos, las decepciones o los rencores. Aquí, más que nunca, se nos impone ese deber de no anticipación, sobre el cual he puesto a menudo el acento, mucho más en mis piezas que en mis escritos filosóficos, y porque quizá yo mismo siempre he sentido en mí como un ácido la propensión a prever, a anticipar, lo peor. Además, la ambición de un libro como éste no es prever, por poco que fuese, un deterioro que no tenemos el derecho de juzgar fatal.

Si leéis la tercera parte de esta obra, no podréis dejar de sentirnos sorprendidos al ver cuántos jefes de gobierno, comenzando por el canciller Adenauer, son llevados hoy a tomar por su cuenta las afirmaciones centrales de Buchman y de sus adeptos.

Pero hay todavía otras cuestiones que dos, por lo menos, de vosotros, presentáis en vuestras cartas a las cuales querría intentar responder. Pablo y Thierry se sublevan los dos contra lo que llaman un "clima de palacio". Pero os pido comprender que este inmenso hotel de Caux, construido en una de las peores épocas de la arquitectura, no corresponde en manera alguna al gusto y espíritu de quienes hablamos. Se juzgó ventajoso adquirirlo en un momento en que, por no cubrir ya sus gastos, iba a ser demolido. Se pensó, sin duda con razón, que lo que importaba ante todo era la situación, que en efecto es magnífica, y la proximidad de los grandes centros internacionales; también las vastas dimensiones de los locales y el número de sus piezas. Pero, según lo que he podido saber, el edificio mucho más simple que ha sido construido para el Rearme Moral en una isla de Michigan, Máckinac, corresponde mucho más a su espíritu.

El peor error —y lo digo tanto más fuertemente por cuanto yo estuve a punto de cometerlo— consistiría en juzgar este movimiento financieramente tributario de un puñado de millonarios residentes en los Estados Unidos, en Escandinavia o en cualquier otro lugar. Parece claro que las sumas sin duda muy considerables que son necesarias a la vida del Realm Moral provienen casi enteramente de gente modesta, quienes, desde que lo encontraron, han experimentado la necesidad de dar no sólo lo que para ellos es superfluo, sino a menudo lo necesario. Eso viene a significar que estamos aquí (exactamente como en Turín, donde se sabe que grandes instituciones caritativas viven en las mismas condiciones) en presencia de un organismo cuya existencia reposa enteramente sobre la Fe. Mis amigos me han asegurado que ciertos días les ocurre no saber cómo comerán al día siguiente y confiesan conocer la angustia ligada a esta incertidumbre. Pero de pronto arriba el don que los libera de la ansiedad.

Aquí, también, preveo vuestras objeciones. Tú, Roger, me dirás que todo eso no es serio y que desafía las reglas elementales que deben presidir cualquier empresa; hasta añadirás, sin duda, que te parece profundamente chocante que un grupo humano como éste tenga que depender, día a día, para su misma subsistencia, de liberalidades en definitiva imprevisibles.

Detengámonos un momento aquí, si quieres: esta cuestión de la dependencia y la de la no dependencia me parece fundamental. Ciertamente, yo, que siempre experimenté tanto y más que cualquiera la necesidad de seguridad, reacciono espontáneamente como tú y estoy apegado, también por naturaleza, a la idea de que cada uno, en cuanto sea posible, debe bastarse y procurarse por su trabajo todo lo que necesita para vivir. Pero, ¿no es preciso reconocer, sin embargo, que esta idea de bastarse a sí mismo es burguesa en el sentido más estrecho de la palabra? Te sobresaltas: tú me recuerdas que, hasta en una ética comunista, cada uno está retribuido de manera equitativa por los servicios que da a la sociedad. Pero me es preciso responder que en una sociedad capitalista, como en una sociedad comunista, tenemos que habérnoslas con un mundo sin Dios, al presentarse

la religión realmente como por añadidura, como superestructura, y por ello mismo dando lugar a las sospechas y a las acusaciones articuladas por los marxistas. Para nuestros amigos, sucede enteramente de otro modo. Al principio de su acción, encontramos la afirmación o la exigencia radical: Dios, el primero servido. En semejante perspectiva, la idea de una autonomía del individuo, o sobre todo de una suficiencia de sí mismo, pierde mucho de su significación y hasta puede ser cuestionable. Mis amigos están convencidos de que, para cada uno de nosotros, Dios tiene un plan, que a nosotros corresponde discernir en el recogimiento. A partir del momento en que hemos comprendido, no tenemos más que ponernos en marcha, seguros de que los medios no nos serán regateados, lo que sería contradictorio. Lo que aquí sustituye a la noción laica de autonomía, es aquella evangélica de la *libertad de los hijos de Dios*. ¿Cómo no ver, por otra parte, que aquí nos encontramos con otras experiencias, como, por ejemplo, aquellas de los Pequeños Hermanos y las Pequeñas Hermanas del Padre de Foucauld? También aquí, bajo una moción providencial, cada uno tiene que discernir su camino, es decir su vocación, pero esa palabra recupera aquí su sentido etimológico más poderoso.

Tu reacción, Thierry, es, me doy cuenta, bien diferente de la de Roger. Me harás observar, no sin aspereza, que con la idea de una vida comunitaria centrada sobre la Fe, como puede ser por ejemplo la de las órdenes mendicantes, todos los equívocos reaparecen; todavía otro golpe más: ¿de qué fe se trata?, preguntarás. Sería preciso responder, pienso, que los hombres y las mujeres del Rearme Moral, en tanto que hacen abstracción de la religión confesional, a la que por otra parte adhieren, no se juzgarán, sin duda, obligados a responder a esta pregunta, pues se ven comprometidos en una experiencia enteramente nueva, en una aventura que no experimenta en manera alguna necesidad de doctrinalizarse. Agregaré, por lo demás, en cuanto a mí, que esta experiencia se inscribe en la línea de un ecumenismo vívido y que esto es suficiente para que debemos saludarlo con gratitud. Pienso en el joven musulmán del Camerún: durante los pocos

días que pasó en Caux le había sido dado *fraternizar* con cristianos. Insisto sobre esta palabra fraternizar, la que, como tantas otras, se ha descolorido por el uso y ha perdido su valor original. Se trata de la participación auténtica en la experiencia de una fraternidad vívida. Estamos aquí infinitamente más allá de lo que habitualmente se denomina la tolerancia. Hace tiempo, por otra parte, tuve la ocasión de mostrar todo lo que esa palabra comporta de equívoco y hasta de sospechoso. Se trata de amor. Mi joven musulmán no se sintió solamente *tolerado*, sino *reconocido* en su calidad misma de creyente.

Osaré hacer, además, esta observación: actualmente la humanidad pasa por la crisis más trágica por que haya atravesado en el curso de la historia, tal cual la conocemos. Los más calificados expertos se revelan absolutamente incapaces, no sólo de resolver el problema fundamental, es decir, restablecer una paz digna de ese nombre, sino quizá hasta para medir la inimaginable gravedad de la situación. Un diplomático inglés, venido a Caux desde Ginebra, me decía que la conferencia sobre las aplicaciones pacíficas de la energía nuclear estaba como envenenada por prejuicios bélicos. Pero así como allí donde la ciencia médica es insuficiente, se tiene perfectamente el derecho y tal vez hasta el deber de recurrir a los curanderos; así considero que aquí estamos en presencia de lo que gustoso llamaré servicio de urgencia, cuyo valor no me parece absolutamente permitido subestimar. Del mismo modo que los curanderos más estimables declaran todos que los poderes de que están misteriosamente dotados les han sido dispensados por una potencia superior, nuestros amigos, todos sin excepción, testimonian una humildad cuyo secreto ha perdido un universo en vías de tecnocratización. Pero sepamos comprender bien que esto no es un azar. En un mundo entregado a las técnicas, a las habilidades, la palabra misma "humildad" pierde toda significación. Ciertamente, existen seguramente, por ejemplo, cirujanos que antes de proceder a una operación particularmente delicada y peligrosa se detienen a orar. Pero, en cuanto hacen eso, cesan de comportarse como simples técnicos; por lo contrario, proclaman la insuficiencia de la técnica, reducida a sí misma.

Pero, me diréis vosotros, ¿el Rearme Moral mismo no recurre a técnicas? Esos films, esas piezas de teatro, por ejemplo, que pasean de continente en continente, ¿no son acaso otra cosa que técnicas y, para nosotros los franceses, de una eficacia bien dudosa?

Es éste un punto sobre el cual querría todavía intentar explicarme. He visto cuatro de estas piezas durante mi temporada en Caux. Me han parecido de valor desigual; ninguna me ha satisfecho plenamente. Pero lo que importa no es en manera alguna el juicio que yo, u otro crítico dramático especializado, pueda emitir sobre esas obras. Éstas deben ser apreciadas en una perspectiva enteramente distinta. Pienso que Buchman y sus discípulos han hecho un verdadero descubrimiento cuando comprendieron que, en el mundo actual, una acción representada podía tener en las conciencias una resonancia que no se puede esperar ya de una prédica. Los acontecimientos le aportaron la más amplia confirmación que quepa: piénsese, por ejemplo, en la pieza japonesa representada en Filipinas ante millares de espectadores que tenían las más trágicas razones para odiar a sus poderosos vecinos por las crueldades de que éstos se habían hecho culpables hacia sus hijos durante la guerra. Es un hecho que nadie niega, creo, que las representaciones de esas piezas han contribuido a hacer fundir ese rencor demasiado justificado y a abrir la vía hacia una reconciliación. Muchos otros ejemplos podrían ser citados de esa extraordinaria eficacia moral de las piezas y del film *Libertad*. Si ahora venimos nosotros los franceses a decir que todo eso parece absurdo y que no somos nosotros quienes habrían sido convertidos de cualquier manera que fuese, por tales puerilidades, no es seguro que no atrajéramos sobre nosotros mismos, *ipso facto*, una verdadera condenación. Pues lo que aquí, en nuestro caso, cuenta, es en realidad un respeto humano que, demasiado lo sabemos, contribuye a inhibir muchos impulsos. Personalmente agregaría esto: la mayor parte de las piezas que he visto se dirige efectivamente a una mentalidad que no es la nuestra. Esto de ninguna manera quiere decir que no se puedan concebir piezas escritas por franceses, italianos,

quizá portugueses, que nos parecerían menos simplistas, menos didácticas, pero que serían susceptibles de despertar a los latinos a una vida superior de conciencia. Pues nunca se repetirá demasiado: es esta vida superior de conciencia lo que importa. Muchos episodios que me fueron narrados, y cuyos protagonistas todos fueron transformados en el origen por su encuentro con el movimiento, podrían dar lugar, tratados por un hombre de talento, a obras de alta calidad dramática. Pero la desgracia quiere que, entre nosotros, los mejor dotados entre los dramaturgos —y pienso aquí tanto en Anouilh como en el Sartre de las primeras piezas, el de las mejores— de una manera u otra se hayan puesto al servicio de potencias que tiendan a la desintegración del hombre. El caso de Montherlant es diferente; pero el espíritu de infancia lo ha desertado desde hace demasiado tiempo para que se lo pueda imaginar escribiendo una obra de fe. Lo que aquí sería preciso es un autor *joven* que, a la pureza de mirada de Péguy, aliara el universalismo de Claudel. Es, ¡ay!, una conjunción altamente improbable.

Para concluir diré, como por otra parte lo he declarado públicamente en Caux, que lo que me impresiona ante todo es que se encuentra realizada allí *una sorprendente conjunción de lo mundial y lo íntimo*. En principio, el adjetivo mundial siempre es sospechoso; por ejemplo cuando se habla de la opinión mundial o de un triunfo mundial. Es éste un epíteto que parece destinado a figurar en los grandes titulares de los diarios de gran tirada. Siempre se tiene un poco la impresión de que él está allí para causar sensación. Pero aquí todo ocurre muy de otra manera, y una circunstancia que me ha parecido singular, pero que al parecer estaba muy lejos de ser excepcional, vino a ilustrar para mí de una manera sobrecogedora lo que ya los días precedentes había parecido el sello mismo de Caux. En la gran sala de reunión, debía celebrarse un casamiento: los dos futuros esposos, un noruego y una americana, se habían conocido haciendo campaña juntos en el curso de un inmenso circuito a través del Asia. La joven, dotada parece de una voz maravillosa, la había puesto al servicio, no diré del equipo o del

movimiento, sino de las poblaciones miserables en la India, en Cachemira, en Birmania, a las cuales se trataba de aportar una esperanza, una luz. No describiré en detalle lo que fue ese casamiento y sobre todo la fiesta que siguió. Nos fue dado ver gentes venidas de todas partes, gentes de todas las razas y colores, aportar con sus cantos y sus danzas el homenaje de su gratitud a esa pareja predestinada. Y, ciertamente, todo esto hubiera podido correr el riesgo de parecer susceptible de suministrar materia a *Match* o *Jours de France*, pero en realidad era una fiesta íntima, esclarecida desde adentro por el fervor de los jóvenes esposos, que se sentían como intimidados por el exceso mismo del afecto que de todas partes se les testimoniaba. Puedo atestiguar que tuvimos conciencia de acceder a una dimensión superior, que era la del corazón, o, más exactamente, aquella en la cual el corazón y el espíritu se reencuentran: *bajo nuestros ojos, el mundo, el vasto mundo, se tornaba una familia.*

Sobre esta imagen quiero cerrar esta carta demasiado larga. No espero haberos convencido, pero querría haber dicho bastante para obtener que vosotros, por lo menos, leáis atentamente los testimonios que siguen. Ya sería mucho si el desdén apenas disimulado que he descubierto en vuestras cartas se matizara ahora de cierta incertidumbre, si consintierais en reconocer que todo eso es extraño, y, por lo menos, merece que se mire más de cerca.

GABRIEL MARCEL
del Instituto

Independientemente de aquellos cuyos testimonios leeremos a continuación, numerosas personas, empeñadas en la acción del Rearme Moral, han ordenado el texto del presente volumen. No pretenderemos nombrarlas a todas aquí. Pertenecen a muy diversos países: Francia, Suiza, India, Alemania, Inglaterra, Canadá, Estados Unidos. Pero el libro no deja de formar un todo que atestigua la cohesión espiritual del equipo. — G. M.

PRIMERA PARTE

ENCUENTROS DECISIVOS

Este libro no pretende agregar nada al arco iris de las ideas políticas. No es ni la exposición de principios ni la presentación de una doctrina. Es todo experiencias.

Se trata de hechos. Hubiéramos podido intentar extraer la filosofía de estos hechos; dejaremos esta tarea al lector. Lo que habrá de interesarnos no será tanto su alcance individual como la extraordinaria convergencia de la cual constituyen una prueba.

Se elabora una nueva conciencia mundial. Una revolución se opera en los pueblos, sin motines y sin tiroteos; transforma el pensamiento de los individuos y barre los escombros de un mundo en ruinas. Una nueva esperanza se perfila. Un renacimiento se inicia.

Este renacimiento comienza en los corazones. Seguiremos pues, en el detalle de su vida, los itinerarios tan distintos entre sí de individuos de todos los medios, de todas las nacionalidades, de todas las razas, de todas las religiones, de todas las concepciones políticas. En el dominio de la física, la repetición de una misma experiencia en condiciones distintas permite establecer una ley. He ahí por qué, al comienzo de esta obra, nos internaremos en tantos ejemplos individuales.

Todos estos itinerarios están marcados por un encuentro que, de repente, reorienta todo. Del género más divergente en un principio, algo pasa que hace de ellos un haz convergente hacia el porvenir.

Hemos pedido a numerosas personas el traer aquí su testimonio. Dejémoslas hablar y decirnos aquello que han vivido.

Una socialista acoge al mundo

La palabra "socialismo" ha representado para el mundo una inmensa esperanza: la esperanza de que la igualdad y la paz reinarían un día sobre la tierra. Como joven, y como madre de familia, me incliné hacia él. Creo que casi nací socialista. Por instinto me dolieron siempre y quise compartir los sufrimientos ajenos. La condición de vida de las mujeres, su impotencia en protegerse y en proteger a sus hijos, me inspiraron la pasión de defenderlas. A los catorce años, mi poco dinero y mis momentos de ocio estaban dedicados a una obra para las madres solteras que estaban solas a cargo de la crianza de sus hijos. La desigualdad de los salarios y las condiciones de trabajo de un sinnúmero de mujeres me indignaban. Adquirí la convicción de que el socialismo suprimiría las plagas contra las cuales luchaba yo más encarnizadamente: el alcoholismo, la prostitución y la guerra. Vivido en su letra, habría de liberar a los hombres de todo aquello, y es por ello que yo creía en el socialismo.

Las madres de familia obreras de mi generación estaban listas para soportar todas las privaciones, sufrir la desocupación, trabajar para que sus hijos no tuviesen hambre; sí, estábamos listas a todo para que el socialismo triunfase.

En 1936, la victoria del Frente Popular significó una esperanza sin precedentes en el corazón de muchas mujeres. Vacaciones pagas, limitación de horas de trabajo: tantas realizaciones se habían logrado.

Habitábamos en aquel entonces, con mi marido y nuestros cinco hijos, en una casita en plena campaña, en el Mediodía, en

los Camoins. Era una casa de cuatro habitaciones, muy vieja, pero llena de sol. No tenía electricidad y nos alumbrábamos con petróleo. Una gran higuera había crecido cerca de la casa y sus raíces levantaron el piso de la cocina. ¡Un día, hubo que llamar al albañil para sacarlas y poner cemento!

En las diferentes granjas de los alrededores había millares de cerezos, y en época de desocupación nos empleábamos en la cosecha de las cerezas. Recibíamos como pago lo suficiente para dar un postre a los niños y hacer nuestros cien kilos de dulce para el año. Igual se hacía con la cosecha de guisantes y de frijoles.

Mi marido trabajaba en la marina mercante, pero había tal caos económico en aquella época que a veces tuvo que quedarse meses enteros sin trabajo. Había sido en el Liceo el discípulo de Marcel Cachin, que adoctrinó en el marxismo generación tras generación. Había sido luego uno de los fundadores del sindicato de hombres de mar, en una época en que el sindicalismo ofrecía más peligros que ventajas.

Yo misma iba a trabajar como enfermera nocturna. Las guardias duraban doce horas; contando la hora del trayecto en tranvía de ida y vuelta eran catorce, y ganaba doce francos por noche. De regreso a la casa, me ocupaba de los niños, y durante mucho tiempo no dormí sino cuatro horas de las veinticuatro. Pero ésa era la vida, era la lucha y parecía natural. Por nada del mundo hubiera querido cambiar mi existencia por la de aquellas mujeres que tenían todas las facilidades. Como ni mi marido ni yo podíamos tolerar el ver un niño abandonado y sin hogar, recogimos y educamos a nueve, además de los nuestros, en diferentes momentos.

Después de las victorias sociales de 1936 y no obstante todas las esperanzas, la guerra estalló por segunda vez, una guerra en que los civiles estaban tan expuestos al peligro como los militares.

Todos los franceses saben, como yo, lo que pasó después: la ocupación, el hambre, el maquis, la lucha.

El Mediodía era duramente afectado por la falta de alimentos. Un día, como medida de represalia, el prefecto suprimió las

raciones de pan de nuestro departamento. La población estaba ya tan escarmentada que era necesario obtener a todo precio el restablecimiento de los cupones. Hice un llamado a las mujeres y cuatro mil de entre ellas participaron en la demostración y marcharon hacia la prefectura. Habían recibido como consigna no pronunciar una sola palabra, y el desfile se efectuó en un silencio total. Llegamos ante las rejas de la prefectura y logré que se me condujese ante el prefecto. Exigí pan. “¿No tiene miedo?”, preguntó él. “¿Usted sabe que tengo el poder de hacerla arrestar?” Yo no me sentía del todo tranquila, pero le respondí: “¡Yo sentiría miedo si estuviera en su lugar, señor prefecto! Si usted no cede, no le garantizo el pellejo”. Cedió.

El día del desembarco llegó y fueron los últimos combates. Vivíamos en Aubagne, y durante cuatro días las tropas francesas pasaron sobre la gran ruta, mientras que los alemanes, atrincherados en las alturas, las fustigaban sin respiro. Habíamos instalado un puesto de socorro en una caballeriza y, noche y día, a la luz de las lámparas de acetileno, nos ocupábamos de los heridos: militares, civiles, franceses, alemanes. Utilizábamos las reservas de vendajes del maquis y todo el mundo prestaba ayuda, aun los niños. No olvidaré nunca a un gran muchachón alemán que nos fue traído, atrozmente herido en el vientre. No se podía hacer nada por él. Mi hija (tenía quince años) lo miraba. De pronto levantó hacia mí sus ojos: “Pienso en su madre”, me dijo. Y él murió.

¡Con qué sufrimientos no habremos pagado nuestra liberación! Estábamos libres de los alemanes, pero ¿dónde estaba la liberación de los franceses? Los odios, los rencores, las venganzas personales, envenenaban la victoria, y la paz tan deseada era una mentira, porque no había paz en los corazones.

Fue en ese momento que los partidos políticos se agruparon. Yo pertenecía al Partido Socialista y, naturalmente, permanecí en él. Se constituyeron las listas para las elecciones y por primera vez en ellas figuraban mujeres. Se me pidió utilizar mi nombre, como madre de familia y como resistente. Lo di para ayudar cuanto

podía a la victoria socialista, y figuró así en tercer lugar en la lista de la primera circunscripción de Bouches-du-Rhône.

La noche de la elección, cansados por la campaña electoral, fuimos a acostarnos temprano. A las seis de la mañana, el antiguo alcalde socialista de Aubagne, un gran amigo, nos despierta llamando a nuestra puerta. Voy a abrir. “Quiero ser el primero en felicitarla”, me dice. Estaba tan lejos de pensar que habría una tal oleada de votos en nuestro favor, que yo no sabía en aquel momento por qué me felicitaba y fue preciso que mi marido interviniera, sugiriéndome: “¡Podrías acaso, de todos modos, hacer pasar al señor alcalde!”

En la Constituyente, en un momento dado, habíamos esperado —sobre todo las mujeres— poder realizar un esfuerzo unido. Pero ya los partidos alistaban sus posiciones y crecía el desengaño. Mientras trabajaba con todas mis fuerzas tenía que reconocer dentro de mí misma que, a pesar de nuestro triunfo, la guerra, el alcoholismo y la prostitución persistían.

Un día, en la Asamblea, dos señores entraron en mi escritorio. Efectuaban una gestión ante mí, lo supe después, por insistente consejo de un colega del Parlamento que pertenecía a un partido distinto del mío; no estaban seguros de la acogida que pudiera darles. Inmediatamente entraron de lleno en el asunto: se trataba del Rearme Moral y me invitaban a trasladarme a Caux, uno de los grandes centros mundiales de formación ideológica. Ya había oído hablar de él a través de rumores más o menos benévolo que circulaban en el sur de Francia, y les respondí lisa y llanamente que tenía suficientes ideas de otro género en la cabeza para ir a preocuparme también de aquella. Como insistían y parecían no comprender, me levanté, abrí la puerta y les dije: “¡Señores, yo no tengo tiempo que perder con ustedes; sírvanse salir!” ¡Les hubiera sido difícil en aquella ocasión el no hacerlo! Me faltaba descubrir que una de las grandes características de estos hombres era la perseverancia, que les venía de la convicción

profunda de que tal o cual persona era quizá aquella que podía hacer algo por el país.

Así, pues, con mucha paciencia siguieron telefoneando, pidiéndome citas, presentándose en mi escritorio. Cansada de su insistencia, le dije a mi secretaria que les respondiese que yo no estaba. Los habíamos bautizados “los cargantes”. Si llamaban por teléfono, ella me hacía una señal... y yo estaba ausente.

Otra vez fue una joven la que vino a verme a mi escritorio. Preparábamos las salidas hacia las colonias de vacaciones socialistas en la Selva Negra. ¡Se trataba de centenares de niños; aquello representaba un enorme trabajo de organización y venían a hablarme de un rearme moral! Pensé: “Esas gentes viven en las nubes. No tienen idea alguna de las realidades de un país que sale apenas de los sufrimientos de la guerra. Nosotros, al menos, tenemos ambos pies en la tierra”.

Algún tiempo después, recibí un llamado telefónico de una señora desconocida que me invitaba a almorzar con laboristas ingleses de paso en París. Fui con gusto a esta invitación; era mi primer contacto, desde la guerra, con socialistas ingleses. Entre ellos estaban el sobrino de Chamberlain, miembros del Parlamento, etc... Iban hacia Caux y me renovaron la invitación. Opuse nuevos pretextos: tenía demasiado que hacer; debía cuidar a mis hijos, enfermos como resultado de años de privaciones sufridas durante su adolescencia. “Traiga usted a sus niños”, me respondieron. Después de una larga discusión, acabé por aceptar.

Era el mes de setiembre de 1947. Mi primera impresión de Caux fue desfavorable. Para empezar, el marco imponente me hizo pensar que se trataba de una empresa de los capitalistas para mantener quietos a los obreros. Como socialista, no quería a ningún precio volverme cómplice de algo que pudiera perjudicar a los obreros del mundo. En segundo lugar, había alemanes en Caux. Su presencia me era intolerable, y si uno de ellos tomaba la palabra yo salía inmediatamente de la sala. Por fin, se hablaba continuamente de Dios y yo estimaba que Dios es un asunto de convicción personal y no tiene nada que ver con los problemas del mundo.

Toda clase de preguntas se agolpaban en mi espíritu: ¿De dónde salía la plata? Los fines confesados, ¿serían los fines reales? ¿Debía yo quedarme? Las dudas parecían prevalecer. Hice mis valijas.

Con frecuencia se dice que la noche trae consejos. Me fue imposible dormir aquella noche. Decidí ir al fondo de las cosas y quedarme hasta que pudiese descubrir lo que se ocultaba detrás de todo aquello que veía, a fin de poder combatir más eficazmente a estas gentes dondequiera que las encontrara en el futuro. Aquello duró tres semanas, y hubiera sido difícil dar con alguien más desconfiada que yo en buscar la falla, pero en ninguna parte hallé fuerza capitalista; el dinero provenía sencillamente de aquellos que tenían la convicción de que las ideas propuestas en Caux podían traer algo distinto al mundo. Recuerdo especialmente el caso de un joven que había economizado centavo a centavo, durante meses, el dinero suficiente para comprarse una bicicleta. Había podido por fin realizar su sueño. Pero decidió venderla para poder dar la suma a Caux. Dos jóvenes mujeres, que habían heredado de un tío muerto en deportación, dieron la totalidad de su herencia para que el espíritu de Caux pudiese penetrar en Alemania. Otro día, llegaron sillas de Finlandia para todo el comedor... ¡y eran muchas sillas! Finlandia, que había quedado arruinada después de la guerra, quería sin embargo dar su parte.

Fui testigo de otros mil hechos similares y, después de tres semanas de investigación no pude encontrar nada que pudiese confirmar mis temores. Al contrario, si todos pusiéramos en práctica esa clase de vida y de sacrificio, la humanidad vería realizarse la esperanza que habían dado al mundo los comienzos del socialismo. Yo, como socialista, había pensado siempre en el cambio de las estructuras. Por primera vez, veía que el cambio en los individuos llevaría inevitablemente al cambio de las estructuras por la supresión del egoísmo y del orgullo.

Uno de los primeros encuentros que tuve en Caux fue el de un delegado de los patronos del norte de Francia. Después de una comida, nos fuimos a la terraza para conversar. Él me

dijo todo lo que pensaba de los socialistas, y por mi lado le participé nuestra opinión sobre sus colegas, opinión no muy matizada, quizá, pero que podía resumirse así: ¡los patronos textiles del Norte son todos tiburones! En ningún otro lugar en el mundo hubiéramos podido decirnos estas cosas sin que la discusión se envenenara. Allí, por el contrario, teníamos una común preocupación de la situación social de Francia. Teníamos también ante nosotros una vía abierta por esta fórmula, una de las mejores que me haya sido dado oír en toda mi vida: buscar no quién tiene razón, sino lo que es justo. Decidimos ambos poner manos a la obra para que aquel espíritu llegara a ser una realidad en la nación, y mantuvimos la palabra.

Fue durante mi estada en Caux que tuve ocasión de conocer a Frank Buchman, el hombre que originó el Rearme Moral. Lo que impresiona, ante todo, es la tranquilidad de su mirada. Nunca está de prisa. Uno siente que él vive exactamente lo que cree. Él nos comunica la certeza de que, si aceptáis el cambio, podéis tomar parte en la transformación del mundo. Hablábamos de la unidad de Europa. Me hizo esta simple pregunta: “¿Qué clase de unidad quiere usted para Europa?”

Yo sentía tal odio por Alemania que había deseado su destrucción completa. Durante la guerra me regocijaba oyendo pasar las olas de bombarderos que se dirigían hacia las ciudades alemanas. Yo no podía olvidar jamás el día en que, presenciando la apertura de una fosa común, había visto los cuerpos de mis antiguos compañeros de la resistencia atrocemente mutilados por las torturas. Después de haber visto tantos horrores, ya no sabía más lo que era llorar.

“¿Qué clase de unidad desea usted para Europa?”

Por primera vez, me di cuenta de que el odio destruye, pero no construye nunca nada, y que mi propio odio era una fuerza negativa.

A esta altura del relato de Irène Laure, es interesante pasar la palabra a Peter Petersen, un joven alemán que se encontraba en Caux al mismo tiempo que ella. Habiendo sido miembro de

las juventudes hitlerianas desde la edad de siete años, ejercitado durante cuatro años en una escuela especial de nacionalsocialismo, herido cuando formaba parte de la división de "élite" del ejército alemán, fue hecho prisionero después de la guerra por las autoridades británicas a causa de la tenacidad de sus convicciones:

En 1947, Alemania se moría de hambre en sus ciudades destruidas y millones de alemanes trataban de probar, por todos los medios, que jamás habían oído hablar del nacionalsocialismo. El mundo entero era de opinión que Alemania debía dar pruebas de una actitud nueva antes de ser readmitida entre las naciones civilizadas. Pero, en esta época, Frank Buchman obtuvo de las potencias aliadas una autorización especial que le permitía invitar a Caux a ciento cincuenta alemanes. Yo era uno de ellos.

Siempre había llevado uniforme, y llegué a Caux con un traje de mi abuelo demasiado corto y demasiado grande a la vez. Fuimos recibidos por un coro francés con una canción en alemán que expresaba el verdadero destino de Alemania. Nos habíamos vuelto maestros en el arte de la contraofensiva por todo aquello de que se nos acusaba. Pero aquí se nos abrían las puertas de par en par... y estábamos completamente desamparados. Tres días después de mi llegada, supe de la presencia en Caux de la secretaria de las Mujeres Socialistas de Francia, Madame Irène Laure. Supe al mismo tiempo que había querido volverse inmediatamente al ver alemanes, porque los SS habían torturado a su propio hijo para obligarlo a dar los nombres y direcciones de miembros de la resistencia. Una discusión violenta estalló entre nosotros los alemanes; ya no podíamos eludir la pregunta que tanto había dividido a nuestro país: ¿de quién es la culpa? Reconocíamos todos que esa francesa tenía el derecho de odiarnos, pero estábamos bien decididos, si ella expresaba su odio, a responderle con los relatos de la ocupación francesa en la Selva Negra.

Una semana después, Madame Laure pidió la palabra en una de las reuniones generales. Estábamos sentados bien al fondo, muy molestos, preguntándonos si no haríamos mejor en irnos.

Madame Laure dijo tres frases que marcaron un nuevo rumbo en nuestra vida, como individuos y como alemanes: "He odiado tanto a Alemania que hubiera querido verla suprimida del mapa de Europa. Pero he visto aquí que mi odio era un error, y quisiera pedir a todos los alemanes presentes que me perdonen". Ella se sentó nuevamente. Yo estaba perturbado. Durante varias noches me fue imposible dormir. Todo mi pasado se rebelaba contra el valor de esta mujer. Pero mis amigos y yo sabíamos que ella nos mostraba el único camino abierto a Alemania si ésta quería hacer un papel en la reconstrucción de Europa. La base de aquella Europa tenía que ser —Madame Laure nos lo había mostrado— el perdón. Un día le expresamos nuestro profundo pesar y nuestra vergüenza por lo que ella y su pueblo debieron sufrir por nuestra culpa. Le prometimos consagrar nuestra vida a trabajar para que aquellas cosas no pudieran reproducirse nunca en ninguna parte del mundo.

Era la primera vez, *continúa Irène Laure*, que podíamos edificar, no sobre un perdón basado en la sentimentalidad, sino sobre la roca de una ideología común. Si todos los tratados de paz se convirtieron en trozos de papel fue porque los hombres habían seguido siendo lo que eran. Esta vez, se nos ofrecía la oportunidad de construir sólidamente. Salimos para Alemania, un año más tarde, mi marido, mi hijo y yo. Recorrimos todas las zonas del Oeste durante más de dos meses. Conocimos a los representantes de distintos partidos políticos en once de los doce gobiernos provinciales; aun no había gobierno federal en aquella época. Y ello sin contar las entrevistas oficiales o privadas, las conferencias de prensa, la radio; ¡por todo, doscientas reuniones en once semanas!

Un día, íbamos en auto y atravesábamos una ciudad cuando noté un cartel a la orilla del camino: Campo de Ravensbrück. Una flecha indicaba la dirección. Me estremeció un choque: Ravensbrück, el campo de mujeres donde tantas compañeras de la resistencia habían muerto y del cual tantas habían vuelto

desfiguradas. Era como una angustia que me invadía, y la pregunta: ¿estarás acaso traicionando a tus amigos de la resistencia? Habíamos salido de la ciudad y el coche iba muy ligero. Una gran paz interior se hizo en mí. Me parecía oírlos hablar: “No, no hemos muerto para que el odio continúe; nuestros cuerpos no claman venganza. Hemos muerto mártires para que el mundo encuentre su unidad”. Llegué en paz a nuestro destino porque sabía que, dijeran lo que dijeran, el mundo habría de encontrar su unidad.

Un espectáculo acabó de grabar esta convicción en mí de un modo indeleble. Fue una noche, en Berlín. Unas mujeres terminaban su jornada de trabajo. Desde el amanecer, sin herramienta alguna, habían despejado las ruinas. Sus pies y manos estaban ensangrentados y ya sus rostros carecían de expresión. Se habían convertido en algo así como ganado humano. Ese día supe hasta qué grado de bestialidad el odio puede hacer descender a la humanidad.

En el transcurso de mi estada en Caux, yo había comprendido que la clave de lo que yo veía, y de la tarea que me esperaba a la vez, residía en el tiempo de silencio practicado individualmente; ese silencio en que se hace una toma de conciencia interior, en el que uno se ve tal como es, con todos sus móviles y también tal como uno podría ser si aceptara el cambio. Uno se cree alguien, uno descubre que no es nada. Uno se mide a la luz de valores absolutos, negro sobre blanco. Allí es donde reside la fuerza. De otro modo, se sale de una meditación más o menos vaga con un sentimiento de elevación personal, pero sin haber penetrado al fondo de sí mismo y sin haber enfrentado tampoco la realidad de las cosas. Es a través de los momentos de silencio, obedeciendo a lo que había de más profundo en mí, que he sido llevada después a hacer cosas que humanamente me hubieran sido absolutamente imposibles. Yo lo había experimentado ya cuando, después de mi primera estada en Caux, había regresado a casa. Llena de esperanza y de entusiasmo por estas ideas, había empezado naturalmente a comentarlas a mi alrededor. Con gran sorpresa mía, nadie

me escuchaba. Víctor, mi marido, salía de la habitación. Los niños desaparecían con un aire burlón. ¡Imposible decir algo; hablaba para la pared!

Pero comprendí, durante uno de esos períodos de silencio matinal, que lo que importaba no era lo que los otros iban a decidir para sus vidas, sino más bien el que yo permaneciera fiel a esos principios. Es esa fidelidad la que acabó por intrigarlos.

Debía manifestarse con frecuencia en las cosas más sencillas. Mi hija mayor se peinaba entonces como era la moda de aquel momento: con un montón de bucles sobre la frente. No era de mi gusto, y todas las mañanas yo hacía un comentario desagradable sobre su peinado, lo cual provocaba todas las mañanas un momento molesto para la familia. La idea cruzó por mi mente un día, durante mi recogimiento: “¡Pero déjala tranquila con sus cabellos! Ella puede peinarse como le parezca”. Un día, dos días pasan; no digo más nada. El tercer día, he ahí que ella sale de su cuarto peinada a mi gusto. “Sabes, mamá”, me dijo, “no era que me importaran tanto los bucles, pero quería molestarte un poco!”

Con frecuencia, nosotros los padres queremos imponer a nuestros hijos nuestros gustos, nuestro punto de vista, nuestra manera de vivir, los estudios que elegimos para ellos y, por reacción, los niños terminan por hacer a veces lo contrario de lo que ellos mismos quisieran hacer.

Si al menos aceptáramos bajar de nuestro pedestal, excusarnos cuando hemos hecho mal, decir a nuestros hijos lo que éramos a los dieciséis y a los dieciocho años, ¡qué de dramas familiares se evitarían! Lo sé porque lo he vivido. Y si conozco muchos hijos que hacen llorar a sus padres, yo sé también cuántos padres hacen sangrar el corazón de sus hijos. En la oficina igualmente hubo que empezar por lo más sencillo. Un ejemplo: con cuánta frecuencia enseñamos a mentir a nuestras secretarías: mentir en el teléfono, escribir en las cartas cosas que no son del todo exactas. Para conservar su empleo, están obligadas a obedecer. Tuve que excusarme con ellas de haber exigido todo eso.

Y así fue que todos de mi alrededor, al principio escépticos,

después intrigados, acabaron por sentir curiosidad. Mi marido accedió a acompañarme primero a Caux y luego a una reunión en el Touquet, donde el delegado patronal del Norte que yo había conocido en Suiza fue acompañado de centenares de obreros, capataces y patronos de su región. Las reuniones tenían lugar en las salas de fiesta del Casino, dañada a tal punto durante la guerra que hubo que poner una lona para reemplazar una pared que faltaba. Esto era en otoño, hacia el final de la estación; el viento soplaba con fuerza en la ciudad.

Nos paseábamos a lo largo de la playa, *continúa Víctor*. Todo estaba en ruinas, las villas deshechas, los hoteles destruidos. Me sobrecogió el espectáculo de la locura de los hombres que se desgarran entre sí. Para mantener su prestigio o su imperio sobre otros hombres, no ceden ni una pulgada; y luego la guerra estalla y tienen que aceptar todas sus consecuencias. Cada cual se atiene a sus proyectos, sigue sus deseos, se aferra al andamiaje de sus ideas preconcebidas y rehusa escuchar a los demás. Los hombres no se ven ya como hombres, sino deformados a través de las ideas inflexibles que profesan.

Sí, aquellas ruinas eran el resultado de las luchas y de la mutua incompreensión. Entendí también que para que surgiese una renovación de los escombros era necesario que interviniera una fuerza superior. Decidí ver cara a cara los absolutos que se me proponían: la honradez, la pureza, el desinterés y el amor absolutos. Ante este mundo que yo veía renacer gracias al Rearme Moral, sentí que quería practicarlos. Pero me sentía demasiado débil. No teniendo creencias, carecía de apoyo. Entonces, como a despecho de mí mismo, me arrodillé para pedir a Dios que me ayudara a adoptar esta clase de vida y a perseverar en ella. Fui el primero en sorprenderme de haber elevado aquella oración al cielo, pero me sentí más fuerte frente a aquellos cuatro principios, que eran completamente nuevos para mí. Para cambiar al mundo, el mejor cambio es el de uno mismo. Fui hacia la lucha sin plan, sin idea precisa de lo que me esperaba, pero listo a

practicar lo que aquella fe nueva me ordenaría. Y he ahí por qué di el paso.

Era la primera etapa que debía conducirme después de cuarenta y cinco años de marxismo al regreso a la fe de mis mayores: la religión católica. Al hacerlo, vi la necesidad de conformarme a la ley orgánica de la Iglesia. Fieles a la doctrina marxista, mi mujer y yo no habíamos tenido sino el matrimonio civil. Después de treinta años de casados tuve el deseo y la voluntad de hacer bendecir nuestra unión por la Iglesia. Un sacerdote de la región parisiense, que había sido capellán de la Legión Extranjera, nos dio aquella bendición. “¡No todos los días asiste un hijo de 25 años al verdadero matrimonio de sus padres!”, dijo nuestro hijo.

Estoy en el buen camino y por eso sigo en él.

Nuestro hijo Luis, *continúa Irène*, decidió a su vez acompañarnos a Alemania. Después de todos los sufrimientos sobrellevados durante la guerra, había decidido gozar de la vida y no privarse de nada. Nadie podía manejarlo. Había establecido en París un negocio de importación y exportación que marchaba muy bien, y ganaba todo el dinero que quería. Éxito, placeres, automóvil; nada le faltaba.

Cuando estábamos en el Ruhr, hubo una reunión en Moers donde me encontraba sobre la plataforma, al lado de un grupo de alemanes. Cerca de mí se hallaban dos franceses que habían perdido, uno, veintidós miembros de su familia, y el otro, quince, en las cámaras de gas. Luis me oyó pedir perdón por mi odio del pasado y comprometerme a luchar por un porvenir distinto. Vi su mirada. No la olvidaré nunca. Era una mezcla de estupor, desasosiego y, creo, de horror. Salió de la sala y esa misma noche regresó a Francia. Volvió poco después y nos acompañó a Berlín por el puente aéreo. Había visto que una fuerza estaba en acción, capaz de modificar el curso de la historia; que las fuerzas del goce y de la diversión no llegarían nunca a crear algo nuevo y que, si toda la juventud francesa vivía como él, sin fe ni ley, el país estaría perdido.

Después de muchas noches de insomnio, vino a despertarnos llamando a nuestra puerta a las cinco de la mañana. Había decidido intentar un ensayo —un ensayo que a la larga debía vencerlo completamente— a fin de ver si valía realmente la pena cambiar.

Para empezar, me pidió perdón por todos los disparates que había cometido y las preocupaciones que con ello me había causado. Es verdad que, con frecuencia, las noches en que no podía dormir me preguntaba con inquietud cómo acabaría todo aquello. Pero no era difícil perdonarlo, pues el corazón de las madres está constituido de tal suerte que a menudo son sus muchachos malos los que ellas prefieren. Luego, me participó su decisión de pagar todos sus impuestos atrasados, porque había defraudado al fisco. Esto representaba una suma bastante cuantiosa, sin mencionar el riesgo de sanción, y yo sabía todo lo que esta gestión significaría para él. Por último, estaba resuelto a poner en orden toda su vida privada.

Llevó hasta el fin cada una de sus decisiones y se volvió otro hombre. Ni sus padres ni nadie podían reconocerlo. Un día, Frank Buchman lo mandó a llamar con otros tres jóvenes; un francés, un suizo y un americano. Les confió la tarea de llevar aquel espíritu a todo el Brasil... ¡casi un continente entero! Y he ahí a nuestros cuatro mosqueteros —ninguno de los cuales hablaba una palabra de portugués— saliendo para América del Sur. Al cabo de dos meses y medio, regresaban en un avión especial que traía a la Asamblea del Rearme Moral a la primera delegación brasileña: cuarenta y cinco personas, que representaban todos los dominios de la vida nacional. Militares, sindicalistas, industriales y hombres políticos. De un hombre a otro, de una industria a otra, del puerto de Santos al de Río, el contagio debía propagarse, como podemos leerlo en el relato de Damasio Cardoso.

Es así cómo me encontré alistada en una revolución con dimensiones más vastas que todo lo que yo jamás había concebido, lo cual me ha llevado a treinta países con una fuerza mundial.

Por doquier, me he reunido con los dirigentes socialistas y sindicalistas: en Calcuta, en moradas que nunca había pisado un europeo; en América; en Finlandia, a treinta y cuarenta grados bajo cero. Sigo convencida del ideal socialista, pero sé también que el porvenir dependerá del espíritu, de la calidad de vida que los socialistas de Francia y del mundo tendrán la inteligencia de adoptar para lograr la unidad que el mundo espera de ellos. Hablando con franqueza, pude ver en Asia y en el Medio Oriente a dirigentes obreros hacer frente a condiciones tales de miseria que parecen sobrepasar las fuerzas humanas. Me pregunto cuál es el socialista de Europa o de América que ha contemplado con realismo la aplicación del socialismo en su concepto mundial y el no contentarse nunca con actuar dentro de los límites de su sector o las fronteras de su país.

Y me hago esta pregunta: ¿Quién proveerá el remedio a todos los males que pesan sobre la humanidad? ¿A qué hemos de aferrarnos? ¡A qué, si no a ese algo radicalmente distinto que todos conocemos pero nunca hemos llevado a la práctica!

Hace diez años, yo creía que todo sería tan lento que llegaríamos demasiado tarde. Pero he visto de año en año una especie de verdadera avalancha que adquiere impulso en todos los países.

Y sé que la fuerza que pudo cambiar a mi marido y a mi hijo, que pudo cambiar a una mujer política como yo, ataca el mal allí donde se ahondan sus raíces: en la naturaleza humana. Esa fuerza tiene el poder de curar al mundo.

IRÈNE LAURE

Ex diputada de Bouches-du-Rhône

Revolución en el puerto de Río

Esa mañana me sentía decidido a todo y nada podría detenerme. Hacía tiempo que en las demostraciones de fuerza, oponiendo el sindicato a la dirección del puerto, ésta se había dado cuenta de la clase de hombre con quien tenía que tratar. ¿Tendrían, pues, por eso, que emplear los mismos medios de un año antes? Durante cincuenta y cuatro días, el puerto había estado bloqueado por una huelga; un conflicto estúpido, por otra parte, pues todo podría haberse arreglado muy fácilmente. Pero al comienzo de la huelga yo había sido suspendido por treinta días. Los compañeros del sindicato, del cual yo era vicepresidente, habían resuelto que no volverían al trabajo hasta que yo fuera reintegrado. Fue necesario darles satisfacción. Envalentonados por esta victoria, y hábilmente manejados, decidieron entonces dar un paso más: el director del puerto nos había ofendido por mi suspensión injustificada; los hombres no volverían al trabajo sino cuando él fuera despachado y reemplazado por otro.

La situación era de imposible salida. La autoridad del gobierno, del cual depende el puerto, estaba en juego; la dignidad de millares de portuarios, también. Esa era la razón por la cual, durante más de cincuenta días, el puerto había estado paralizado. Los barcos formaban filas, cada vez más largas, en la inmensa bahía de Guanabara, que pasa por ser bastante vasta como para recibir a las más grandes flotas mercantes del mundo y que había terminado por dar, efectivamente, la impresión de cobijarlas a todas. Pero, durante ese tiempo, los frutos y legumbres destinados al abastecimiento de la capital se pudrían en los barcos y sobre

los muelles, y debían ser tirados al mar. Después de siete semanas de lucha el gobierno había al fin cedido, y el director del puerto hubo de irse.

¡Vean un poco qué atmósfera!

Todo el mundo en el puerto me llama Damasio. Nací en el Amazonas, ese territorio fabuloso situado al norte del Brasil. Por mis venas corre sangre india. Desde hace más de veinte años trabajo en las dársenas de Río de Janeiro. Sin haber sido nunca ni comunista ni fascista, ni cosa que se le parezca, me ha sublevado siempre la injusticia. Ésa es la razón por la cual no dudé nunca en luchar por mis compañeros, sobre todo cuando sus derechos o su dignidad de hombres eran discutidos por quienquiera, ya fuese el director del puerto, el ministro o el presidente de la República.

Por consiguiente, esa mañana me sentía de un humor particularmente belicoso. Una vez más habíamos dado las órdenes de huelga. Mi cólera se enfrentaba no solamente con el director del puerto, sino también con el jefe del depósito de equipajes, Nelson Marcellino de Carvalho. Los cargos que había formulado contra este último eran aplastantes; desde luego era un "jefe" y eso bastaba para hacer de él mi enemigo. Pero además era él uno de los principales dirigentes de la *União dos Portuários do Brasil*. Este sindicato, que pretendía representar a todos los trabajadores del puerto, había perdido, en realidad, toda influencia. Nadie confiaba en su comité, en el cual sólo figuraban, según nosotros, burócratas y altos funcionarios. La mayoría de los trabajadores lo consideraba como una institución patronal. Entonces, con desprecio de la ley, es cierto, mis compañeros y yo, fundamos un nuevo sindicato que había conseguido imponer su autoridad de un extremo al otro de las dársenas.

Pero, en lugar de morirse de una vez, la *União dos Portuários do Brasil* resistía, y Nelson acababa de anunciar que, desafiando las órdenes de huelga, abriría su depósito de equipajes para que todos los hombres necesarios para su funcionamiento pudieran entrar. Dos navíos llegaban del exterior ese día trayendo a bordo a diplomáticos extranjeros, y era esencial, parecía, para la buena

reputación del Brasil, que pudieran desembarcar con todos sus equipajes. Yo no me preocupaba por esas consideraciones. "Si los diplomáticos quieren bajar de su barco", decía, "que lo hagan con los medios de a bordo. Mis hombres no harán nada para ayudarlos".

Había hecho advertir a Nelson que, si ensayaba trabajar, corría el riesgo de perder el pellejo. El arreglo de cuentas era moneda corriente en el puerto. Me había preparado para la refriega; agregando un segundo revólver al que no me dejaba nunca, y también un cuchillo, me dirigí al depósito a la cabeza de un grupo de compañeros bien armados. Llegados allí, me dirigí derecho a Nelson: el menor gesto de su parte y yo tiraba.

Esperaba reacciones violentas; con gran sorpresa de mi parte, habló con calma. Me dijo cómo lamentaba que nosotros fuéramos enemigos cuando, en realidad, los dos luchábamos por nuestros compañeros de trabajo. Pero lo estábamos haciendo de mala manera. Me habló de una nueva tarea que esperaba a todos los trabajadores del puerto y que exigía su unión; ante mi asombro, llegó hasta a admitir que él mismo había cometido errores y que la *União dos Portuários do Brasil* no estaba libre de reproches. Él había comprendido que para crear una situación nueva no había que esperar siempre que el otro cambiase, sino comenzar con uno mismo, y él estaba en tren de reconsiderar toda su vida con esta perspectiva.

Algo pasó dentro de mí, en ese momento. Estoy seguro de que fue un milagro en mi vida; prueba de ello es que prescindí del ataque y que pude escuchar hasta el fin lo que Nelson tenía que decirme. Yo no podía creer a mis oídos, preguntándome, al mismo tiempo, lo que podría haber detrás de todo eso: ¿cobardía? ¿una maniobra? Para mí, Nelson no había sido hasta ese momento más que un ambicioso, y su pretendida actividad sindical, en el seno de la *União dos Portuários do Brasil* me parecía que sólo significaba la defensa de sus intereses personales y de aquellos funcionarios de su categoría. Sin embargo, él había hablado con un lenguaje enteramente nuevo. Si era sincero, valía la pena estudiar más de cerca sus proposiciones, que podrían, tal

vez, evitar un derramamiento de sangre. Le prometí, por consiguiente, volverlo a ver al día siguiente. Reflexionando, no había para mí ninguna duda de que, sin el elemento nuevo traído por Nelson, la mujer de uno de nosotros sería hoy viuda y la otra estaría llena de amargura porque su marido se hallaría en la cárcel.

Al día siguiente, iba a decirme las razones de su sorprendente actitud. Una semana antes, él había asistido a una reunión en la cual industriales y obreros contaron cómo habían podido resolver sus conflictos, renunciando a sus propios intereses y a sus ambiciones personales. La mañana de nuestro encuentro, Nelson había llegado al puerto dispuesto a defender cara su vida. Pero, al verme, recordó lo que había oído en esa reunión. "Sentí una gran tranquilidad y también paz en mi corazón", me dijo. "No sentía ni temor, ni odio, ni arrogancia, ni antipatía; no tuve sino un solo deseo: ganar tu amistad y tu confianza con el fin de que juntos pudiéramos unir a los hombres del puerto". Me propuso que algunos militantes de los dos sindicatos que nosotros representábamos se reunieran para conocerse. Los obreros de una usina textil de San Pablo organizaban en ese momento una gran manifestación para presentar los resultados de la aplicación, entre ellos, de esas nuevas ideas; era una excelente ocasión.

El sábado siguiente, cuarenta de nosotros partíamos para San Pablo. Fue ya una victoria que hubiéramos aceptado el viajar juntos; algunos no querían oír hablar de subir en el mismo autobús que sus peores adversarios. Durante los 450 kilómetros del viaje nos observábamos de reojo. Algunos habían llevado con ellos a sus mujeres; otros, su revólver.

Fuimos recibidos en forma acogedora por hombres de clases, razas y países diversos, en la casa de un industrial cuyo ejemplo debía desempeñar un papel determinante en mi transformación. Obedeciendo a su compromiso de vivir por encima de sus intereses personales, había dejado de pagar las coimas a algunos de los funcionarios de los cuales dependían sus contratos. Yo no creía posible que un industrial hiciera algo en interés de los obreros. Pero este hombre me demostró lo contrario. En esta reunión

tomaban parte también dirigentes obreros del gran puerto de Santos, cuyas luchas heroicas conocíamos, y un joven francés lleno de fuego y de humorismo, cuya madre, Irene Laure, había sido secretaria de las Mujeres Socialistas de Francia, y su padre, un pionero del sindicalismo. Desde hacía algunos meses, este joven se prodigaba sin descanso en Santos, para “vivir” con los portuarios las ideas de las cuales nos hablaba en ese momento. Veintinueve de los treinta y siete presidentes de los sindicatos de Santos acababan de firmar un manifiesto dirigido al gobernador de su Estado, asegurándole su pleno apoyo para crear una atmósfera que pusiera fin a las divisiones entre las clases y las naciones, sin recurrir a los medios violentos.

Todos nos propusieron un objetivo por el cual valía la pena unírnos. Después de dos días transcurridos en esta atmósfera de fraternidad, las barreras entre nuestros dos grupos empezaron a ceder. A la vuelta éramos todos amigos, con un fin común.

Era el primer paso. Algunos meses más tarde, Nelson y yo partimos para una Asamblea Mundial del Rearme Moral en Caux, con otros cuarenta brasileños; íbamos a ver allí esta ideología en acción en todos los continentes.

En el puerto se discutían reciamente las nuevas ideas. “Como soy yo, así es mi país”. Esta verdad sugería muchos cambios necesarios. Ella iba a chocar no solamente contra costumbres arraigadas, sino contra todo aquello que años de amargura, de odio, de deshonestidad, de libertinaje y también de desesperación, habían depositado en miles de conciencias. ¿No le sería fácil a la gente mal intencionada movilizar todas estas fuerzas para cerrar el camino a ideas tan incómodas? Yo fui uno de los primeros en verlo, y a expensas mías. Todo el mundo en el puerto sabía que yo había ido a Caux con Nelson; la prensa había publicado las palabras que allí habíamos pronunciado ante numerosas personalidades de Europa y del mundo entero; nos habíamos comprometido a luchar, hombro a hombro, para hacer de esas ideas una fuerza en el puerto y en el país. Frank Buchman nos había dicho: “El destino del Brasil no es solamente exportar buen café, sino también buenas ideas”.

A mi vuelta de Caux, encontré en el puerto de Río una situación explosiva. El sindicato no oficial, del cual yo era todavía vicepresidente, fomentaba una huelga. Era un movimiento de fines políticos, que no tenía nada que ver con el interés de la clase obrera y creaba la división en el puerto.

Convencido de que esta agitación era injustificada, decidí recorrer el puerto en una locomotora, sobre la cual habíamos colocado una bandera brasileña y un banderín con la agresiva inscripción: "Boicotead la huelga". En las dársenas exponíamos la situación a nuestros compañeros. Llegando al hangar 7, la locomotora fue rodeada por un grupo de portuarios excitados que me esperaban y se produjo una pelea. Se apoderaron de mí y me inmovilizaron, mientras uno de ellos me descargaba un feroz botellazo. Me desperté en el hospital, con once puntadas de sutura en el cuero cabelludo. Podía considerarme feliz de haber salvado la vida. Al verme caer, uno de mis amigos había saltado y, sacando el revólver, había gritado: "¡Al primero que toque otra vez a Damasio, lo bajo!"

Desgraciadamente, alguien había corrido hasta mi departamento y anunció a Nair, mi mujer, que yo había sido asesinado. Nair, que estaba encinta, se desplomó, y a causa de la emoción violenta dio nacimiento a nuestro sexto hijo con dos meses de adelanto. A consecuencia de este nacimiento prematuro, la niña tenía las piernas deformadas. Los días siguientes se cuentan entre lo más duros de mi vida. El pensamiento de mi hija me volvía loco de rabia. Sólo había una cosa que hacer, me parecía; dar libre curso a la ola de amargura y de odio que me invadía, mandar a pasear a todo el Rearme Moral y saciar mi venganza. Pero Dios, que no había querido que yo muriera, no quería tampoco que matara. Él tenía un plan para mí. Un día, en que yo buscaba en el silencio la respuesta a mi desesperación, un pensamiento me vino muy claramente: "Durante su vida los hombres tienen dos caminos para elegir: el de la rebelión y el de la obediencia a Dios. Por su obediencia, pueden reconstruir el mundo. Por su rebelión, lo destruirán seguramente. Debes elegir ahora; mañana será demasiado tarde". Fue entonces cuando decidí

que en lugar de tratar de vengarme de mi agresor trataría de hacerlo mi amigo. Me fueron necesarios muchos meses para conseguirlo. Una vez que estuve restablecido, todo el puerto supo que yo buscaba a mi hombre. ¡Pero cada vez que éste me veía se ocultaba, dudando fuertemente de la pureza de mis intenciones! Terminé por encontrarlo y pudimos reconciliarnos.

Después de eso fui expulsado del sindicato, del cual era vicepresidente y al cual me había entregado enteramente. La decisión fue tan arbitraria que agitó a un gran número de militantes, a pesar de ser adictos de nuestro presidente. Éste no toleraba ninguna desviación de la línea que había trazado; lo alentaban aquellos que se servían del sindicato para satisfacer sus ambiciones políticas, o para promover sus planes, de largo alcance, para el continente.

La situación era en extremo seria. Mi antiguo presidente fiscalizaba prácticamente el puerto. Grupos de hombres armados imponían su ley en las dársenas, y algunas compañías de navegación, bajo cuerda, para no tener complicaciones, les pagaban lo que exigían. La corrupción y el robo tomaban tal extensión que las compañías de seguros aplicaban a las mercaderías con destino a Río tarifas cada vez más elevadas y amenazaban con suspender los contratos. Numerosos importadores preferían enviar sus mercaderías a Santos, a cuatrocientos kilómetros más al Sur, y traerlas de vuelta a Río por camión.

Y, sin embargo, en el momento mismo en que las fuerzas de la destrucción parecían imponerse, una fuerza más grande todavía iba a manifestarse, la misma que, sobre mi lecho de hospital, me había hecho un hombre libre.

Se comentaba lo que me había pasado, y muchos comenzaron a abrir los ojos. Si era tan peligroso el tratar de vivir de una manera honesta en las dársenas, ¿no era una prueba de que algunos tenían interés en mantener el estado de cosas existente? Mi lucha y la de Nelson para crear la unidad que haría del puerto una fuerza en la nación y no la fuente perpetua de dificultades que actualmente era, correspondía a los anhelos de la inmensa mayoría de los portuarios.

Mis compañeros y los de Nelson se reunían cada vez con más frecuencia, con el fin de aprender más sobre esta ideología y descubrir, sobre todo, cómo ponerla en práctica.

Había un largo camino por recorrer. Habíamos adquirido la costumbre, por ejemplo, de no salir nunca de nuestras casas sin armas; era necesario estar listos a todo. Recuerdo que un día habíamos organizado una comida, en el respetable *Club Suizo* de Río de Janeiro, para hablar de nuestras experiencias a algunos amigos. El primero en llegar, estimando que, puesto que se trataba del Rearme Moral, no tendría necesidad de su revólver, lo dejó en el guardarropa. Algunos minutos más tarde, alrededor de quince armas estaban allí alineadas, y el portero, precipitándose hacia uno de los organizadores, le preguntó: “¿Qué tipo de rearme preconizan ustedes, exactamente?”

A medida que descubríamos la posibilidad de cambiar a nuestros adversarios en lugar de liquidarlos, la necesidad de estar armados se hacía sentir cada vez menos. A pesar de todo, se precisaba un cierto coraje para renunciar a llevar un arma, lo que significaba la imposibilidad de defenderse en caso de ataque. Necesité cierto tiempo para resolverme yo mismo. Me dije: “Vende tus dos revólveres; un cuchillo te bastará”. Un incidente que habría podido terminar trágicamente me llevó a renunciar igualmente a éste. Un día, algunos compañeros me abordaron, haciendo toda clase de observaciones hirientes sobre mí. Al principio pude contenerme, pero en cierto momento uno de ellos me insultó de tal manera que olvidé todas mis buenas resoluciones y, sacando mi cuchillo, se lo planté en la espalda. Ese día había una reunión de Rearme Moral y fui a ella con la muerte en el alma. Cuando me preguntaron lo que pasaba, respondí que: “¡Me había faltado un poco de desinterés!” En verdad, tenía deseos de desaparecer bajo tierra. Felizmente, después de algunos días en el hospital, mi víctima se restableció, pero me había sentido tan desgraciado por este incidente que decidí entonces no llevar armas jamás.

Todos nosotros, unánimemente, condenábamos a los políticos deshonestos, que se sirven de su posición para enriquecerse. Pero, mirando de cerca, tuvimos pronto que admitir que nosotros no

éramos tan diferentes de ellos. Era costumbre muy generalizada en el puerto "el hacer una sustracción" de ciertas cantidades de mercaderías, especialmente productos alimenticios. Teníamos como excusa las necesidades de nuestras familias, pero algunos llegaban hasta a utilizar camiones para sus "sustracciones". Verdaderamente, nosotros no podríamos nunca exigir honradez en el gobierno si no dábamos el ejemplo en nuestra propia vida. Uno de mis buenos amigos, un magnífico militante que se distinguió durante la guerra de liberación en Italia, donde luchó junto al cuerpo expedicionario brasileño, lo vio claramente. Su primer pensamiento fue "normalizar" en seguida las cantidades sustraídas para llevarlas a un nivel "razonable". Bien pronto él debió reconocer que un principio no es válido si no es absoluto, y cesó completamente sus prácticas dudosas. El efecto fue inmediato: en su depósito, sus compañeros de trabajo siguieron su ejemplo.

Algunos de nosotros habíamos dejado de beber; eso volvía la mente más clara para comprender lo que pasaba realmente en el puerto y en el país.

Nelson también pasaba por una transformación radical. Su padre, bien lo sabía yo, había sido uno de los pioneros del movimiento sindical en el Brasil. Pero la ambición de Nelson había sido, hasta entonces, vivir en un departamento en Copacabana, el barrio elegante de Río; poseer un automóvil y dar una buena educación a su hija. Ahora su preocupación esencial era la de hacer penetrar en todo el país el espíritu que comenzaba a implantarse en el puerto. Antes, una de sus grandes pasiones eran las carreras de caballos. Una buena proporción de su sueldo pasaba a las apuestas. El día en que decidió terminar con eso nos dimos cuenta de que Nelson, decididamente, no era más el mismo hombre.

En su depósito de equipajes las tentaciones no faltaban. Un día un extranjero se le acercó y le ofreció un millón de cruceros si aceptaba cerrar los ojos un momento, mientras pasaba un cajón de contrabando. Nelson se preguntaba, justamente, cómo encontrar los fondos necesarios para reembolsar el préstamo que había contraído en un banco, y este millón representaba una ver-

dadera fortuna para él. Pero pensó en seguida en todos los hombres de los cuales se sentía responsable: sus compañeros del puerto, los miembros del Parlamento brasileño, los hombres de Estado de la América Latina y del mundo entero. ¿Qué les diría si ahora flaqueaba? Mandó al diablo a su peligroso interlocutor.

Nuestras familias nos apoyaban en esta lucha. Por primera vez nuestras esposas no eran solamente toleradas, sino bien tratadas. En todas nuestras actividades, hasta ese momento, no había sitio para ellas. Esperábamos de ellas buenas comidas prontas a la hora, camisas bien planchadas y toda la atención a la cual creíamos tener derecho.

Hablando francamente, yo mismo vivía, desde hacía más de veinte años, con mi compañera Nair, que me había dado siete hijos, pero mi sentimiento de responsabilidad respecto a ella no había llegado hasta hacerla mi mujer. Un día, durante una meditación, me vino el pensamiento: "Pon en orden tu situación ante Dios y ante los hombres". Era una decisión revolucionaria para mí.

Habitábamos a dos pasos del puerto, en una ciudad obrera llamada Vila Portuaria. Centenares de familias de portuarios habitan allí y se ven nubes de chicos. Yo sabía bien que mi decisión no pasaría inadvertida. Mi mujer y yo quisimos utilizar este acontecimiento para dar una nueva orientación a estas familias, muchas de las cuales vivían como nosotros hasta ese momento.

El casamiento se realizó un sábado por la mañana. Nuestros testigos, para la ceremonia civil, fueron uno de los grandes industriales de San Pablo y su señora. Había hecho con ellos el viaje a Caux, en 1953, y su nueva actitud me había conquistado. Todos nuestros hijos asistieron a la ceremonia religiosa vestidos de blanco, como su madre. El sacerdote era un anciano de más de ochenta años, quien, nos dejó entender, en su vida no había bendecido un matrimonio semejante.

Nair y yo fuimos a confesarnos por primera vez después de muchos años. En verdad, para mí era la primera vez en la vida, y no sabía cómo arreglármelas. El sacerdote no había dispuesto sino un tiempo limitado para eso, la mañana del casamiento.

Pero, ¿cómo, con un pasado como el mío, tendría tiempo de decirlo todo? De pronto tuve una idea: ¡le daría los puntos principales y le pediría la absolución, prometiéndole volver después para decirle el resto!

Algunos meses antes, en Buenos Aires, había tenido el privilegio de conocer a un ilustre obispo, Monseñor De Andrea. Le había dicho la decisión que había tomado de casarme. La razón profunda era que no podía participar en una lucha que tiene por base el cambio personal, si no cambiaba yo mismo primero. El obispo me dio, por anticipado, su bendición. Su actitud me emocionó mucho y es lo que más me ha ayudado para seguir adelante y obedecer mis convicciones.

Estos acontecimientos me han conducido hacia la fe, y es así como mi mujer y yo hemos vuelto a la Iglesia.

Habíamos invitado a almorzar en casa a testigos y amigos; nuestro departamento no tiene más que tres piezas y somos ya nueve habitando en él. Pero todo había sido preparado para la circunstancia: había cortinas nuevas en las ventanas, las paredes habían sido pintadas otra vez recientemente y algunos amigos nos habían prestado la vajilla que nos faltaba. Una vieja amiga de la familia había tomado posesión de la cocina y preparó deliciosos pollos al estilo de Bahía, como sólo se pueden comer en el Brasil. La única contrariedad era no tener suficiente sitio para todos en la mesa; así, fue necesario comer por turnos. Pero felizmente tenemos un gran balcón y, como habitamos en el séptimo piso, la vista se extiende sobre el feérico espectáculo de la bahía de Guanabara. Nadie se quejó.

Por la noche, una gran fiesta reunió a varios centenares de portuarios y sus familias. Tuve ocasión de decir, en algunas frases, la significación de este acontecimiento. Luego, algunos de mis amigos de hoy tomaron la palabra: Nelson, el enemigo mortal de ayer; Carlos Pinto, el secretario general de la *União dos Portuários do Brasil*, quien contó cómo, anteriormente, por el simple hecho de pertenecer a un sindicato rival del mío, me detestaba sin conocerme; un joven industrial, cuyo espíritu revolucionario

es para mí un constante desafío. Las señoras habían preparado un soberbio pastel y limonadas. Fue una velada inolvidable.

Algunos días después de nuestro casamiento, la asistente social del puerto me tomó aparte y me dijo: "Me está haciendo trabajar mucho: ahora que ustedes se han casado, los demás sienten envidia".

Así, de un hombre a otro y de familia en familia, un espíritu nuevo ganaba al puerto. Los efectos sobre el plano sindical no dejarían de hacerse sentir.

Uno después de otro, los principales lugartenientes de mi antiguo presidente lo dejaban, y, como yo mismo lo había hecho, se reintegraban a la *União dos Portuários do Brasil*, el sindicato legal. Estaban convencidos de que los antiguos métodos sólo habían conducido a dividir y a corromper a los trabajadores del puerto. Ahora habían encontrado el objetivo que daba un sentido a la lucha. La *União dos Portuários do Brasil*, por su lado, resurgía a la vida con este aporte de sangre nueva y de fuerzas vivas. Sus dirigentes pasaban, ellos mismos, por una transformación profunda, ayudados por Nelson y otros, y la honradez de su política atraía la confianza de un número cada vez mayor de portuarios. En 1953, año en que fui a Caux, la *União dos Portuários do Brasil* estaba moribunda. Cuatro años más tarde, la autoridad de esta organización era reconocida en todo el puerto y el sindicato rival había desaparecido. La unidad obrera era un hecho.

Era la victoria, pero ella suponía una gran responsabilidad. Fue necesario reorganizar el sindicato para que pudiera adaptarse a las nuevas circunstancias. Al comienzo de 1957, conforme a los nuevos estatutos, fueron organizadas las primeras elecciones sindicales realmente democráticas en el puerto. Hasta entonces no habían sido más que una comedia. En mi antiguo sindicato se daba el voto a mano levantada, y todos aquellos que no seguían la palabra de orden del jefe pasaban un mal cuarto de hora. En cuanto a la antigua *União dos Portuários do Brasil*, su comité se reclutaba entre cincuenta consejeros a cuya elección procedían

ellos mismos, de manera que no había ninguna participación de los miembros del sindicato.

Esta vez la elección del nuevo comité director sería plenamente democrática: se pidió al Tribunal Electoral del Estado la supervisión. La votación tendría lugar en las dársenas, con el fin de que todos pudieran tomar parte y, bien entendido, a voto secreto. La campaña electoral fue animada. El comité director de la *União dos Portuários do Brasil* se volvía a presentar y pedía a los portuarios que ratificaran su política de "honradez y trabajo". Anunciaba en su programa la decisión de no hacer promesas irrealizables. "La forma de realizar las elecciones es tan importante como su resultado", decía nuestro presidente. "Queremos dar al gobierno la prueba de que es posible ser honrado en política".

La elección fue un triunfo. No hubo el menor incidente. Por la tarde se contaron los votos; el comité saliente resultó reelecto. Uno de mis amigos, Henrique, se veía así de nuevo en la presidencia de la *União dos Portuários do Brasil*.

La lista de Joel, un socialista que había estado en Caux en 1954, venía en segundo lugar. Al anunciarse los resultados, Henrique fue reclamado por todos los asistentes. Él expresó, simplemente, su emoción, agregando que estaba decidido a servir a todo el puerto y al conjunto de los trabajadores. Joel se precipitó para darle un gran abrazo y declaró: "La victoria de Henrique es mi victoria y la de mis amigos. La mayoría ha decidido. Me siento feliz de aportar mis votos a Henrique. Nosotros estamos unidos por un programa común de honradez, de pureza, de desinterés y de amor absolutos". La sala entera lo aclamó. Al día siguiente los diarios de Río anunciaban la noticia, maravillándose del espíritu democrático revelado por estas elecciones. El gran cotidiano *Correio da Manhã* consagraba tres columnas al acontecimiento y decía: "Por primera vez en el Brasil, un grupo de empleados de los servicios públicos ha realizado elecciones respetando la legalidad". En el Parlamento, un diputado exclamaba: "Estos portuarios nos dan una lección de democracia".

Algunos días más tarde, el nuevo comité directivo estaba instalado oficialmente. Aquél fue un gran día, y no pude menos que pensar en todo el camino recorrido en algunos años. La jornada comenzó con una misa; a las siete de la mañana la iglesia estaba llena, y muchos de nuestros compañeros habían tenido que levantarse a las tres para llegar a tiempo. Por la noche tuvo lugar una gran fiesta, a la cual asistieron vencedores y vencidos. Hubo flores, discursos, refrescos..., pero sin alcohol, conforme a una decisión del comité directivo. Eso dio a nuestra fiesta un ambiente alegre y natural, al mismo tiempo que un aspecto y una dignidad que encantaron a la concurrencia. Un representante del gobierno nos dijo al final: "Debido a mis funciones, he asistido a numerosas fiestas sindicales, pero nunca, hasta ahora, había visto tanta dignidad y armonía".

Así fue como una idea se posesionó de algunos hombres e influyó en la vida de toda una colectividad. Por ella hemos vuelto a encontrar nuestra unidad y conocemos la recompensa. La corrupción ha comenzado a ceder, y el comité directivo de la *União dos Portuários do Brasil* ha decidido que, automáticamente, no protegería más a los portuarios acusados de deshonestidad.

Desde 1954 no hubo una sola huelga en el puerto. Es cierto que el trabajo ha cesado durante cinco minutos, en 1955, en ocasión de lo que hemos llamado "la huelga de Dios". Estábamos en la víspera del Congreso Eucarístico Internacional, que fue celebrado ese año en Río de Janeiro. El obispo auxiliar había tenido la idea de sugerir una detención del trabajo en todo el país, con el fin de que cada uno pudiera pensar en la significación de ese congreso. Cuando nos pidió nuestra colaboración la obtuvo inmediatamente y designó a Nelson como presidente de la comisión ejecutiva, encargado de organizar la manifestación. En el día y a la hora convenidos, el obispo estuvo entre nosotros en los muelles; era la primera vez que esto sucedía. Durante la interrupción del trabajo, dijo algunas palabras y leyó una bella oración que había escrito especialmente para esa oportunidad. Yo estaba a su lado y no pude dejar de sonreír, compro-

bando que el obispo, para hacerse oír por los altavoces de un extremo al otro del puerto, empleaba exactamente el mismo micrófono que, algunos años antes, yo utilizaba para dar las instrucciones de huelga a mis hombres.

En 1956, seis de nosotros, entre ellos el actual presidente de la *União dos Portuários do Brasil*, partíamos hacia la República Argentina, con el apoyo del ministro de Transportes y de la Dirección del Puerto; ésta había tomado a su cargo una parte de los gastos del viaje. En la Casa Rosada, en Buenos Aires, el general Aramburu, presidente del Gobierno Provisional de la República Argentina, nos recibió y estuvo vivamente interesado en lo que nosotros le expresamos: "Lo que necesitamos aquí, ante todo, es una convicción", nos dijo, "y la convicción no es posible más que gracias a la fe. Ustedes hacen exactamente lo que es necesario".

Recientemente, Nelson, Carlos Pinto y yo partimos hacia Washington, donde tuvimos entrevistas con dirigentes americanos, senadores y altos funcionarios del Departamento de Estado. Nunca antes habíamos pensado que un día, simples portuarios como nosotros, podríamos hacernos oír por hombres cuyas decisiones conciernen a tantos países.

Tal es nuestra historia. Todo comenzó el día en que me encontré frente a Nelson, con odio en el corazón. Este encuentro, que pudo haber sido fatal, ha cimentado, por el contrario, una armonía que nos permite ahora unir a los hombres. Hoy en día, Nelson y yo luchamos uno junto al otro. Tenemos una respuesta para el odio, la ambición y el egoísmo. Sabemos que Dios puede inspirarnos y dirigirnos. Ciertamente, no es fácil vivir según estos principios morales absolutos. Pero sé que es la única manera de inspirar a otros a vivir de ese modo y que solamente así veré a mi país cambiar y cambiar al mundo. He ahí la razón de mi entusiasmo por esta revolución.

DAMASIO CARDOSO

Balance de un industrial francés

Si, en un hermoso día del mes de agosto de 1952, partí en compañía de mi esposa hacia Caux, fue solamente porque deseaba no ser más el blanco de las insistencias de un amigo, que me urgía para conocer el Rearme Moral. ¡De hecho lo ignoraba casi todo de este último y no tenía ningún deseo de saber más!

¿Quién era yo?

Presidente de una empresa metalúrgica que contaba con un personal de unos 7.000 trabajadores, casado y padre de una familia de ocho hijos.

¿Cuáles eran mis problemas?

Del punto de vista privado, los de un hombre que, viudo con tres hijos, se había vuelto a casar con una viuda, madre a su vez de cinco hijos. Por este lado se presentaba el problema difícil de una fusión de familias y de todas las fricciones que pueden derivarse de ello.

En el aspecto profesional, ¿cuáles eran las fuerzas que motivaban mis preocupaciones?

Desde luego el drama común de la mayor parte de los jefes de empresa: el de las incomprensiones profundas entre ellos y su personal. Pero una preocupación no menos grave empezaba a talararme: el tener que hacer frente al primer mercado común naciente, el del carbón y del acero, que presentaba, a menor o mayor plazo, el problema del porvenir de la industria del departamento del Loire —donde se encontraba lo esencial de mi actividad—, un problema de vida o muerte.

Subiendo hacia Caux, ni siquiera me preguntaba si podía existir alguna relación entre lo que iba a encontrar allí y las inquietudes que me atormentaban. Era no obstante allí que descubriría, si no la respuesta a todos mis puntos de interrogación, por lo menos una clave que iba a permitirme resolver la mayor parte de los problemas humanos.

Sospechaba todavía menos quiénes serían los interlocutores que me traerían esta respuesta. Porque no fueron mis conversaciones con los jefes de empresa, investidos de funciones semejantes a las mías y cargados de responsabilidades del mismo orden, ni las reuniones de Caux, algunas de las cuales sin embargo me han impresionado tanto, las que me han producido el verdadero choque que ha revolucionado mi existencia de seis años a esta parte. Este choque lo he sentido en el curso de conversaciones muy sencillas, casi infantiles, que pude tener, a pesar del problema lingüístico, con dos obreros alemanes, antiguos militantes comunistas del Ruhr y que desde entonces habían abandonado todo para luchar por el Rearme Moral. Ni ellos ni yo hemos abordado las grandes cimas de la filosofía ni de la economía. Nuestras inclinaciones mal nos hubieran llevado a ello, como tampoco la presencia de un intérprete, necesario a pesar de mis nociones de alemán.

¿Cómo decir con palabras, cómo expresar a intelectuales tan escépticos y tan complicados como yo la convicción que tenían estas gentes sencillas, pero con una llama interior gracias a la cual es posible cambiar las relaciones humanas mediante el retorno a ciertos principios morales? ¿Cómo confesar, sobre todo, mi desconcierto cuando, para contestar a mi supuesta profunda experiencia de las relaciones sociales y a mi certidumbre de que era utópico pretender modificar las relaciones humanas por el simple efecto de un contacto de corazón a corazón, se me daba por toda réplica: *¿Haben Sie versucht?* ... “¿Ha probado usted?”

No, yo no había probado. Había, a menudo, intentado vencer a los demás de la superioridad de mi razonamiento intelectual, pero rara vez de reconocer mis culpas y buscar lo que es justo.

Pensé que debía hacerlo. Pero me resultaba molesto y harto embarazoso.

Al volver de Caux con mi mujer, nos detuvimos al borde de un arroyuelo y, sentados sobre el césped, nos preguntamos: "¿por dónde empezar?" ... Por reconocer mis culpas, por decir a los demás que yo creía posible establecer un intercambio más allá de las normas oficiales y de las relaciones impersonales...

Tomé al toro por las astas algunos días más tarde, al convocar a sesión especial al comité de empresa de la más importante fábrica de mi sociedad: 5.000 obreros, más o menos. No olvidaré jamás esa conversación, durante la cual expuse lo que había experimentado en Caux, mi convicción de la posibilidad de establecer un nuevo clima entre los hombres por la búsqueda de lo que es justo, y en la que presenté mis excusas por los errores que hubiera podido cometer. No sabré jamás si lo que más me inquietaba, ante el rostro pasmado de mis interlocutores, era mi temor al ridículo o la sensación de inutilidad del paso que daba.

Porque, hasta entonces, yo había tenido relaciones más bien tensas con estos delegados, de los cuales me alejaban todas las incomprendiones inherentes a la separación de clases, cuyos puntos de vista son también inconmovibles e inconciliables ... "Eso es lo que he comprendido en Caux", dije al terminar. "No os pido ni que me creáis ni que participéis de mi convicción de que es posible encontrar para todo el mundo una solución nueva, basada en el cambio personal. Os pido solamente que aceptéis venir conmigo a Caux para oír lo que allí se dice".

No supe sino más tarde, mucho más tarde, lo que pasaba en aquel mismo momento en el corazón de muchos de mis interlocutores. Aquellos que han tenido a bien decírmelo me han confesado que estaban desconcertados. Y, sin embargo, se trataba de hombres duros.

Se había suspendido la sesión. Yo esperaba, inquieto por mi audacia, la decisión de los delegados del comité. Después de un cuarto de hora de deliberación, me hicieron saber que estaban unánimemente de acuerdo para ir a Caux conmigo.

Era demasiado bello, sin duda ... La noche misma de esta reunión, que fue uno de los momentos más emocionantes de mi vida de hombre y de mi carrera profesional, habían actuado intervenciones sindicales ajenas; directivas emanadas de entidades impersonales habían venido a oponer un veto allí donde el corazón había hablado: el sindicato más importante impedía a sus delegados seguirme. Los demás confirmaron su aceptación.

Me es difícil, puesto que es traicionar la verdad y la profundidad de los sentimientos humanos, el pretender encerrarlos en la sencillez de una imagen de Epinal, expresar el resultado, después de seis años, de esos escasos momentos de verdad entre hombres y de ese viaje en común.

Algunos me han pedido, a menudo, hacer un balance de los resultados positivos de mi adhesión, sin reservas, a la acción del Rearme Moral desde agosto de 1952. Y bien; puedo decir con toda sinceridad que es en el recogimiento de la mañana en el cual he buscado el camino de la justicia, despojado de todo interés personal, que he encontrado la solución de graves problemas industriales.

Es en el curso de estas meditaciones, impregnadas del espíritu de Caux, que germinaron y tomaron cuerpo ciertas decisiones de las cuales citaré sólo las más salientes.

Fue, en primer lugar, una distribución gratuita de acciones al personal de mi empresa. Luego, la decisión de fusionar las cuatro principales sociedades metalúrgicas de nuestra región para realizar, con un conjunto de 15.000 trabajadores, una de las más importantes operaciones de concentración y de racionalización industriales; la clave del problema estaba para mí en dejar el primer puesto para descender al segundo. Fue, luego, un compromiso que a mi saber ninguna empresa ha contraído jamás: el de no efectuar ninguna suspensión de obreros durante un riguroso período de concentración industrial, por un lapso de cuatro años. ¿Citaré, aun la concertación de un contrato de empresa que encerraba la cláusula excepcional por la que el personal aceptaba subordinar las alzas de los sueldos al restablecimiento del equilibrio financiero de la compañía? O, aun más, ¿el compromiso,

convenido en otro momento, por ese mismo personal, de no hacer huelga durante un período determinado?

Cada uno de estos hechos no es, tal vez, extraordinario en sí mismo, pero es ciertamente, poco común. Es sobre todo en su repetición y regularidad, desde mi vuelta de Caux, que se nutre mi certidumbre de su causa profunda.

El origen es el desafío que me lanzaron un día dos mineros del Ruhr y también la impresión extraordinaria que me dejaron esos pocos minutos de vida intensa en los que sentí, en el curso de una reunión del comité de empresa, desgarrarse un velo entre unos y otros.

No sé si todo eso se debe al Rearme Moral. Pero estoy seguro de que sin él nada hubiera ocurrido. Nada, sin ese cambio profundo que tuvo lugar en mi corazón en esas jornadas de agosto de 1952 y, al mismo tiempo, en el de mi mujer. Puesto que es desde ese día que un buen matrimonio se ha transformado en un sólido equipo.

Y este equipo ha originado otro: ese grupo de hombres y de mujeres que se reúne lealmente con nosotros todos los meses, desde hace cinco años, cuando nos trasladamos desde París hasta esta ciudad del centro de Francia, donde se encuentran las fábricas de nuestra compañía. Allí volvemos a encontrar a obreros, capataces e ingenieros de nuestras fábricas, que están unidos, con sus esposas, por la misma fe en el Rearme Moral. Ellos también han comprobado, en su vida familiar y en su trato en el taller, cómo la práctica de la honradez y del amor hacia los demás puede transformar el panorama del mundo y las relaciones entre los hombres. No sólo van con nosotros todos los años a Caux, sino que van también muchas veces, en grupo, a otras ciudades, para que su equipo, unificado por la mutua confianza de sus miembros, manifieste a otros aquello que cree.

Un jefe de empresa metalúrgica

Para ella, nada hay imposible

Todos conocen a esas mujeres muy ocupadas, altaneras y autoritarias que hay por doquier, hasta en Holanda. Pues bien; así era yo. Era evidente que Dios me había hecho para mandar, organizar y dirigir. Yo organizaba y dirigía docenas de comisiones; era presidenta de no sé cuántas organizaciones; a la vez ponía en práctica mis dotes en casa y me asombraba de que mi marido y mis hijos no parecieran encantados de ello. Me sorprendía aun más que, a pesar de mi energía y mi trabajo, nada cambiara en el mundo.

Un día conocí a un grupo de personas que poseían, lo sentí de inmediato, aquello que yo buscaba: todo cambiaba —pero de veras— a su alrededor.

De suerte que me dirigí a una de las damas presentes y le dije:

“Veo en ustedes algo que yo no tengo y que busco. ¿Qué hay que hacer? ¿Por dónde hay que empezar?”

“Es muy sencillo. Nosotros tratamos de vivir siguiendo cuatro imperativos morales absolutos: honradez absoluta, pureza absoluta, desinterés absoluto, amor absoluto”.

A lo que observé: “¡Ah!, eso no será difícil. Es lo que he hecho siempre”.

“Pero hay algo más: nosotros tratamos de escuchar a Dios todas las mañanas y escribimos lo que Él nos inspira”.

“Eso, en cambio, me será difícil. Porque, mire usted, yo estoy muy ocupada. Inmediatamente después del desayuno, el teléfono empieza a sonar, viene gente a verme; luego voy a mis reuniones de comisiones. Me temo que eso esté fuera de lo posible”.

“Sí, pero es que no se trata de hacerlo después, sino antes del desayuno”.

“Usted no me conoce. Es absolutamente imposible. Durante el día me siento llena de energía, pero tengo necesidad de mucho sueño. Estoy hecha así: caigo enferma si me levanto demasiado temprano”.

“Había entendido que usted quería ese algo...”

“Claro que sí”, insistí.

“Usted no puede encontrar el tiempo necesario. Más vale no pensar más en ello”.

Ella tenía razón. ¡Yo quería aquello que ellas tenían, pero no era capaz de sacrificar una hora de mi tiempo para encontrarlo! Me decidí, de golpe; salí y compré un despertador. Al día siguiente funcionó con estrépito, exactamente una hora antes del momento habitual de levantarnos. Mi marido saltó de la cama gritando:

“¿Qué pasa? ¿Qué sucede?”

“Voy a hacer una hora de silencio”.

“Ah, es tu última extravagancia”, dijo riendo de buena gana.

Y, desde luego, no quería oír hablar de Rearme Moral. Pero yo estaba tan apasionadamente interesada, al cerciorarme de que ahora tenía ideas como nunca me habían venido a la mente, que continué un mes levantándome una hora antes.

Al cabo de un mes mi marido me dijo de pronto:

“Y tu Rearme Moral, ¿no se reúne más?”

“Claro que sí”.

“¿Quieres hacerme invitar?”

“Creía que no querías oír hablar de él”.

“Así es, pero si eso tiene el poder de sacarte de la cama una hora más temprano, debe de ser algo formidable. Tengo ganas de ver eso más de cerca”.

Y él también adoptó la idea.

A principios del año 1940, una mañana, durante mi hora de recogimiento, me vino a la mente un pensamiento muy claro.

Debía trasladarme a los Estados Unidos para hablar a las mujeres americanas de lo que pasaba en Europa.

Mi país estaba movilizado. Francia, en guerra. Sentía que Europa se preparaba para una guerra mundial; América, en cambio, se hallaba bien lejos de todo esto.

Poco tiempo después, leí un artículo referente a los preparativos de una importante conferencia que iba a reunir en Washington a una gran cantidad de mujeres. El tema era: la guerra, sus causas, sus remedios. Las personalidades femeninas más importantes de Norteamérica debían asistir. Estaba prevista una participación extranjera. No dejé escapar la ocasión.

El único transatlántico posible partía de Génova el viernes posterior; la conferencia empezaba el siguiente martes.

Me arreglé para ver inmediatamente al cónsul general americano con el fin de pedirle una visación. El cónsul me dijo:

“Lo siento, es absolutamente imposible. Por otra parte, ¿sabe usted señora los peligros que presenta este viaje? Usted viajaría sobre un campo de minas”.

“Creo que Dios me ordena que me dirija a los Estados Unidos y quiero asistir a esa conferencia de mujeres”.

“Bueno, le daré la visación. Usted es una mujer valiente”, dijo después de mucho titubear.

Repetí mi gestión ante los franceses. El diplomático francés me dijo:

“Caramba, es absolutamente imposible, absolutamente imposible. Necesito tres semanas para obtener una visación”.

Le dije que la necesitaba para ese mismo día.

“Es imposible”, repitió.

“Bueno, lo que no es posible para los hombres es posible para Dios. De manera que si Dios quiere que yo vaya a América —y estoy segura de que Él lo quiere— tendré esa visación. Usted la obtendrá, si la pide”.

Acabó por pedirla y la obtuvo.

Salí el viernes siguiente hacia Génova y me embarqué para América.

Frank Buchman, que estaba al corriente de mi empresa, me hizo presentar a la señora de Roosevelt y ésta me introdujo en la conferencia. Rogué a la presidenta que me concediera la palabra.

“Es imposible; el Orden del Día está establecido desde hace mucho y el programa está completo”, me contestó.

Me otorgó, no obstante, cinco minutos y hablé durante una hora. Hablé a todas esas mujeres de las condiciones en que vivíamos en Europa y de las realidades que un pueblo se ve obligado a enfrentar por la guerra. Muchas de entre ellas se me acercaron en seguida para invitarme a repetir en otras ciudades de los Estados Unidos lo que había dicho.

En San Francisco, en donde volví a encontrar a Frank Buchman, me enteré de que Alemania invadía a Dinamarca. Era probable que pronto le llegara el turno a Holanda. Aunque mi viaje no había terminado —se me había sugerido muy en claro que hablara también a las mujeres del Canadá—, yo quería volver a Europa para reunirme con mi marido y mis hijos. Hablé de esto a Frank.

“Veamos eso en *el silencio*”, me contestó.

Y me ayudó a seguir mis convicciones hasta el fin, con riesgo de no regresar jamás a Holanda.

Volví a ver a Frank en Nueva York.

“Y bien, Frank, creo que ahora puedo regresar a mi casa para festejar mis cuarenta años de matrimonio el 17 de mayo. Verdaderamente creo que debo volver”.

“Veamos eso en *el silencio*”, contestó Frank.

Pensé súbitamente en una cosa:

“Debería detenerme en Roma, ya que puedo conseguir una audiencia privada con el Santo Padre; quisiera preguntarle qué puedo hacer con las mujeres italianas”.

“Veamos en *el silencio*”, repitió Frank.

Nos recogimos y he aquí lo que Frank me dijo:

“No, esta vez no. Vuelva directamente a su casa”.

Hice el viaje en un transatlántico italiano. Al llegar a Nápoles me dije: “Estoy a unas horas de Roma. ¿Por qué no ir?” Pero decididamente no; seguiría directamente hasta casa.

Llegué el 9 a las seis de la mañana. Esa misma tarde, por la noche y a la madrugada siguiente, los alemanes pasaron la frontera. Estábamos en guerra. Sin la absoluta claridad de la inspiración recibida por Frank, no hubiera llegado a tiempo y no hubiera hecho todo lo que pude hacer durante la guerra.

No bien hube llegado, debí soportar que los oficiales alemanes recorrieran la casa. Se instalaron en las habitaciones que eligieron. Después los nazis organizaron un enorme campo de concentración, muy cerca de nosotros. Allí encerraron a millares de holandeses, hombres, mujeres y niños, en calidad de prisioneros políticos. Todos aquellos que tenían la desgracia de no caer bien a los alemanes eran llevados a ese campo de concentración, dirigido por un hombre muy cruel. Torturaba a sus prisioneros y les disparaba, sencillamente, si estaba de mal humor. Su última invención era dejarlos morir de hambre. Todo el mundo lo sabía. A veces veíamos a los prisioneros trabajar en los caminos; eran esqueletos vivientes y fallecían a diario. Se morían de hambre. Yo pensaba en ellos día y noche.

Una mañana me dije: "Lo que puedo hacer es pedir a Dios que me dirija". Oré y tuve dos pensamientos: el primero, no tener miedo de entrar en el campo y pedir que el comandante me recibiera; el segundo, que no hay nadie malo del todo, que ese hombre tenía en su corazón un punto aun sensible; yo podría descubrirlo.

Mi marido se espantó y no me dio su aprobación. Pero yo sentía con seguridad que Dios me había inspirado esos pensamientos y me dirigí al campo.

El comandante estaba tan sorprendido de que una holandesa, por iniciativa propia, osara entrar en el campo, que me hizo pasar a su oficina, donde tomé asiento. Hablamos durante dos horas. Acabé por descubrir que su punto sensible era el cariño por su hijo, a la sazón en el frente ruso. Le dije:

"Su hijo puede morir, pero también puede ser encerrado en un campo de concentración en Rusia. ¿Qué diría usted si alguien llegara a ayudarlo?"

"Naturalmente, me regocijaría".

“Pues bien; siento profundamente que si usted me otorga el permiso de traer alimento a mis compatriotas, alguien ayudará a su hijo en Rusia”.

“¡Oh!, eso es absolutamente innecesario. Aquí reciben una alimentación excelente. Esto es más bien un campo para convalecientes que un campo de concentración”.

Yo sabía muy bien cuántos morían diariamente.

“Puesto que usted me lo dice, no dudo de que así será. Pero no puedo dejar de pensar que un pequeño suplemento no les vendría mal”.

“Está bien; consiento”, expresó finalmente.

Volví a casa triunfante y dije a mi marido:

“Ya ves; nadie me ha hecho el menor daño y tengo autorización para distribuir provisiones entre nuestros desgraciados prisioneros”.

“Sí, ¿pero cómo te las vas a arreglar? Estamos racionados, no tenemos gran cosa para darles”.

Yo pensaba que si Dios me había pedido que penetrara en el campo, Él mismo me indicaría el medio de conseguir los alimentos necesarios. Nosotros podíamos empezar por comer menos y economizar la más ínfima migaja, cosa que hicimos. Nuestros vecinos se nos unieron y diez días después todo el mundo en Holanda conocía nuestra historia; era el único campo donde se había acordado esa autorización. La gente venía de todos lados con las economías hechas sobre sus magras raciones. Mi casa se transformó en mercado. Todo era apetitoso. Llegamos a hacer 1.200 paquetes grandes por día, los cuales eran llevados al campo.

Pero se me ocurrió que era preciso hacer solamente sándwiches, con el fin de evitar que nuestras buenas porciones de queso, de pan, de manteca o de carne tomaran el rumbo de Alemania. Como los sándwiches se echan pronto a perder, los distribuirían entre los prisioneros.

Todo marchó bien durante algunos meses; después el comandante fue relevado. Lo reemplazó otro que se apresuró a devolver los paquetes. No quería saber nada de eso. Fui a verlo

y acabé por conquistarlo. Por último se instaló un tercero que se negó a recibirme por temor de verse vencido. Esto duraba ya varios días, las provisiones se acumulaban, la gente se moría de hambre y yo no podía hacer nada, puesto que el comandante se negaba a recibirme. Me recogí.

En el curso de ese recogimiento, pensé en la viuda que quiere contar su historia al juez y que el juez se niega a escuchar. Pero ella vuelve todos los días hasta que el juez, exasperado por su perseverancia, acaba por ceder. Y me dije: "Eso es lo que hay que hacer". Empecé a bombardear nuevamente al comandante con cartas y llamadas telefónicas; le hice preguntar por qué se negaba a verme, hasta el día en que, furioso, contestó: "Bueno, iré a verla a su propia casa". Creía que yo no aceptaría, porque muchos holandeses se asombrarían de que yo consintiera en recibir a un hombre de esa clase.

De pronto no supe qué hacer, pero medité y me dije: "La opinión de la gente ¿es acaso más importante para ti que la vida de los prisioneros?" Tendría que admitirlo si no me inclinaba. Y dije:

"¡Que venga!"

Mi marido se marchó diciendo:

"Yo no quiero recibirlo".

El día establecido me senté y esperé. Llegó. Seis oficiales lo acompañaban para sostenerlo en el torneo, todos armados de sables y con un aire nada tranquilizador. "Me van a llevar", me dije. Me sentía desfallecer. Pero una voz me decía: "No tengas miedo. Él sólo importa; los demás no cuentan". Les rogué amablemente que se sentaran, les ofrecí una taza de café o de té. Pero el comandante no aceptó. Ataqué preguntándole por qué no aceptaba mis paquetes. Se limitó a decir:

"No, no; no quiero ni siquiera oír hablar de ello".

Lo entretuve muy cumplidamente hablando de una y otra cosa y volví a la carga:

"Bueno, ¿y si habláramos de esos paquetes?"

Aquello duró tres largas horas. No pude sacarle más que no, no, no. Ya no sabía qué hacer. Oré interiormente con fervor;

era necesario ganar. Me vino una inspiración y de pronto le dije:

“Hace tres horas que estamos hablando y no hemos hecho otra cosa que decir no, no, no; pero yo sé que usted tiene buen corazón y que, en el fondo, usted desea darme la autorización que le pido”.

Vi a los oficiales hacer muecas para contener la risa. ¡Buen corazón! Se puso nervioso, se movió en el sillón, miró a su alrededor, me miró, soltó la risa y dijo:

“Bueno, bueno, usted ha ganado”.

Cumplió su promesa hasta el fin, es decir, hasta el momento en que los aliados entraron en Holanda y cuando la Liberación se acercaba. Los prisioneros del campo temblaban. Un día recibí un papel en el cual uno de ellos había borroneado las siguientes palabras: “Vivimos en el terror. Hemos oído decir que van a ejecutar a quinientos de nosotros. En cuanto a los rehenes, incluidos mujeres y niños, deben ser enviados a Alemania. Usted sabe lo que eso significa. La única persona que puede salvarnos es usted. Le suplicamos que venga a defender nuestra causa. Pero sepa que las intermediaciones del campo están atestadas de ametralladoras. Los soldados tienen orden de tirar a la vista de cualquiera que no tenga motivo oficial para venir”.

Fue un momento difícil. Me daba cuenta del peligro. Mi marido y yo nos recogimos y esta vez también tuve la absoluta certeza de que no tenía nada que temer: era mi vida o la de los prisioneros. Dios me protegería. Al fin, mi marido me dejó ir. Atravesé los bosques y tropecé con un grupo de soldados que me apuntaron y me intimaron a que hiciera alto. Les grité que quería hablarles y continué mi camino hacia ellos. Se sorprendieron tanto que me dejaron acercar. Les dije lo que quería hacer. Pude seguir adelante, de grupo en grupo hasta el último centinela, que consintió en telefonar al comandante. Oí aullar a este último: “Que me deje en paz. No tengo tiempo. No quiero verla”. Tomé el receptor, le hablé, le dije que había oído decir que él iba a ejecutar a quinientos prisioneros, que eso era un acto de barbarie y que le pedía gracia para ellos. Me dio la seguridad de que no ejecutaría a nadie.

“¿Y los rehenes?”, le dije. “No han hecho nada. No son prisioneros de guerra, ni prisioneros políticos; sería un acto de salvajismo enviarlos a los campos de concentración de Alemania”.

“Entonces, ¿qué más pretende usted que haga?”

“Déjelos salir. Yo iré a buscarlos y los haré llevar a sus casas”.

Después de unos instantes de reflexión, dijo:

“De acuerdo. Puede usted venir mañana y llevárselos”.

Al día siguiente, reuní a todos mis amigos dueños de algún medio de locomoción; fuimos al campo bajo la protección de una banderita de la Cruz Roja. Las mujeres y los niños pudieron salir. Por miedo a una contraorden los empujamos hacia afuera; luego les dimos de comer un poco, algunas ropas, y pudieron llegar a sus casas. En seguida les tocó el turno a los hombres. De esta manera fueron liberados todos los rehenes. En cuanto a los otros prisioneros, que eran 5.000, fueron enviados a Alemania, a los campos de concentración. ¡Ay!, muy pocos volvieron.

Otro hecho sorprendente se produjo después de la guerra. Recibí una carta del comandante (el tercero) en la que me decía que estaba en una prisión francesa y que le gustaría saber qué era de nuestra vida, pues no ignoraba que nuestra casa había estado bajo el fuego de los cañones, que la batalla se había librado en la ciudad y que todos nosotros habíamos vivido en los sótanos durante treinta y cinco días y noches. ¿Viviríamos todos? Terminaba diciendo: “Me sentiría feliz de tener noticias tuyas, pues recuerdo con respeto lo que usted hizo”. La fórmula final era “Con gratitud”.

Yo me preguntaba por qué este hombre sentía gratitud hacia nosotros. Creí comprender que, detenido a su vez en un campo de concentración, sabía ahora los sufrimientos que ello representaba y estaba contento del bien que había permitido hacer.

Algunos meses más tarde, recibí una carta de un abogado francés por la que me preguntaba si yo podía dar un testimonio favorable a su cliente, el ex comandante del campo de concentración, acusado de crímenes de guerra. Escribí inmediatamente que a mi juicio no merecía más que una pena liviana, ya que no sólo nos había autorizado a dar sustento a nuestros compa-

triotas, sino que había tenido el coraje de tomar la decisión de poner en libertad a los rehenes, contrariando las órdenes recibidas.

Mucho tiempo después, vi en el diario las fotografías de tres criminales de guerra. Él era uno de los tres. Los otros dos fueron condenados a muerte; él, a algunos años de prisión. Su vida también se había salvado.

Comprendí así que siempre hay que seguir las inspiraciones brotadas del recogimiento, aun cuando parezcan pertenecer al dominio de lo imposible.

Si Le obedecéis, Dios viene en vuestra ayuda.

LOTTIE VAN BEUNINGEN
Países Bajos

Un joven hindú ante la independencia

Al pie del Himalaya se extiende uno de los Estados principescos de la India: al Nordeste, cubiertas de nieves perpetuas, las cimas que dominan las fronteras del Tibet y de la China; al Este, a lo largo de la cadena Himalaya, Birmania y Thailandia, países de grande y antigua cultura budista; aun más lejos, al Sudeste, la Indochina; al Norte, la URSS; después, el comienzo de la larga cintura islámica que se extiende de Pakistán a Nigeria y a Ghana.

Mi padre era el preceptor del maharajá de este Estado y, al nacer yo, el soberano sugirió a mi padre que me diera su nombre. Vivíamos una vida sencilla en una ciudad apacible donde, debido a nuestra intimidad con la familia real, todo el mundo nos trataba con el mayor respeto.

Tengo cuatro hermanos y cuatro hermanas. Todos vivíamos bajo el mismo techo. Mi padre y mi madre son ambos hindúes ortodoxos. Han observado una estricta disciplina toda su vida. Tal como lo exige la costumbre hindú, el día comenzaba para ellos con una hora de oración que terminaba en el momento en que los niños dejábamos el lecho.

Mi madre dedicaba su tiempo a la casa, ocupándose de sus nueve hijos. Éramos una familia muy respetable; sin embargo, todo no era perfecto si se miraba de cerca. Recuerdo las discusiones vehementes que surgían entre mi padre y mi madre respecto de los niños y de los gritos que las acompañaban; del tono altanero con que hablábamos a nuestros criados, que nos servían con fidelidad y con cariño. Mi padre no me ha pegado

nunca, pero siempre le tuve miedo. Había algo en su modo de dirigirse a mí y de mirarme que me dolía más que los golpes. De manera que, no obstante la atención que prestaba a mi educación y a mi vestir, nunca recibí de él otras muestras de afecto. Por otro lado, yo era muy apegado a mi madre, que se encargaba de la difícil tarea de presentar nuestros pedidos a mi padre.

Crecí y adquirí la conciencia de todo lo que pasaba a mi alrededor. Veo aun las calles de mi ciudad natal y sus alrededores, donde en la noche hombres y mujeres dormían sobre las aceras junto con las vacas que descansaban también allí cerca; veo nuevamente también a aquellas gentes buscando en los desperdicios alguna migaja antes de acostarse sobre las piedras para dormir. Ese espectáculo me chocaba. Recuerdo que un día corrí hacia mi madre para preguntarle: “¿Por qué esas gentes viven así? ¿Por qué no tienen, como nosotros, buenas almohadas y todas las otras cosas buenas?” Mi madre me apartó diciendo: “Eres muy pequeño para comprender. Vete a jugar”.

Salí de la habitación, pero la pregunta quedaba en pie. Me atormentó hasta el momento en que entré en la Universidad.

En la Universidad, en nuestros momentos de libertad, nos reuníamos en el café para discutir las causas de la pobreza, de la injusticia, de la desigualdad social. De todos lados nos llegaba el mismo eco: ¡es culpa de los ingleses! Ellos nos explotaban, se habían apoderado de nuestros recursos para elevar su propio nivel de vida. “Tú no has visto nunca a un inglés acostado en la acera, bien sea aquí o en Inglaterra”, me aseguró un estudiante. Este comentario despertó algo en mí y me dije que, si verdaderamente amaba a mi tierra y a su pueblo, mi deber era luchar contra la injusticia social. Ese día decidí que, fuera cual fuere el precio a pagar, me entregaría a la lucha por la independencia de mi país al lado de los revolucionarios que ya la habían iniciado.

A partir de ese momento tenía un objetivo, y a él consagré todo mi tiempo de seis de la mañana a once de la noche. Muchachos y muchachas de la Universidad discutíamos interminablemente. Elaborábamos los planes de la revolución, editábamos

febrilmente volantes antiingleses que luego distribuíamos en las calles mientras uno de nosotros vigilaba para avisarnos la llegada de un inspector o de un agente de policía. Recuerdo una noche en que, apostado en el rincón oscuro de una calle, metía nuestros manifiestos en el bolsillo de cada transeúnte. Otros compañeros llenaban sobres con productos químicos inflamables que luego sellaban y echaban en los buzones de correo, preferentemente cerca de los edificios del gobierno; algunas horas más tarde los buzones se incendiaban.

No pensábamos sino en la independencia de nuestro país, que debía marcar el advenimiento de la justicia social y de mejores condiciones de vida para todos nuestros compatriotas. Vivíamos obsesionados por aquella idea y por ella nos arriesgábamos.

Un día, 7.000 estudiantes desfilaban en las calles de Nueva Delhi y marchaban gritando los "slogans" revolucionarios. La vanguardia tropezó de golpe con la motocicleta de un oficial inglés. Detrás de él, cuatro camiones llenos de policías. El oficial nos intimó la orden de interrumpir la manifestación. Yo le repliqué: "Estamos aquí simplemente para decir que queremos la libertad". "Vuestros alegatos no me interesan; tenéis diez minutos para dispersaros, o no respondo de las consecuencias", dijo él.

Los organizadores de la manifestación se consultaron. Decidimos arriesgar el todo por el todo, puesto que era por nuestro país. Hicimos saber entonces al oficial que estábamos decididos a continuar la manifestación y que aceptábamos las consecuencias de nuestra decisión.

La policía abrió fuego y hubo muertos, entre ellos algunos de mis mejores amigos. Ese día aprendí a odiar. Me había entregado a la lucha por amor a mi país y a su pueblo. Ese amor se encontró reemplazado por un odio salvaje y una sed de venganza.

Día tras día, mes tras mes, la lucha continuó. Mi odio crecía siempre. Por fin amaneció el día de la independencia. La victoria era nuestra. Millares de hindúes vociferaban de alegría; por primera vez teníamos el derecho de enarbolar la bandera nacional.

En mi habitación, en compañía de mi padre y de mi madre, oí por radio la ceremonia de la transmisión de los poderes. A la medianoche, ya estaba consumada. Las campanas repicaron en todos los templos y di gracias a Dios desde el fondo de mi alma. Lloré de alegría y pensé: "Ahora podremos erigir juntos una India donde nadie tendrá hambre y donde reinará la justicia. Los que han muerto por esto, desde la eternidad verán sus aspiraciones realizadas". Pensé también en el Mahatma Gandhi y en nuestra buena suerte de tenerlo como jefe.

Apenas seis meses más tarde nos era arrebatado. Empecé entonces a perder mis ilusiones; los patriotas se abalanzaban hacia los puestos y las ventajas del poder, a las que estimaban tenían derecho. No se pensaba más en "el hombre de la calle".

Yo no ahorraba mis críticas respecto de nuestros jefes; éstos, por su lado, censuraban nuestro comportamiento. Habíamos caído en un círculo vicioso.

Me sentía en un callejón sin salida hasta el día en que me dije que era imposible servir a un país mientras no se tenga el poder político. Decidí inmediatamente hacer todo para llegar a ser ministro y entrar en el gobierno. Llegado allí, podría hacer por el hombre de la masa lo que nadie hacía por él. Me dediqué a perseguir este fin sin consideraciones para nadie; me abrí paso con los codos, urdí intrigas y terminé por actuar exactamente como aquellos a quienes había censurado.

En 1950, con algunos amigos y con la ayuda de distintas personalidades, fundé la organización de los estudiantes de la India en pro de las Naciones Unidas. Me di cuenta del vacío en que se agitaban los jóvenes de mi clase, que, una vez adquirida la independencia, no tenían más propósitos en la vida y sufrían de una sensación de impotencia. Una organización tal debía permitirnos movilizar nuestras energías y consagrarnos a la paz y a la unidad del mundo. Pensé además que las divisiones políticas exigían que nos colocáramos en un plan fuera de lo político, tanto en nuestro país como en el resto del mundo, y que los intercambios culturales nos ayudarían a lograr nuestros fines.

Por esta misma época, todo estaba encaminado en la India con miras a ganarse los espíritus y los corazones de la juventud para la ideología comunista. Yo ignoraba totalmente la amplitud de esos esfuerzos.

Tomábamos contacto con las diferentes embajadas occidentales de Nueva Delhi para hacerles conocer la cultura hindú y, por su lado, las embajadas nos hablaban de las civilizaciones que ellas representaban. Era una ocupación útil. Dejábamos de lado las embajadas rusa y china porque sabía que ellas tenían algo más que ofrecer que la cultura.

Mientras nos batíamos contra los ingleses por la independencia de nuestro país, los comunistas nos habían ayudado; pensaban ya en las ideas que moverían a la India una vez lograda la independencia. Durante mucho tiempo, pues, había trabajado en estrecha colaboración con los comunistas hindúes hacia el mismo objetivo: la independencia.

Durante la guerra, se había producido un hecho curioso. Hubo un período durante el cual los aliados lucharon contra Rusia, entonces unida a los nazis. Luego, el viento cambió de rumbo: Gran Bretaña y Rusia se aliaron para combatir el nazismo. Todos los comunistas que estaban presos fueron puestos en libertad por el gobierno británico en la India, y los hombres que, como Gandhi y otros, no colaboraban con los británicos, reemplazaron a los comunistas en las cárceles, mientras que estos últimos nos incitaban a cooperar con los ingleses en el esfuerzo de guerra, es decir, a hacer lo contrario de lo que nos habían aconsejado hasta entonces.

Yo era nacionalista ante todo. Rehusé seguirlos y me separé de ellos. La independencia de mi país era más importante que la guerra para mí. Me había vuelto anticomunista porque había comprendido que su interés primordial no era la independencia de la India, sino el triunfo de la teoría de Marx y de Lenin en el mundo.

Un día recibí una carta firmada por una mujer que era agregada cultural de la embajada de la URSS. Esa carta decía: "Nos damos cuenta del papel que desempeña la juventud hindú

en la acción de las Naciones Unidas y en el establecimiento de la paz mundial. La juventud de la Unión Soviética tiene mucho que aprender de la juventud hindú, y estaríamos honrados si consintierais en venir a la embajada para ponernos al corriente de vuestra eminente cultura”.

Esa carta tuvo su efecto en mí. Las embajadas occidentales podían convencernos de su superioridad (no; no teníamos aparatos de televisión, ni máquinas de lavar, ni aviones de reacción, etc. etc.), pero con eso no nos acercaban al Occidente. Aquella carta de la agregada cultural rusa me daba por primera vez la esperanza de que aun nosotros, los hindúes, teníamos algo que dar al mundo. Inmediatamente, todo mi orgullo nacional revivió y me dije: “He aquí, por fin, la ocasión de probar a los comunistas que nuestra cultura es superior a la de ellos”.

Reuní a los veinticinco “cracks” de la Universidad que, como yo, no tenían ninguna intención de volverse comunistas. Pero empezamos por ingerir a Marx y Lenin para poder estar a la altura de las circunstancias, poder discutir y salir ganando en estos carcos intelectuales. Estábamos listos cuando llegó el gran día.

Fuimos recibidos a la manera hindú: las manos juntas y en el más puro lenguaje indi. Se nos introdujo en una magnífica sala donde seis mesas estaban preparadas para nosotros con el mayor esmero. A cada una de estas mesas nos sentamos tres de nosotros con tres señoritas de la embajada. Se nos ofreció vodka y cigarrillos negros de puntas doradas; para jóvenes estudiantes, era un tanto embriagador el ser así recibidos, el beber vodka y gustar de todas estas cosas por primera vez en la vida. Permanecimos allí más de tres horas y media, y durante esas tres horas y media la palabra comunismo no se pronunció una sola vez.

Cuando estuve afuera, me dije que esas gentes eran realmente civilizadas. Después de todo, Rusia y el comunismo no eran quizá tan espantosos como lo pretendían los occidentales. Mi odio hacia el comunismo se apagaba.

Al día siguiente, en el restaurante de la Universidad, donde teníamos la costumbre de reunirnos para discutir todo, tomando té o café, entre el humo de los cigarrillos no se hablaba de otra cosa que de la recepción. Era el objeto de todas las conversaciones en la Universidad; yo había sido el organizador y me enorgullecía de ello.

Así, pues, fui más lejos. Telefoneé a la dama de la embajada de la URSS para agradecerle; luego convinimos en reunir todos los meses a otros estudiantes en la embajada de la URSS para proceder a los intercambios culturales. Hice el mismo arreglo con la embajada de China.

Algunos de los que hice invitar por estas dos embajadas son, en la hora actual, los mejores agentes del comunismo en la India y ocupan importantes empleos en los círculos gubernamentales, ya sea en la prensa, ya sea en los sindicatos hindúes.

Algunos meses más tarde, en Europa, en la Universidad de París, debí encontrarme con tres de estos jóvenes. Toqué en seguida, sin vacilar, el asunto de su actividad política. “¿Qué hacéis en esta ciudad de burgueses?” “¿Por qué no vais a Moscú?” Me respondieron: “Tú eres el que debería ir a Moscú, puesto que no eres todavía comunista. Nosotros estamos aquí por una razón muy precisa: buscar, convencer y formar a los jefes nacionalistas nordafricanos, con el fin de que vuelvan a su país imbuidos de nuestras ideas”.

Esto me violentó. Comprendí bruscamente que en la época misma en que yo pronunciaba discursos anticomunistas se habían valido de mí, de mis puntos débiles, de mi gusto por el alcohol, por los cigarrillos de lujo, de mi vanidad y de mis ambiciones, para descubrir y formar a los comunistas aptos para ganarse no solamente mi país, sino todo un continente que ni siquiera era el nuestro.

Me desviví entonces en el seno de mi organización de estudiante, teniendo en cuenta las elecciones legislativas y el asiento en el Parlamento que me permitiría escalar más alto. Pero, mientras más se me conocía y más me aproximaba a mi objetivo, menos lograba interesarme en el hombre de la calle. Allá en el

fondo de mí mismo no estaba satisfecho: tropezaba con la envidia, con la competencia, con la ambición de poder que nos predispone a unos contra otros. Desperdiçábamos el tiempo y nuestras energías en apartarnos unos a otros de los caminos que conducían a ese poder. Pronunciaba discursos sobre las Naciones Unidas y la paz del mundo, pero los catorce miembros de nuestro comité ejecutivo ni siquiera habían logrado ponerse de acuerdo y cada reunión acentuaba la división y la confusión.

Fue por esta época que, no obstante los desacuerdos, convocamos la conferencia de los estudiantes de Asia para promover la solidaridad y la unidad de acción. Me dirigía a la sala de conferencias donde el señor Nehru iba a presidir la sesión inaugural, cuando un amigo me detuvo para preguntarme si sería posible obtener invitaciones para tres amigos occidentales. Lo satisfice al respecto y pudieron así asistir a la conferencia.

Al final de la sesión de apertura, todo el mundo acompañó al primer ministro y a las personalidades invitadas hasta sus coches. Luego volví al hall para verificar si todo estaba en orden. Con gran sorpresa, vi a mi amigo y a sus tres invitados que me esperaban expresamente, ya que vinieron rápidamente hacia mí. Me dijeron sencillamente: "Nos hemos quedado para darle las gracias y decirle cuán agradecidos estamos de haber accedido a invitarnos".

Me sorprendí. Esto era algo imprevisto de parte de blancos. Para mí, el occidental estaba representado por aquellos que encontraba en la calle, la pipa en la boca, un frasco de whisky en el bolsillo, una linda muchacha al lado, afectando un aire de superioridad y mirándonos como diciendo: "Vosotros los indígenas", pensando en nuestro país únicamente para sacarle el jugo.

Este estado de cosas no me daba naturalmente mucho gusto hacia la democracia occidental y la manera de vivir de los occidentales.

Luego, los visitantes sacaron de su bolsillo dos tarjetas de invitación pidiéndome que fuera a ver una pieza titulada *Jotham Valley*, que estaba en la cartelera en Nueva Delhi. Les dije que

mis ocupaciones, en especial la conferencia, me impedirían probablemente ir a verla. "Comprendemos", dijeron. "En ese caso, dé nuestras tarjetas a dos de sus amigos. Esperamos, sin embargo, que nos sea dado recibirlo y reiterarle nuestra gratitud por su invitación".

Al día siguiente, una de mis entrevistas en Nueva Delhi se canceló; buscando en mi libreta para ver qué otra cosa tenía que hacer, encontré la invitación. Me hallaba libre y el teatro estaba cerca. Entré para pasar el tiempo.

Me interesé inmediatamente. La música estaba llena de animación y el texto con frecuencia era jocoso. Se trataba de dos hermanos que empiezan por odiarse y terminan queriéndose.

Mientras veía y oía, se me ocurrió que las relaciones existentes entre mi padre y yo se parecían bastante a las de estos dos hermanos. Vivíamos bajo el mismo techo, pero nunca me había sentido bien en su presencia y la vida nos alejaba siempre al uno del otro.

Preocupado únicamente por la independencia de mi país y por actividades políticas, no tenía ya tiempo de pensar en Dios o en la moral. Cuando el asunto se presentaba, lo apartaba diciéndome que lo consideraría a los sesenta años y cuando no tuviera otras cosas que hacer. La moral, Dios, asuntos fastidiosos, un poco molestos... y he aquí que, de repente, mientras asistía a esta representación, algo se reavivaba en mí. ¿Qué? No hubiera podido decirlo a ciencia cierta. Descubría ahora en el rostro de esos actores improvisados algo que era a la vez alegría y profunda aventura: trataban de encontrar un nuevo modo de vida, con más satisfacción que el nuestro. Sus voces, sus rostros, revelaban que lo habían logrado.

Esa noche en casa, por primera vez, me pregunté: "¿Adónde iba yo? ¿Cuáles eran mis objetivos y mis móviles?" Algunas frases de la pieza volvían constantemente a mi mente: "Dios tiene un plan. Él te ama y ama a tu país. La vida no puede ser aburrida en compañía de Dios. Pero sin Él está llena de angustias, de confusión, de vacío". Di vueltas y vueltas a este pensamiento.

A la mañana siguiente desperté con gran deseo de emplear todo mi tiempo en tratar de ver claro. Ahora bien; después de la pieza, uno de los actores me había sugerido instalarme tranquilamente, provisto de un trozo de papel y un lápiz, y examinar mi vida a la luz de lo absoluto de cuatro principios morales: honradez, pureza, desinterés, amor hacia los otros. Éste sería el medio de preparar el camino hacia Dios; luego, poco a poco, descubriría el plan divino que me corresponde, el cual me conduciría a una vida plena y satisfactoria. Ese plan se integraría de por sí al plan divino para mi país.

Sentí deseos de ensayar. Siempre me había considerado un hombre honrado. En verdad, cuando los intereses de mi país lo habían exigido, no había vacilado en llevar a cabo algo deshonesto. Comparándome con otros, estimaba que el examen me favorecía. Y conocía, asimismo, algunos que habían actuado mucho peor.

Pero esa mañana, asomándome sobre mi pasado, me daba cuenta de que había dado la espalda a Dios y que me agitaba sin resultado. Examiné en seguida mi conducta con respecto a mi padre. Por primera vez, me avergoncé de mis mentiras. Era evidente que este estado de cosas se prolongaría indefinidamente si no hablaba con mi padre. Sin esperar, abrí la puerta para entrar en su aposento; él estaba allí frente a mí..., cerré la puerta y me fui. Ensayé nuevamente al día siguiente, pero le hablé de todo, salvo de lo que quería decirle.

Una voz interior me decía: "No seas idiota; es una crisis; ya pasará". Otra voz me decía: "Estás frente a una elección que decidirá tu vida. Puedes encontrar paz, un objetivo, una pasión nueva y ayudar a tu país a descubrir el remedio para sus males". Pasaban las horas y la lucha dentro de mí continuaba con más violencia. Exhausto, rogué a Dios diciéndole: "Deseo empezar de nuevo mi vida; pero tengo miedo. Os necesito". Cuando me hube levantado, sentí que el temor hacia mi padre y todo resentimiento hacia él habían desaparecido, y que lo amaba. Pude sentarme cerca de él sobre un diván y decirle las cosas que le había ocultado cuidadosamente y que había esperado mantener

siempre secretas. Se hizo un silencio. No sabíamos qué decirnos. Luego continué: "Padre, he ahí lo que yo era. Tenía tres personalidades: la que creía tener, la que los otros me atribuían, la que verdaderamente tenía".

Me veía lúcidamente por primera vez. Dije también que estaba decidido a cambiar, a empezar nuevamente mi vida, y que tenía necesidad de Dios y de él.

De pronto me sentí cerca de mi padre; me parecía que un muro se había derrumbado. En mí, en mi padre, una profunda evolución se operaba. No podría decir exactamente qué; me sentía feliz, lleno de vida.

Había encontrado un propósito en la vida y Dios se sirvió de mí, no solamente en mi familia, sino también en mi país y en el resto del mundo.

Por primera vez había experimentado un cambio de orden espiritual que sentía profundamente habría de tener una aplicación universal. No pensaba ya que la fe es algo bueno "para los sesenta años"; se había vuelto para mí una necesidad inmediata, una base necesaria.

Así, de este Occidente, fuente de películas llenas de violencias, de crímenes y de vicios, de divorcios y de alcohol, nos había llegado esta gran idea que mi país podía utilizar para forjar su unidad nacional. Enfrentábamos, cosa extraña, el desafío de vivir las enseñanzas mismas del Mahatma Gandhi.

Había sido arrancado a mis odios. Mas no, sin embargo, conquistado para el Occidente; la democracia, tal como se practica en los países occidentales, no me entusiasmaba. Pero no era ya el adversario del Occidente buscando vengarse de un pasado doloroso.

Algo más tarde se me invitó a ir a Europa. Era el primero de mi familia que dejaba nuestro país. A mi madre le costó mucho aceptar mi partida. A medida que se acercaba la separación, la encontraba frecuentemente sumida en llanto. Al dejarla, le pregunté qué regalos podía traerle de Europa. Me dio la respuesta clásica de las madres hindúes cuando sus hijos parten hacia el Oeste: "No desco nada, pero prométeme tres cosas: que no comerás

nunca carne de res, recuerda que tu religión lo prohíbe; no aceptarás nunca bebidas alcohólicas, ni cigarrillos; sé que forman parte de la vida europea y que a muchos jóvenes hindúes les parece normal el aceptarlos, lo que apena el corazón de sus madres; no contraerás vínculos de ninguna clase con una europea”.

Gracias a las experiencias de meses precedentes, estaba preparado para hacer estas promesas. Saqué de esas decisiones tomadas ante mi madre la fuerza que me permitió resistir a algunas de las tentaciones más peligrosas del mundo occidental. Comprendí muchas cosas y sentí nacer en mí el afecto por las naciones del Oeste al ver con cuántos problemas se debaten. Había sido como una rana en su estanque, que no piensa sino en su estanque y lo toma por el universo.

Ciertamente, soy siempre nacionalista. Amo más que nunca a mi país y ardo en deseos de ver reinar allí para cada hindú la justicia, la igualdad, la posibilidad de una vida verdaderamente humana. Pero estoy convencido de que ello no podrá ser, a menos que considere las necesidades del mundo entero como un todo y ame a los otros países tanto como al mío.

Un día, en el curso de nuestros viajes, nos encontramos en Addis-Abeba en el mismo hotel con setenta y tres artistas chinos de la Ópera de Pekín. Esa misma noche fuimos invitados a la ópera, y al día siguiente a una recepción en honor de la delegación china. La primera persona a quien nos presentaron fue el jefe de la delegación. Nuestra conversación fue apasionante. Le dije: “Yo mismo soy un revolucionario y he seguido los progresos sociales de nuestra vecina, China, desde la revolución. ¿Habéis logrado extirpar el egoísmo de la sociedad china?” Con una sonrisa, me dijo: “Ah, nos hemos librado de todos los egoístas regalándoselos a Formosa o a América”. ¡Bien contestado! Seguí diciéndole: “Es como en mi país: nos libramos de los ingleses, pero nos dimos cuenta de dos cosas: los ingleses se fueron a ejercitar su egoísmo a otro lado; en cuanto a nosotros, habiendo empezado después de su partida nuestro propio gobierno, debimos comprobar que tampoco carecíamos de egoísmo. Así pues,

logramos llevar la enfermedad de una parte a otra del cuerpo; el mal queda”.

El chino me ofreció entonces un cigarrillo. “No fumamos”, le dije. “Toda la plata de nuestro portamonedas debe ir a las cajas de la revolución que curará el egoísmo”. Esta declaración fue recibida por una carcajada: el jefe de la delegación china fumaba un cigarrillo tras otro. Visiblemente, tenía curiosidad por saber a qué revolución aludía yo. Le hablamos de la gran revolución que se atreve a atacar a la naturaleza humana para cambiarla y curar del egoísmo a los americanos, a los ingleses, a los hindúes, y a los chinos. Un fulgor de esperanza brilló en sus ojos cuando evocamos el problema mayor del mundo comunista. “¿Cómo crear una sociedad sin problemas de clases”, le planteamos, “si no creando un nuevo tipo de individuo liberado de la preocupación egoísta de su propio interés?”

Mi corazón rebosa de gratitud por un hombre del Occidente: Frank Buchman. A su alrededor, hombres y mujeres de todas las razas, de todos los países, de todas las clases, se han agrupado para devolver la fe, la esperanza, la unidad, la salud, al mundo entero. Mi más preciado bien es una fe lo suficientemente recia como para hacer frente a la crisis en que el mundo se debate.

Creo que estamos al borde de una opción total: comunismo (un mundo donde reina el hombre omnipotente), o bien libertad (un mundo donde el hombre es guiado por Dios). El ser guiado por Dios es responder a las aspiraciones mismas del hombre y, por lo tanto, de los pueblos. De allí en adelante un mundo nuevo puede ser creado. Participar en esta tarea, ¡qué magnífica aventura!

R. D. MATHUR
India

En Sesto - San - Giovanni novedad en la prensa

Durante los últimos cincuenta años, mi vida ha estado constantemente ligada a los acontecimientos de Sesto-San-Giovanni. Han sido años de lucha y de divisiones ideológicas e industriales. Asistí al nacimiento del fascismo y a la ascensión del comunismo. Vi a nuestra ciudad pasar de una población de 8.000 a 50.000 almas; 30.000 personas vienen cada día de afuera para trabajar en las inmensas usinas de la ciudad. A seis kilómetros de Milán, Sesto, con las fundiciones Falck, la sociedad eléctrica Marelli, las locomotoras Breda y los cauchos Pirelli, constituye uno de los centros industriales más concentrados de Italia.

Lo que más me ha impresionado en mi existencia son las ocasiones en que escapé de la muerte. La primera vez, no tenía más de cuatro años. Había caído al canal. La corriente era vertiginosa y hubiera sido tragado por un pasaje subterráneo si mi padre no me hubiese rescatado *in extremis*.

No tengo más que un hermano de los ocho hijos que tuvo mi madre; seis de mis hermanos y hermanas murieron en menos de un año. Más tarde, como ingeniero electricista, dos veces estuve a punto de ser electrocutado. Una vez, me creyeron muerto, pero sobreviví milagrosamente. Más tarde, mientras trabajaba en una fundición, hubo un serio accidente que bloqueó a muchos obreros debajo de los altos hornos, en un túnel lleno de gas. Cuando llegué al lugar, uno de los hombres yacía todavía inconsciente. Nadie tuvo un gesto hacia él. Una voz interior me dijo: "Anda y descende". Descendí, y finalmente lo pude rescatar, a pesar de haber sido afectado yo mismo por el gas, antes de

llegar a la salida. En fin: durante la guerra, estuve en permanente peligro de ser descubierto por la policía secreta, y mi vida estaba constantemente amenazada.

Mi padre quería que yo fuera médico, pero desde la escuela mi pasión era ser inventor. Inicié experiencias en muchos campos, y conseguí patentar dieciocho de mis inventos. Durante la Segunda Guerra, puse a punto un torpedo de un tipo especial. Di parte de mi descubrimiento al Ministerio de Guerra, que lo puso en estudio. Pero una noche, en sueños, vi un mar lleno de gente en peligro que me tendía los brazos pidiendo auxilio. Cada noche veía esas figuras que se fijaban en mí, gritando: "¡Asesino, asesino!" A Dios gracias, esta invención nunca se realizó. Sentí que Dios había intervenido; el Dios que algunas veces en mi vida tomó mi mano en la Suya.

Era responsable de los "scouts" de Sesto-San-Giovanni cuando por primera vez conocí el fascismo. Teníamos una sala en un edificio, que también era ocupada por la nueva organización fascista. Me invitaron a reunirme con ellos. Pero, cuando comprobé los métodos de intimidación y violencia que practicaban, tomé mi decisión: no era aquélla la ruta para Italia.

Yo había sido siempre idealista, y por eso me atraía el comunismo. Cuando trabajaba en las fundiciones Falck, la lucha de clases era el tema de todas las conversaciones de los obreros, y me puse a estudiar el marxismo. Creía en la fraternidad y, desde ese momento, combatí por ella al lado de los comunistas.

Ésta fue la época en que perdí la fe.

Mi tío era sacerdote. En el bautismo me dio su nombre. Fue también el que bendijo mi matrimonio, y la ceremonia había sido la más solemne que la Iglesia pudiera ofrecer. Mi tío se apenó profundamente de ver que yo perdía la fe. Hace cinco años insistió en que participara de sus bodas de oro sacerdotales. Él era, entonces, canónigo de la Catedral de Monza. Para complacerlo consentí, finalmente, en asistir a la misa pontifical, a pesar de ser yo ateo.

Dos años más tarde vi un día los carteles que anunciaban la opereta *La Isla que Desaparece*. Era presentada por un grupo

teatral internacional del Rearme Moral, del que jamás había oído hablar. Siendo propietario y codirector del semanario *L'Informatore*, que yo había fundado algunos años antes, decidí ir a ver la pieza para hacer la crítica. Una muchedumbre inmensa, mantenida con dificultad por la policía, bloqueaba la calle delante del teatro Elena. Mi carnet de prensa me permitió entrar sin dificultad.

Escéptico, me preguntaba cuál sería el papel de esta gente. ¿Se trataría de propaganda americana? Sin embargo, a medida que la obra avanzaba me di cuenta de que no se trataba absolutamente de propaganda, pero sí de una idea nueva que me conmovió profundamente. El primero y segundo acto mostraban el mundo de hoy en su realidad brutal. El público, obreros en su mayor parte, aplaudió estruendosamente al final del tercer acto. Yo permanecía sentado, perdido en mis pensamientos: “¡Qué idea magnífica! ¡Si todo esto fuera realidad! ¡Si al menos los hombres y los pueblos pudieran, al fin, comprenderse!” Al concluir la pieza, personalidades de diferentes países y de razas diversas subieron al escenario; su sola presencia simbolizaba la unidad del mundo. Sus palabras simples y convincentes probaban que estaban al margen de todo rencor nacional o racial. Volví a casa, pensativo. La noche siguiente, una fuerza irresistible me empujó de nuevo hacia el teatro. Me senté como de costumbre en uno de los sillones de la prensa, y asistí a la pieza conteniendo nuevamente el aliento del principio hasta el fin. Vi otra vez presentarse, al final de la obra, el grupo de hombres de casi todos los países del mundo, que habían puesto fin al desorden de sus vidas. ¡Qué maravillosa demostración de aquello que hay de mejor en la humanidad!

Después de la obra, los actores descendieron a la sala y me encontré entre ellos. Explicaron que un hombre puede cambiar radicalmente su carácter y transformar sus relaciones con sus semejantes, aplicando las disciplinas siguientes: escribir todas las mañanas los pensamientos que dicta su conciencia y ponerlos en práctica. Se recibe así la fuerza necesaria para reparar el pasado y excusarse frente a quienes se hubiera ofendido. Añadieron, en

fin, que la voz de Dios puede hacerse oír a través de Sus inspiraciones en ese tiempo de silencio. “¡Qué espléndida ideal!”, respondí inmediatamente, en mi interior; pero reía al solo pensar de ponerla en práctica.

No podía evitar el estar de acuerdo con ellos, pero en mi fuero interno comenzaba a sentirme molesto, dándome bien cuenta de que tendría que tomar decisiones difíciles.

Antes de separarnos, estos amigos me propusieron venir a verme a casa. Respondí que mis puertas estaban siempre abiertas a todos.

Un día, sonó el timbre de la puerta. Estaba de un humor particularmente sombrío; escribía un artículo contra el diario católico local y, más directo aun, contra el padre que lo dirigía. El artículo se titulaba: “El mal sacerdote”; respondía a un ataque dirigido contra nuestro diario. Sin levantarme de mi escritorio, grité: “Entre”. Eran tres hombres del Rearme Moral, de los que me habían hablado en el teatro. Me saludaron cortésmente y, viéndome en tren de escribir, me preguntaron en tono amistoso:

“Por casualidad, ¿escribe los pensamientos de su momento de silencio?”

“No”, contesté, más bien molesto. “Escribo un artículo contra un sacerdote”.

“¿De veras?”, preguntaron ellos. “Con rencor en el corazón, ¿no se dificulta el encontrar la paz?”

Leí en ellos una pena tan sincera de verme obrar de aquel modo que esas simples palabras me recordaron nuestra conversación en el teatro. Estos hombres eran, ciertamente, mejores que yo.

Eché una mirada sobre mi papel y, algo inexplicable, me dije: “En efecto, eres tú el malo”. Tuve un momento de vacilación. El silencio que me envolvió fue más fuerte que yo y, súbitamente, destrocé mi artículo.

Nos miramos sin decirnos nada. La voz de mi conciencia me revelaba el error de mis escritos envenenados y de mi odio contra el sacerdote. Lo que me habían dicho me volvió a la memoria: “Excúsate ante los que has ofendido”. Pero mi materialismo

me susurraba: “¡Nada de eso! Tú eres ateo y él es sacerdote”. Una lucha sin igual entre el bien y el mal se libraba en mí. Después, mi conciencia despertó en mí una ola de recuerdos: volví a ver a mis padres, a mi tío sacerdote; sus rostros amados me imploraban y me indicaban el buen camino a seguir, el camino que haría de mí un hombre nuevo y me conduciría hacia un mundo nuevo.

La visita de estos nuevos amigos, la fuerza de los relatos de daños reparados que había oído, me habían dejado muy pensativo; hombre de coraje, no podía retroceder ante el desafío. Telefoné al padre para pedirle una entrevista. Me respondió: “¿Qué Rossi?”, y me pregunté lo que pensaría exactamente. “Luigi”, dije, y añadí que, hallándome resfriado, no podría estar mucho tiempo. En su casa había sido prendido un fuego para mí. Le presenté mis excusas y le conté mis experiencias; después, nos pusimos a conversar. Hablamos del pasado y, en particular, de la inspiración que había significado para mí la vida de mi tío. Nuestra conversación duró tres horas y media. Cuando nos separamos, éramos verdaderos amigos.

Mi esposa me había acompañado a *La Isla que Desaparece*. Cuando decidí cambiar, ella tomó las mismas decisiones que yo. Siempre habíamos discutido a causa de los artículos que escribía para el diario. Ella nunca había estado de acuerdo. Su nueva actitud y mi nueva manera de escribir pusieron fin a nuestras querellas.

Una llama de pureza había ganado a Sesto-San-Giovanni. Fue el calor de esa llama lo que hizo recapacitar a las 19.000 personas que aplaudían las repetidas representaciones de *La Isla que Desaparece*.

El diario *L'Informatore* no escapó a ese fuego purificador. El primer paso fue el de limpiar el diario, aplicando los cuatro principios absolutos. Inspirados por este impulso, publicamos 20.000 ejemplares de un número especial de diez páginas sobre el Rearme Moral, que trajo a los hogares de Sesto una respuesta a muchos problemas.

Una segunda edición de este número fue enviada a todas partes del mundo, incluyendo India, China, las diferentes regiones de África, Londres, Wáshington y Moscú.

Mi mujer y yo habíamos aceptado una invitación a París, donde debían realizarse las representaciones de *La Isla que Desaparece*. Quería descubrir si las personas que había escuchado vivían realmente lo que decían en escena. Observándolas, me di cuenta de que así era. Trabé conocimiento con industriales cuyo comportamiento había cambiado radicalmente; se veía en su actitud honrada frente a sus obreros, las mejoras en las condiciones de trabajo que habían realizado, y en los aumentos de salarios que habían acordado.

El viaje que hicimos a París fue el primero de muchos que nuestras crecientes convicciones nos incitaron a hacer más adelante. En el curso del mes siguiente, fuimos a diferentes ciudades europeas, con el grupo internacional que acompañaba la pieza. Tuve, de esta manera, el privilegio de encontrar hombres de nacionalidades y orígenes muy diferentes. Fue entonces, durante mi visita a París, que un domingo de mañana volví a sentir como un llamado imperioso de asistir a la misa, por primera vez en muchos años. Llegamos así, mi mujer y yo, a la catedral de Notre Dame. Con gran sorpresa, descubrí que la misa de esa mañana era una misa pontifical. Asistí, así, a una ceremonia semejante a aquella de la que había participado en ocasión del 50º aniversario de la ordenación de mi tío. Pero esta vez, aquí, reviví la experiencia con una fe naciente. Estaba tan profundamente conmovido que tenía lágrimas en los ojos al salir de la catedral.

Es así como di mi primer paso hacia un completo regreso a la Iglesia, de la que había estado alejado durante muchos años. Mi tío había muerto un año antes. Me había dejado una imagen del Sagrado Corazón y otra del Niño Jesús. Las había relegado en una buhardilla con viejos objetos caseros. Hace algunos meses, durante un momento de meditación, volví a pensar en estas imágenes. Las hice retocar y redorar por las hermanas de un convento vecino, especialistas en ese trabajo. Después, las regalé a la

nueva iglesia de Sesto-San-Giovanni. El padre decidió poner la estatua del Sagrado Corazón en la capilla, donde podía inspirar fe a los jóvenes, mientras que el Niño Jesús sería colocado sobre el altar la semana de Navidad.

El 19 de octubre de 1958 mi mujer y yo celebramos nuestros veinte años de casados. Nos encontrábamos en la isla de Máckinac. Recibir, en la iglesia de madera de la isla, la bendición del padre después de la gran misa, fue una experiencia muy conmovedora para nosotros. Dios me concedió así la oportunidad de experimentar, como creyente, aquello que yo había vivido como ateo. El padre bendijo, igualmente, el anillo que mi mujer me había dado. Para mí, éste fue el sello de mi nuevo matrimonio, con Dios en el centro.

Muchos son los que se preguntan por qué en nuestra época el genio humano, capaz de concebir aparatos formidables de destrucción, no ha podido encontrar el medio de unir el mundo.

Pero este medio existe. Las experiencias que viví en el curso de estos últimos años me han convencido de que sería difícil encontrar comunidades de hombres con relaciones más sinceras; industriales, banqueros, hombres de todas las profesiones, de todos los partidos —comunistas, socialistas, conservadores—, se han reunido en una lucha común para poner remedio al materialismo de derecha y de izquierda. He ahí la batalla por un mundo nuevo fundado con hombres nuevos.

LUIGI ROSSI

Propietario y codirector de L'Informatore

Del Komintern a Caux con un marxista noruego

No nací en el comunismo; mi madre y mi padre tenían buena posición y eran profundamente religiosos. Poscían una bella granja en la región agrícola e industrial de Oestfold, al sur de Noruega. Tenían vacas, cerdos, ocho caballos, campos, bosques y hasta un lago para la pesca. Nací en 1892, quinto hijo de una familia que llegaría a tener catorce. La vida en la granja era una diaria aventura. Todos ayudábamos. Yo alimentaba a los pollos, rascaba el lomo de los cerdos y jugaba al escondite en la granja. Pero mi mayor alegría era ayudar a papá con los caballos. Durante los largos meses de verano, jugábamos a ladrones y policías en el bosque. Íbamos a nadar, pescar, remar, y cuando regresábamos hambrientos por la noche, mamá tenía siempre algo rico para ofrecernos en la cocina: pan casero, mantequilla fresca, huevos con tocino y leche recién ordeñada. Era como si el mundo entero me perteneciese.

Un día, contaba yo diez años, papá se vio obligado a vender la granja; había prestado dinero a hombres de negocios en la ciudad que habían sufrido bancarrota, y no había otra manera de arreglarse.

No olvidaré nunca el día en que partimos hacia la ciudad. Era como si el mundo entero se desmoronara de golpe. Éramos doce sobre las carretas cargadas de muebles, y muchos de los niños lloraban. Mi hermano mayor tuvo que colocarse como chofer y una de mis hermanas como camarera en un café. Papá encontró trabajo en la fábrica de Borregaard. El trabajo era duro y daba lástima verlo en ese lugar. Cuando yo lo esperaba, veía a

centenares de obreros demacrados, cansados, salir de esa fábrica sucia. Un agente de policía estaba en la puerta. Yo había visto a la policía detener a los borrachos en la ciudad y me decía: "Debe ser espantoso allá dentro; ¡y papá que tiene que estar trabajando allí!"

Esta vida me parecía muy extraña. La vista de esos centenares de obreros fue, por decir así, mi primer encuentro con Karl Marx.

Vivíamos en dos cuartos y una cocina, y las tres habitaciones juntas hubieran podido caber en la cocina de la granja. Vivíamos amontonados unos sobre otros. Nuestro régimen era más bien parco. Avena, leche descremada y melaza. Recuerdo que mi hermano y yo íbamos con frecuencia al café donde trabajaba mi hermana porque la propietaria era una anciana compasiva que decía a mi hermana: "Da algo de comer a los muchachos".

Algunos años más tarde, las cosas mejoraron. Mis padres habían economizado centavo a centavo y, con un poco de ayuda, mi padre pudo comprar una pequeña granja. Siguió trabajando en la fábrica, mientras que nosotros manejábamos la granja. Cortábamos la leña, sembrábamos el centeno y plantábamos las papas. Pudimos comprar una vaca, un caballo y unas gallinas. Los miércoles y los sábados mamá iba al mercado, vendía la mantequilla fresca, los huevos y las frutas silvestres que habíamos recogido. Cuando recibí mi Confirmación, a la edad de catorce años, fue en coche que me llevó mi padre hasta la iglesia.

Me tocó entonces ocuparme de la granja y de los dos caballos. Teníamos también una pequeña cantera de arena y yo vendía muchas carradas por día, lo que se agregaba a nuestros recursos.

Luego mi padre cayó enfermo. De resultas de un accidente en la fábrica tuvo que ir al hospital y permanecer allí un año y medio. Como la fábrica rehusó aceptar la responsabilidad del accidente, nos vimos obligados a pagar las cuentas nosotros mismos, que eran muy elevadas. No teníamos suficiente efectivo y hubo que vender los caballos. Perdimos todo por segunda vez. A mi vez, tuve que empezar a trabajar en una fábrica. Por lo que a mi respecta, pensaba que la catástrofe se había desencadenado

y que yo había sido envuelto en el torbellino. A los diecisiete años trabajé por primera vez en la inmensa fábrica Borregaard, y no olvidaré nunca los chorros de vapor, las ruidosas maquinarias y los hombres, que parecían prisioneros. Empecé a trabajar con una máquina de papel. Trabajábamos por equipo: trabajo diurno una semana, trabajo nocturno la siguiente, doce horas consecutivas, y encima horas suplementarias. La fábrica pertenecía a una firma extranjera, T. Kellner, Partington, papeles y pastas. Me sentía enfermo y desgraciado en la fábrica, y las injusticias de todo el sistema social me hacían hervir. Fue éste mi segundo encuentro con Karl Marx.

Mi hermano Kristian había empezado también a trabajar en la fábrica de papeles y, mientras su máquina andaba, leía el manifiesto comunista y otras literaturas marxistas utilizando un diccionario. Yo las leía después de él y fui enteramente cautivado por la crítica que Marx hacía del capitalismo, porque correspondía exactamente a mis propias experiencias. Decidí hacerme un marxista dedicado y militante. En una de las escuelas del partido recibí formación básica sobre la teoría del socialismo y me inscribí en el sindicato.

Me casé en 1914, en el momento de estallar la guerra. Los precios subieron verticalmente, pero los sueldos de los obreros no cambiaron. En mis primeras negociaciones con directores ingleses pedí un aumento de dos coronas noruegas por semana, que me fue negado. Respondí con la fuerza y anuncié que abandonaríamos las máquinas el sábado siguiente. El aumento nos fue acordado. Obteníamos satisfacciones, mas la riqueza continuaba acumulándose entre las manos de algunos privilegiados mientras que la pobreza aumentaba en el pueblo. Tuve que hacer mi servicio militar, pero Noruega logró mantenerse fuera del conflicto.

Un día, en 1917, volví a casa en un transporte militar. Leí en un diario burgués que la revolución rusa había estallado. Aquello me produjo una impresión imborrable. A mis ojos, esta revolución representaba la realización de mis sueños de una sociedad sin clases; había empezado con una victoria en un país atrasado

como Rusia; al extenderse por el mundo entero no podía dejar de llevar a la destrucción del sistema capitalista y al triunfo de la clase obrera en todos los países.

Luchaba ahora en tres frentes distintos: en el sindicato, en las fábricas y en el movimiento político. La revolución rusa precipitó en el interior del Partido Socialista noruego un conflicto entre la fracción que quería aceptar las veintiuna condiciones de entrada a la Internacional Comunista y los que deseaban quedarse independientes. En 1923 el ala extrema se separó para formar el Partido Comunista noruego, uno de cuyos fundadores fui yo.

La clase obrera alemana sufría derrotas aplastantes, pero yo estaba convencido de que ello no representaba sino un retroceso temporal y que las fuerzas revolucionarias avanzarían pronto en un frente mundial. Me uní, pues, a la lucha, con entusiasmo y alegría inmensos.

Mi propia fábrica empleaba de dos a tres mil obreros. Nuestra célula comunista, que no contaba sino con siete hombres, logró encauzar toda la orientación de la fábrica. Publicábamos un diario de la fábrica con una tirada de mil ejemplares, cuyo principio director era el siguiente: la desconfianza hacia los patronos es una condición esencial para la confianza entre los obreros.

En 1928 fui elegido por el Partido Comunista noruego para encabezar una delegación de siete miembros al Sexto Congreso del Komintern en Moscú. Cuando bajamos del tren en Leníngrado, me encontré ante un espectáculo bien distinto del que había imaginado: multitudes de granjeros llevaban extraños uniformes y masas de gente se extendían ante mí como un mar gris. No obstante ello, mi convicción se mantenía firme. Ello representaba una etapa necesaria en la ruta del progreso, y la revolución rusa se desarrollaría y vendría a ser una bendición, no solamente para la Unión Soviética, sino para toda la humanidad.

Me encontraba, pues, en el cuartel general de la revolución, con los hombres que de hecho iban a tomar el destino del mundo entre sus manos. Pero el congreso estaba bien lejos de ser unido.

La mayoría de las delegaciones estaban divididas en facciones rivales.

Yo estaba instalado en el hotel al lado de la delegación alemana, cuya fracción mayoritaria estaba dirigida por Ernst Thelmann. Las discusiones de esta delegación se prolongaban hasta tarde en la noche y, a veces, terminaban con gritos y hasta con puñetazos. Aquello me parecía más bien extraño, pero era quizá necesario para realizar la unidad en el seno de la delegación alemana.

En el congreso había discusiones en cuyo curso éramos a veces llamados a votar. Se podía hacerlo en pro o en contra, y aun aquellos que no poseían un mandato podían expresar su opinión levantando la mano. Desde el punto de vista democrático, nuestro proceder era sin tacha. Bujarín fue así elegido por unanimidad como presidente del Komintern, pero poco después del final del Congreso fue destituido por el Presidium, a despecho del voto de dicho congreso.

Durante mi permanencia en Moscú, tuve ocasión de asistir a un proceso después de una gran purga. Se acusaba de sabotaje a los responsables de las minas del Don. Fueron condenados en nuestra presencia. Los acusados subieron al proscenio seguido cada uno de un soldado con bayoneta calada, y se dispusieron en rueda. Vishinski estaba a cargo, a la vez, de emitir el juicio y de presentar la acusación. Entró tan tranquilo como si fuera a tomar una taza de café; encendió un cigarrillo, miró a la concurrencia y, con indiferencia, leyó a cada uno su sentencia. Como ellos habían todos confesado sus crímenes, ninguno fue indultado y ninguno protestó contra el juicio. Algunos fueron condenados a muerte; otros, a penas de prisión más o menos largas, y los extranjeros, a condenas más benignas. En las calles, la muchedumbre, que esperaba pacientemente los resultados, protestó violentamente contra la poca severidad de la sentencia. La propaganda y los procesos precedentes habían dado al pueblo un concepto tal de estos crímenes que no podía concebir una condena menos severa que la pena de muerte. Yo estaba plenamente convencido de la culpabilidad de estos acusados, como lo fui más

tarde durante las grandes purgas. Nunca imaginé que se pudiera también condenar a inocentes.

Me encontré de nuevo en Moscú en 1937. Esta vez venía con una delegación del partido para discutir con el Komintern la situación en Noruega y las tareas particulares que el Partido Comunista noruego tenía que llenar. La delegación francesa deseaba igualmente presentar un informe del trabajo de su partido. Muchos delegados del Partido Comunista alemán clandestino tomaron parte también en los debates. En un momento dado, una violenta discusión se elevó entre estos dos grupos. Estaba en su punto culminante cuando, de repente, Stalin, que había estado fumando su pipa en un rincón, sin parecer interesarse en el asunto, subió al estrado y dijo: "Los franceses tienen toda la razón: declaro la discusión cerrada". Tales eran el poder y la autoridad que Stalin había adquirido como líder del comunismo mundial; él hacía la ley no solamente en Rusia, sino también en todos los partidos comunistas del mundo.

El pacto germano-ruso creó la confusión en muchos partidos comunistas, entre ellos el de Noruega. Cuando el ejército alemán ocupó a Noruega, el partido se encontró, repentinamente, colocado en una situación difícil y comprometedora. Algunos días después de la ocupación de Oslo, las tropas alemanas marchaban hacia Oestfold, donde yo trabajaba. En mi calidad de secretario de la Unión Regional de los sindicatos, convoqué a todos los delegados de los comités de empresa para examinar la situación. Propuse que los sindicatos y los movimientos obreros sostuvieran firmemente al gobierno legalmente elegido y denunciaran al gobierno de Quisling como un gobierno de traidores apoyados por las bayonetas alemanas. Los sindicatos, pensaba yo, debían ponerse a la disposición de las autoridades civiles y militares para destruir al gobierno Quisling y expulsar a los alemanes de Noruega.

Algunos días más tarde, recibí la visita de un enviado del comité central que me dijo que esta resolución era completamente falsa. Era el gobierno noruego en el poder, en el momento de la ocupación alemana de nuestro país, el que estaba en falta; el gabinete Nygaardsvold era, según ellos, un gabinete de traidores.

Era preciso, desde luego, combatir a Quisling y a los fascistas noruegos por todos los medios posibles, pero también tratar de encontrar un terreno de entendimiento con los alemanes y construir un nuevo frente popular que pudiera ser reconocido como gobierno provisional en Noruega. Protesté: esta política me parecía incomprensible. Conservé mi punto de vista y lo expuse en la próxima conferencia de jefes comunistas noruegos. Se produjo una gran disputa en el centro del partido sobre la actitud a tomar frente a los alemanes, pero estábamos todos de acuerdo en que había que combatir a los nazis y la quinta columna noruega.

No obstante el pacto entre soviéticos y alemanes, el Partido Comunista noruego fue disuelto por los invasores y obligado a tomar el "maquis" mientras toda la dirección del partido y yo mismo éramos detenidos: los alemanes rodearon mi casa y penetraron en ella, ametralladora en mano. Eran las cuatro de la mañana. Mi mujer y yo habíamos ido a pasar la noche en Oslo, en un hotel. Pero nuestro teléfono había sido vigilado. Aun cuando nuestros nombres no fueron inscriptos en el registro del hotel, nos encontraron, y a la mañana siguiente, a las siete, oí el pisoteo de botas en el corredor. Llamaron a la puerta y dije: "Deben estar en un error", pero los golpes redoblaron. La puerta se abrió bruscamente, policías noruegos y alemanes invadieron la habitación y la registraron de arriba abajo. Se me ordenó seguir a los alemanes. "¿Estoy detenido?", pregunté. No hubo respuesta. Fui llevado al cuartel general de la Gestapo e interrogado inmediatamente. Descubrí más tarde que todos mis camaradas del partido estaban allí también. La mayoría de los comunistas fueron puestos luego en libertad, pero cuando la guerra estalló entre Alemania y la Unión Soviética, hubo una nueva ola de arrestos entre los jefes comunistas y el partido pasó completamente a la clandestinidad. La lucha interna en el partido respecto de nuestra política nacional continuó, sin embargo. La unidad no se restableció sino cuando Hitler empezó la invasión de la Unión Soviética.

Después que la Unión Soviética se vio arrastrada a la guerra, los comunistas tomaron parte activa en la resistencia. Comunistas y socialistas se reunieron y empezaron a discutir las tareas

comunes que nos esperaban después de la guerra. Una de las primeras consistía en encontrar la unidad en el seno del movimiento obrero.

Cuando la Segunda Guerra Mundial terminó con la victoria de la Unión Soviética y de las democracias occidentales, creímos que el mundo se dirigía hacia una era pacífica, y que sería posible construir el socialismo en una atmósfera de paz y de comprensión. Empezaron las negociaciones en vista a una fusión, pero fue imposible llevarlas a término. Después de la creación del Kominform, en 1947, diferencias insalvables dividieron a socialistas y comunistas, que se situaron en vías ideológicas divergentes; nuestras esperanzas no habían sido más que ilusiones.

Es a esta época que se remontan mis primeras impresiones del Rearme Moral. En la Navidad de 1948, mi hijo menor me regaló el libro de Peter Howard *Las Ideas Tienen Piernas*.

El autor hablaba de ideas en marcha, y me di cuenta de que el comunismo no era el único que examinaba la situación del universo con miras a transformarlo. Por curiosidad, leí otros libros del Rearme Moral y asistí también a conferencias, pero llegué rápidamente a la conclusión de que la solución a la que me había siempre aferrado seguía siendo la mejor. La guerra de clases debía continuar, el camino de la liberación de la clase obrera atravesaba, necesariamente, por un período de dictadura del proletariado y ello hasta que toda oposición fuese aniquilada.

Bien anclado en esta convicción, me trasladé al centro de entrenamiento ideológico de Caux en 1950; me encontré allí frente a una ideología con la que nunca había contado. Durante todos mis años de lucha por el comunismo noruego, miembros de mi familia habían tratado de hacerme romper con el partido. Como no tenían nada que ofrecerme mejor que el comunismo, sus consejos no me producían efecto alguno. Si mis posiciones hubieran sido atacadas proponiéndome una ideología capaz de crear la sociedad sin clases con que yo soñaba, hubiera entonces reconsiderado mis propias convicciones sobre los medios de lograrlo. Estoy convencido de que, aún hoy, si no hubiera encontrado el Rearme Moral, sería un miembro activo del Partido Comunista.

La manera en que llegué a Caux fue de por sí casi milagrosa. Ya había tomado mis vacaciones cuando mi hijo Frank y su amigo Leif Hovelsen vinieron a invitarme para ir a Caux. “Y bien”, dije, “sería interesante conocer el lugar y tener vacaciones suplementarias; si puedo librarme de mi trabajo, iré con vosotros”. Ni por un momento imaginé que obtendría tal asueto, pero, con gran sorpresa, fui autorizado a ir a Caux con mi hijo. Allí encontré a comunistas, comunistas alemanes ejercitados, que ya habían vivido la experiencia de la gran fuerza de unión que uno encontraba en Caux. Uno de ellos me preguntó si yo consideraba al capitalista un ser humano. “Claro que sí”, le respondí: “el capitalista es un ser humano, pero de una especie particular que no puede cambiar de conducta; es, pues, necesario aplastarlo y eliminarlo”. En el sinnúmero de discusiones que siguieron, hice gala de toda mi ideología comunista, mi filosofía y mis conocimientos de la lucha de clases. Pero, a medida que establecía comparaciones entre el Congreso del Komintern de 1928 y la Conferencia de Caux, me veía obligado a reconsiderar mi concepción de esa lucha de clases, a revisar los resultados alcanzados hasta entonces por el comunismo y a examinar el estado real del mundo. Sentí en Caux una unidad sorprendente, basada en un amor y una comprensión lo suficientemente fuertes como para destruir todas las barreras de clase, de creencia y de color. No había facciones en Caux: aun los comunistas y los socialistas llegaban a unirse.

Encontré delegaciones de Italia, donde la lucha de clases es extremadamente violenta; patronos y obreros se reconciliaban. Las fronteras mismas se desvanecían. No olvidaré nunca a aquel francés marxista que pidió excusas por su odio hacia los alemanes de todos los sectores. Empezaba a ver realizarse los ideales por los cuales había luchado toda mi vida. Aquello me dio la inmensa esperanza de que podría construirse sobre bases nuevas la verdadera unidad de la clase obrera. Todo lo que yo veía me obligaba a preguntarme si en verdad era posible llegar a la democracia a través de la dictadura; si podía uno crear comprensión mediante el odio, construir un mundo feliz liquidando a sus adversarios. ¿Existe una ideología capaz de movilizar todas las energías de

una humanidad que aspira a construir un mundo nuevo? Hemos llegado a un estado de desarrollo en el cual rozamos la catástrofe, pues la lucha de clases en nuestra época conduce fatalmente a la guerra atómica. Para realizar las más grandes esperanzas de la clase obrera —una sociedad sin clases en la que cada cual recibiría según sus necesidades y daría según su capacidad— necesitaríamos encontrar un camino más seguro, una vía de cooperación.

Pasé noches de lucha interior y días de discusiones con muchos comunistas alemanes. La comparación entre el Congreso del Komintern de 1928 y la Conferencia de Caux permanecía ante mis ojos. Mi resistencia y mis reservas cedieron del todo y acepté de todo corazón el Rearme Moral. Era la sola idea revolucionaria lo suficientemente grande como para colmar todos los abismos: una ideología basada en principios morales absolutos y capaz de enfrentar con éxito el orgullo humano. Había pasado toda la vida batallando para cambiar a los demás, pero sólo ahora descubriría el secreto de la operación: era necesario cambiarme a mí mismo para llevar a los demás a hacer otro tanto. Era preciso aceptar el desafío de los principios morales absolutos, abandonar por completo mi propia voluntad. Esto representaba la más profunda y poderosa revolución; aquella que libera al individuo de sí mismo y hace de él una fuerza activa en la construcción de un mundo nuevo.

Antes había creído siempre que, para poder cambiar a los seres humanos, era necesario crear un sistema nuevo que eliminara la propiedad privada e hiciera imposible la explotación. Ese nuevo sistema hubiera creado el nuevo tipo de individuo capaz de dominar el difícil arte de vivir en la disciplina y en la libertad. Ahora bien; la experiencia había demostrado la falla total del marxismo sobre este punto; los nuevos sistemas no crean, de hecho, ningún nuevo tipo de individuo.

Uno puede socializar, nacionalizar y racionalizar, pero la naturaleza humana permanece la misma, incontrolable. Nuevas divisiones aparecen, se crean nuevas clases y surgen nuevas dificultades.

En Caux hice en este sentido una declaración que se comunicó a la prensa. A mi regreso a Noruega, el redactor del principal diario comunista, *Frihet*, me telefoneó para decirme que había recibido por la agencia de prensa “mi supuesta” declaración hecha en Caux. No dudaba él de que ésta había sido falsificada y me pedía que la desmintiera. A lo que respondí que no había ninguna falsificación y que me hacía responsable de la publicación en todos sus términos. Me preguntó, entonces, si me daba bien cuenta de que mi situación perjudicaría al Partido Comunista de Noruega, y le respondí: “Eso depende del modo en que se tome”.

En mi calidad de miembro del Comité Central del Partido Comunista noruego, fui convocado por el secretariado del partido para discutir a fondo el asunto. Éste quería encontrar un terreno de entendimiento para que yo pudiera continuar mi trabajo como miembro del partido. Discutimos, entre otras cosas, la situación mundial, los diferentes conceptos de la guerra de clases y la dictadura del proletariado. Se decidió que yo redactaría un documento subrayando los puntos de divergencia entre el Rearme Moral y el comunismo, entre mí mismo y el partido. Después de examinar el problema a fondo, llegué a la conclusión de que no se ganaría nada poniendo en discusión las desviaciones, cualesquiera que fueran, con respecto a la línea comunista. Siempre existieron desviaciones y facciones, y nuevas discusiones en este campo no llevarían a ninguna parte. Decidí, entonces, entregar al Partido Comunista noruego una declaración por la que describía mi filosofía de vida —la del Rearme Moral, basada en los cuatro principios morales absolutos— y no dejando duda alguna sobre mi compromiso en este sentido. Terminé con una pregunta: “Tal forma de vivir, ¿sería incompatible con el hecho de pertenecer al Partido Comunista?”

Pensando que tendría que rendir cuentas de esta declaración ante una comisión, me reuní con varios de mis amigos y tuvimos un momento de silencio. Con toda claridad me vino este pensamiento: “Mantén firme la declaración que hiciste en Caux. Es justa. Sé firme”. Creo que este pensamiento, fuera de lo que

yo había visto en Caux, fue la fuente de mi decisión inquebrantable de no volver atrás. No recibí nunca respuesta a mi declaración ni a mi pregunta al Partido Comunista noruego. Sin embargo, recibí una respuesta indirecta al tiempo de la primera reunión del comité central, que tuvo lugar luego; ¡no se me convocó! Se pidió a mi reemplazante que ocupara mi asiento. Vino a preguntarme lo que ello significaba y por qué no podía yo asistir a la reunión. Le respondí que no se me había convocado. Rehusó entonces él asistir, por lealtad hacia mí. Luego, el secretario del partido convocó a una tercera persona que no había sido electa ni por los responsables regionales ni por el congreso nacional. Los comités regionales, considerándose insultados exigieron que gente responsable del partido viniera a explicar por qué había sido eliminado del comité central un delegado debidamente autorizado. Estos rehusaron acceder. Finalmente, decidí que era preferible dejar el Partido Comunista.

Mi eliminación por el comité central me dio la prueba de que el partido no aceptaba la filosofía que yo había hecho mía. Tales son las razones de mi dimisión al partido. Figuran en la declaración que hice a la prensa y cuyo texto es el siguiente:

“Mi dimisión al Partido Comunista de Noruega proviene del hecho de que he reconocido el haberme adherido al Rearme Moral, con todas las consecuencias que ello implique.

“Hace algún tiempo envié al partido, por escrito, una declaración completa sobre estos puntos.

“Naturalmente, no esperaba yo que el Partido Comunista noruego aceptase de entrada, como base de trabajo, la política, a mi modo de ver revolucionaria, que el Rearme Moral representa; pero nunca he dejado de sostener mis convicciones, abiertamente y sin rodeos, ya se tratase de política o de pensamiento. Y así seguiré haciéndolo.

“Después de haber considerado con madurez y seriamente todos los aspectos del problema, llegué a la conclusión de que la sola solución lógica y valedera era poner fin a mi afiliación al Partido Comunista.

“Espero, sin embargo, que en nuestro país muchos comunistas, socialistas, progresistas, y gentes sin prejuicios en general, se convertirán en pioneros del combate por este nuevo espíritu del cual depende el porvenir de la humanidad y el nuestro”.

El Rearme Moral constituye para mí un desafío y una puesta a prueba. Continuamente me preguntaba, una y otra vez, si yo le había fallado a la clase obrera, entregándome a esta tarea de construir una sociedad nueva. Todas las experiencias que he vivido desde entonces han reafirmado mi convicción de que hice bien en asociarme con el Rearme Moral, y de que éste aporta la solución a los problemas de nuestra época. No me arrepiento de haber luchado por la justicia social y utilizado la guerra de clases para llegar a ella; pero si yo hubiera encontrado antes el Rearme Moral, hubiese podido hacer mucho más por mi clase y por mi país.

En mi primer encuentro con Frank Buchman me hallé frente a un hombre de una gran humildad y dotado de un afecto y de una comprensión excepcionales hacia los demás, con total olvido de sí mismo. Un día, me miró y me dijo: “Yo siento que algo queda en usted de su vida pasada”. Era una manera llena de tacto de decirme una verdad, porque, de hecho, mucho quedaba en mí de mi antigua vida.

El análisis de la situación mundial hecho por Frank Buchman cuando lanzó su programa de Rearme Moral en 1938 denotaba una visión única del porvenir, y esto sólo le da ya un lugar prominente en la historia del mundo. Karl Marx lanzó la idea para su época; Frank Buchman ha dado a los pueblos y naciones del mundo la idea para la nuestra, una idea más profunda y más vasta que el marxismo, y que lleva en sí el poder de cambiar la naturaleza humana. Es así como la humanidad ve abrirse la posibilidad de llevar a cabo su misión histórica; cambiar el curso de la historia y construir un mundo nuevo.

El Occidente se encuentra hoy en una posición hartamente débil frente al Oriente. Su política del pasado ha creado gran desconfianza entre los pueblos de Asia. Pero el Este y el Oeste se

necesitan el uno al otro. América y Europa deben estar listas a pagar el precio de los errores cometidos y recuperar el contacto con los pueblos de Oriente sobre una base nueva y constructiva.

Los pueblos de Asia y de África tienen necesidades y aspiraciones profundas. El porvenir de Europa depende de su aptitud para producir una idea que permita al Este y al Oeste crear una sociedad lo suficientemente vasta como para incluir a todos los hombres. El nacionalismo es una fuerza poderosa para alcanzar ciertos fines. Pero, por sí mismo, es incapaz de asegurar la independencia, la libertad y la verdadera felicidad. El Oriente necesita, pues, también, una unidad ideológica, teniendo por base principios morales absolutos.

La fuerza de América reside en sus posibilidades económicas, su desarrollo técnico y la inmensidad de sus recursos naturales. Pero su debilidad consiste en que carece de una ideología que responda a las necesidades de nuestra época. Sólo una ideología de dimensiones mundiales le permitirá ganar la confianza de los pueblos orientales.

La fase actual del desarrollo del comunismo es significativa. Tiene el poder de avanzar en distintas partes del mundo, y la debilidad del Oeste redobla sus fuerzas, constituyendo así su mayor carta de triunfo. Pero el comunismo nunca pudo crear la unidad en su propio campo. Por consiguiente, un mundo controlado por el comunismo no produciría una paz eterna, sino un constante clima de discordia. Lleva en sí muchas contradicciones. Por ejemplo, el progreso material no ha producido el nuevo tipo de hombre capaz de dominar la situación. Surgen nuevas clases y nuevas divergencias, arrastrando nuevos problemas.

Los acontecimientos de Hungría, la actitud soviética frente a Yugoslavia y los conflictos internos del partido han defraudado cierta esperanza de coexistencia pacífica en las naciones democráticas; pero han desilusionado igualmente a muchos comunistas, haciéndolos caer en la apatía. Pero el anticomunismo y la apatía no son una solución para ex comunistas. El anticomunismo es reaccionario y no puede resolver los conflictos entre el mundo comunista y el mundo libre. Es preciso que

mostremos a los marxistas defraudados cómo pueden seguir construyendo un mundo nuevo.

Existen también, ya se sabe, numerosas contradicciones dentro del capitalismo. Aun el capitalismo, que se llama "moderno", no ha podido resolver sus problemas fundamentales. La lucha de clases seguirá, pues, con sus huelgas, sus vicisitudes y sus crisis hasta que la solución sea hallada. Hay que dar a la producción un objetivo de orden moral, de manera que su razón de ser sea tan sólo responder a las necesidades materiales de los hombres y a las de su espíritu. Es la condición previa al establecimiento de toda cooperación y a la eliminación de clases y de lucha de clases, independientemente de lo que toca al derecho de propiedad y a los sistemas. Ello exige un nuevo tipo de hombre. Necesitamos, a toda costa, producir ese tipo de hombre, si queremos recoger el desafío del comunismo.

El mundo de hoy ofrece las mayores posibilidades tanto para el bien como para el mal. La ciencia y la técnica han dado a la humanidad la oportunidad única de un porvenir mejor. Pero vivimos con el miedo del mañana. En la época de los Sputniks, el progreso técnico y científico puede llevar a la guerra y a la catástrofe, en vista de las contradicciones existentes y en continuo aumento. Es el hombre el responsable de esta situación peligrosa e intolerable. La sola sabiduría humana no ha logrado resolver los problemas creados por la edad atómica.

La respuesta es sencilla. El vuelco de la situación exige un cambio completo de cada uno de nosotros, un compromiso total de basar nuestras acciones y pensamientos en principios morales absolutos y en las directivas inspiradas por Dios. He ahí el fundamento sólido sobre el que podemos edificar un mundo liberado del miedo, en el cual las necesidades de todos se vean satisfechas.

HANS BJERKHOLT

Noruega

*“Jamás me había preocupado
de mi pueblo”*

Dios, que en Su omnipotencia creó el universo, instituyó cuatro puntos en el horizonte. A uno lo llamó el Este; al otro, el Oeste; al otro, el Sur; y al último, el Norte. Gracias al poder de lo que Dios nos ha dado por el trabajo de Frank Buchman, hombres de estos cuatro puntos se han congregado. Es el buen camino, derecho siempre.

El año pasado fui a la Meca y adquirí el título de Elhadj. Ahora, ya encontré ese camino.

Soy el jefe de los “hausas” de Onitsha, la ciudad de los grandes mercados sobre las riberas del Níger, en la Nigeria oriental. He sido también diputado e integro ahora el Concejo Municipal. Tenemos problemas y dificultades en mi región.

Me sentía dividido en mí mismo porque no había unidad ni en mi pueblo ni en mi familia. Como presidente de la Corte de Justicia tengo seis consejeros. Éstos se peleaban y aceptaban coimas. Se aplazaba el juicio de ciertos casos para dar tiempo a las partes litigantes a aumentar las sumas que ellas ofrecían como prueba del buen fundamento de su causa. Aquello me enardecía.

Un día, un grupo de hombres —africanos y europeos— vinieron a verme a mi jefatura residencial en Onitsha. Me dijeron que estaban rodando una película llamada *Libertad*, que sería el vocero del África para el mundo entero. Me pidieron que les ayudara. Reuní a mi pueblo en las orillas del Níger. El rey de Onitsha estaba allí y había congregado también a sus jefes y a millares de personas de su pueblo. Monté a caballo y pasamos todo el día interviniendo en las distintas tomas de escenas.

Luego pregunté a aquellos que hacían la película: “¿De qué se trata?” Se me habló de los cuatro principios absolutos: honradez, pureza, desinterés y amor absolutos. De regreso a mi casa, no pude concebir el sueño. Estaba sin sosiego. Durante la noche me levanté y desperté a mi mujer. Escribí esos cuatro principios y le dije: “Me obsesionan; no estoy seguro de lo que encierran, pero mira, aquí están”. Bebía cerveza y, cuando pasaba la noche en la ciudad, hacía lo que me apetecía. Y algo se agitaba en mi interior al pensar en los cuatro principios. En mi corazón, me sentía separado de mi pueblo, de mi familia, de mi mujer.

Al día siguiente, hice venir a mi amigo, le mostré el asunto y él dijo: “Nunca había visto algo igual”. Llamé entonces a cuatro de mis instructores musulmanes. Se pusieron a discutir entre ellos lo que significaban estos cuatro puntos y me preguntaban cómo llegarían a observarlos. Llamaron a otros y se reunieron en número de veinte. Uno de ellos, un anciano de setenta y cinco años, se levantó y dijo: “Sí, es exacto; hay en el Corán un pasaje que apoya todo esto”. Y lo leyó. Sabíamos que estábamos en lo cierto.

Entonces, convoqué a todo mi pueblo en asamblea. Les expliqué todo aquello a fondo y comprendieron. Empezaron a sentir la inquietud que yo había sentido. Durante dos días, en la ciudad no se habló de otra cosa. Decían: “El jefe ha traído algo que todos queremos considerar”. Al cabo de dos días, reuní de nuevo a mi pueblo y le dije: “Es preciso que vaya a indagar más sobre este asunto y a descubrir lo que encierra”. Aprobaron. Ventitrés autos llenos de gente hicieron conmigo las sesenta y siete millas que separan la ciudad del aeródromo. Y es así como partí para MácKinac.

Allí aumentó mi alegría cuando vi a hombres de tantas naciones que antes me hubiera parecido imposible que algún día llegaran a entenderse. Oré por ellos y oré por mi pueblo, para que aquello se acrecentara en el mundo entero.

Al cabo de algún tiempo, comencé a oír la voz de Dios en mi corazón. Cuando mi padre, el jefe, había muerto, había dejado dinero. Éramos doce hijos de una misma madre. Todo el dinero había quedado a mi nombre. Yo no había mostrado el testamento

a mis hermanos. Había encontrado excusas para hacer del dinero lo que había querido. Pensé en esto en silencio y escribí a mis hermanos, comunicándoles por primera vez el monto de la suma. Les dije que ahora mi corazón estaba libre; que todo aquello que lo empañaba estaba desechado y que pensaba que había que dividir el dinero en tres partes: un tercio para el alimento, un tercio para las necesidades de nuestra familia y un tercio para ayuda de mi pueblo.

Cuando volví de Máckinac convoqué a toda mi familia y le dije: "Ahora quiero ser un hombre distinto. Quisiera que me acompañaran al Banco; somos doce de familia". Dije al director del Banco: "Quisiera que nos diga el monto exacto de la fortuna depositada aquí por mi padre". Y lo hizo en presencia de todos mis hermanos.

Dije a mis hermanos: "¿Oís vosotros, veis ahora y comprendéis cuánto tenemos en el Banco?" En el camino de regreso me preguntó uno de ellos: "¿Por qué has hecho esto?" Le respondí: "Lo hago porque Dios me lo ha pedido. No es recto emplear todo ese dinero para mí mismo. Me diréis todo aquello que necesitáis y me ocuparé de ello de inmediato".

Uno de ellos me dijo: "Gracias a Dios. Yo había pensado en matarte, pero me doy cuenta ahora de que eres un hombre distinto". Otro expresó que necesitaba doscientas libras para poder casarse. A un tercero le hacían falta cien libras para establecer un comercio. Todos me dijeron lo que necesitaban.

Después de que lo hubieron hecho, me sentí muy triste y lloré, comprendiendo cuán mal los había tratado anteriormente. Di un cheque a cada uno. A partir de ese momento nos sentimos unidos.

Al día siguiente me preguntaron cuál era mi secreto y dónde había oído hablar de esos cuatro puntos absolutos. Los traduje entonces en mi lengua para que les fuera dado comprender, y empezamos a oír, juntos, la voz de Dios. Al día siguiente se hablaba de ello en el diario, y el resultado inmediato fue que cinco familias pusieron fin a sus querellas. Y, a partir de ese momento, se hicieron cadena las reacciones a través de la ciudad.

Había un jefe que era mi enemigo. De no ser por el gobierno, hubiera estado en guerra con él. Siempre nos enfadábamos el uno con el otro. Cada vez que sus hombres venían a mi ciudad, los míos ardían en ganas de cebarse en ellos y golpearlos. Empecé a pensar en esto y me dije: "Esto no está bien; ¿por qué somos enemigos?" Entonces me armé de valor y le escribí para excusarme. Escribí veintitrés cartas presentando excusas a todas aquellas personas con quienes yo no había estado en buenos términos. A mi regreso a Onitsha, visité a cada uno de ellos en su propio hogar y decidimos reconciliarnos.

Me encontré varias veces con Frank Buchman en Máckinac y siempre hablamos de mi pueblo. Recuerdo algo que me dijo Frank y que me hizo pensar mucho: "Si usted quiere salvar a su país, usted debe entregarse por entero a su pueblo".

En lo que a jefe se refiere, yo no me había entregado a nadie. ¿Qué quiere decir esto, os preguntaréis? Y bien; tal hombre era mi enemigo, tal otro era mi enemigo, otro más allá era también mi enemigo. De suerte que yo no me ocupaba de ellos. Si había una querrela en la ciudad, yo les pedía que vinieran, pero si no venían me olvidaba de ellos. Ignoraba lo que sucedía en el corazón de mi pueblo. Ahora, he pedido perdón a mis antiguos enemigos y no hay más amargura.

En calidad de jefe yo no iba nunca hacia mi pueblo. Ahora, a la menor queja en la ciudad, dejo lo que estoy haciendo, tomo el coche y voy a la casa de estas gentes. De esta manera, no existe en mi pueblo un joven ni un anciano de quienes ignore lo que encierra su corazón.

Un día, oí que Frank Buchman decía al primer ministro del Japón: "La juventud del Japón aprende a ir no a la derecha ni a la izquierda, sino derecho". Aquello me turbó y pregunté a Frank Buchman lo que quería decir.

Me respondió: "Usted sabe que cuando usted administra la justicia, viene un hombre y os dice: "Si os regalamos esto, ¿querrías fallar el juicio en favor nuestro?" Y el otro hombre os dice: "Si os diéramos esto, ¿podrías pronunciaros en nuestro favor?" Sí, conozco eso, le dije. "Entonces", continuó Frank, "lo

que ahora necesitáis es no seguir el deseo de este hombre o de aquél, sino de ir derecho hacia lo que es justo".

Ahora, los seis hombres y yo, que administramos la justicia, oímos juntos la sabiduría de Dios. Hemos encontrado la unidad y podemos arreglar las diferencias de nuestro pueblo inmediatamente y allí mismo.

Han venido otros jefes a vernos, de lugares lejanos, para preguntarnos cómo podrían ellos vivir como hermanos, y les decimos nuestra experiencia, y esto es lo que salvará a mi pueblo.

Es así como todas las tribus, cristianas y musulmanas, encuentran la unidad.

Conté mi historia al primer ministro del país y a los de las regiones del Norte y del Este; ellos vieron cuánto había cambiado y saben que es real. Dios ayudará esta obra, porque no es la obra de nuestro egoísmo, sino la de Dios.

ELIADJ UMORU YUSHAU

Nigeria

Constructor del África de mañana

Siempre tuve suerte. Muchos seres han muerto sin haber visto la Historia plasmarse bajo sus ojos y sin haber participado en su formación. A mí me ha sido dado el ver la Historia grabarse en mi corazón.

Crecí en el odio al imperialismo y heredé la amargura de mi familia. Mi tío era jefe consuetudinario cuando en 1900 los blancos llegaron a Owerri, en Nigeria. Fue él quien me trazó el cuadro amargo de lo que había ocurrido entonces.

Los blancos habían sustituido a la autoridad de mi abuelo, el jefe Egwunwoke, la de su propio gobierno. Lo habían perseguido y tomado prisionero, utilizando luego la ginebra y el whisky para doblegar nuestro pueblo a su voluntad. Mi tío me mostró las viejas botellas de ginebra.

En el colegio, la actitud de un director, un sacerdote blanco, no contribuyó a disminuir mi odio hacia los ingleses. Utilizaba con frecuencia un bastón para castigar a aquellos que no alcanzaban el nivel que exigía en sus enseñanzas. El domingo a la mañana decía misa y leía el Evangelio: "Haced por los demás lo que quisiérais que los demás hagan por vosotros". Yo no podía identificar al reverendo padre del lunes a la mañana con el reverendo padre de los domingos.

Los funcionarios europeos vivían en condiciones que nos parecían el paraíso a la mayoría de nosotros. La gente del pueblo debía endeudarse para saldar sus impuestos y se convertían así en esclavos de los prestamistas. Ninguno de ellos, por otra parte, hubiera podido explicar por qué había que pagar impuestos.

Estas cosas empezaron a hacerme pensar en que Dios no existía. Me decía: si hubiera un Dios, estas gentes serían castigadas, y el castigo sería inmediato.

Dejé la Iglesia a causa de las atrocidades que ella parecía admitir. Nunca se había sublevado contra el poderío imperialista. Y me dije que, mientras la Iglesia no tomase medidas contra estos crímenes, los aprobaba. Por esta misma razón no me atraía el Occidente. Nada de lo que podía ofrecerme me interesaba, porque parecía siempre dar la razón a los que nos hacían daño. El Occidente no tenía nada que decir a seres como yo.

En 1942 había casi terminado mis estudios superiores; todos mis amigos conseguían empleo y algunos entraron en la administración. La primera huelga de funcionarios tuvo lugar en esa época, para apoyar una reivindicación sobre sueldos de los obreros. Muchos de mis compañeros participaron en esta lucha. Uno de ellos me habló un día del papel representado por la juventud y de un movimiento clandestino cuyo fin era nada menos que el establecimiento de un gobierno nigeriano autónomo.

El ídolo de los jóvenes era en aquel momento el doctor Nnamdi Azikiwe —todos lo llamábamos “Zik”—, cuyos discursos y escritos inflamaban por doquier el ardor nacionalista de los africanos. Su diario, *West African Pilot*, se volvió nuestra Biblia. Después de haber oído hablar a Zik, se dejaba la sala pronto para disparar sobre todos los blancos que uno encontrara. Nos hablaba de sus experiencias en América; analizaba la actitud de los blancos hacia los africanos. Un fuego se encendía en el corazón de todos los jóvenes que tuvieran por lo menos un mínimo sentido patriótico. El movimiento “zikista” surgió así.

Dejé el colegio para entrar en la lucha. Acepté un empleo administrativo en la policía, pero por la noche iba a trabajar al lado de los “zikistas”, que luchaban por un gobierno autónomo, para mejorar la suerte de nuestro pueblo, para construir escuelas y caminos con el fin de que aquellos que pagaban los impuestos tuvieran el beneficio de los mismos. Creía que las cosas mal hechas por los ingleses serían enderezadas por los africanos si éstos se gobernaban a sí mismos.

Nos habíamos organizado en grupos y leíamos los escritos de Karl Marx. Pagábamos nuestros libros por mensualidades. Al principio, Marx me interesaba sobre todo por lo selecto de sus palabras, lo acabado de sus frases. Un buen jefe de la juventud debe ser capaz de expresarse fácilmente. Las frases de Karl Marx eran más importantes para mí que su análisis.

Después empecé a comprender. Proponía un remedio. Las diferencias de clases de que hablaba las comprobaba a mi alrededor. Veía los hospitales europeos y los hospitales africanos: los servicios llamados "superiores" y los llamados "secundarios", y notaba la diferencia. Observaba también que los unos trabajaban como bestias de carga mientras que los otros actuaban como amos. Y si uno decía una palabra contra el poder imperialista, iba a la cárcel.

El puesto que ocupaba me daba más de una razón para desear una revolución sangrienta. Ante mis ojos muchos jóvenes sufrían debido a sus opiniones. Vi a algunos golpeados a bastonazos por la policía para obtener sus confesiones. Todo aquello aumentaba y ahondaba mi adhesión a la filosofía marxista, aun cuando no estuviese de acuerdo con algunas de sus conclusiones. Era peligroso reunirse, inclusive cuando sólo fueran dos o tres, sin permiso oficial. No teníamos lugares de reunión fijos. Cambiaban siempre; algunas veces era en la maleza, por miedo a la policía.

Una noche, en plena selva, uno de mis compañeros se echó bruscamente hacia atrás dando un grito. ¡Había pisado una enorme serpiente! Huimos a todo correr. "¡Somos rebeldes flojos", dijo uno de mis amigos, sin aliento por la carrera, "si una serpiente nos pone en fuga tan fácilmente!"

Rápidamente muchos jefes de juventud fueron metidos en la cárcel. Yo estaba en el tribunal cuando uno de mis amigos, al oír su sentencia, gritó al magistrado: "¡Si la lucha por la independencia es un crimen, dadme entonces la pena máxima!"

Fue allanada mi casa. Yo era prudente y no se descubrieron documentos, pero pronto me vi asediado de un modo mucho más indignante. Primero se me transfirió de Lagos, la capital de

Nigeria, a la provincia más al este del país, que en esa época se consideraba como un lugar de ostracismo. Ya me consideraba, pues, como un "víctima".

El viaje empezó por barco hasta Port Harcourt, en Nigeria oriental; luego continuó hacia Enugu, a 300 kilómetros hacia el interior. Cuando hube llegado, se me envió por autocar y por camión más allá del Cross River, a Calabar. De allí, otro camión me condujo 150 kilómetros más lejos hasta mi lugar de destino. El viaje duró veintiocho días, y a mi llegada todos mis objetos personales, mi vajilla, mis sillas y mi batería de cocina estaban rotos o habían desaparecido.

Me sentí entonces muy solo y abandonado. Tomé un asueto, regresé a casa y decidí casarme; lo que mi familia deseaba hacía tiempo, esperando que ello disminuiría mis actividades políticas. Mi tío había concluido un arreglo con el jefe de un pueblo vecino, cuya hija constituía un partido conveniente.

A mi regreso, este tío se ofreció para llevarme a conocer mi futura familia política, en Aba. Él iría en autobús y yo seguiría en motocicleta.

Cuando era chico había visto con frecuencia casamientos de amigos. Se ponían su mejor ropa para ir a conocer a la prometida. Me dije: "No haré como ellos. Me pondré un mono y veré bien si es conmigo o con mis lindos trajes que la niña quiere casarse". ¡No sabía entonces hasta qué punto esta resolución infantil sería notada! A 50 kilómetros de Aba uno de mis neumáticos estalló. Tenía en el bolsillo cuatro chelines y un cortaplumas y empezó a llover a cántaros. Me quedé cuatro horas bajo la lluvia sin lograr detener un auto para pedir ayuda. La noche empezaba a caer. Hice entonces 15 kilómetros con mi llanta pinchada, hasta la próxima estación de policía.

Al día siguiente, cubierto de barro y sufriendo un resfrío bárbaro, me encontré por primera vez con mi mujer. No me dijo una palabra y me tendió un trazo. Mi tío no estaba allí y decidí volverme, no obstante los esfuerzos del padre de la joven para persuadirme de que me quedara. No había andado ocho kilómetros cuando empezó a faltarme la nafta y tuve por

fuerza que desandar la ruta. Llegué con la última gota de combustible a la puerta de mi futuro suegro, que me dijo: "¡Ves, debías quedarte!" Me ofreció un baño y ropas limpias.

Muchas veces desde entonces he recordado esta aventura. Cada vez que tuve la tentación de preguntarme: "¿Elegí bien?", sentí nuevamente que Dios había hecho su parte en nuestra decisión, y ésa es la base de nuestro matrimonio.

Nos casamos en la iglesia católica de Umuodu-Mbierri, el 6 de junio de 1948. Mi mujer enseñaba en una escuela religiosa, y las autoridades del convento, así como mi suegro, insistieron en que hubiera una ceremonia en la iglesia. Pero aquello no significaba nada para mí.

En julio rehice el viaje, esta vez con mi mujer, para regresar a mi empleo. En agosto, me encontré implicado en un proceso que había sido levantado durante mi ausencia. Se me acusaba falsamente de haber percibido un excedente de paga de 10 libras, 13 chelines y 4 peniques.

Comenzó entonces una larga serie de encuestas e interrogatorios. En un momento dado se nombró una comisión, compuesta de cinco europeos que actuaron durante cinco días recibiendo cada uno unas cinco libras por día, para averiguar sobre las diez libras que faltaban. La comisión se declaró incapaz de determinar quién era responsable del déficit en la caja.

Sea lo que fuere, acabé por comparecer ante un magistrado. Yo no tenía más pruebas que mi palabra contra la suya. El magistrado suspendió el juicio durante tres días. Al tercero, a las cinco de la mañana, un muchacho del servicio del club europeo vino a casa y me dijo: "Usted será declarado culpable. Hubo reunión anoche en el club. El juez y el administrador estaban allí y se habló de usted la mayor parte del tiempo".

Cuando el juez pronunció mi condena a seis meses de prisión, no sentí emoción. Pero una gran amargura embargó mi espíritu. En mi calidad de gerente había tenido la ocasión de manejar miles de libras, y ser puesto preso por un asunto de 10 libras era la mayor humillación. Ni mi mujer ni mi madre podían

comprenderlo. Era mucho peor que si hubiera estado acusado de sedición.

Fue por fin en la primavera de 1949 que entré en la cárcel después de haber apelado muchas veces. Nuestro primogénito nació ocho días después.

Estuve preso cuarenta y nueve días. Poco después estaba nuevamente en Lagos, centro de la vida política de Nigeria. Mis compañeros del movimiento "zikista" salían también de la cárcel en ese momento. Lanzamos un diario llamado *Labour Champion*, del cual vine a ser redactor responsable. Acepté un sueldo mensual rebajado a sólo 6 libras, y lo hice gustoso.

Fue en este momento, en 1949, cuando tuvieron lugar los trágicos "fusilamientos de Enugu". Los mineros del valle de Iva, cerca de Enugu, estaban en huelga. La policía empleó gases lacrimógenos, cachiporras y fusiles contra un grupo de manifestantes sin armas. El capitán de policía dio orden de hacer fuego y veintiuna personas fueron muertas.

La comisión de investigación declaró que había habido "error de juicio" por parte del capitán de la policía británica. Por único castigo se le puso en situación de retiro.

¡Nosotros, del movimiento de la juventud, sentíamos que estas cosas pedían una acción revolucionaria y que tenía que haber otro "error de juicio" en alguna parte! ¡Ojo por ojo y diente por diente! Pensábamos que podría crearse una organización Mau-Mau en Nigeria, y una sección de antiguos combatientes fue comisionada para estudiar los medios de procurarse material y armas.

El primer atentado fue dirigido contra el Sr. Hugh Foot, en aquel entonces jefe de los servicios administrativos en Nigeria (luego gobernador de Chipre). El golpe falló, y el joven que lo había consumado fue condenado a prisión perpetua.

Nuestro diario, el *Labour Champion*, atacó las conclusiones del juez. Se nos condenó por sedición, y la multa impuesta fue de doscientas libras, lo que absorbió hasta el último penique de la cuenta del diario en el banco y puso fin a su existencia.

Decidí entonces entrar en el movimiento sindical, teniendo por objeto la organización de los trabajadores. Me interesaba por su suerte y pensaba que podrían desempeñar un papel decisivo como agitadores en la lucha por un gobierno autónomo del país. La mayoría de mis colegas siguieron el mismo camino.

Fue en medio de todas estas luchas que mi hogar empezó a disgregarse. A mi partida para Lagos, había dejado a mi mujer en el pueblo. Un día me sentí aterrado por un telegrama que me envió: "Hemos dejado de ser marido y mujer; tu madre me ha echado". Supe luego que había ido a vivir a casa de su padre en la ciudad de Aba y más tarde que había vuelto a ejercer la enseñanza y vivía en la miseria. Su padre no había podido tenerla en su casa y vivía sola con nuestro hijo.

Estaba absorbido por nuestro *Labour Champion* cuando recibí un telegrama de mi suegro por el cual me anunciaba que mi mujer venía a reunírseme en Lagos. No estaba preparado para ello, y en realidad no deseaba que viniese. No tenía suficiente dinero para satisfacer sus necesidades. Y en consecuencia, desde su llegada, todo anduvo de mal en peor. Nuestro primogénito estuvo gravemente enfermo y esperábamos un segundo niño.

Como una ola, la desunión crecía entre nosotros. Cuando mi mujer me contó como su padre se había negado a ayudarla, empecé a odiarlo y le escribí una carta llena de rencor. La mala salud de los chicos, mi vida ocupada y la falta de dinero constituían un terreno fértil para el desentendimiento. Transcurrieron así tres años en la desconfianza, la amargura y la beligerancia en el hogar. Mi mujer estaba llena de sospechas con respecto a mí, y yo perdí toda confianza en ella. Cuando, después del nacimiento de nuestro cuarto hijo, ella regresó a casa de su familia, nuestro divorcio parecía inevitable.

Durante este tiempo la lucha por la independencia llegaba al paroxismo. El movimiento "zikista" estaba sólidamente organizado en todas partes. Teníamos nuestro código secreto y un sistema clandestino de comunicaciones. Muchos de entré nosotros deseaban apasionadamente que el conflicto estallara abiertamente. El doctor Azikiwe se ausentó de Nigeria para intentar por

última vez arrancar al gobierno británico el reconocimiento de nuestros derechos. La prensa londinense lo cubrió de ridículo. El ministro de las Colonias rehusó reconocerlo como nuestro portavoz o nuestro jefe. Le fue dada esta respuesta: "Usted no representa nada en Nigeria".

Con nuestro pleno acuerdo, el doctor Azikiwe se volvió hacia el Este y preparó su partida para Moscú.

Súbitamente circuló el clamor de que, en vez de pedir ayuda a los países comunistas, Zik había vuelto a Nigeria decidido a tender la mano a sus antiguos adversarios políticos y a encontrar un camino hacia la autonomía, sin derramamiento de sangre. Sus discursos cambiaron de tono, llamando al renacimiento de nuestro pueblo y lanzando nuevos "slogans" para la unidad tales como: "No quién está en lo justo, sino qué es lo justo".

Algunos de entre nosotros pensamos que había sido comprado por los ingleses; otros, que valía la pena informarse sobre lo que lo había influido tan visiblemente. Descubrimos que había ido a Suiza, a un lugar llamado Caux, donde había encontrado una nueva ideología que llevaba el nombre de Rearme Moral. Yo estaba lleno de desconfianza e hice correr el rumor de que un capitalista americano había armado la empresa para hacer conocer su nombre en el mundo; pensé que era una nueva religión destinada a ahogar la llama nacionalista en los pueblos colonizados.

Tenía la intención de informarme con exactitud, cuando un día dos hombres, un escocés y un suizo, entraron en mi escritorio. Me dijeron que formaban parte de esa fuerza mundial que el doctor Azikiwe había encontrado en Caux. Los hice sentarse; hablamos durante cuarenta minutos. Me impresionaron la sencillez y la humildad del escocés y el hecho de que era un trabajador como yo, un obrero de los astilleros navales del Clyde.

Me hablaron de imperativos morales absolutos. Me dije: "Sería perfecto para oficiales británicos retirados, o para ancianos, pero ¿cómo esperar de un joven que observe absoluta pureza?"

Algunos días más tarde, vinieron a presentarme a uno de sus amigos, un joven inglés. Era tan sencillo y tan recto que

vi claramente que no ocultaba nada. Y me dije: "Si hay jóvenes así en el asunto, debe tratarse de algo bueno".

Acepté, pues, la invitación que me hacían para asistir a la obra teatral *El Hombre de la Llave*. Aquella pieza me lanzó un desafío. Vi sobre la escena a un embajador de Rusia que se negaba a beber y a fumar y oí la razón que daba de ello su mujer: que la bebida hace decir a la gente "estupideces" y que los agentes de gobierno utilizan las recepciones para hacer de informes por medio de estas charlas irreflexivas.

Me dije que ésa era la razón por la cual las autoridades nos invitaban con tanta frecuencia a recepciones en la Residencia. Regresé a casa y decidí dejar de fumar y de beber; estos vicios dominaban mi vida en esa época. Renuncié a ellos para salvaguardar mi organización sindical.

Poco tiempo después, en julio de 1955, acepté una invitación para trasladarme a Caux con un grupo de parlamentarios y dirigentes de juventudes de Nigeria y de Ghana.

Los dos primeros días, permanecí muy escéptico. Pero, con el tiempo, comprendí que la gente que encontraba en Caux pensaba, como yo, que el mundo estaba en un caos, y emprendía una acción para cambiarlo y rehacerlo. Leí un libro que afirmaba: "No se puede curar el odio con el odio", y oí que alguien decía: "Es quizá un acto de fe el esperar un cambio de la naturaleza humana, pero es ciertamente un acto de locura esperar cambiar el mundo *sin* cambiar la naturaleza humana".

Yo coincidía con estas afirmaciones.

Una noche me encontré sentado al lado de un general de la fuerza aérea británica, para la cena. Me dijo que no estaba absolutamente convencido de la necesidad de aquella nueva ideología. Detestaba a aquel hombre con la mitad de mi ser, porque era inglés, y con la otra mitad me sentía atraído hacia él, porque su rostro se asemejaba de modo sorprendente al de mi abuelo, el jefe Egwunwoke. Me sentí empujado a excusarme ante él de mi odio contra los ingleses. Y él me dijo: "Sea lo que fuere, cualquier cosa que usted desee que yo haga por usted, la haré". Hubo un silencio entre nosotros. Luego me vino un pensamiento:

“Invítalo a luchar contigo por un mundo nuevo, como lo harían padre e hijo”. Prometió unirse a esta lucha. Y desde entonces cumple su promesa.

Al día siguiente, otro pensamiento se apoderó de mí: “Necio que eres, has rehusado creer en la existencia de Dios, tu Señor, y has abandonado la Iglesia de tus mayores. Vuelve a la Iglesia”.

Al llegar a la capilla, encontré allí al reverendo padre solo. Me había preguntado como confesaría todas mis faltas pasadas. Me di cuenta entonces de que el padre era italiano y comprendía bastante mal el inglés. ¡Qué alivio! Oyó mi confesión y recibí la Santa Comunión.

Después del oficio en la iglesia, pude ver muy claro en mí y comprendí cuán poca franqueza había tenido con mi mujer. Y en ese mismo instante me sentí libre y feliz en mi corazón. Me di cuenta del descaro que había en hacer discursos sobre la libertad, cuando en casa negaba toda libertad a mi mujer, y cuán vergonzoso era hablar en favor de la unidad en el mundo cuando yo estaba al borde del divorcio. Comprendí también que jamás podríamos encontrar la unidad en nuestro movimiento de juventud mientras siguiéramos atacándonos para saber quién sería el próximo presidente.

Escribí veinticuatro cartas de excusas. Me tomó dos noches. Le escribí a casi todos los miembros de mi familia y de mi familia política, a mis amigos en los sindicatos y en los movimientos nacionalistas contra quienes había cometido faltas. Pero mi primera carta fue para mi mujer.

Frank Buchman estaba en Caux en ese momento. Supo hacernos captar la amplitud de nuestra misión: “África debe hablarle al mundo”, nos dijo. Encarnaba la paz y la justicia y conquistó mi corazón. Después que habló una mañana a la asamblea, traté de saber a qué trabajo se dedicaba y cuáles eran sus recursos. Cuando me convencí de que no tenía dinero y que había consagrado toda su vida a aquella tarea, lo comprendí muy bien, pues era lo que nosotros mismos hacíamos por Nigeria.

Los africanos de todas las regiones del continente se reunieron entonces para crear la pieza *Libertad*; describíamos en ella todas

las luchas políticas del África y la transformación que Frank Buchman nos enseñaba a llevar a ellas. Esta pieza fue inspirada por la esperanza que Frank Buchman cifraba en nosotros. La primera representación tuvo lugar en Caux y se nos invitó inmediatamente a Londres, París, Bonn y a otras ciudades europeas.

Cuando le pedí perdón al general británico, creía haber abandonado toda mi amargura. Pero un día, en el teatro Westminster de Londres, cuando nos preparábamos a dar la pieza *Libertad*, me acordé de mi paso por la justicia y todo lo que había pensado del juez inglés que me había condenado a seis meses de prisión. Y me embargó un pensamiento: "Hete aquí trabajando junto con ingleses, en su propio país, en una pieza de teatro. ¡Ayer eras un nacionalista convencido y hoy eres un colaborador!" Y me encontré sumido en un abismo de rencor. Fue entonces que me di cuenta de que mis excusas no me habían librado de toda la amargura que llevaba en el corazón. Me encontré sentado en el teatro, como paralizado y sumido en llanto.

Puse a algunos de mis colegas al corriente de los tormentos de mi alma y les dije que iba a dejarlos. Gracias a ellos, logré mantenerme hasta el final de la representación de esa noche. Esa noche no pude dormir. Al cabo de tres horas, decidí escuchar la voz de Dios. En el silencio, al alba, un claro pensamiento llegó a mí: "Lo que haces en la presentación de *Libertad* es lo que exige la revolución para rehacer al mundo. Hasta ahora, tú no has hecho más que rumiar reivindicaciones y rencores, lo que no podía producir resultado alguno. Esto, ahora, es la única cosa capaz de transformar una situación para cuyo cambio luchaste siempre. Todo está bien. Sigue adelante".

Terminó mi asueto y tuve que regresar. Lloré al decir hasta la vista a aquellos que continuaban la gira de *Libertad*. Se habían vuelto, para mí, hermanos y hermanas.

Mi mujer no había contestado nunca mi dos cartas, escritas desde Caux. (¡Más tarde me dijo que me había creído ebrio!) Así, pues, resolví ir a buscarla. Llegué al pueblo y su padre y toda su familia me rodearon. Traté de decirles cuánto había cambiado mi vida, pero no quisieron oírme. Uno de los hermanos

de mi mujer me escupió en el rostro. Ella estaba presente y me observaba. Un sentimiento inexplicable me impidió encolerizarme. Pero tuve que volverme sin ella y rehacer el trayecto de ochocientos kilómetros a Lagos.

Dos semanas después, tuve un pensamiento definido: "Envíale un coche y pídele una vez más que regrese". Mi hermano se fue en coche y volvió con mi mujer. No había traído ninguna de sus pertenencias porque no podía creer en una verdadera reconciliación. Su padre le había recomendado que regresara a su casa si las cosas andaban mal.

Ella me vigiló de cerca. Lo primero que notó fue que yo había dejado el cigarrillo y la bebida. Sospechó que trataba de causar una impresión favorable. Una vez, para probarme, compró cigarrillos y una botella de cerveza y los puso en la mesa. Cuando los rechacé, empezó a ver que algo me había ocurrido. Entonces pasaron las semanas y todo iba tan bien que hasta se olvidó de escribir a sus padres.

Ella también conoció en Lagos a mis nuevos amigos, los compañeros que me habían ayudado a cambiar. Ahora hemos empezado, ella y yo, a luchar hombro a hombro para llevar a nuestros amigos, a nuestras familias y a los jefes de Nigeria la solución que hemos encontrado. Algunas veces, hay gentes que traen cuentos a uno de nosotros sobre el otro, para tratar de despertar sospechas y separarnos nuevamente. Pero nos lo hemos dicho todo, y la simple honradez de todos los días cimenta la confianza entre marido y mujer.

El entendimiento en mi hogar me hizo descubrir una nueva razón para actuar en el sindicato. Sencillamente, yo había querido utilizar a los obreros para la causa de la revolución que servía. Ahora, me preocupaba por ellos con el fin de que recibiesen los sueldos y tuviesen las condiciones de vida que merecían.

En momentos en que la reina Elizabeth se preparaba a trasladarse a Nigeria en 1956, hubo mucha agitación en los muelles de Lagos y una amenaza de huelga. Discutíamos ciertas mejoras, pero teníamos la impresión de que los directores no querían vernos. Los hombres lanzaron un ultimátum: "Si para tal fecha

no hemos obtenido satisfacción, haremos la huelga". La fecha en cuestión era precisamente aquella en que debía llegar el coche de la reina.

Los directores tuvieron la reacción acostumbrada: "Rehusamos discutir en esas condiciones; retiren primero la amenaza de huelga".

El tono subía de uno y otro lado. Yo sabía que una suave voz interior me repetía: "Tu papel es encontrar lo que es justo". Dije a los directores que aquél era el espíritu en que queríamos negociar. "Es razonable", contestaron ellos. Dimos una sesión de películas en los muelles mismos para llevar aquel espíritu a los obreros. Me concedieron su apoyo en masa. La huelga no tuvo lugar y el coche de Su Majestad desembarcó sin molestias.

Las negociaciones duraron muchos meses, pero se nos acordó un aumento del diez por ciento, con retroactividad a dos años.

A partir de entonces los hombres empezaron a venir a verme para preguntarme "cuál era el nuevo sortilegio que había descubierto". Hemos podido aumentar el nivel de vida de los obreros en un setenta por ciento, y el número de miembros del sindicato ha subido de seiscientos a cinco mil en los últimos cinco años.

En 1956, nuestra conferencia anual votó una moción por la que se agradecía al doctor Buchman todo lo que esta ideología "ha logrado y continúa logrando para los jefes y los miembros de nuestro sindicato". Y en agosto de 1958 el sindicato envió a Caux a nuestro presidente del período 1954-1957 y al vicepresidente actual, con el fin de presentar el informe de todo lo que ha tenido lugar desde que empecé a cambiar.

ONUMARA EGWUNWOKE
Nigeria

“Lo mencionaron en Stalino”

En la época de la capitulación de Alemania, me encontraba con mi regimiento en Checoslovaquia. Nos llevaron prisioneros a Rusia. Mi familia me creyó muerto. Sólo un año más tarde tuvieron noticias mías.

Minero desde la edad de catorce años, para sacar a la familia de la miseria, había sido incorporado a la Wehrmacht en 1942. Enviado al frente ruso, fui herido cinco veces. De acuerdo con los reglamentos, siendo minero, yo no debía haber sido jamás movilizado. Pero mi padre era comunista, lo que no era del agrado del gobierno...

La guerra no cambió las opiniones políticas de mi padre. Apenas terminadas las hostilidades, su primera actividad fue crear una sección comunista en su ciudad natal del Ruhr. Para él —como para mí—, el comunismo ofrecía el único medio de no repetir los errores del pasado.

Desde que se enteró de mi cautiverio, mi padre escribió a la dirección del partido en Moscú para pedir mi libertad. No logró obtener para mí más que un trato privilegiado y un permiso de libre circulación. Fue así como pude asistir a diferentes escuelas para estudiar el marxismo.

La última de estas escuelas se encontraba en Stalino, la gran ciudad industrial de la cuenca del Donetz. Esa ciudad se parecía singularmente a nuestras ciudades del Ruhr: por todos lados no había más que grúas y altos hornos, chimeneas y sirenas de usina. Yo sabía que los obreros de esa región estaban a la vanguardia de la revolución del proletariado. Los dirigentes del partido

reciben allí su última formación antes de entrar en función oficial. He ahí por qué estaba yo tan orgulloso de poder seguir los cursos de la escuela de formación marxista de Stalino, con una treintena de compatriotas míos y compañeros de cautiverio.

No era fácil ser admitido en esa escuela, y cada solicitud era examinada cuidadosamente. Para nosotros, prisioneros de guerra, con quienes el partido contaba para hacer progresar al comunismo en nuestros países, era necesario poder dar pruebas de actividad antifascista; era necesario también ser un verdadero hijo de la clase obrera. En Stalino no querían formar hombres de los cuales no se estuviera completamente seguro.

La enseñanza que recibíamos se dividía en cuatro temas principales de estudio: 1º) el materialismo dialéctico e histórico; 2º) la historia del Partido Comunista de la URSS; 3º) la construcción política y económica de la URSS; 4º) las biografías de Marx, Engels, Lenin y Stalin. Nuestros profesores eran todos alemanes, pero su enseñanza se complementaba con conferencias de jefes del partido y sabios soviéticos.

Uno de los temas de discusión que se trataba a menudo era el de la transformación del comportamiento de los individuos, que permitiría algún día el establecimiento de la verdadera sociedad comunista. Ninguno de nosotros tenía respuesta a este problema. Los cristianos a quienes habíamos visto vivir tampoco nos habían convencido de la posibilidad de un cambio en la manera de vivir de los hombres.

Durante un curso sobre las fuerzas ideológicas que podrían sembrar la confusión en el pensamiento de los comunistas, nos pusieron en guardia contra el Rearme Moral. Era la primera vez que oía hablar de éste. Nuestros profesores nos lo presentaron como un movimiento cristiano, cuyos miembros adolecían de las mismas fallas que todos los cristianos. Sin embargo, nos recomendaron que jamás entráramos en contacto con personas del Rearme Moral, cosa que nunca nos habían dicho a propósito de los cristianos en general.

Muchas veces me he preguntado por qué se nos había dado ese curso. Más tarde encontraría la explicación: en esa época, el

Rearme Moral había lanzado su primera gran ofensiva ideológica en el Ruhr, y la dirección del partido en Moscú estaba preocupada por el hecho de que viejos y activos revolucionarios, sobrevivientes de las prisiones hitleristas, se habían puesto a seguir otra ideología distinta del comunismo.

Después fui puesto en libertad y volví a casa. Fue en la estación de Bochum donde vi por primera vez a mi padre, después de cinco años de separación. Mi hermana lo acompañaba. Ella era secretaria de la compañía minera; como yo, era marxista. Mi padre, muy emocionado, tenía los ojos llenos de lágrimas. Jamás lo había visto así. En realidad, me sorprendió su comportamiento. Muchos de sus actos me resultaban inexplicables. Pensaba y obraba de otra manera, él, el revolucionario marxista de siempre, veterano de tantas luchas obreras.

Llegado a casa, no podía tampoco explicarme por qué un ex combatiente de la resistencia noruega ocupaba mi cuarto y parecía haber llegado a ser el mejor amigo de la familia. Supe muy pronto que había hecho conocer a mi padre los principios del Rearme Moral. Pero, al hablar personalmente con él, no podía creer que se tratara de lo que nos habían enseñado en la escuela de Stalino.

No había duda posible: mi padre había entrado en contacto con un nuevo tipo de individuo que yo, por mi parte, no conocía. ¿Era esto lo que buscábamos en Stalino? Sin embargo, mi padre no había abandonado la tarea que se había fijado un día como revolucionario. Pero trataba de probarme que había encontrado un camino mejor. Llegamos a explicaciones tempestuosas, a las cuales se unieron luego otros dirigentes del partido.

Pero mi padre sabía que una explicación no serviría de nada. Durante toda mi juventud lo había visto siempre actuar como un dictador. Muy nervioso, esperaba de todos nosotros una obediencia incondicional. Ahora todo había cambiado. En todas las cosas pedía la opinión de cada uno.

Acusado de haber mantenido contactos continuos con el Rearme Moral, mi padre fue excluido del partido. Yo mismo voté su exclusión en la sesión oficial, pues era necesario evitar que

la confusión ideológica se extendiera dentro del partido. En ese momento, ese hombre cuya exclusión yo votaba no era más mi padre, sino solamente un adversario ideológico.

A pesar de todo, estaba muy intrigado con su cambio y con sus nuevos amigos. Por eso un día acepté seguirlos a un curso nocturno, en el que un profesor suizo iba a hablar de las fuerzas fundamentales de la historia europea. Eso me interesaba, pero hube de asistir en secreto a la reunión.

Las penetrantes consideraciones ideológicas desarrolladas por ese profesor me trajeron a la memoria las discusiones sobre el Rearme Moral de la escuela del partido en Stalino. Fui tan conquistado por ellas que pedí la palabra para contar en qué forma había oído hablar del Rearme Moral por primera vez. Había de lamentarlo durante meses, pues dos días más tarde, el partido, habiéndose enterado de mi intervención, me excluyó también a mí. Fue un golpe muy duro, porque todo en mi ser me empujaba a la lucha de clases. Esta exclusión me hacía perder los viejos amigos con los cuales había preparado, a costa de grandes sacrificios, la reconstrucción del mundo.

Después se produjo mi encuentro con un joven judío francés, el cual había de ser decisivo en mi vida. La mayor parte de su familia había muerto en los campos de concentración alemanes. Me preparaba a escucharle formular una serie de acusaciones contra mi nación. Pero nada de esto se produjo. No habló más que de sus propias faltas y las de su país. Simple obrero, no tenía más que un deseo: el de reparar el pasado. A pesar de los horrores de que había sido testigo, había pedido a Dios poder amar al pueblo alemán, sabiendo que el odio no puede curar nada. "Para poder ayudar a los otros", me dijo, "es necesario poder reconocer primero las propias culpas, por pequeñas que sean".

Era la primera vez que hablaba con un judío. El racismo inculcado por Hitler no había muerto en mí; no había llegado a vencer ese prejuicio en Rusia. En mi opinión, Hitler había tratado injustamente a los judíos, pero nunca me había preocupado

por su suerte y me negaba a considerarme mezclado en esa injusticia.

Max, mi amigo francés, era un hombre como yo, con los mismos defectos y las mismas debilidades. Había entre nosotros muchos puntos de semejanza. Intuí que él había encontrado en su vida una fuerza capaz de vencer odios aparentemente insuperables. En nuestras escuelas marxistas de Rusia no nos habían hablado de ese elemento —no obstante de capital importancia— de la transformación de la sociedad que tenía ahora a la vista. Los límites de una ideología estrictamente materialista, incapaz de curar el egoísmo y el odio, me aparecieron de repente. Por eso decidí seguir el ejemplo de mi amigo francés. A través de la meditación y de la sinceridad absoluta hacia mí mismo, comprendí que la fuerza que había cambiado a mi padre, y de la que nos habían hablado en Stalino, podría responder a la angustia de nuestra generación.

ROBERT WEGERHOF
minero del Ruhr

Hombre de negocios, pero revolucionario

Nacido en un pequeño pueblo de Frittendon, en el corazón del condado de Kent, mi padre era el último de once hijos de un pastor de campaña. La familia de mi madre tenía intereses en negocios de cervecería y en la banca. Dos de sus antepasados habían sido alcaldes de Londres. De niño, dormía en una habitación adornada con el retrato de uno de mis antepasados del lado paterno; era el "conde de Romney, vizconde Marsham, lord teniente del Condado de Kent y de la ciudad de Canterbury, presidente de la Sociedad Marítima, etc., etc., etc." Estos tres "etc." me impresionaban más que todo el resto.

Mi padre había estudiado el latín y el griego en Oxford. Amaba a Oxford, donde su espíritu incisivo y su buena educación se encontraban en armonía con el de la mayoría de sus condiscípulos.

Los viajes lo apasionaban. En 1905 partió hacia Rusia. Permanecería allí once años, en diferentes empleos que lo llevarían de un extremo al otro del país. A su llegada, sabía cinco palabras de ruso, entre las que se contaban "vodka" y "samovar". Al cabo de un año leía a Tolstoi en su texto original.

Rusia conquistó a mi padre. Empleado por una compañía petrolera, había llegado hasta la isla de Sakhaline, a lo largo de la costa siberiana, y allí viajó en un trineo tirado por renos; durmió sobre ramas de pinos puestas sobre la nieve; vivió en Moscú y gozó de su sociedad, su cocina y su teatro.

Había también vivido en Varsovia, como director de una usina donde se fabricaban bebidas sin alcohol, "hechas exclusivamente

de productos naturales”, decía la publicidad. Hoy mi padre se divierte recordando que el principal ingrediente utilizado era alquitrán.

Cuando estalló la guerra, mi padre volvió a Gran Bretaña para alistarse. Muy pronto el servicio secreto lo eligió para volver a Rusia. El 8 de marzo de 1917 se encontraba en la avenida Nevsky; doscientas personas agrupadas reclamaban pan. Esta pequeña muchedumbre chocó con la policía. Tras breve consulta, los manifestantes avanzaron. La policía hizo fuego. Días después debería caer el régimen imperial.

Después de la guerra, en 1920, una firma inglesa lo enviaba al Canadá; allí pronto se casaría y se instalaría definitivamente.

Mi padre era un hombre reservado. Fuerte, de gran dignidad natural, era modesto y silencioso. Recuerdo haber descubierto un día, simplemente por casualidad, que le había sido otorgada durante la guerra la medalla del DSO (Distinguished Service Order). En casa no he oído jamás el ruido de una disputa. Algunas veces, sin embargo, mis padres no se llevaban bien.

En 1932, América del Norte estaba en plena crisis. Se agregaba a las preocupaciones de negocios de mi padre la del estado nervioso de mi madre, a la cual los médicos habían aconsejado dejar la casa y efectuar largos viajes.

En octubre de ese año, mis padres recibieron una invitación para asistir a unas reuniones realizadas en un hotel muy próximo. Los organizadores de estas reuniones, que permanecerían allí ocho días, les eran completamente desconocidos. Se trataba, decían, de reformar algo... Personas respetables parecían interesarse en ellas. “Iremos”, dijeron mis padres, moderadamente curiosos. “Esto nos dará un excelente tema de conversación”.

Las personas que los recibieron, si no tenían nada de especial en su apariencia, tenían el aspecto risueño. Esto, en 1932, era bastante raro. Y mi padre decidió asistir a una segunda reunión; se le sugería que el cambio deseado para la humanidad debía comenzar por sí mismo. Lo cual era perfectamente razonable.

Mi padre era de los que rehacen la historia en su sillón. Casi todos los días se complacía en componer cierto número de cartas

imaginarias a los diarios para deplorar tal o cual situación. Uno de sus temas favoritos era entonces la deshonestidad en la vida pública. Una pregunta se deslizó pronto en su mente: su propia honradez, ¿no tenía necesidad de ser reforzada?

Volvió a casa y reflexionó. Crítico de los demás, jamás había sentido la necesidad de criticarse a sí mismo. De pronto, comprendió que el estado de salud de mi madre dependía en gran parte de un cambio en su propia conducta. Le habló con la más profunda franqueza. Por primera vez en su vida conyugal, todo fue dicho y nada quedó en secreto. El cambio en mi madre fue asombroso. La fe, poco a poco, reemplazó a los temores. En un año, su salud mejoró hasta tal punto que no hubo más cuestión de viajes... Dos años después, sus amigos lo atestiguan, no se la reconocía más.

La transformación de mi madre tuvo sobre mi padre un efecto mágico. Podía ahora ver más allá de sus preocupaciones personales. "Yo pertenecía", dijo, "a ese ejército de personas que están prontas para poner en la puerta a un mensajero por el robo de algunos billetes, pero siguen persuadidas de que sus propios fraudes fiscales son normales. Mi cambio de opinión iba a costarme caro".

Mi padre tomó un papel e hizo un cálculo rápido: ese tapado de piel, estos objetos de arte, estas alhajas importadas mediante fraude... Como hombre de negocios, sabía que era necesario contar los intereses anteriores por todas las sumas defraudadas. El cheque que firmó representaba la tercera parte de su entrada anual. Lo remitió a la Dirección de Aduanas. Algunos días más tarde, la prensa daba esta noticia en primera página.

La aventura recién comenzaba.

En 1935, mi padre decidió aplicar sus nuevas concepciones en su negocio familiar: una fábrica de papel. A pesar del escepticismo del grupo de jefes y de la desconfianza de los obreros, se dedicó a pensar, en primer término, en el interés de los hombres antes que en la consecución de su provecho personal.

Las personas saben inmediatamente si lo que se hace por ellas tiende a comprar su buena voluntad y a aumentar el rendimiento, o si procede de un verdadero amor. "Una mujer", dice mi padre, "sabe siempre por qué razón le ofrece flores su marido: por amor, por darle gusto, o para que cierre los ojos sobre muchas cosas. El obrero tampoco se engaña. Sabe muy bien que, generalmente, el patrono tiende a ganarse su buena voluntad mediante ciertas ventajas materiales. El paternalismo no es otra cosa. Salas de baño, casas más bellas y más grandes, jardines, hospitales, tendrán el resultado deseado solamente bajo esta condición: que los obreros participen en el pensamiento, la proposición y la ejecución de todos estos proyectos".

Un día, mi padre preguntó a un minero qué era lo que más deseaba. Pensaba que iba a contestar: "Un salario mejor", "Un alojamiento mejor". El minero dijo: "Un hombre quiere ser hombre". No olvidaría jamás esa respuesta.

He oído a mi padre decir a este respecto: "Gran número de huelgas hechas para obtener aumentos de salarios tienen por causa real la actitud y la mentalidad del patrono o de sus representantes. Y la psicología social, aun aplicada muy inteligentemente, no es suficiente". En efecto, la existencia de comisiones de arbitraje y de conciliación constituye ya una cierta declaración de impotencia en el plano de las relaciones humanas.

"Usar solamente la buena voluntad sin transmitir un real interés hacia los hombres es, justamente, lo mejor para crear la desconfianza. La confianza nace de la honradez, no solamente la que consiste en cumplir su palabra sino la honradez de los móviles".

Luego, mi padre comprendió que los problemas de la industria son también los problemas de la nación. Después de todo, se trata siempre de relaciones humanas. Lo que vale para la familia y para los negocios nacionales vale, igualmente, para los asuntos internacionales. "Dirigir un negocio sin tener en cuenta al resto del mundo es una actitud tan desconsiderada como la de pintar su cabina mientras el navío se hunde".

Poco después de la Segunda Guerra Mundial, vinieron dos

periodistas hindúes al Canadá para comprar papel. Les invitamos a cenar y mi madre puso gran empeño en preparar un buen plato de curry.

Los hindúes tenían enormes dificultades en encontrar papel. Escandinavia, su proveedor habitual, no los podía satisfacer. La lucha por la independencia de la India llegaba a su punto culminante. Uno de nuestros invitados era Devadas Gandhi, hijo del Mahatma, jefe-redactor del periódico *Hindustan Times*, de Nueva Delhi.

Nuestros amigos nos dejaron, llevándose con ellos cuatro litros de jarabe de arce de nuestra granja, como regalo para el Mahatma, y la promesa de un envío de mil toneladas de papel a un precio inferior al del mercado mundial, de treinta dólares por tonelada. Mi padre acababa de hacer un muy mal negocio, pero había edificado para el mañana. Al día siguiente, hizo tentativas en otras sociedades para persuadirlas de que proveyeran el resto del papel necesario.

Después mi padre fue a numerosos países de Europa y de Asia; le parecía más importante en ese momento establecer nuevos lazos entre las naciones que dirigir brillantemente un negocio. Ningún sacrificio financiero le resultaba demasiado grande.

En 1948 estaba en el Ruhr, centro de la vida industrial alemana. El país, arruinado materialmente, se encontraba en un vacío ideológico. Mi padre y los amigos que lo acompañaban sentían que debían comprender a Alemania y no criticarla. El Ruhr se encontraba entonces en la zona ocupada por los ingleses. Siendo inglés él mismo, mi padre tenía conciencia de sus propios errores y de las fallas de su país; estaba dispuesto a admitirlo. A menudo escuchó durante horas —en sesiones privadas o en público— los resentimientos expresados por los alemanes. Lo que había descubierto en su propia vida le ayudaba a sufrir, sin vanas discusiones, esta prueba de humildad.

Durante la guerra, el Ruhr había sido castigado más que cualquier otra zona del país. Era difícil encontrar morada. Había pocos hoteles habitables. La comida no era abundante ni variada. Cuando mi padre y sus amigos fueron invitados a vivir en los

hogares de los obreros, de los directores, de los responsables de sindicatos, de los comunistas o de los patronos, aceptaron gustosos. Permanecieron seis meses en Alemania. Hablando de este período, mi padre gusta decir: "Fue entonces que comenzó verdaderamente mi educación".

Una reunión en Moers ilustra bien cómo se efectuó esta educación. He aquí su relato fiel, tal como me lo contó un alemán.

"Un día triste de febrero de 1949 se presentaron varios hombres en una cervecería, uno de esos cafetines tan característicos de las ciudades del Ruhr. Afuera, en la ciudad minera, todo era gris: las casas, los árboles, hasta los rostros. El Partido Comunista, que había hecho de esta ciudad devastada por la guerra uno de sus bastiones, tenía una reunión. De cada lado de la puerta, dos hombres de aspecto poco agradable examinaban a las personas que entraban. Sin embargo, además de los camaradas del partido, dejaron pasar a un puñado de hombres que comenzaban a ser conocidos en la ciudad. Hacía una semana que éstos estaban representando en una de las salas más grandes de Moers la pieza de teatro titulada *El Factor Olvidado*. Se hablaba tanto de ella que el secretario del partido en Dusseldorf se había inquietado; había dado orden a la sección local de poner punto final a esta historia. En efecto, Lenin afirmó que no existe ideología alguna que esté por encima de las clases. Se organizó, pues, la reunión para quitar toda posibilidad de que tal ideología se extendiera a la totalidad del Ruhr.

Los ciento veinte obreros presentes acababan de atravesar quince años funestos. Hitler había exterminado a la mayoría de sus compañeros. Muchos de los que estaban presentes habían pasado por los campos de concentración. Sus mujeres y niños habían sufrido el terror de los bombardeos diarios. Ahora era el hambre, la ocupación por las tropas británicas. Las autoridades aliadas habían comenzado a desmontar las fábricas salvadas de las bombas; la amenaza del desempleo pesaba sobre cada uno.

Esta reunión otorgaba a esos hombres, por primera vez, la oportunidad de dirigirse a representantes de los países aliados y decirles exactamente lo que sentían. Hablaron dos horas sin cesar.

El aire se había espesado con el humo del mal tabaco; en la atmósfera, pesada por la cerveza, se sentía como un oleaje de rencor, de odio y hasta de desprecio. El pequeño grupo de forasteros sentados en un rincón no había dicho nada hasta el momento. Finalmente, el presidente de la reunión se levantó y muy gentilmente expresó que, sin duda, los invitados no deseaban hablar; pero que, si lo deseaban, podían hacerlo. Evidentemente, los militantes comunistas, a quienes ni siquiera los campos de concentración de Hitler habían logrado debilitar, no se dejarían persuadir por un pequeño grupo de hombres que afirmaban tener una ideología superior.

Se levantó inmediatamente un inglés. "Si los ingleses hubieran puesto en práctica lo que predicaron después de la Primera Guerra Mundial", dijo, "los sufrimientos que han tenido que padecer ustedes podrían haberse evitado". Hubiera podido oírse el vuelo de una mosca. "Muy enfermo debe de estar el partido o el país que no hace lo que está en su poder para cambiar las condiciones de vida que conocemos", continuó. "Pero, para realizarlo, el cambio necesario debe tener un alcance total y comenzar por el cambio de la naturaleza humana".

Mi padre se levantó poco después. No solamente era capitalista, sino que, además, lo parecía. Habló en alemán a esos hombres sobre su estada en Rusia en 1917. Les habló de sus dos fábricas en el Canadá, de sus obreros y de sus esperanzas, así como también de su mujer y de sus dos hijos. Les habló de revolución. "Yo pienso, como ustedes, que los hombres como yo necesitan cambiar". Y dio ejemplos tomados de su propia experiencia de cambios concretos como marido, padre de familia e industrial.

Cuando mi padre se sentó, la tensión en la sala era de otra índole. Las pipas se habían apagado; los hombres habían olvidado su cerveza. Comenzaron a hacer preguntas relativas a las preocupaciones más profundas de su vida. Mi padre permaneció en la sala hasta las dos de la mañana, mientras los alemanes le confiaban sus esperanzas y sus inquietudes. Esos hombres habían olvidado completamente que mi padre era un capitalista. Ciertamente,

se encontraban más allá del frente de combate entre capitalistas y comunistas. Esa noche, el combate parecía pertenecer al pasado.

Hacia las dos de la mañana, el presidente puso fin a la discusión y, buscando las palabras apropiadas, declaró: "El capitalismo tiene su tesis; el comunismo, su antítesis; lo que ustedes nos han traído esta noche podría ser la síntesis".

Cinco años más tarde, yo mismo he vuelto a encontrar al hombre que había presidido la reunión. Se llamaba Max Bladeck. Max era uno de los que habían abierto sus ojos a la realidad. Me ha hecho apreciar a mi padre de una manera nueva. En efecto, me había parecido extraño que un hombre de sesenta y seis años fuera a un país como Alemania en la situación allí existente en 1948. ¿Qué resultado podía esperar de tal permanencia?

Max Bladeck y sus camaradas me han hecho comprender que mi padre y otros como él habían triunfado al obtener lo que ninguna ayuda económica ni ningún Plan Marshall podía realizar. Para csos cientos de miles de hombres, mi padre ofrecía una prueba viviente: el provecho no era el único móvil de la industria, y el orgullo y la frialdad de los ingleses pueden derretirse. Daba la esperanza de un mundo mejor, establecido por obreros y patronos, aceptando juntos la tarea de reconstruir a los hombres, como así también la economía. "Si hubiera allí doce como Bernard Hallward", dijo Max, "no creo que Europa estaría en el estado en que se halla ahora".

Tenía dificultad en creer que el hombre del cual Max hablaba era el que, con toda la paciencia del mundo, trataba de meterme el latín en la cabeza; el mismo que un día escribía los versos que, como míos, llevé a mi profesor de inglés (quien, por otra parte, se dio cuenta fácilmente de que no era yo el autor); el mismo cuyo paso en la escalera por las noches, cuando era pequeño, anunciaba siempre una partida de juego, boxeo, risas; para mí, los mejores momentos del día.

Pero sabía también que era el hombre contra quien mi madre ya no se encolerizaba más; el que seguía resueltamente su ruta, a pesar de las incomprendiones y las calumnias de que era objeto

en su país; el que, en fin, en lugar de gozar del confort de su casa, pasaba largos períodos lejos de ella, con el propósito de transmitir su experiencia a los que la necesitaban.

Siempre había respetado a mi padre, pero no me sentía con deseos de imitarlo. Encontraba más fácil dejarme llevar por la corriente que tomar posición. Ignorante, yo era, a menudo, arrogante. Mi padre no me daba sermones; sabía que hubiera sido contraproducente. Sin embargo, sabía que no estaba muy impresionado por mi manera de vivir a la buena de Dios, ni por mi actitud irresponsable frente a las obligaciones de la vida.

En 1953, mis padres me invitaron a reunirme con ellos en Suiza, en Caux; aceptar era para mí jugarme entero. Declaré que después de cuarenta y ocho horas en Caux partiría para Rumania.

Desde hacía mucho tiempo deseaba conocer la vida de los países comunistas. Este verano tenía la ocasión de ir a un festival de la juventud en Bucarest, e intervenir en un congreso de estudiantes en Varsovia.

Veo aun a mi padre en la estación de Caux, su alta silueta perfilada a través de la luz de la montaña, sus cabellos grises enarbolados por la brisa. Me dijo: "Ve, si quieres, pero vuelve a Caux a tu regreso. Ven a encontrar la respuesta a lo que tú habrás visto en Bucarest y en Varsovia". Se lo prometí con reservas y partí.

En Rumania y en Polonia nos hicieron ver piezas de teatro y escuchar música espléndida. Hicimos estudios en común. Nos ofrecían gratuitamente cerveza y cigarrillos y, hasta una vez, me pusieron dinero en el bolsillo.

Sin embargo, no había ido únicamente para participar en un festival. Deseaba, sobre todo, ver la transformación del país después de la guerra.

Entre las personas que encontramos, había muchas que vivían en la desesperación. Un día, un médico nos llevó consigo. Me hizo vestir un traje menos ostensiblemente occidental que el mío

y me invitó a acompañarlo en una de sus visitas; llevaba su maletín y hacía el papel de asistente. Vi entonces los tugurios donde vivía la mayoría de los obreros, en contraste con los departamentos modernos que se mostraban a los extranjeros.

Por otra parte, cuando conversaba con los comunistas, me sentía como un alumno del curso primario frente a profesores universitarios. Lo que pudiera decir de la democracia, de la libertad y de las realizaciones materiales de Occidente no conmovía a mis interlocutores. Aceptaban gustosos una disciplina y se consagraban a la causa en la cual creían, que sentían superior a todo lo que podía ofrecerles. No me sentía, por otra parte, ligado a ninguna verdad estable a la que hubiera consagrado todos mis sacrificios. En cambio, comprendí que mi padre sí tenía algo que decir a los comunistas.

Algunos estudiantes me contaron cómo peligraban sus vidas por escuchar la radio occidental, sin que las noticias les aportaran la menor esperanza. "Mientras vivimos en un infierno", me dijo uno de ellos, "se permiten el lujo de pelearse entre ustedes".

Un día, al atardecer, en un parque del centro de Bucarest, un joven estudiante me miró directamente a los ojos con mirada suplicante: "¡Cuando salgas de aquí, haz algo, al menos!"

A la mañana siguiente salí de Praga y llegué a Caux de tarde. Lo que de golpe me llamó la atención fue la expresión libre en el rostro de las personas, después de la amargura y el odio que encontré en los países comunistas, durante un mes y medio. Mi padre había regresado a Canadá, y numerosos fueron los industriales y obreros que me expresaron el reconocimiento que sentían por él. Sabía que tendría que decidirme ahora sobre mi propio destino, sobre aquello por lo cual yo-me decidía a vivir.

Me faltaba coraje. Me fui de Caux, cediendo a la seducción de la vida; volvería al Canadá e intentaría hacerme un nombre en el periodismo y en los negocios. Recuerdo aun que, cuando el tren partía, me decía a mí mismo: "Huyes de lo más grande que hay en el mundo, y que sabes es justo".

A mi llegada a Londres, en el camino de regreso, encontré a dos amigos de mi padre a quienes había visto en Caux. Perteneían al mundo obrero y conocían personalmente a los dirigentes trabajadores del mundo entero. Hablamos hasta tarde, en la noche, del conflicto de las ideas y de lo que empuja a los hombres a actuar; la camaradería, el llamado del destino, así como los apetitos, el odio y el miedo. No pude dormir esa noche. Prendí la lámpara y tomé el libro que estaba en mi cabecera. Lo abrí precisamente en la página en la que se expresaba una idea de la que mi padre y yo habíamos discutido a menudo, sin llegar a un entendimiento.

Leí el siguiente pasaje: "No se reforma el propio carácter por el propio esfuerzo, ni tomándose por la mano, sino en un momento de silencio abriendo su espíritu y su corazón a una inspiración nueva y a la fuerza que la acompaña. Es un acto muy simple. En cuanto a explicarlo, es como la luz eléctrica; algunos comprenden mejor que otros, pero nadie comprende enteramente; sin embargo, sería bien tonto si rehusara dar vuelta a la llave estando en la oscuridad, con el pretexto de no comprender por qué alumbraba la luz".

En mi habitación, decidí hacer lo único que no había intentado. Había discutido, examinado argumentos, expuesto largas teorías; por fin decidí aplicar esta idea. Uno de los primeros pensamientos que me vino fue escribir a mi padre. Quería expresarle todo mi reconocimiento filial, ser verdaderamente honrado también con él, sobre todo lo que me concernía. Resolví retomar el camino de Caux con el fin de decidir mi porvenir con mis amigos y buscar la manera cómo y dónde poder ser lo más útil posible. Luego me di vuelta y me dormí.

A la mañana siguiente escribí a mi padre una carta que emanaba del fondo de mi corazón. Poco después supe que la había recibido en el hospital, donde había sido sometido a una seria operación. Mis palabras le habían hecho más bien que todos los medicamentos. Me cruzó el pensamiento de que, si yo hiciera lo que Dios me pedía, Él se encargaría siempre del resto.

Sobre esta base había tomado mi padre la decisión fundamental con respecto a sus negocios. En familia, decidimos que el mejor empleo de su tiempo y del mío era darlo entera y libremente para construir un mundo nuevo. Aun cuando las circunstancias parecían más favorables que nunca, mi padre vendió su negocio. No se ha arrepentido jamás ni yo he lamentado el consejo que me dio en la estación de Caux.

JOHN HALLWARD
Canadá

Un nuevo convencimiento al servicio de los trabajadores

Mis abuelos, a cuyo cargo estuvo mi educación, se domiciliaban en un pueblo de la región de Lyon, en una especie de callejón sin salida donde no vivían más que obreros y obreras textiles. El callejón era una gran familia, con muchos chicos, y conocíamos la vida íntima de cada cual. Se vivía en la calle. A veces se formaban rondas, y uno se divertía; todo el callejón, los jóvenes, los viejos, participaban de esos juegos. Pero bastaba el grito de un borracho o un tumulto entre dos mujeres para que todo se agriara. Mi abuela, que era un azogue, saltaba sobre las gentes para separarlas, lo cual arrastraba tras ella a mi abuelo (¡maestro de esgrima de profesión!). Ésa fue mi primera escuela.

En el momento de rendir en la escuela mi examen final, fui expulsado de la clase porque había tomado la defensa de un compañero al que el maestro había tratado con rudeza. El muchacho era pelirrojo, enclenque y algo sordo, y yo me sublevaba contra todas las bromas que soportaba en la escuela. Después de este incidente, nunca más quise volver a clase, aunque mis padres hayan hecho cuanto hay para convencerme de que la instrucción era un arma esencial para encontrar puesto.

Después de una treintena de empleos menores que dejaba por un sí o un no, quise trabajar en una gran fábrica donde uno entra y sale sin deber nada a nadie.

Tenía veinte años en 1927 cuando murió el secretario del sindicato de mi fábrica. Entre los militantes, los de más edad me propusieron para reemplazarlo. No querían para sí esta

responsabilidad porque tenían miedo, creo, de ser despedidos. Se decían: "Un muchacho de veinte años podrá volver a encontrar trabajo con facilidad". Yo, por mi parte, acepté diciéndome: "Dentro de un año o de seis meses voy a entrar en la conscripción; así, me libraré del cargo de secretario". Cada uno tenía su idea para sus adentros. Pero, con todo, yo estaba convencido de que el sindicalismo era uno de los medios de emancipar a los obreros, de asegurarles mejores condiciones de vida y, sobre todo, de garantizar esa dignidad humana que los patronos habían arrasado en los últimos años. Así fue como asumí mis primeras funciones sindicales. Aquello fue muy duro. Me vi obligado a aprender de nuevo ortografía y cálculo, que había olvidado por completo. Presentada las planillas de reivindicaciones, con el doble temor de ser despedido y de no sentir el respaldo de la solidaridad de los obreros y obreras.

La primera vez que fui como delegado a ver al director general, éste me trató con cierto desprecio, con un aire de quien dice: "Es muy joven; no representa realmente los intereses de los obreros". La actitud de ese director reforzó mi combatividad sindical.

Hacia 1930, tres años después de asumir mis funciones, la crisis económica llegó y, con ella, la disminución de los salarios. Entonces empezaron las huelgas, que se volvieron cada vez más ásperas y duraban muchas semanas y hasta meses. Como la crisis empeoraba, bajaron de nuevo los salarios. Fue entonces cuando aprendí la estrategia, la dialéctica. Comprendí que la huelga era una lucha tan importante como la guerra; un combate por mi propia clase, con su estrategia y su línea política. La salida victoriosa de ese combate suprimiría para siempre las injusticias sociales y nos permitiría construir una sociedad mejor al procurarnos una gran esperanza.

Antes de ser designado como titular sindical, quedé sin trabajo dieciocho meses: había sido despedido de la fábrica. Durante los largos días de desocupación, devoré los libros marxistas y me formé en contacto con los mejores militantes obreros de esa época.

Fue a través de las luchas obreras de esos años cuando pusimos en práctica la táctica de la unidad de acción que nos llevó a la unidad sindical y a las victorias obreras de 1936. Ese año, Francia tuvo el honor de llevar al mundo obrero las mayores reformas sociales: las cuarenta horas, los convenios colectivos, las licencias pagas. Esas reformas quedarán grabadas como una victoria histórica de la clase obrera francesa. A esta acción de mi generación, llevada sin desmayo, hemos sacrificado todo: es ella la que permitió entonces el advenimiento del Frente Popular y la aplicación de las conquistas sociales.

No separábamos nuestras luchas sindicales de nuestras luchas antifascistas, y la guerra de 1939 no nos sorprendió. En aquel momento me encontré, con una parte de mis camaradas comunistas de la CGT, bajo orden de captura. Ante el dilema que nos planteaba el pacto germano-ruso, una vacilación bastante importante se manifestó en las filas del Partido Comunista francés. Por mi parte, me incorporé a mi regimiento.

En junio de 1940, viendo entrar en París a las legiones hitleristas, sentimos rugir en nosotros todas las tradiciones de Francia, del país que nos había formado, bien o mal, pero que era el nuestro. Fue con gran satisfacción que volvimos a unirnos para batirnos contra el ocupante y tratar de liberar a nuestro país, y al mundo, del hitlerismo.

En aquel momento me decidí a entrar en el ejército clandestino, al servicio total del Partido Comunista. Nuestra tarea esencial consistía en organizar a los obreros y obreras para permitirles llevar a la vez una lucha clandestina contra las autoridades ocupantes y el gobierno de Vichy. Esta lucha podía tomar un carácter legal o ilegal. Iba desde la batalla por las reivindicaciones sociales, pasando por los salarios, el pan, hasta el sabotaje y la lucha armada contra el ocupante.

Las detenciones nos acechaban permanentemente. Mucha gente se negaba a alojarnos. Estábamos prontos para sufrir torturas y prisión, pero todavía no imaginábamos hasta qué punto el

ocupante estaba, también él, decidido a dominar la resistencia por todos los medios.

Fue allí cuando se produjo un acontecimiento importante de mi vida y del cual comprendo el sentido mucho mejor ahora que conozco el Rearme Moral. Un día de octubre de 1941 debía llegar a Tolosa, donde tenía una cita para organizar la región. En Avignon, donde acaba de cambiar de tren, compré un diario. Al abrir las páginas, vi que se acababa de fusilar a veintidós sindicalistas en Chateaubriand. Entre ellos había por lo menos una decena de buenos compañeros, contándose también mi amigo más querido, que estaba conmigo en la Federación de los Textiles. Aquel día fue, en verdad, una jornada negra para la resistencia.

El tren no tenía calefacción; yo sentía frío y hambre. Era de noche. La ejecución de mis amigos y el endurecimiento del ocupante contra el trabajo clandestino del Partido Comunista y de los patriotas franceses gravitaban pesadamente sobre mi ánimo. Y durante algunos minutos me pregunté si debía dejar la acción clandestina; comprendía, bruscamente, que este compromiso iba hasta el sacrificio supremo.

Entonces hice una especie de silencio y, de pronto, tomé la resolución de luchar, pasare lo que pasare. Y bien; sentí que era la decisión acertada porque, inmediatamente, me sentí reconfortado: tenía calor, no tenía más hambre; tenía un ánimo férreo.

Por primera vez descubría que hay en verdad un poder superior y que, cuando se está en la línea justa para el mayor bien de los hombres, esta fuerza superior entra en acción.

Otro acontecimiento vino a sumarse a este descubrimiento. Fue en Marsella, dos años después. Había un tren de deportados en la estación San Carlos, y la resistencia había logrado hacerlos evadir a todos del tren. La estación está situada contigua a un barrio obrero que se llama "La belle-de-Mai", y es allí donde me encontraba. En medio de la noche, los dueños de casa donde dormía me despertaron y me dijeron: "Hay una redada en el barrio". Como no sabían a quién se buscaba, tuvieron miedo,

creyendo que se trataba de mí. Cuando vi la agitación de aquella gente, me dije: "Tienes que irte. Cuando entre la policía, nada más que por la turbación de tus huéspedes tendrá sospechas, y corres de veras el riesgo de que te tomen preso". Dije a la mujer: "No se moleste; voy a salir a la calle". Sucesivamente, y a medida que las fuerzas de la policía —había, por lo menos, dos o tres mil que venían cercando el barrio— se aproximaban, yo trataba de salir del círculo.

No tenía más que mi portafolios de cuero y mi sobretodo; eran las seis de la mañana; las tenazas se estrechaban cada vez más. Después, de golpe, aun sin darme cuenta de ello, me encontré en medio de los inspectores y de los guardias patrulleros. Estaba tan tranquilo que ni me prestaron atención. Y fue así como salí del cerco, con toda calma, para ir a uno de mis compromisos.

Podría citar aun toda una serie de hechos similares, entre otros las seis veces que crucé la zona de demarcación sin sufrir un solo control. Como único documento no tenía más que una simple cédula de identidad, falsa, por otro lado.

Una buena decena de veces me encontré realmente en peligro. Cada vez, como un reflejo normal, pensaba en Dios y en mi madre. Hacía una especie de rápido examen de conciencia. Encontraba en lo justo de nuestra causa, de nuestra acción, el vínculo entre mi conciencia y Dios. Comprobé, al recibir las confidencias de mis camaradas de lucha, formados, como yo, en la escuela del ateísmo, que ellos también se aferraban, frente al peligro, a las fuerzas superiores; en tales momentos, la dialéctica es sorda.

Toda esta batalla nos condujo a la liberación de París. Cuando oí el último cañonazo que anunciaba la rendición de las tropas alemanas en París, me acuerdo que me senté en un banco y pensé en todos mis camaradas caídos y después en los métodos de lucha que nos habían llevado a este día.

Antes de la liberación de París, se me habían confiado algunas tareas del CNR (Consejo Nacional de la Resistencia). Tenía un

cargo en la Comisión del Interior, en la Comisión de los Comités de Liberación, en la Comisión de Seguridad. Esta comisión era la que tenía que arrestar a todos los colaboracionistas, entre otros a aquellos en los campos económicos, industriales, etc. Asumía, también, las funciones de secretario general de la Federación CGT de los textiles.

Estaba profundamente marcado por toda una vida de lucha sindical, deshecho por los cuatro años de acción clandestina. La solidaridad fraternal que había existido en la resistencia se agotaba con la vuelta al curso normal de las cosas. He reflexionado mucho sobre el pasado y sobre las luchas que acabábamos de vivir. Me volvía escéptico respecto de la justicia de nuestras consignas y de los medios empleados para ponerlos en ejecución. La solidaridad había dejado lugar a bajos recelos, al orgullo, que crean un clima de desconfianza contra el cual yo ya no tenía fuerzas para reaccionar. Tomé el primer pretexto para dejar la acción sindical y política. Me encontraba otra vez con las manos y el corazón vacíos. Es una prueba muy penosa la de un comunista que se separa del partido.

Durante mucho tiempo, tuve la impresión de estar solo. Cuando se deja una gran máquina revolucionaria y no se la reemplaza por nada, se tiene la sensación de estar inutilizado, ineficaz. Escuchaba a la gente: comerciantes, pequeños burgueses, hablar de sus pequeños negocios, de los partidos políticos. Para mis adentros, pensaba: "La gente está, en verdad, ocupada en cosas pequeñas y en intereses mezquinos".

Fue entonces cuando se produjo la escisión sindical. Algunos de mis camaradas del gremio textil me preguntaron si quería ayudarles a reconstruir esta federación de "Force Ouvrière". Acepté.

En 1950 conocí el Rearme Moral. Estábamos por discutir nuestro convenio colectivo nacional. Los patronos del norte de Francia nos proponían disposiciones particulares para la región. Creyendo situar la discusión en un clima más favorable, nos pidieron encontrarnos en Caux. Aceptamos esta propuesta.

En Caux me sorprendió profundamente el ver a centenares de personas vivir, sin conflictos, con un mismo fin y el descubrir la existencia de tal ideología. Pasé tres días en Caux. Allí noté, particularmente entre los jóvenes, una fe, un dinamismo comparables, en muchos aspectos, a la mística y al desinterés de los comunistas convencidos.

Por otra parte, había observado que patronos de casi todos los países, transportados a este ambiente, reconsideraban sus posiciones primitivas y tomaban más fácilmente conciencia de sus responsabilidades como hombres, como patronos, ante los problemas planteados por la situación nacional e internacional.

Mis amigos del Rearme Moral volvieron a verme frecuentemente, y acepté ir a otra asamblea que tenía lugar en Máckinac, donde conocí a Frank Buchman. Fue allí donde tomé conciencia de la segunda acción revolucionaria de mi vida. Vislumbré toda una lucha por entablar, para restablecer la unidad en mi país.

Al regreso de Máckinac puse a prueba esta acción revolucionaria yendo hacia muchas decenas de patronos, invitándolos a Caux, con los equipos de sus fábricas y los delegados sindicales de todas partes. Así, más de ochenta delegaciones de los textiles vinieron a la asamblea de Caux en el verano de 1951.

Eso no ha sido siempre fácil. Pero se ha creado un clima de confianza. Nos ha permitido echar las bases sólidas que debían desembocar en nuestros famosos acuerdos del 9 de junio de 1953. El espíritu de Caux ha desarrollado la honradez absoluta en las relaciones entre sindicalistas y patronos franceses. El referéndum del 28 de setiembre de 1958 y los acontecimientos que lo precedieron dan a una de las frases de nuestros acuerdos textiles una actualidad aun más grande: "La industria textil", se dijo allí, "quiere hacer un experimento económico y social en interés de la nación, con espíritu de servicio y con una finalidad social".

Esta experiencia ha dado, a pesar de las dificultades económicas, al menos el 8 % de reajuste del salario por año a los obreros textiles. Ha permitido hacer soportar a la industria una tercera semana de vacaciones con goce de sueldo, el pago de

cinco días feriados y la concesión de un retiro complementario para los trabajadores de mucha edad. El estado de espíritu del 9 de junio nos ha permitido crear un centro intersindical de estudios. Con ayuda de ese centro, hacemos un inventario permanente y honrado de las profesiones textiles. Controlamos los cargos de trabajo y los diferentes modos de remuneración: 1.400 militantes han pasado por nuestra escuela de formación sindical.

Una comisión social paritaria compuesta de por lo menos 60 personas, discute en detalle la situación de los salarios. Los debates de esas comisiones se realizaron, a menudo, en el momento de las crisis sociales y políticas de los últimos años. Todas esas reuniones han dado resultados. Nuestro gremio está entre los que han registrado menos huelgas desde 1951. Los resultados de nuestras discusiones se aplican a 8.000 fábricas y a 520.000 obreros y obreras textiles. No se pueden separar nuestros acuerdos del 9 de junio, su espíritu y sus resultados, de la acción del Rearme Moral efectuada en Francia en el curso de estos últimos años.

Después de haber luchado y vivido todos los acontecimientos de esos treinta años, puedo dividir mi vida y mi pensamiento en tres etapas. La primera, en la que estuve identificado completamente con las tradiciones del movimiento obrero francés; la segunda, el período de ocupación, me hizo pensar a menudo en las fuerzas del bien y en una fuerza superior; en fin: el encuentro con el Rearme Moral, que me ha llevado hacia una concepción total del mundo.

Me acuerdo de las previsiones marxistas según las cuales, habiendo sido mejorada la condición humana, el hombre debía pensar mejor, con mayor alcance y con serenidad. Se dice en el marxismo que el hombre está enajenado por la fatalidad, por el miedo, por sus necesidades y por su pensamiento. He creído largo tiempo que el mejoramiento de la condición humana sobre el plano material desenvolvería esta elevación de pensamiento y este sólido espíritu fraternal que habíamos conocido durante las luchas y que habían hecho nuestra fuerza. Pero he debido comprobar que los sacrificios de los unos por los otros eran, a menudo, pagados con ingratitud.

Al trabajar junto a los hombres del Rearme Moral, he comprendido en seguida que esta ideología iba más lejos que el marxismo. Me daba la certeza de una sociedad mejor con un comportamiento humano perfecto, en la base. El tipo de hombre creado por el Rearme Moral es prelude de más altas civilizaciones.

La revolución de la producción está en marcha. Pero la revolución de la distribución necesita del Rearme Moral para triunfar: el productor y el consumidor deberán alinearse bajo imperativos morales. La historia de la burguesía demuestra que los hombres satisfechos no son, necesariamente, los hombres superiores. Si queremos que los hombres de hoy, los hombres de mañana, continúen la marcha de la civilización, hay que hacer un llamado a un espíritu superior.

La finalidad que se han trazado los sabios del mundo entero y las dos grandes potencias es la conquista del espacio sideral. Se siente ya el espíritu humano como saturado de las experiencias terrestres, y los cerebros más audaces, más inteligentes, más luminosos, se orientan hacia el espacio. Entonces, se comprende la necesidad imperiosa para el espíritu de aventurarse más allá del pensamiento y de las miradas humanas. Y allá, el Rearme Moral preludia una civilización aun imposible de medir con el criterio de la civilización que conocemos.

El éxito de una revolución puede ser asegurado por la conjunción de la inspiración y de la realización. Cincuenta años de luchas han tenido por punto de partida la creencia de que los imperativos económicos conducen inevitablemente a los imperativos morales. Esas luchas eran seguramente una necesidad en el estado económico del mundo entero, pero estamos no menos seguros de que el mundo de hoy partirá de los imperativos morales para asegurar el éxito de los imperativos económicos. Y es allí donde la ideología del Rearme Moral adquiere su significado revolucionario.

El cambio interior del hombre, requerido por el Rearme Moral y que hemos aceptado, suprime las contradicciones entre

nuestro yo y nuestros fines revolucionarios. Nuestro cambio personal predice lo que podría ser el hombre de mañana.

A la acción propia del hombre del Rearme Moral y a la acción de todo su equipo, se agrega el complemento formidable y misterioso de las Fuerzas Invisibles que trabajan a nuestro lado para asegurar el triunfo del bien contra el mal.

MAURICE MERCIER

*Secretario General de la Federación
Textil C.G.T.-F.O.*

El torpedo humano

Cuando fui elegido en 1943 para entrar en la Escuela Naval, mi familia se enorgulleció mucho al respecto. Yo también. Éramos trescientos jóvenes de mi región para dar los exámenes. Todos los días había abandonos. El cuarto día sólo quedábamos cincuenta. El 3 de noviembre, fui el único a quien se dio a elegir entre el ejército y la marina. ¡Yo trabajaba duro en ese tiempo! Contando los años a la manera del Japón, tenía yo dieciocho, es decir, diecisiete años para un occidental.

Soy japonés, el mayor de una familia de ocho hijos. Tengo tres hermanas y cuatro hermanos, y habitábamos con nuestros padres en la isla Sakhaline. Mi padre era rico y respetado; poseíamos nuestra propia casa y varias granjas.

La guerra había de poner punto final a todo esto. Nuestra familia perdió todo, y en 1945, mi madre, mis hermanos y hermanas se escaparon antes de la llegada de los rusos. En ese entonces, seguía cerca de Hiroshima un curso especial en la escuela de los torpedos humanos, llamados "torpedos suicidas". Mi padre, que era jefe civil activo, hubo de quedarse dos años bajo la ocupación rusa.

La Escuela Naval era un cuerpo de "élite"; teníamos desde luego uniformes especiales y una excelente alimentación, aun durante el último año, después del comienzo de los bombardeos americanos. Yo recuerdo mi regreso a casa para las vacaciones de verano; viajaba en segunda clase y no en los compartimientos baratos de tercera; las jóvenes volvían la cabeza para admirar

nuestras chaquetillas. Pero estábamos en servicio bajo mando y no queríamos incurrir con ellas en faltas contra la disciplina.

Al año y medio, tuve la posibilidad de inscribirme como voluntario en los escuadrones suicidas. No se recibía suplemento de sueldo.

No sé si podéis imaginar el clima en que vivíamos. Hoy, retrospectivamente, aquello parece una pesadilla, pero lo tomábamos entonces muy en serio. Disciplina y consagración. Desde la infancia estábamos hechos a la idea de morir por el emperador. Habíamos aprendido a odiar la cobardía más que todo. Nuestros padres, decían ellos, hubieran preferido que se nos trajera muertos a la casa antes que vivos, habiendo sido prisioneros de guerra. Sentía en mí un alma de viejo Samurai, listo para combatir para el emperador.

Era imposible saber anticipadamente para qué promoción se nos designaría, pues esto se mantenía en secreto hasta el momento de iniciar el entrenamiento propiamente dicho. Había cuatro secciones: los *kamikazi*, pilotos especiales para las incursiones de largo alcance; los *kaiten*, submarinos u hombres torpedos; los pilotos de los barcos costeros y, por fin, los hombres a quienes se enseñaba a saltar o a sumergirse con una carga de explosivos en medio de las concentraciones de tropas enemigas que hubieran logrado desembarcar.

Se me eligió para la sección de los *kaiten*, los pilotos de torpedos humanos. La palabra *kaiten* significa "trueca destino". Se nos envió un poco más abajo sobre la costa, a una docena de kilómetros de Hiroshima.

Trabajamos cerca de seis meses, levantándonos a las cinco o cinco y media de la mañana y ejercitándonos todo el día en dirigir los grandes torpedos, con forma de cigarro, sobre los puntos vitales de las embarcaciones de guerra americanas. Estos ejercicios eran secretos: al abrigo de muros bien guardados, bajábamos por un ventanillo que volvía a cerrarse a nuestra espalda; acostados en el vientre de nuestro gran pez (unas cuatro veces más largo que nosotros), utilizábamos pies y manos para

maniobrar las palancas de mando que nos conducirían al enemigo, bajo la superficie del mar.

Teníamos un periscopio del que podíamos servirnos cerca de la superficie y, naturalmente, una reserva de oxígeno. El blanco era un barco de guerra que se desplazaba eléctricamente en el campo de nuestro periscopio, y un cuadrante indicaba si habíamos dado en el blanco o no.

Un día llegaría la orden, lo sabíamos bien, y ese día bajaríamos al torpedo por última vez. Nuestros amigos sellarían el orificio de entrada, el agua subiría e inundaría el periscopio y el motor nos arrastraría hacia el enemigo. Tendríamos oxígeno para dos horas; era bastante, pues si errábamos el blanco la cabeza del torpedo estaba ajustada como para estallar al cabo de dos horas.

Mientras esperábamos, aquel verano, pasábamos el domingo descansando. Me gustaba leer a Hegel, Kant, Goethe, Platón. Podíamos escuchar música clásica en la radio. Gozaba especialmente oyendo a Haendel. Hoy, en cambio, ¡diríase que la radio se contenta exclusivamente con canciones de "cowboys"!

Recuerdo uno de aquellos días cálidos y amodorrados del mes de agosto. Yo estaba de pie, a la sombra de un gran árbol. Los bombardeos se habían intensificado en el curso de ese verano 1945; observaba un avión cazador Grumman, que se acercaba. Como no era bombardero, no corrí a guarecerme. ¡De golpe —Br-r-r-r-t—, metralla! De un salto, me puse detrás del árbol. Nunca había rozado la muerte tan de cerca.

Algunos días más tarde dejábamos la mesa después del desayuno. Serían cerca de las ocho y cuarto; era una mañana clara y cálida. De pronto se abrió la puerta al empuje de una formidable explosión, una verdadera descarga de aire. ¡En el cielo de Hiroshima se elevaba una nube rosada en forma de hongo!

En los días subsiguientes, tuvimos que amontonarnos en un espacio cada vez más reducido. Heridos, horriblemente quemados bajo sus vendajes, llegaban cada vez más numerosos y les cedíamos nuestras camas. Tuvimos que enterrar los cadáveres arrojados sobre la playa, los cadáveres de aquellos que habían tratado

de calmar su tortura tirándose al agua del río o de la bahía. Aun hoy tengo pesadillas de todo aquello.

Terminada la guerra, el mundo parecía hundirse bajo mis pies. No lograba tener noticias de mi familia y los creía muertos a todos. Ya no había razón para observar una disciplina. Traté de reunir dinero en el mercado negro, o trabajando de un modo u otro.

Decidí continuar mis estudios. El diez por ciento de los lugares disponibles en las universidades se reservaban entonces a los alumnos de las escuelas navales y militares. La competencia era encarnizada. Tuve la suerte de poder ingresar en una excelente escuela (hoy la Universidad de Kyoto) como estudiante de ciencias generales.

Unos dos meses después, regresaba una tarde hacia la escuela. Hacía frío. Tres soldados americanos me detuvieron en la calle y me quitaron todos los objetos de valor que llevaba encima, inclusive el dinero de la beca que me había sido otorgada. Al poco tiempo, llegaron las cuentas de la escuela. Me fue imposible abonarlas y tuve que irme.

Cuando lograba hacerme de un poco de dinero, comía batatas y arroz. Una vez, durante dos semanas seguidas no pude comer sino rábanos con sal. Todos estábamos en la misma situación: teníamos frío, teníamos hambre y estábamos llenos de rebeldía.

Descubrí ese invierno que mi familia estaba viva, menos mi abuela, a la que tanto amábamos. Se había hallado en un barco torpedeado por los rusos. Yo estaba en contra de los rusos porque mis padres se habían quedado sin nada y no podían ayudarme. Estaba en contra del gobierno japonés, que nos había llevado a la guerra, a la miseria y a la desesperación. En fin, estaba contra los americanos a causa de la bomba atómica, del dinero que me habían robado y también porque con una lata de conserva o un puñado de cigarrillos podían atraerse a casi cualquier chica japonesa.

Durante meses hube de luchar por el centavo. Tomaba el tren para buscar trabajo donde quiera que fuese. Cuando el inspector me pedía el billete, hacía un ademán con uno usado, por encima

del hombro, como diciendo que ya había pasado la inspección en otro vagón, y terminaba sin pagar. Toda la disciplina adquirida en la Escuela Naval había sido barrida por la rebeldía y los desengaños. Empecé a merecer mi sobrenombre: *Deko*, el Duro. Organicé una pandilla de muchachos más jóvenes que yo para traficar en el mercado negro del arroz, que escaseaba, y los cigarrillos americanos, que escaseaban más aun.

Por fin, en abril de 1947 recibí una beca para hacer estudios de ingeniería en la Universidad de Aoyama Gakuin, de Yokosuka. Abrigaba la secreta esperanza de que una escuela cristiana como aquélla sería mi salvación. Luego de dos años sombríos de vida desordenada, traficando en el mercado negro, sufría horriblemente. Me acordaba de una fiesta de Navidad celebrada por cristianos a la que yo había asistido en otro tiempo, cuando contaba doce o trece años. ¡Aquello era tan distinto de mi vida actual!

Encontré trabajo como ayudante lavaplatos en la base naval americana situada cerca de nuestra escuela. Se nos daba una comida por día. Teníamos un hambre tal que nos era casi imposible resistir a la tentación de recoger de todo, aunque se tratara de sobras. Pero sabíamos que, si nos pescaban, se nos despediría. ¡Y yo no quería perder mi oportunidad de estudiar! Recuerdo la furia que me daba cuando tiraban alimentos a la basura.

Distintas organizaciones de estudiantes se disputaban la supremacía dentro de nuestra universidad. Nuestra escuela poseía un barco. Yo era un antiguo alumno de la Escuela Naval. Llevaba siempre el uniforme; no tenía con qué comprarme otras ropas. Si yo lograba al menos hacer andar el barco, todo el mundo se volvería hacia mí. Pero la gasolina estaba racionada. Yo sabía que los americanos la tenían en cantidad. ¿Por qué no tratar de conseguirme un poco? También sabía que, de ser descubierto, el centinela dispararía contra mí.

Elegí una noche oscura para pasar por encima de la barrera y acercarme a uno de los camiones de la base naval. En el preciso momento en que iba a comenzar a extraer la nafta, oí pasos. Mi corazón latía con violencia, y bañado en sudor me arrastré bajo el camión. Era un agente de la policía militar, pero no me vio y

siguió su camino. En los días que siguieron, llevé a los estudiantes a pasear en barco. Tratábamos de estar fuera del alcance de la vista de la base naval: ¡hubieran podido preguntarse cómo habíamos encontrado combustible para hacer paseos de placer en pleno racionamiento!

Una noche se nos agotó la nafta justo en el momento en que se venía una tormenta. Una fuerte corriente nos empujó con más rapidez que aquella de la vela hacia el desembarcadero. Todos teníamos mucho miedo. Al alba, logré por fin encallar el barco en una playa y todos nos pusimos de rodillas sobre la arena para dar gracias a la Providencia.

Supimos luego que la base naval, al saber que estábamos en dificultad, había enviado un avión en nuestra búsqueda. Pero no nos había encontrado. No obstante mi odio hacia los americanos, ¡tuve que reconocer que tenían sus cosas buenas!

Los paseos en barco y el modo en que había obtenido la nafta suscitaron la admiración de los estudiantes y fui elegido presidente.

Yo no sabía gran cosa sobre los comunistas en esa época, pero me acuerdo de un hombre que venía a hablarme. Él sacaba partido de mi estado de rebeldía. Muchos de los mejores alumnos de la Escuela Naval prestaron oídos a los comunistas y son a su vez comunistas hoy en día. Los comunistas controlan dos de las organizaciones nacionales estudiantiles.

Mirando hacia atrás, creo que la única razón por la que no los seguí yo también fue que otro hombre, animado igualmente de un gran ideal, trataba de pescarme al mismo tiempo.

Era un americano, Roland Harker, el joven superintendente general de nuestra escuela. Hablaba el japonés bastante mejor que yo el inglés. Así, utilizábamos una especie de mezcla anglojaponesa. Yo no podía evitar el quererlo, porque parecía realmente interesarse por nosotros como individuos. Yo había llegado a ser el responsable de nuestro dormitorio. Él venía a pasar dos o tres veladas por semana con nosotros. Nos reconfortaba organizando juegos para entrar en calor y gozábamos de su compañía. Nos

relataba historia tras historia de jóvenes como nosotros que habían cambiado completamente de modo de vivir.

Aquello nos interesaba vivamente. Al paso que íbamos, no esperábamos mucho de la vida.

No teniendo dinero para volver a casa, pasé en el dormitorio mis vacaciones de Navidad. En el Japón, la víspera de Año Nuevo constituye una gran fiesta. Roland debió adivinar hasta qué punto me sentía solo, porque me invitó a su casa. Me ofreció bistec de carne molida. ¡Qué cambio después de mis eternas batatas! Practicamos distintos juegos con fósforos sobre la mesa. Me habló de principios morales absolutos. ¡No era aquella la manera como yo había vivido! Me dijo también que era posible escuchar la voz interior para saber lo que había que hacer y cómo hacerlo. Hasta entonces yo sólo había escuchado la voz de la ambición, de la popularidad y de otras complacencias.

Fue como un desafío: “Durante la guerra, ¿tú dabas tu vida por tu país?” “Sí”. “¿Por qué no la darías ahora para edificar un mundo tal como tú quisieras que fuera?” No respondí a su pregunta ese día.

Yo no hacía más que pensar en la nafta robada. Pero no osaba tratar aquel punto. Los americanos podían enviarme a trabajos forzados en Okinawa, y en todo caso se me echaría de la Universidad.

No obstante, en el curso de las semanas siguientes empecé a “escuchar” como él me lo había sugerido. No era ya una disciplina impuesta por un adiestramiento militar. Era algo que salía de lo más hondo del corazón y de la voluntad, y allí era donde radicaba su fuerza.

Esa primavera, Roland nos avergonzó a todos. Lo encontramos un día a él, superintendente general, vestido con ropas viejas, limpiando el montón de escombros que se encontraba delante de nuestros edificios. Lo primero que se nos ocurrió fue: “¡Está loco!” Pero no quedaba más remedio que incorporarse a la tarea. La escuela no era rica y toda la operación no costó ni un centavo.

Fue hacia esa época cuando por primera vez reflexioné en los cuatro principios morales y, punto por punto, fui midiendo mi vida según sus dimensiones. Sin embargo, no llegaba a resolverme a hablar de la nafta.

Luego Roland me invitó a compartir su alojamiento. Era espléndido para mí. Había calor en él y nunca había comido tanto en los últimos tres años.

Pocos días después, una reunión del Rearme Moral tuvo lugar en uno de los grandes clubes de Tokio. Fue allí donde decidí por fin dar el paso que evitaba desde el Año Nuevo.

Un ex primer ministro se encontraba en la concurrencia, como también un tío del emperador y otras diversas personalidades. Fui uno de los que tomó la palabra. Les conté lo que había aprendido del Rearme Moral y alguien vino a agradecerme en seguida. En ese preciso instante me di cuenta de que no podía ya, costase lo que costare, aplazar el momento en que hablaría de la nafta extraída.

Encontré a Roland en su cuarto y me senté al borde de su cama. Me palpitaba el corazón con fuerza y tenía la "piel de gallina". Temía que él no quisiera que permaneciera más con él. Por fin, le dije de un golpe que había robado nafta en la base naval y por qué. Creo que él había sentido siempre que yo le ocultaba algo. De cualquier manera, pareció comprender que alguien de mi clase acabara por querer decir las cosas honradamente.

Yo sabía que en seguida tendría que ir a casa del comandante de la base naval. Estaba más aterrado aun que la noche en que me había escondido debajo del camión. Tartamudeando, le dije que había robado nafta y le pedí perdón. Se sorprendió: "¡Vaya, pues!", dijo él. "Y bien; es exactamente el espíritu que necesitamos", y me dejó marchar sin castigo. En el camino de regreso llovía a cántaros, pero yo iba tan sonriente que todo el mundo me miraba al pasar.

Ese día, mi resentimiento hacia los americanos se esfumó.

La siguiente etapa era aun más difícil: ser honrado con mis padres a mi regreso a Hokkaido para el verano. Hay un dicho conocido: un japonés teme a los temblores de tierra, los incendios, los tornados... y a su padre.

Empecé por decir a mi padre todas las cosas que yo había hecho y de las cuales me avergonzaba. Palideció, sin decir una palabra, y yo no sabía lo que pasaba. Durante nueve días fue literalmente una roca para mí, hasta que hubo encontrado el valor de contarme algo que había hecho durante la ocupación rusa y que lo avergonzaba. Desde entonces, somos verdaderos amigos.

Tuve que ir luego a casa del jefe de estación de Tokio para poner en orden los viajes que había efectuado sin pagar. Experimentó sorpresa y aceptó mis excusas, pero se negó a conservar el dinero que yo quise reembolsarle: lo envió al Rearme Moral y desde ese momento siguió enviando cheques regularmente.

El jefe de estación me llevó luego a ver al gobernador de los Ferrocarriles Nacionales. Le repetí cuánto me arrepentía de mi falta de honradez y cómo había cambiado mi modo de vida. A continuación puso su sala de conferencias amablemente a disposición del Rearme Moral.

Desde ese entonces he terminado mis estudios y he compartido el trabajo del Rearme Moral en Europa y en América, así como en Asia.

La primera vez que encontré a Frank Buchman fue al final de una asamblea en la isla de Máckinac, en el Estado de Míchigan. Él había invitado una vez a todos los japoneses presentes a cenar en una de las villas de la isla; en cuanto a mí, sólo nos habíamos saludado al cruzarnos en el camino. Otra vez nos encontramos en un tren que rodaba camino al Oeste, hacia Los Ángeles. Me hizo llegar a mi compartimiento una invitación para almorzar con él. Pasé varias horas preparando lo que diría al "gran hombre". Durante todo el almuerzo, él no dijo una palabra, sino de tiempo en tiempo algo respecto del paisaje, que era soberbio. Terminado el almuerzo, se levantó y dio las gracias cortésmente al negro que nos había servido.

Comprendí ese día que yo había querido colocar a un gran líder en el centro de mi vida en lugar de Dios. Es un peligro en el que caemos fácilmente en el Japón. Dije esto a Frank al día siguiente. Sonrió y dijo: "Bien, bien". Me había enseñado más en el curso de aquel almuerzo, no diciendo nada, que lo que hubiera podido enseñarme con millares de palabras.

Recuerdo otra ocasión en la cual, una vez más, no dijo gran cosa, pero en que sus palabras dieron en el blanco. Estábamos en Madrás con un equipo numeroso que representaba distintas piezas de teatro. Junto con otros, yo acomodaba a los espectadores. Estábamos de acuerdo en que hacía demasiado calor para permitir a la gente el permanecer de pie en el fondo del teatro. Había el riesgo de incomodar a Frank y a sus invitados. Centenares de personas tuvieron así que retirarse.

En el entreacto, Frank salió y expresó: "No hay mucha gente hoy".

Le dijimos lo que habíamos hecho.

"¿Cómo?", exclamó con voz de trueno, "¿los han hecho marcharse? ¿Esa gente que había esperado horas bajo el sol ardiente con la esperanza de entrar?" Contestamos que lo lamentábamos. "¡Yo también!", nos dijo.

Al día siguiente, tenía miedo de encontrarme con Frank. Creía que había echado a perder todo y estaba muy descorazonado. Traté de evitarlo, pero él se dirigió hacia mí. Los ojos le chispeaban cuando me preguntó: "¿Qué tal anda todo hoy?" Me sonrió. Sentí su perdón. Él odia el pecado, pero ama al pecador.

En otra asamblea recuerdo que el director de una compañía aérea vino a despedirse de Frank Buchman. Un equipo se alistaba a partir en avión hacia las Indias. Aquel hombre expresó a Frank todo su agradecimiento por el buen entendimiento y la felicidad de hogar que había encontrado.

"¿Qué va a hacer usted para dar al mundo el Recarme Moral?", preguntó Frank. "Voy a dar el monto de mi seguro de vida", respondió el hombre. Todos los presentes pensaron: "Eso sí que está perfecto". Pero no Frank. "¿Y qué más?", preguntó. "Voy a

donar pasajes a los que parten hacia las Indias". Empezábamos a sentirnos molestos, y mirábamos al suelo. "¿Y qué más?", preguntó Frank una vez más. "Voy a darme por entero a esta batalla". "Bien", respondió Frank.

Otro hombre tuvo considerable influencia en mi vida. Fue un joven japonés, Yori Mitsui, hijo de Takasumi Mitsui, de la muy conocida gran familia de industriales. En 1951, Yori gastó todas sus energías al servicio de una delegación de setenta y cinco japoneses que estudiaban el Recarme Moral en Europa y en América. Acabó por caer gravemente enfermo, y aun moribundo seguía dándose totalmente a todos los que le rodcaban en la clínica Mayo. Tenía veintidós años.

Cuando descendimos su ataúd en la tumba de Pasadena, en California, tomé la resolución de continuar su lucha. Desde entonces, cuando me invade el desaliento, pienso en Yori y sé que no puedo faltar a mi promesa. Muchos japoneses, desde entonces, han llegado hasta su tumba y recogido allí una nueva inspiración. Sobre la piedra se leen estas palabras de Frank Buchman: "Yori vive en la gloria para unir, por siempre, el Japón a la América".

No olvidaré jamás los días pasados en Manila en 1955. Fui uno de los primeros japoneses en ir a las Filipinas después de la guerra. Fuimos invitados por una de las familias más respetadas de las Filipinas, aun cuando era casi inconcebible ver a un japonés traspasar el umbral de un hogar filipino; tan violento era el odio dejado por la guerra.

Allí, una mujer nos contó lo que los oficiales japoneses habían hecho a su familia. Aquellos oficiales, que se habían alojado durante muchos meses en casa de los padres de ella, temían las represalias que los filipinos pudieran infligirles en el momento de la llegada de los americanos. En consecuencia, habían encerrado a los padres de aquella mujer, junto con otros muchos filipinos, en una iglesia. Después de haber regado el edificio con nafta, le prendieron fuego.

"¿Cómo pudieron ustedes ser tan crueles?", preguntó ella.

¿Qué podía responder un japonés? Por fin contesté: "Lo lamento profundamente. Quiero consagrar mi vida entera a

reparar nuestras culpas frente a los países que han sufrido a causa del Japón. Quiero trabajar y vivir para que los japoneses no hagan nunca más cosas semejantes”.

Es el compromiso de mi vida, y Yuriko, mi mujer, lo tomó conmigo.

HIDEO NAKAJIMA

Japón

Tres hermanos, un propósito

La gente no creía lo que veía: ¡en Atpadi, un pueblo perdido en el corazón de la India, tres “cowboys” y un enorme contrabajo salían de un viejo Plymouth, modelo 1938! Sobre el camino polvoriento, abrasado por el sol, este viejo coche se había adelantado a algunos carros tirados por bueyes y trazado, más lejos, profundos surcos en el barro.

Rajmohan Gandhi, el nieto del Mahatma, era el amigo y el guía de esos “cowboys”, que éramos nosotros. Se nos había invitado para encontrarnos con Vinoba Bhave, el gran discípulo de Gandhi.

Continuando la obra del Mahatma, Vinoba, ese hombre santo, ha recorrido a pie, en el correr de los últimos años, millares de kilómetros yendo de pueblo en pueblo para pedir a los propietarios que dieran tierras a quienes no tenían. Después de habernos lavado en la fuente del pueblo y de haber tomado el almuerzo que las campesinas habían preparado para nosotros sobre hojas de bananos, nos avisaron que Vinoba deseaba vernos. Habíamos compuesto una canción especialmente para él. Se la cantamos los tres, al son de nuestros instrumentos. Él escuchaba sonriente y marcando el compás con los dedos. La letra estaba escrita en su propio idioma. Decía: “Hay bastante tierra en el mundo para las necesidades de todos, pero no hay bastante para la avidez de cada uno. Si cada uno amara bastante, si cada uno repartiera bastante, cada uno tendría bastante”.

Después de haber oído varias de nuestras canciones, Vinoba nos pidió que lo acompañáramos a su gran reunión pública.

No lejos de la casa, esperaban diez mil personas, sentadas en el suelo, impacientes por oír y ver al hombre santo. Entonces cantamos para la multitud; Rajmohan traducía. Luego Vinoba tomó como tema de su discurso las palabras de nuestro canto, haciendo reír a carcajadas a todo el mundo hablando del gran contrabajo de Ralph.

Al día siguiente, a las cuatro y media de la mañana, nos pusimos en camino con Vinoba y sus fieles para ir a pie hasta el pueblo más cercano, a diez kilómetros de allí. Todo el pueblo había salido para recibir a Vinoba y rendirle homenaje. Habían construido un arco de bienvenida. Nos abrimos paso a través de los pobladores que se aglomeraban a lo largo de las calles, alegremente decoradas. Nuevamente Vinoba nos pidió que cantáramos y habláramos a la multitud.

Antes de que partiéramos en el viejo Plymouth que nos esperaba en el pueblo, Vinoba nos llamó y nos dijo: "Ustedes y yo debemos trabajar juntos. Debemos formar un bloque moral y ganar el mundo para nuestra causa".

A lo largo del camino, las mujeres que lavaban su ropa en el arroyo nos saludaron amistosa y prolongadamente.

¿Qué era lo que nos había llevado a nosotros, tres hermanos vestidos de "cowboys", tres jóvenes americanos como tantos otros, a cantar en ese pueblo lejano tan diferente de nuestro país natal, al lado de un santo hombre de la India?

He aquí la historia.

"¡Tengo una idea! ¿Y si hiciéramos una orquesta?", sugirió uno de nosotros, cuando estábamos en casa un día lluvioso, preguntándonos qué hacer para no bostezar más de aburrimiento. Éramos tres: el hermano mayor, Steve, de quince años; Paul, de doce, y Ralph, de diez. Nuestro cuarto hermano, Ted, de dos años, era realmente demasiado joven para que lo incluyéramos. La idea prosperó en seguida: Steve fue a buscar su guitarra de cinco dólares, que hacía cinco años no tocaba, y Paul

persuadió a mamá de que le comprara un banjo ukelele barato. He ahí el comienzo.

Nos gustaban mucho las tonadas de "cowboys" americanos: con ellas nos presentamos. Después de dos semanas, nuestro repertorio se componía de diez números. Fue en un cóctel en casa de nuestros padres que nos presentamos en público por primera vez. A la edad de diez años, Ralph fue el éxito de la velada con su canción *Rye Whiskey*.

Papá, que estaba tan entusiasmado como nosotros, ofreció nuevos instrumentos a Steve, y a Paul, una guitarra y una mandolina. Ralph no tenía instrumento y, como le gustaba mucho cantar, él era nuestro solista titular. ¡Con su voz de niño corista, podía cantar el "yodel" como ninguno! Pero llegó el momento en que Ralph también debería tocar un instrumento. Steve y Paul discutieron el punto: se eligió el contrabajo. Diez lecciones, y algunas semanas más tarde el contrabajo de Ralph se nos incorporaba para siempre. El contrabajo, apodado "George", le llevaba tres cabezas a Ralph, que no tenía más que doce años en esa época. ¡Por eso, durante un año o dos, sus hermanos tuvieron que cargar con él!

Nuestra aventura musical se desarrolló rápidamente. Nuestra juventud y nuestro entusiasmo cautivaban a todo el mundo. Nos pedían que tocáramos en sociedades, veladas, ventas de caridad y hospitales.

Habíamos ganado un concurso de aficionados en Indianápolis. Salimos victoriosos de un respetable número de concurrentes entre los que figuraba un fenomenal pianista de jazz. Para eclipsar a éste, habíamos elegido un canto muy rápido que se llamaba *Freight Train Blues*, en el cual Paul tocaba a la vez la mandolina y el banjo.

Nuestra música estaba volviéndose una profesión. Dieciocho meses después de haber comenzado, habíamos pasado a la categoría profesional y cada audición nos dejaba dinero. Ralph recuerda cómo el primer cheque de treinta dólares aguzó su apetito por el dinero. El perfume agradable del éxito nos hizo tomar en serio el porvenir de nuestro trío. A la edad de dieciocho,

quince y trece años, tocábamos solos una vez por semana en televisión.

Luego compramos nuestro propio automóvil, tuvimos sucesivamente un Oldsmobile '36, un De Soto '36 y un Ford '41 —éste era azul turquesa—. Nuestro dinero se iba así más que todo en nafta, trajes de “cowboys” e instrumentos musicales. Una vez, tuvimos un “jeep-ster” color “bordó”, un jeep de sport convertible. Este jeep estaba dotado de un claxon musical que podía tocar *Mary had a Little Lamb*, hasta el día en que este bendito claxon se paró en la nota aguda en el garaje, en medio de la noche, y volvió loco a todo el vecindario.

En la primavera de 1951 papá cambió de situación; de Indianápolis nos fuimos a Los Ángeles, donde estableció un comercio de alimentación. Para nosotros tres, California significaba Hollywood y perspectivas más amplias todavía. Poco tiempo después de nuestra llegada, conocimos a Tex Williams, el famoso cantante de “westerns”. Nos invitó a participar regularmente en sus programas de radio y televisión. Los programas de radio eran difundidos por una cadena nacional. Después firmamos un contrato con los discos Columbia. El porvenir se anunciaba brillante y lleno de promesas.

Habíamos comenzado nuestro trío sólo para divertirnos; ahora, a medida que los años pasaban, y a causa de nuestra ambición, se volvía más un asunto comercial que un juego.

PAUL: Ensayar se había vuelto una obligación. Ralph abandonaba la lectura de sus revistas y se nos unía arrastrando sus pantuflas. Cada nota falsa me enfurecía y yo amenazaba a menudo con detener todo. Steve y Ralph discutían para saber quién cantaría el solo. ¡Yo cortaba entonces el asunto según los mejores procedimientos democráticos! Y continuábamos de muy mal humor.

RALPH: Para nosotros, menores de veinte años, esta vida de artistas tenía algo de único: agregada a nuestras otras actividades, hacía de nosotros los jóvenes más solicitados de la ciu-

dad. No teníamos nunca un momento libre. Los que no tenían que conducir el automóvil para ir al estudio de televisión, estudiaban en el coche. Nos interesábamos en muchas cosas. Teníamos nuestro trabajo escolar y estábamos entre los responsables de nuestra asociación de estudiantes. Formábamos también parte de los diferentes equipos deportivos de nuestra escuela: fútbol, básquetbol, béisbol, tenis y atletismo. Desde nuestra más tierna infancia, todas las tardes papá nos había interesado en los principios fundamentales del béisbol. Y, además, estaban los clubes y las veladas de baile, sin contar los baños en las maravillosas playas de California. Todos los jóvenes van a la playa. Llevábamos nuestras amiguitas al borde del mar y nos dejábamos tostar al sol todo el día. Jugábamos un poco al voleibol, nos dábamos una zambullida y volvíamos a salir para disfrutar nuevamente el sol. Por la tarde, hacíamos asar salchichas.

STEVE: Todo giraba en torno de nuestra vida de sociedad. En la Universidad, pasaba tanto tiempo pensando en mis citas que mis notas no eran muy brillantes. No es que yo sea tonto, pero necesitaba mucho tiempo para decidir con cuál de ellas saldría.

PAUL: Si no teníamos dos citas cada fin de semana, no éramos elegantes.

RALPH: Lo peor que podía suceder era no tener nada que hacer el viernes o el sábado de noche.

STEVE: No estábamos nunca en casa. Mamá nos suplicaba que volviéramos temprano, a las doce o a la una de la noche. ¡Era ya bastante razonable conforme a las costumbres americanas! Entonces volvíamos alrededor de las tres. Al día siguiente nos preguntaba: “¿A qué hora volvieron?” Contestábamos: “A la una y media”. ¡Nuestros padres esperaban aún vernos seguir por el camino recto!

PAUL: Sabían que no podían decirnos gran cosa, porque habíamos presenciado veladas en las que nuestros padres estaban más que alegres. Era la manera en que vivían sus amigos. Algunos de ellos se divorciaban aun después de veinte años de matrimonio.

En julio de 1951, nuestros padres recibieron entradas para una pieza musical titulada *Jotham Valley*. Volvieron entusiasmados y nos recomendaron que fuéramos también a verla. Eso nos permitiría llevar a las chicas a otra cosa que al cine, donde las habíamos invitado tantas veces. Además, las entradas no costaban nada: ¡una verdadera ocasión! Salimos con nuestras amigas para ver *Jotham Valley*. Después de la pieza, hablamos con algunos de los actores. Eran jóvenes como nosotros; unos venían de Inglaterra, otros de Estados Unidos y de Canadá. Pero, comentamos, ¡qué sonrisa, qué mirada franca y limpia! Verdaderos camaradas como nunca habíamos visto. Nos sorprendimos mucho al saber que ninguno de los actores recibía paga. El primer tenor tenía una voz que los críticos musicales comparaban con la de Ezio Pinza, pero había rechazado fama y fortuna para cantar en las obras del Rearme Moral. Encontrábamos a estos jóvenes por primera vez, pero, aunque resulte extraño, nos inspiraron confianza inmediatamente. Sentíamos que, de alguna manera, eran nuestros mejores amigos. Lo que más nos conmovió en ellos era que tenían una razón de vivir y una finalidad precisa, mientras que nosotros nos dejábamos llevar por el capricho de los acontecimientos, tratando de hacernos la vida tan agradable como fuera posible.

Algunos días después nos invitaron a tocar para el cumpleaños de uno de los actores, un joven escocés. Fue una velada notable. Nunca nos habíamos divertido tanto: ¡y habíamos tenido muchas veladas! Pero aquélla era diferente. Había como 150 personas: muchachos, chicas, jóvenes y ancianos de diferentes países. Cantamos casi todo nuestro repertorio, que desencadenó el entusiasmo. El joven escocés tocó en el piano boogie-woogies endiablados, que nosotros acompañamos. ¡Apasionante!

Pero era el ambiente y el ánimo de la gente los que hacían tan alegre la velada. Había francas carcajadas y cada uno gozaba a fondo de la vida. Era alegría verdadera y limpia. Recordando en seguida esta velada, no alcanzábamos a comprender cómo nos habíamos divertido tanto sin los accesorios habituales: citas, media luz y baile.

Algunos días más tarde fuimos a cantar en un almuerzo de importancia. Justo antes de comer, alguien nos presentó a Frank Buchman. Tenía entonces setenta y tres años y sufría una invalidez física. Llevaba un conjunto azul oscuro. Al ver nuestras chaquetas de sport californianas, de colores vivos, dijo con un brillo de malicia en los ojos: "¡Oh, miren esas magníficas chaquetas! Voy a cambiarme en seguida". ¡Desapareció y volvió, instantes después, llevando un saco a cuadros gris claro y negro que rivalizaba con los nuestros por lo vistoso! Ese señor de edad tenía un corazón tan joven y alegre que sabía cómo ataviarse a la par nuestra.

Jotham Valley lucía el cartel en el célebre *Carthay Circle Theatre*, en Hollywood. Nos invitaron a ir para ayudar a acomodar la gente en sus asientos. Lo hicimos todas las tardes. Era apasionante porque el trabajo se hacía completamente en equipo y nadie ganaba nada. Había allí algo que nos intrigaba.

Todas las tardes, durante la función, instalados en la antesala del teatro, discutíamos con los otros acomodadores. Esto durante horas. Nos hablaban de los cuatro principios morales. "¡Oh!", decíamos, "ustedes deben ser perfectos". Ellos se reían. Hacíamos muchas preguntas para saber lo que estos principios significaban en la vida de cada uno. Otra cosa nos llamó la atención particularmente. Nos decían que el hombre común puede hacer cosas extraordinarias y que nosotros, simples sujetos, podíamos contribuir al cambio del mundo. Sabíamos vagamente que el mundo necesitaba cambiar, pero que, evidentemente, esto había estado fuera de nuestra esfera de intereses. Si podíamos ayudar a cambiar el mundo, entonces había algo verdaderamente grande e importante; lo que más nos impresionaba era que estos jóvenes vivían lo que decían. Luego vino el día

en que nos preguntaron: “¿Les gustaría probar?” Dijimos: “¿Qué se hace?” Nos enseñaron que podíamos oír la voz de Dios que hablaba a nuestro corazón. Uno de los muchachos nos explicó que éramos como estaciones de radio. Si los contactos están sucios, hay que limpiarlos para tener una buena recepción.

En nuestra familia todos fuimos conquistados por esta idea. Un día, cuando volvíamos en coche por las avenidas brillantemente iluminadas de Hollywood, declaramos que daríamos gustosos todo nuestro dinero al Rearme Moral y que aun estaríamos prontos a dar la vuelta al mundo por esta idea, pero sólo después de haber alcanzado la riqueza y la fama.

Sin embargo, todos nos habíamos decidido a hacer una prueba. Nuestros amigos nos habían dicho que, según su experiencia, Dios tiene un plan para la vida de cada uno; si escuchábamos, podríamos descubrir cuál es ese plan. En otros términos: si escuchábamos, Dios hablaría. Éramos muy escépticos. Nuestra familia había mantenido un promedio honorable de presencia en la iglesia y sabíamos rezar; pero, el que Dios pudiera hablarnos, era ir un poco lejos.

RALPH: Valía la pena ensayar y no había nada que perder. Aunque, en el fondo, yo tenía un enorme miedo de lo que dirían mis amigos en el colegio si se enteraban de lo que hacía.

No tenía más que catorce años, pero esta idea se posesionó de mí: “Tu vida es un fracaso. Ahora, da a Dios Su oportunidad”. Era un hermoso domingo, de mañana. Me senté al borde de mi cama y anoté: “Pide perdón a mamá y ayuda más en la casa”. Eso hice. Mamá se volvió en seguida mucho más alegre. Yo era un muchacho raro en casa. Era perezoso, desordenado y no hacía nunca mis deberes. A mamá le costaba mucho trabajo hacerme salir en hora para el colegio. Pero era todavía más difícil hacerme trabajar en casa. “Ralph, ¿barriste la entrada del garaje?” “Sí”, tenía la costumbre de contestar con la cara detrás de un *Mickey*. Naturalmente, no había

barrido nada. Cuando mamá se daba cuenta, me retaba y se enojaba.

Había muchas cosas más que la familia ignoraba. Y yo tenía mucho cuidado de que nadie las descubriera. No era más que un muchachito con los problemas de todos: fumar a escondidas, las chicas, los libros prohibidos; pero mi vida giraba en torno de eso. Ya que todo el mundo hacía lo mismo, ¿por qué buscar otra cosa? Tenía realmente vergüenza de algunas de esas cosas, pero eran más fuertes que yo. Uno de mis nuevos amigos, un joven canadiense, se preocupó de hablarme de sí mismo, de sus faltas, y de lo que había tenido que hacer cuando decidió cambiar. Era la primera vez que alguien me hablaba tan francamente, y por primera vez me sentí libre de decir lo que guardaba, en especial todas las cosas que había ocultado cuidadosamente. Le dije todo y sentí que me volvía liviano como una pluma.

También conté todo a Steve y a Paul, y en seguida a mis padres; era lo más difícil. Estaba seguro de que ellos no comprenderían; sin embargo, comprendieron perfectamente y estaban agradecidos.

Mis nuevos amigos me habían dado a mí, muchacho ultramoderno, una finalidad suficientemente grande para hacer que pusiera mi vida en orden y viviera con rectitud.

(A)

PAUL: Es interesante aprender a conocerse y descubrir lo que nos hace actuar. Me gustó mucho *Jotham Valley* pero, durante la representación, no me sentía muy cómodo. El mensaje de la obra (la reconciliación de dos hermanos en beneficio de todo el valle) me hacía reflexionar, pero inconscientemente yo buscaba justificarme diciéndome: "Es así como has vivido siempre". De hecho, no me habría defendido de esa manera si eso hubiera sido cierto. A los ojos de mis amigos, yo pasaba por un "rico tipo". Cuando ellos contaban historias poco limpias, yo aparentaba no prestarles atención. Pero, de hecho, vivía y pensaba como ellos, si no peor, aunque quería presentarme con un buen

barniz exterior. Así, ni ellos ni mi familia me conocían realmente.

La importancia del trabajo que hacían mis nuevos amigos me entusiasmaba. Era como una bomba que estallaba y me hacía ver un nuevo mundo. Era lógico, justo, y parecía ser el próximo paso a seguir. Queríamos ponernos en eso con todo el ímpetu de la sangre joven que corría por nuestras venas.

Teníamos una vida interesante, dinero, buen éxito, pero había algo, sin embargo, que nos faltaba. Porque todo lo que hacíamos en la vida era para nosotros mismos.

Una de mis primeras ideas, al hacer el silencio, fue para mi hermanito Ralph, a quien yo había menospreciado. Se me imponía que le pidiera perdón, pero me negaba a hacerlo, temiendo que él se aprovechara. Realmente estaba celoso. Él era física e intelectualmente lo que yo hubiera deseado ser. Le pedí perdón y nos volvimos los mejores amigos. Un día, comprendí que siempre me había sentido inferior por causa de mi asma. Yo había sido siempre débil, y ese sentimiento de inferioridad había dominado mi vida sin que me diera cuenta de ello. Por compensación, buscaba la perfección en todo lo que hacía, ya fuera trabajo escolar, actividades deportivas o música. Y cuando no alcanzaba la imagen ideal que me hacía de mí mismo, perdía mi sangre fría. Todos mis esfuerzos tendían a causar buena impresión sobre los demás, especialmente en las chicas. ¡Qué alivio poder ir al colegio sin preocuparse por la opinión de los demás!

STEVE: Yo tenía, tal vez, más ambición que Ralph y que Paul por nuestra carrera musical, y ya veía nuestros nombres en letras de neón iluminando las calles de Hollywood. No sabía a qué nos llevaría todo aquello: cine, televisión, o montar a caballo en películas de "cowboys", pero me gustaban el aplauso y el triunfo: nos da la sensación de haber llegado.

Nuestro padre, hombre de negocios de conciencia, había establecido un programa de catorce etapas indicando la marcha a seguir para vencer. En este plan figuraban nuevos trajes,

publicidad y correspondencia con los técnicos que hacen pasar los discos en la radio. Durante nuestras vacaciones, construimos una pieza sobre el garaje para instalar allí nuestro escritorio. Compramos un amplio fichero para el correo de nuestros "fans" y nuestra correspondencia de negocios. Fotos de amigos y de nuestros ídolos de Hollywood decoraban las paredes. Como solista de guitarra, nunca habría conocido el éxito. Era necesario que fuéramos tres. Todo lo que se opusiera a esa finalidad debía ser eliminado. Con su mandolina y su banjo, Paul era un verdadero artista; un aliado perfecto. Por lo contrario, Ralph, aunque supo cantar antes que hablar, se interesaba en otras cosas de la vida, dos de las cuales eran la lectura y el sueño. De ahí los muchos conflictos entre nosotros. Como hermano mayor, me encargué, naturalmente, del papel de empresario y director de orquesta. Yo fijaba las horas de los ensayos y establecía la lista de las canciones para estudiar. ¡Por supuesto, dado el número de mis años sobre esta tierra, mi opinión debía prevalecer!

Como mis hermanos, decidí dar la zambullida. Puse las cosas en orden. Por ejemplo; escribí a mi profesor de latín pidiéndole excusas por haberle engañado durante dos años.

Luego, nos invitaron a participar en la asamblea del Rearme Moral en Máckinac, Michigan. Todos deseaban ir, salvo mi padre y yo, pues había reservado ese verano para ensayos intensos y quería que estuviéramos a mano para tomar al vuelo los ofrecimientos lucrativos.

Mi padre y yo pensábamos que podríamos hacer tanto más por el Rearme Moral el día en que fuéramos populares y célebres.

Entonces, uno de mis amigos me preguntó por qué continuaba haciendo música. "Porque me gusta", respondí vivamente. "Steve", dijo, "creo que tú eres muy ambicioso. ¿No piensas nunca en tus hermanos?" Furioso, grité: "Si eso significa abandonar mi música, entonces no. ¿Qué hay de malo en hacer música?"

Pero, después de algunos días, una voz queda en mi fuero interno me dijo que fuera a Máckinac con mis hermanos. Por

otra parte no podía elegir, pues ellos habían decidido partir ¡y yo no podía hacerles cambiar de idea!

Ese verano en Mákinac marcó un vuelco decisivo en nuestras vidas; habíamos encontrado algo para dar al mundo. Pero tuve un choque al comprobar que esos famosos principios morales absolutos alcanzaban a todos los móviles de mi vida. Mi amigo había dado en el blanco al preguntarme si yo pensaba en mis hermanos. Cuando Ralph se lanzaba con entusiasmo en un partido de fútbol, mi única preocupación era que no se hiriera las manos ni los brazos, lo que le hubiera impedido tocar el contrabajo. Así como había organizado nuestros ensayos, trataba de organizar también la vida de mis hermanos. Me gustaba ser el patrón y manejar los hilos, porque así me sentía seguro.

No fue por casualidad, sino a través del cambio, que encontramos la unidad. Primero decidí ser absolutamente honrado conmigo mismo, luego pedí perdón a mis hermanos por haberlos mandoneado tanto... ¡Para un hermano mayor, aquello era muy difícil! Era el fin de mi prestigio. Ralph respondió: "No te preocupes, viejo; de todos modos, nunca te respetamos mucho". Por primera vez aprendimos a conocernos y a confiar los unos en los otros. Decidí que en adelante no sería yo el patrón, sino Dios. ¿Pueden los hermanos llegar a ser amigos? Sí, pueden.

Durante nuestra vuelta de Mákinac, atravesando en coche las llanuras del Far West, escribimos nuestros dos primeros cantos de un nuevo estilo: *A Spanking New Day* y *Come on Folks*, que Columbia debía grabar en discos. Más que nunca queríamos utilizar nuestro talento para ofrecer a la gente algo distinto. Empresarios de Hollywood nos suplicaban que cantáramos las melodías de moda. "Vuestro programa no se hará nunca popular de otro modo", decían. Pero nosotros notábamos que a la gente le gustaba *A Spanking New Day* tanto, o más que *Lovesick Blues*.

Nuestro repertorio de 150 números fue también expurgado de todos los cantos sentimentales, frívolos y evocadores. Los

cantábamos sin pensar mal, sólo porque queríamos caer bien y aumentar nuestra popularidad. La música no está hecha para eso. La música refleja la vida y el pensamiento de los pueblos; es, también, un gran medio para influir en ellos. Todos la aman; su influencia puede ser buena o mala. Esto llamó nuestra atención, especialmente más tarde, en el curso de nuestros viajes por numerosos países. Vimos los efectos de las películas de Hollywood, sobre todo en la juventud. La mayoría de nuestras exportaciones americanas tienden a expandir malas ideas. Y nosotros lamentamos el haber participado en todo eso.

Nuestra música cobró nueva amplitud. Hasta entonces, nuestras canciones no atraían más que a un cierto público americano; pero, de pronto, el mundo entero parecía responder a una música nueva, porque estas canciones hablaban al corazón. Tenemos ahora en nuestro repertorio canciones en veinte idiomas.

A principios del verano de 1953, estábamos más ocupados que nunca. Habíamos conocido a los mejores directores de televisión; nos habían pedido que volviéramos a verlos para hablar más a fondo de los contratos que podríamos tener con ellos. Esas perspectivas futuras nos prometían entradas de unos 2.000 dólares por programa. Fue entonces que se nos invitó a ir a la asamblea del Rearme Moral en Caux, Suiza.

Era el 1º de julio. Hicimos un momento de silencio en familia y tuvimos todos el mismo pensamiento: ir a Caux.

Llegamos el 1º de agosto, día de la fiesta nacional suiza. Se celebraba este aniversario en la sala de reuniones, que estaba llena de gente. Estábamos muy cansados por el viaje en avión; no nos sentíamos bien y teníamos frío. Pero alguien anunció a la multitud que tres "cowboys" cantores de Hollywood acababan de aterrizar. ¡Entonces no hubo más que hacer que tomar nuestros instrumentos y cantar! Nuestro primer número se llamaba *Le Chant de Caux*. Lo habíamos escrito justo antes de nuestra partida de Los Ángeles y le habíamos hecho los últimos retoques sobre el Atlántico. Este canto describía a Caux —se nos había mostrado fotografías—; hasta tenía un pequeño "yodel". El techo casi se vino abajo con los aplausos. Eramos

felices al ver que nuestra música de "cowboys" se comprendía también en Europa.

Pero fue desde el punto de vista de nuestra familia que resultó más provechosa nuestra estada en Caux. Allí, nuestros padres quisieron hablarnos de su vida pasada. Era realmente difícil, pues temían que les perdiéramos para siempre el respeto. Días antes, papá y mamá habían encontrado una nueva unión entre ellos y un nuevo amor, al ser absolutamente honrados el uno con el otro.

Entramos en su habitación, desde donde teníamos una vista magnífica sobre el lago de Ginebra, el valle del Rhone y los Alpes. Papá y mamá nos dijeron: "Queremos decirles simplemente qué clase de padres tienen ustedes". Luego nos contaron su vida, todo aquello que no habían querido que supiéramos. Nos causó sorpresa, pero ¡se lo agradecemos tanto! ¡Qué alivio saber que éramos todos iguales! No había más secretos, no había nada más que esconder. Teníamos todos la misma humana naturaleza y teníamos gran necesidad de ayudarnos los unos a los otros. En ese momento, sentimos dentro de nosotros mismos que Dios había menester de nuestra familia para Su obra en el mundo; que éramos llamados individualmente y en conjunto para ser Sus instrumentos en la transformación en la vida y en el pensamiento de los jóvenes de nuestra época. Decidimos entonces someter nuestras vidas a Dios, obedecer Su voluntad y Su plan, cualquiera fuera el precio, dondequiera que Ello nos condujera. Lo hicimos todos juntos, de rodillas. No sabíamos dónde nos llevaría todo aquello ni cual era su pleno significado, pero sí sabíamos que ello traería un vuelco en nuestras vidas. Por supuesto, desde entonces ha habido temores y dudas, pero Dios nunca nos dejó caer. De cada batalla resultó una victoria y un compromiso más profundo. Hoy, con el correr de los años, no sabemos cómo expresar nuestro reconocimiento por la franqueza de nuestros padres sobre sus propios errores y su constante aliento para que sus hijos vivan el ideal más elevado que ellos conocen.

Nuestros padres volvieron a casa al cabo de tres semanas.

Debíamos seguirlos para el retorno a las clases a principios de setiembre. Pero se nos dijo un día que Frank Buchman tenía algo muy importante que decirnos. Nos llenó de alborozo saber que nos invitaba a viajar durante un año con él y sus amigos. Telegrafiamos inmediatamente a nuestros padres para ponerlos al corriente. Nos respondieron: "Cualquiera sea vuestra decisión, la aprobamos ciento por ciento". Escuchamos en nuestro silencio y recibimos todos la misma respuesta: "Aceptad la invitación. Es lo más importante que pudierais hacer en vuestra vida".

Escribimos a nuestro director de programas participándole nuestra decisión y rogándole la cancelación de nuestros contratos. Steve y Paul escribieron una larga carta al rector de su universidad para decirle a lo que habían decidido consagrar sus vidas. En cuanto a Ralph, continuaría sus estudios por correspondencia. Así terminó sus dos años de liceo, estudiando en los hoteles, en los coches, en los ómnibus, en los trenes, en los aviones y en los barcos.

¡Y no recibíamos un céntimo por nuestro trabajo!

Nuestro hermanito Ted también se contagió. A los once años vino con mamá a Caux. Un día pidió la palabra en una reunión y dijo, delante de todo el mundo: "Hoy decidí ser absolutamente honrado con mamá. También decidí dejar de fumar". ¡Luego de un instante de asombro, una carcajada general!

A través de todo aquello, descubrimos una nueva escala de valores. Nos vimos tales como éramos realmente. Como tantos otros, no teníamos otra finalidad que divertirnos, hacer lo que queríamos y gozar de la comodidad. Si nos esforzábamos por ser "bien" era para tener más resultado en la vida.

Aquello invirtió nuestros conceptos. La elección es sencilla: o somos parte de la enfermedad del mundo, o cambiamos y contribuimos a su curación.

No nos interesaba ser "santurriones". Y estábamos, realmente, demasiado ocupados para poder inscribirnos en un movimiento o en una organización. Pero lo que nuestros amigos nos habían dado era una ideología: no para llenar nuestros ratos de ocio,

sino para dedicarle nuestra vida entera. Podíamos ahora utilizar los dones que Dios nos había dado, de una manera eficaz y constructiva, para el mundo. Hemos encontrado cómo resolver nuestros problemas, pero, más aun, encontramos hombres con los cuales podemos lograr la solución que necesita el mundo.

Nuestra convicción más profunda es que Dios tiene un plan para reconstruir el mundo; así como nosotros, que éramos unos "vivos", cada hombre puede poner orden en su vida y utilizar toda su energía para realizar el plan de Dios.

Para nosotros, significaba tomar el tren para el Ruhr, una mañana lluviosa de octubre de 1953, con un grupo de treinta personas de Asia, Europa y América. Era la primera etapa de un viaje que nos llevaría, en el curso de los últimos cinco años, a veintidós países, a través de cuatro continentes.

STEVE, PAUL y RALPH COLWELL
Hollywood

Encuentro entre Oriente y Occidente

La inmensa muchedumbre de peregrinos, venida de los cuatro puntos cardinales, llenaba la basílica de San Pedro en Roma. Era pleno verano, algunos meses antes de la muerte de Pio XII. Llevado sobre la *Sedia Gestatoria*, el Papa se acercó al maestro de ceremonias y, en medio de una entusiasta ovación, subió los escalones del trono.

A la izquierda del trono papal y frente al Santo Padre se encontraban por primera vez, ese día, dos personajes que no habían sido vistos nunca en la basílica. Dos monjes de Tailandia, envueltos en su manto amarillo azafrán y con sus cabezas rapadas. Uno de ellos era el supremo abad de Watmahadhatu de Bangkok (el monasterio budista más grande de Tailandia); el otro, su intérprete, era el monje Manas Cittedame, decano de la universidad budista de Bangkok.

El Santo Padre saludó a la multitud en seis idiomas. Al terminar su alocución en inglés, declaró: "Todos somos miembros de una misma familia, puesto que todos tenemos el mismo Padre en el cielo. Estrechemos, pues, los vínculos de amor y de comprensión que nos unen". Después, al terminar la bendición, el Santo Padre, con paso firme, descendió hacia aquellos que se encontraban en la primera fila de los fieles. Fue con una intensa curiosidad que las miradas se fijaron en ellos cuando se acercó al supremo abad budista.

El supremo abad le dijo al Santo Padre: "He venido aquí para tratar de crear un entendimiento entre católicos y budistas. Creo que todas las grandes religiones tienen un mismo objetivo:

aunque no tengamos en todas partes la misma manera de practicar nuestra fe, deberíamos trabajar unidos para asegurar la paz del mundo". El Papa le respondió con un gesto cariñoso, pesando sus palabras: "Estamos de acuerdo, y eso es lo que nosotros queremos". Entonces el supremo abad entregó al Santo Padre una escarcela de seda amarilla parecida a las que tiene cada monje budista para transportar los pocos objetos que posee. El Papa la colocó bajo su brazo y prosiguió con la audiencia.

El supremo abad, en el clima de calor sofocante de Bangkok, a millares de kilómetros de Roma, había ya pensado en este encuentro con el Santo Padre. Estaba a punto de salir para encontrarse con Frank Buchman en Norteamérica. Era la primera vez que un personaje tan altamente encumbrado en la jerarquía budista emprendía un viaje a Occidente.

¿Qué originó este viaje extraordinario? A principios de 1954, los delegados de una asamblea asiática del Rearme Moral que tenía lugar en Bangkok fueron recibidos en el templo de Watmahadhatu. Después de desearles la bienvenida, el supremo abad Phra Bhirmaladarma ofreció generosamente la hospitalidad de su monasterio a todos aquellos que quisieran albergarse en él. Fue así que tres jóvenes occidentales que debían prolongar su estada en Bangkok y cuyos fondos no eran suficientes como para ir al hotel, se acordaron del ofrecimiento del supremo abad. Recibidos cariñosamente, compartieron el alojamiento y la comida de mil monjes y novicios que vivían en el monasterio. Cada uno recibió un lecho de madera de teca y, a guisa de colchón, una estera de medio centímetro de espesor; la almohada era igualmente dura. Estos tres jóvenes eran mucho más altos que los thailandeses. Uno era danés, el otro noruego y el tercero australiano. ¡Los lechos del monasterio eran más pequeños que aquellos de su niñez! Pero la hospitalidad era generosa y los monjes compartían con ellos los alimentos que habían mendigado durante la mañana.

Los tres amigos permanecieron allí seis semanas. El supremo abad, que acababa de cumplir cincuenta años, los interrogaba sin cesar; a veces pasaban toda la noche juntos discutiendo.

Según la expresión budista, el supremo abad es un hombre "iluminado"; la paz y la dignidad están unidas en él a un chispeante sentido del humor y sabe darse cuenta en seguida cuando está en juego una verdadera experiencia espiritual. Era sobre la base de una experiencia común de transformación moral y de búsqueda espiritual que volvían a encontrarse estos cuatro hombres.

El supremo abad fumaba incesantemente. Pero un buen día dejó de hacerlo, sin decir nada a sus huéspedes que no fumaban.

El padre de uno de ellos era ministro de Relaciones Exteriores en su país. Un día el supremo abad comentó, con una sonrisa impregnada de tristeza: "Heos aquí, hijo de un ministro de Relaciones Exteriores de Occidente, viviendo en mi monasterio. ¡Ojala pudiera decir lo mismo de los hijos de los ministros nuestros!"

Esos lazos de amistad se mantuvieron durante los años siguientes. En mayo de 1958, Phra Bhirmaladarma recibió la visita de amigos que venían a darle noticias de Frank Buchman. Mientras los jóvenes novicios servían el té y la Coca-Cola, el supremo abad se levantó para consultar su calendario. "La estación de las lluvias recién empieza el primero de agosto. Es entonces que comienza la cuaresma budista. Para esa fecha tendré que estar de vuelta en mi monasterio". Fue así como manifestó el deseo que abrigaba desde tiempo atrás de conocer a Frank Buchman, ese hombre de quien tantas veces había oído hablar y que, en este momento, estaba en los Estados Unidos.

En el curso de los días siguientes obtuvo del rey, del gobierno y del gabinete eclesiástico la autorización para ausentarse. Invitó también a unírsele al decano de la Universidad y a uno de sus antiguos alumnos del monasterio que resultó después un brillante hombre de negocios. Este último debía administrar los fondos durante el viaje, porque los monjes no tienen permiso para manipular dinero.

El día de la partida, a las seis de la mañana, quinientos monjes se encontraban en el acropuerto de Bangkok. Alguien observó

que mil monjes deberían encontrarse allí, pero que les era difícil trasladarse de lejos tan temprano.

¡Todavía no les había tocado a las agencias de viajes organizar las mudanzas de un supremo abad budista! Los monjes budistas, en efecto, deben terminar su última comida del día antes del mediodía, y fue de acuerdo con ese horario que se organizaron las jornadas durante las siete semanas siguientes. A veces era difícil determinar con precisión la hora de un largo vuelo hacia el Oeste. Además, había la cuestión del asiento en el avión. El supremo abad no debía sentarse al lado de una mujer, y sus comidas tenían que ser servidas por un camarero, no una camarera. Acostumbrados a dormir muy sencillamente, el supremo abad y sus compañeros se encogían en sus asientos y dormían pacíficamente.

Inmediatamente que llegaron a Máckinac, el supremo abad solicitó ver a Frank Buchman. Al día siguiente estaba a su lado en el estrado de los oradores. "Estos principios morales absolutos", declaró, "serán el faro que guiará a la humanidad hacia su destino final". Después pidió a sus compañeros que le acercaran el gong de ceremonias decorado en oro que él había traído de su monasterio y tocó cuatro golpes para simbolizar los cuatro principios morales absolutos del Recarme Moral. Luego, colocó en la solapa de Frank Buchman una medalla del Buda grabada en oro.

Quince días duró la permanencia del supremo abad. La víspera de su partida, se presentó a Frank Buchman para despedirse. "Cuando yo viajo por el Asia, no tengo siempre el alimento que corresponde", dijo, "pero aquí en Máckinac he tenido exactamente lo que me hacía falta. Y me he sentido como en mi casa, como si estuviese en mi monasterio. Sólo tengo una pena", continuó: "pienso cuánto hubiéramos podido hacer juntos por la paz del mundo si nos hubiésemos encontrado hace veinte años". Con una sonrisa maliciosa, Frank Buchman contestó: "Nunca es demasiado tarde para empezar. Trabajemos juntos. Estoy muy contento de saber que usted se va a Wáshington".

En camino hacia la capital, el supremo abad paró en Detroit, donde visitó las usinas Ford, aceptó una entrevista en la

televisión, visitó a un obrero negro en su hogar y al final se entretuvo hasta medianoche con un grupo de personalidades de la ciudad. "Me han informado", les dijo, "que el 90 % de los obreros norteamericanos no están satisfechos con su condición; todos quieren ganar más. Es un gran peligro para vuestro país. Vosotros creéis, tal vez, que el peligro que os amenaza es un materialismo del exterior, pero hay uno mucho más grave que os amenaza desde adentro".

Todas las noches asistió al Teatro Nacional, donde se aglomeraban multitudes para ver *La Culminación de una Vida*, que se presentaba en Wáshington por un grupo teatral, también venido de Máckinac. Esta obra se inspiró en la vida de una gran educadora negra americana, quien, después de años de lucha por los de su raza y años de perplejidad ante el problema de las relaciones humanas, descubre la solución buscada por los suyos. Al caer el telón, los proyectores iluminaban el palco presidencial, donde se encontraba el supremo abad. Pesando cada una de sus palabras, éste se dirigió al público. "Lo que ustedes han visto en el escenario hoy, debe ser puesto en práctica en el mundo entero".

Son muchos los miembros del Congreso americano que recordarán su franqueza. Una noche, un diputado le habló con entusiasmo de la pieza. "Perfecto", contestó el monje budista, "entonces contaremos con usted para llevar su mensaje a todos los miembros del Congreso". Y regalando a su interlocutor un retrato dorado del Buda, agregó: "Cada vez que mire usted esta efigie, recuerde que debe vivir según los principios morales absolutos".

Antes de ausentarse de los Estados Unidos, quiso demostrar su agradecimiento a todos sus amigos. "No es difícil para mí comprender el significado de los principios morales absolutos", les dijo, "también los tenemos en el budismo. Lo único que me es difícil es ponerlos en práctica. Admiro la manera en que ustedes han aprendido a disculparse cuando se equivocan. A esto deben llegar todos los sabios".

Después, desde el aeropuerto, llamó a Frank Buchman en Máckinac. "Estaré a su lado en la batalla para establecer una paz verdadera en el mundo", le dijo, "el mundo debe vivir de acuerdo con estos cuatro principios". Frank Buchman le agradeció su visita contestando: "Usted debería visitar al canciller Adenauer".

En efecto, algunas semanas más tarde, los periódicos alemanes publicaban en primera página una fotografía del canciller recibiendo en Bonn la visita del supremo abad de Tailandia y de sus compañeros. Juntos, estos dos hombres discutieron acerca del nuevo factor que Frank Buchman ofrece al mundo contemporáneo.

Al día siguiente, el supremo abad le decía al alcalde de Bonn: "El Asia ha mirado al Occidente para pedirle su ayuda técnica, pero nunca pensó recibir de él una ayuda espiritual. Estos cuatro principios morales absolutos del Rearme Moral representan la ayuda espiritual que Asia aceptará con agradecimiento".

En Suiza, el supremo abad recibió la noticia de la muerte de su anciana madre, caecida en un pueblo del norte de Tailandia. "Ahora no podré entregarle ya el regalo que le tenía destinado", dijo. Le había comprado en Norteamérica una silla de ruedas.

En Roma recibió un telegrama de Frank Buchman: "Pienso en usted con simpatía y afecto. Todo hombre lleva a su madre en su corazón. Mi madre murió cuando yo estaba en Asia. Sentí su presencia como una luz rodeándome. Su madre ha dado al mundo un gran hijo. Ella vivirá eternamente, prolongando su acción generosa en el mundo".

En Delhi, a las pocas horas de la llegada del supremo abad a la capital india, el presidente quiso verlo. A la salida del palacio presidencial, los periodistas reunidos le preguntaron su opinión sobre la crisis del Medio Oriente. El monje budista contestó sencillamente: "El remedio se encuentra en los cuatro principios morales absolutos. Quizá sean difíciles de tragar, pero garantizan una curación rápida. Debemos aceptar vivir esos principios sin titubear. Es observándolos que llegaremos a acabar con las divisiones que ha engendrado el nacionalismo. Quizá lleguemos así

a un nacionalismo mundial. Más vale vencerse a sí mismo que vencer a los demás, porque esa victoria trae la paz y la felicidad a uno mismo y no el sufrimiento al prójimo. Si los dirigentes de todas las naciones consiguieran la conquista de ellos mismos, no habría guerras”.

Esa misma noche, antes de tomar el avión que lo conduciría a su país natal, dijo a algunos amigos: “El mundo es como un reloj. En él se encuentran ruedas de distintos tamaños. Algunas dan vuelta rápidamente, otras lentamente; pero cuando rotan juntas nos indican la hora exacta”.

SEGUNDA PARTE

ESE HOMBRE SIN FRONTERAS

FRANK BUCHMAN

Todas estas historias, ¿qué rasgo común tienen entre sí?

¿Qué ha ocurrido en la vida de una Irene Laure, de un sindicalista nigeriano, de un Bjerkholt? ¿Qué razón ha podido influir en la determinación de esos tres cantores americanos, de ese nacionalista hindú o de ese joven japonés? ¿Cuál es el plan común que ha hecho converger con tanta naturalidad a un industrial francés y a un Maurice Mercier?

¿Cuál es el factor común que han encontrado en un momento crucial de su vida hombres de diferentes medios, de distintas razas, de religiones y edades diversas?

¿Cuál es ese elemento nuevo que se ha posesionado de ellos y que les ha cambiado repentinamente las leyes de su dinámica interior y la trayectoria entera de sus vidas?

Se trata aquí de un secreto al alcance de todos, de un secreto —podría decirse— público. ¿Cuál es ese secreto?

Nada adelantáramos con una definición que sólo nos desorientaría, ya que nos encontramos en presencia de una realidad difícil de concretar, aunque los que se han acercado a ella la conocen a fondo. Unos viven toda la vida rehuyéndola inconscientemente cada vez que ésta se les presenta; pretenden negarla y, sin embargo, estaba allí presente si hubieran querido verla. Otros han sentido sus dimensiones, sus contornos, pero han preferido desconocerla. Otros, en fin, nunca la han encontrado.

Tratemos de discernir esta realidad siguiendo paso a paso la vida de un hombre que ha orientado toda su existencia en relación a ella.

Este hombre festejó hace poco su octogésimo aniversario. Cientos de personas de todos los países se congregaron junto a él en esta ocasión: entre ellos había representantes de jefes de Estado y jefes de Gobierno. Envuelto en su ropaje amarillo, la cabeza rasurada, el abad del monasterio de Watmahadhatu dejó su lejana Tailandia para asistir a la fiesta. Ahí estaba luciendo un impresionante adorno de cuernos y plumas el anciano jefe de una importante tribu de indios de América. Los trajes de los japoneses, indonesios, filipinos, vietnameses, contrastaban en su tono pastel con los vivos colores de las vestimentas africanas. Había también ahí hombres de Estado, dirigentes sindicalistas, embajadores, jefes de industria, generales, todos hombres que habían alcanzado en su campo de acción la cima del triunfo, de la dignidad y de la fama. Y además había centenares de personas muy sencillas y familias enteras con sus hijos.

Hacia ese hombre convergía el agradecimiento de todos ellos. Cartas y telegramas le traían las felicitaciones de miles de personas que en el transcurso de su existencia en todas partes del mundo se han convertido en sus amigos. Uno de esos mensajes lo firmaba el canciller Adenauer, unos años mayor que él. Estas palabras unió el canciller a sus votos:

“En este día, el inmenso círculo de sus amigos recordará con gran gratitud el trabajo fecundo en sacrificios que usted ha realizado al servicio del Rearme Moral. Puede usted estar seguro de que existe en el corazón de los hombres de nuestra época una huella indeleble que será un monumento eterno a su obra. Nunca nadie podrá olvidar cómo usted ha trabajado para establecer sobre las bases sólidas de los valores morales las relaciones entre los hombres y entre los pueblos”.

En la modesta casa familiar que fuera de sus padres, este

hombre guarda los testimonios de reconocimiento que le han llegado de todos los países. Adornando la chimenea se encuentra la espada que le entregaron los japoneses al general comandante en jefe de las tropas chinas, al rendirse en 1945. Y éste le ofreció a su vez en homenaje y agradecimiento al hombre de quien había aprendido el verdadero secreto de la paz. Una cruz ortodoxa ricamente adornada, fotografías con dedicatorias, son las pruebas de su larga amistad con cierta familia real. Más allá conserva las más altas condecoraciones, que le han sido otorgadas por monarcas y gobiernos...

Este hombre es Frank Buchman.

El mensaje del canciller Adenauer iba acompañado del pedido de auxilio siguiente:

“Ha llegado el momento de trabajar, más que nunca, para reforzar la unidad europea por medio del Rearme Moral. Una Europa donde reinen la libertad y la fraternidad sólo será una realidad cuando los pueblos adquieran la conciencia de los compromisos morales de los unos para con los otros.

“Estoy tan convencido como usted de que, sin la perseverancia de este esfuerzo, sería vano esperar mantener la paz en el mundo. Por lo tanto, le agradecería profundamente prestar a este problema toda su atención personal durante los próximos meses que han de ser tan decisivos para el desenvolvimiento de Europa”.

En la noche de ese octogésimo aniversario, Frank se dirigió a los que estaban allí presentes, llegados de todos los continentes, en los siguientes términos:

“Cuando recibí este telegrama del canciller de Alemania no tuve palabras para expresar mi emoción. Luego, he pensado sin cesar en lo que podría hacer... Dios nos mostrará a cada paso, uno tras otro.

“El mundo se encuentra frente a una encrucijada, Dios tiene su plan, y nosotros lo seguiremos”.

¿Qué secreto encierra la vida de este hombre que ha devuelto una esperanza a un dignatario budista o a un jefe de tribu indígena, y a quien apela un Adenauer para la unión de Europa?

Volvamos atrás cincuenta años.

Por consejo de un médico de los Estados Unidos, Frank Buchman viene a pasar unas semanas de descanso a Europa. Durante este viaje se encuentra un día en Keswick, en el norte de Inglaterra. Entra en una pequeña iglesia donde sólo hay unas pocas personas. Se eleva una voz que habla de verdades que Frank conoce desde hace mucho tiempo, pero que de repente toman vida. "Por primera vez me vi con todo mi orgullo, mi egoísmo, mi fracaso y mi pecado. Mi *yo* era el centro de mi vida; si yo quería cambiar era preciso que ese gran *yo* fuera sacrificado. Los rencores que tenía contra seis hombres se me aparecieron como estelas funerarias levantadas en mi corazón. Le pedí a Dios que efectuara en mí un cambio. El me ordenó que me reconciliara con esos hombres. Obedecí y escribí seis cartas pidiendo excusas".

Esos seis hombres constituían el consejo directivo de una casa de jóvenes que estaba a cargo de Frank; éste se había separado de ellos; su generosidad instintiva hacia los jóvenes lo había enfrentado con la prudente administración de esos directores que no vacilaban en reducir las raciones para equilibrar el presupuesto. "Esos seis hombres estaban quizás equivocados, pero a causa de mi rencor yo era el séptimo equivocado".

Las seis cartas quedaron sin respuesta. Esto carecía de importancia. Lo que importaba era que algo nuevo había tomado vida en él; algo que debía cambiar su rumbo definitivamente. Un nuevo hombre había surgido en él que ya no podía soportar la mediocridad y las debilidades del otro, que no podía continuar dejándose dominar por los caprichos de su propia voluntad y se entregaba totalmente como instrumento entre las manos de una fuerza superior. Un prisionero se había evadido para ser un hombre libre.

La existencia se volvía dedicación, entrega de sí mismo y obediencia.

Ese mismo día se encontraba Frank Buchman con un joven de Cambridge, un simpático muchacho de una excelente familia, pero que no era feliz. Frank le contó lo que acababa de experimentar y el joven mostró deseos de conversar con él. Hicieron

juntos un largo pasco a orillas de un lago de la región. Frank le escuchó; su compañero le abrió su alma y la misma noche volvió a su casa con el corazón liberado.

Toda la vida de Frank cambió de orientación desde ese día. Hoy, después de cincuenta años, hombres de Estado vienen a él como vino ese joven y a todos les ofrece lo que es esencial para ellos y para su país.

“En 1915”, cuenta un joven asiático, “dos hombres, uno occidental y el otro hindú, se paseaban en la playa de Madrás. Entre ellos nació una amistad inalterable, basada en el respeto mutuo y un mismo amor a la humanidad. Durante los treinta años siguientes, ambos llegarían a gozar de una fama mundial y a intimar con hombres de Estado; ambos llegarían a ser figuras cuya influencia se extendería a millones de seres. El hindú era mi abuelo, el Mahatma Gandhi, cuya vida fue arrebatada por un fanático hace unos diez años, y el occidental era Frank Buchman”.

“El Mahatma”, añadió el joven Rajmohan Gandhi, “al referirse a la obra de Frank Buchman, decía que era lo mejor que había surgido del Occidente”.

Muchos de la familia de Gandhi han seguido profesándole la amistad que tenía por él el Mahatma. Cuando Devadas Gandhi —el hijo del Mahatma—, que mantuvo la tradición periodística de su padre en Nueva Delhi, viajaba a Londres, nunca dejaba de visitar con todos los suyos a Frank Buchman, como si éste perteneciera a su familia.

Manilal Gandhi —el otro hijo del Mahatma—, que había seguido en Durban con el periódico *Indian Opinion*, fundado por su padre, se esmeraba en recibir a los amigos de Frank como si hubieran sido sus propios amigos, y puso su diario al servicio de las ideas que Frank trataba de hacer penetrar en Africa del Sur.

Fue en el andén de la “Gare du Nord” de París que Rajmohan, representante de la tercera generación Gandhi, conoció

a Buchman. Un año después fue a una asamblea internacional donde se encontraba este último.

“En esa reunión”, según relata el mismo, “mi atención fue atraída por un grupo de blancos de Sudáfrica. Desde los años de la lucha que encabezó mi abuelo en defensa de los derechos de los hindúes de esa región, se había abierto un abismo entre las dos razas. Una mañana pensé: “Hay un profundo rencor en tu corazón contra esos hombres; pídeles perdón”.

Venciendo el desagrado que le causaba obedecer a esa imposición interior, Rajmohan tomó una noche la palabra y se dirigió a esos sudafricanos en los siguientes términos: “He sentido rencor hacia vosotros: ¿queréis perdonarme?” A la mañana siguiente, una conspicua personalidad de ese mundo estudiantil sudafricano se dirigió a los hindúes, y a Gandhi en particular: “Debo hacer las paces con los hindúes y los pakistanos”, dijo con lágrimas en los ojos. “Sus países están en guerra diplomática con el mío. Deseo pedir perdón a Rajmohan Gandhi porque lo he odiado cordialmente a causa de la resistencia pasiva que originó su abuelo en nuestro país en 1911”.

Pocos días después, Rajmohan recibió un llamado telefónico, en medio de la noche, anunciándole el fallecimiento de su padre. “Fue un golpe terrible”, dijo él. “El que me ayudó en esos momentos dolorosos y se portó como un hermano fue mi compañero de habitación, un joven blanco de África del Sur; juntos rezamos. Volví inmediatamente a la India. Sentado a mi lado, en el avión de Londres a Bombay, se encontraba un estudiante hindú que regresaba a su patria para ver a su madre, gravemente enferma. Tuve la idea de hablarle con sinceridad de la vida que yo había llevado hasta entonces y de la nueva finalidad que perseguía”. “Mi vida ha sido exactamente igual a la tuya”, me respondió éste. Antes que el avión aterrizara en Bombay, ese estudiante hindú había recibido de Rajmohan las mismas luces que cincuenta años antes había recibido de Frank el joven de Cambridge.

Hay entre la experiencia de Rajmohan Gandhi y la inicial de Buchman, miles, cientos de miles de experiencias similares,

que se prolongan hoy transformando las condiciones sociales y las relaciones entre hombres y pueblos.

Desde aquel día en Keswick, Frank se ha convencido de una verdad: y es que sólo partiendo de uno mismo, del individuo, puede reconstruirse el mundo.

“Los pueblos quieren tener los frutos de una solución sin aceptar la solución misma. Queremos rendimiento, queremos paz, prosperidad, una organización mundial; queremos una Europa unida y una vida nacional diferente; pero no vamos a la raíz de los hechos.

“Las naciones fracasan porque tratan desesperadamente de combatir la apatía moral con planes económicos. La crisis material puede velar el materialismo y el derrumbe moral que la ha causado y hacer que no se sepa ya dónde encontrar remedio para ella.

“El problema no es sólo una cortina de hierro que separa los países, sino el egoísmo de acero que distancia a los hombres y los aísla de la autoridad de Dios”.

Esto él lo resume en una fórmula: “La naturaleza humana puede ser cambiada. Tal es la base de la solución. La economía nacional puede ser cambiada, tal es el fruto de la solución. La historia del mundo puede ser cambiada: tal es el destino de nuestra época”.

Para Frank Buchman, es cosa inútil derramar un colirio desde un segundo piso para sanar una muchedumbre atacada de oftalmía. Hay que tratar a cada enfermo separada y sucesivamente. Para él, lo que cuenta sobre todo es “esa preocupación diaria por los seres, a la que él ha entregado toda su vida”.

Frank, al detenerse un día once minutos entre dos trenes, en Milán, fue saludado por un comunista que era el cabecilla de los obreros tranviarios de la ciudad. La hermana de este comunista, que también había sido del partido durante un tiempo, había encontrado, al contacto con los amigos de Frank Buchman, un nuevo rumbo para su vida, que se esforzó en transmitir a su

hermano. Este último, muy enfermo entonces, salió del hospital para conocer a Frank; entre los dos hombres se entabló la comprensión perfecta que es el fruto de la dedicación a una misma causa. "Quiero consagrar ahora todos mis afanes al porvenir de mi hijita y al mundo nuevo al que usted ha entregado su existencia", le dijo el comunista a Frank y, al alejarse el tren, expresó a los que lo rodeaban: "Siento el corazón más liviano. He aceptado este compromiso y me siento en paz con Dios". El día antes se había casado religiosamente en la capilla del hospital. Este encuentro con Frank fue uno de sus últimos actos. Murió pocas semanas después; pero en el seno de la fe que había combatido toda su vida.

Los amigos de Frank están siempre presentes en su recuerdo. En la estación, con ese comunista se encontraba también el descendiente de una ilustre familia italiana, el conde Francesco Cicogna. Dos años más tarde recordaba Frank Buchman con unos amigos este encuentro, cuando en esos precisos momentos recibió la noticia de que Cicogna había muerto.

En 1948, Frank pasaba unos días en Freudenstadt. En ese lugar, antes de la guerra una convicción se había posesionado de su espíritu: "El próximo gran movimiento en el mundo será un movimiento de Rearme Moral de las naciones". La familia dueña del hotel en el que se alojaba hacía diez años, acababa de volver a tomar posesión de sus pertenencias al alejarse las tropas de ocupación. Había puesto todo su cariño en ofrecer a Frank todo lo que podía, a pesar del racionamiento. Frank felicitó a la vieja cocinera y la llevó a dar un paseo en coche. "Pues bien", dijo esta última a su patrona al volver a la tarde; "he preparado el café a miles de personas en este hotel: reyes, príncipes y a las personalidades más famosas de la tierra. Ninguna de ellas me ha dado las gracias. Pero este señor me ha llevado hoy a dar una vuelta en coche con sus amigos y me ha cedido el mejor puesto del carruaje. ¡Éste es el día más feliz de mi vida!".

Este hombre que sabe dar a los otros lo mejor que hay en él, sabe también esperar de cada uno lo máximo. Si es indulgente para perdonar los errores, no tiene límite para las exigencias

de sus propósitos. Muchos se acordarán de su franqueza porque en un momento dado de su vida les ha ayudado a que se vean a sí mismos tal como son.

Durante la Primera Guerra Mundial, conoce a Sun Yat Sen, el gran hombre cuyo nombre respetan a la vez chinos comunistas y nacionalistas. Frank le dijo: "Los males mayores de la China son el soborno, el concubinato y el juego. Debe usted construir su nuevo país sobre firmes bases morales". Y Sun Yat Sen decía, al referirse a él: "Buchman me ha dicho la verdad sobre mi patria y sobre mi persona".

En 1915, Frank se encontraba en el Japón. Lo recibió entonces el vizconde Shibusawa, el mismo hombre que el emperador había delegado en 1860 a Europa ante Napoleón III para llevar de Occidente los técnicos que luego habrían de crear el Japón industrial moderno. Hoy en día, Masahide Shibusawa, bisnieto del vizconde, su mujer y sus dos hijos, han dejado los halagos de una vida cómoda para consagrarse a la lucha encabezada por Frank Buchman. El ministro de Finanzas, Keizo Shibusawa, padre de Masahide, fue uno de los primeros en responder al llamado de Buchman cuando éste invitó a un grupo de japoneses a los Estados Unidos después de la guerra. Hay en efecto en Frank un gran don de amistad capaz de lograr que cinco generaciones hayan entregado su vida entera a la lucha a la que él ha consagrado toda su existencia.

Un veterano del comunismo americano decía: "He formado trescientos hombres en las ideas comunistas; casi todos se han separado de mí. ¿Cuál es el secreto que ha permitido a Frank Buchman mantener la fidelidad de todos los que él ha entrenado a su lado?"

Rajmohan Gandhi escribe: "Pensar en Frank Buchman es pensar en los innumerables seres muy sencillos de Asia, África, América o Europa, de todas las razas, culturas, creencias y medios, que lo consideran como un verdadero amigo. Su secreto siempre ha sido su intensa preocupación por los individuos y las naciones y también su clara percepción del destino que Dios reserva a cada uno en particular.

“Es una maravillosa experiencia vivir a su lado, pues se tiene la impresión de que es uno la única persona que cuenta para él. Y así es también para las naciones. Ahí donde otros protestan, critican o se burlan, él siempre conserva una fe, nacida de su experiencia propia, de que el hombre más difícil y la nación más dividida pueden cambiar y convertirse en la evidencia de una solución”.

Frank ha brindado generosamente su amistad a todos aquellos que Dios puso en su camino, puesto que tiene una penetrante percepción de las necesidades profundas del corazón y un inmenso deseo de responder a éstas, pero, ante todo, porque tiene una pasión incontenible de dar a cada uno un sentido para su destino y de ayudarlo a realizarlo.

“El hombre corriente, dirigido por Dios, puede efectuar cosas extraordinarias”, dice Frank Buchman; y da a todos la posibilidad de participar en el arsenal de un nuevo mundo.

En los años transcurridos entre las dos guerras, cuando el rearme japonés empezó a alarmar al mundo, Frank le decía al estudiante Takasumi Mitsui, hijo del poderoso industrial japonés: “Debes tú ser un constructor de paz”.

Un día, en una comida, Buchman tiene a su lado a una señora anciana de Edimburgo que había dedicado toda su vida a las buenas obras y que le decía: “Me estoy preparando para la muerte”. “¡Preparándose para morir! ¿Por qué no empezar a vivir?” Unas semanas después, esa señora escocesa reservaba cien habitaciones en un hotel de Ginebra para Frank Buchman y sus amigos, invitándolos para hablar con los hombres de Estado reunidos en la Sociedad de las Naciones, por intermedio de su hijo, que desempeñaba allí altas funciones.

Al presentar esos hombres a un grupo de delegados de cincuenta y tres países, el presidente del Parlamento noruego Karl Hambro, a quien correspondió ser el último presidente de la SDN, afirmaba: “¡Estos hombres han conseguido resultados básicos donde nosotros sólo obtuvimos fracasos! Ellos han creado esa paz constructiva que nosotros buscamos en vano desde hace tantos años. Allí donde nosotros fracasamos en nuestros esfuerzos por cambiar la política, ellos han logrado cambiar a los hombres”.

Frank Buchman comprende a los hombres que lo rodean porque un día, de una vez por todas, ha resuelto no pensar nunca en él mismo. Su sensibilidad le hace descubrir las necesidades reales de los individuos. Recordemos a ese señor muy culto que durante largo rato le había hablado de problemas abstractos y al que Frank le dijo de repente: "No me ha dicho todavía nada de su mujer". Frank sabe discernir el que verdaderamente necesita ayuda y aliento, como sabe también a veces dar una enérgica advertencia. "Le he pedido a Dios que me dé una supersensibilidad hacia los demás y a veces he tenido la tentación de lamentar mi ruego". En efecto, conocer a los hombres tal cual son y saber lo que pueden llegar a ser es entregarse para toda la vida a una lucha tendiente a llevar a los demás a sus más altos destinos.

Son tan pocos los hombres que tienen la noción de su destino y menos aún los que la tienen de su país, aparte de un vago idealismo basado en un ansia de prestigio que se alimenta de un orgullo del pasado. Frank Buchman, por el contrario, se ha dedicado a dar a cada pueblo el sentido real de su destino.

En 1935, durante una manifestación europea en Escandinavia, decía en un discurso por radiodifusión: "Es preciso que un pueblo abra el camino; es preciso que un pueblo encuentre su destino acatando la voluntad de Dios y que escoja como sus representantes en el país y en el extranjero a hombres dirigidos por Dios. Es necesario que un pueblo forme nuevos jefes liberados de la esclavitud del miedo y de la ambición y dóciles a la dirección del Espíritu Santo. Ese pueblo gozará de la paz y llevará la paz al seno de la familia de naciones. ¿Es ese pueblo el vuestro?"

El mismo año, dirigiéndose a Suiza, decía: "Veo a Suiza como un profeta entre las naciones, aportador de paz en el seno de la familia internacional".

En 1938 pide a Suecia que sea la reconciliadora entre las naciones,

Y a los Estados Unidos, en 1939: "América necesita ser elevada a una nueva calidad de vida nacional que ha de ponerla en condiciones de hablar al mundo con autoridad, pues habrá hallado la solución a sus propias dificultades".

Al primer ministro japonés, señor Hatoyama, dice Frank Buchman en 1956: "El destino del Japón es ser el faro de Asia. Puede tener una ideología que borre todos los errores del pasado y que por su fuerza moral y espiritual asegure una solución a todos los problemas". Unos días después, esta idea era propuesta a toda la nación en un artículo escrito por el señor Hatoyama y publicado en el periódico *Mainichi*.

Asimismo, cuando en 1946 Frank Buchman llegó a una reunión europea, comprobando a su alrededor la ausencia de todo un pueblo, preguntó inmediatamente: "¿Dónde están los alemanes?" Era evidente que acaso ninguno de los presentes había pensado, a un año de la guerra, en el sitio que Alemania había de ocupar en la nueva Europa. Como lo dijo después el ministro Heinrich Hellwege, expresando la opinión conjunta de los miembros del Gobierno Federal: "Estábamos aislados, y fue un hombre, Frank Buchman, quien volvió a incorporarnos a la familia de las naciones".

El ministro japonés, señor Ishimada, decía de Frank: "Lo que más me ha llamado la atención en él es su comprensión de las diferencias que existen entre el pensamiento de los diversos pueblos y luego su facultad de imprimir un nuevo espíritu a cada país".

El hombre moderno, quizá desde el Renacimiento, vive en una especie de anarquía; los distintos campos de su existencia —su vida personal, política, familiar, religiosa y social— parecen reinos semiindependientes, regidos por leyes totalmente diferentes que, si no se contradicen en forma absoluta, tampoco tienen entre ellas algo esencial que las una. Así el hombre del siglo XX llega a ser racionalista en filosofía, practicante en religión, realista en los negocios, demócrata en política y dictador en su casa.

Todo el avance de las ideologías modernas se explica sin duda alguna por la necesidad inconsciente de unidad interior que siente el hombre contemporáneo. Pero la naturaleza profunda del hombre se rebela contra ellas porque, en sus tentativas de unificar la vida, siempre han dejado de lado uno u otro de los aspectos esenciales de la naturaleza humana.

Para Frank Buchman, todos los campos de la vida se orientan naturalmente en relación a la realidad central, de la que dependen todas las demás realidades. Un sindicalista francés, formado en el marxismo, asegura que fue su encuentro con Frank Buchman y sus amigos lo que le hizo descubrir “una concepción total del mundo”.

Buchman ofrece a los hombres y a los pueblos una calidad de vida basada en criterios que rigen por igual la vida de los individuos, de la familia, de las comunidades y de las naciones.

“¿Cuál es el elemento de que nuestro mundo contemporáneo carece en la concepción de los programas y en el gobierno de los pueblos?”, pregunta él.

“A la unidad de incentivo y de programa en ideologías extranjeras, sólo oponemos palabras, exaltación gratuita de grandes ideales y en último caso la fuerza. Y nuestro deseo es poder seguir llevando nuestra pequeña vida de siempre, egoísta, confortable y sin molestias.

“Los hombres de Estado reconocen con palabras cuál es la solución. Hablan de unión, pero la desunión aumenta. Hablan de valores morales, pero la inmoralidad domina su política. Hablan de realidades que la fría lógica de los hechos ha probado ser justas, pero todo se queda en palabras. Estos hombres no están dispuestos a pagar, ni con sus vidas, ni con la de sus países, el precio necesario para llegar a una solución.

“A la maldad desenfadada, debemos responder con un bien sin límites; a un anhelo fanático del mal, con una apasionada búsqueda del bien.

“Esa es la razón por la cual fracasa la democracia. Sólo una pasión puede curar otra pasión. Y sólo una ideología superior

que se apodere del mundo puede sanar a una humanidad dividida por la lucha entre distintas ideologías”.

Maurice Mercier, de la Federación de Textiles “Force Ouvrière”, del que leíamos anteriormente un testimonio, asegura: “Lo que he visto en los hombres que rodean a Frank Buchman va más allá del marxismo; hay en ello la certidumbre de una sociedad mejor, de un más alto comportamiento humano. Se trata de un nuevo tipo de hombre”. Y prosigue: “El hombre no es una humanidad a medias; está hecho de necesidades, está ungido de pensamientos. Necesita una esperanza. Puede dársele la esperanza del bienestar, de la seguridad, pero eso no es sino una parte de la vida humana. Hay que dirigirse al hombre en su totalidad y no hay una concepción total del hombre sin principios morales absolutos”.

Para Frank, lo universal está en la manera en que él vive lo familiar, y lo familiar está en la manera en que vive lo universal. Mientras preparaba en la isla Máckinac una conferencia internacional, se acordó en plena noche de un viejo de sangre india, habitante de la isla, inválido de la Primera Guerra Mundial y a la sazón enfermo. En cuanto amaneció, antes de entregarse a la correspondencia, a los telegramas y a las entrevistas que lo esperaban, se preocupó de que alguien llevara al anciano una buena comida caliente de parte de él. Efectivamente, para Frank la vida es una, y los acontecimientos más íntimos de ésta, que forman parte del conjunto de una acción mundial, son los que le dan significado más profundo.

Poco después de la guerra, Mohammed Ali Jinnah, fundador de Pakistán, había venido a Londres a negociar con el gobierno británico. Aprovechando su única noche libre, fue al teatro a ver una pieza del Rearme Moral y luego a la casa de Frank Buchman en Londres; llegó cansado, agotado de su largo día de trabajo, con la impresión de haber fracasado en su misión. Frank lo recibió con la generosa hospitalidad que lo caracteriza y le ofreció un delicioso “curry” preparado con todo esmero por un hindú. Al final de la velada, según expresaron los agentes encargados de su seguridad, Jinnah daba por primera vez desde su llegada a Lon-

dres señales de descanso. “Quiero que usted venga a Pakistán”, dijo a Frank al separarse de él. “Usted tiene el remedio para los odios del mundo”.

Para muchos, el mejor recuerdo que conservan de Frank es el de una Navidad a su lado. Para Frank, la Navidad empieza el 15 de diciembre, y a veces a fines de enero se sientan aun alrededor del árbol, si todavía conserva su lozanía; y mientras una a una van apagándose las velas, y las sombras empiezan a alargarse sobre los muros, Frank espera, como cuando era niño, que la última llama se extinga. Pero en esto también trata Frank de ayudar a los que lo rodean a encontrar de nuevo esa misteriosa realidad que nuestro mundo necesita: “Guiados por la misma estrella, fuente de nuestra eterna unidad”, escribía él en una de las Navidades de guerra, “traeremos a cada cual y a cada hombre de Estado la ofrenda de un mundo nuevo”.

En estas ocasiones, Frank invita a todo el mundo. Un año son los delegados de los países musulmanes a la Conferencia de las Naciones Unidas, que se encuentran así reunidos junto al pesebre. “La mejor Navidad que hayamos pasado nunca en el mundo occidental”, dicen aquéllos, al alejarse, enriquecidos con un elemento que los une por encima de sus diferencias políticas y nacionales.

A un jefe de gobierno de un país del Medio Oriente que le preguntaba, “¿Cómo logra usted, doctor Buchman, hacer cosas tan grandes para la humanidad?”, Frank contestó: “Soy un hombre sencillo y hago cosas sencillas, pero aquellas que el mundo necesita”.

Hoy, cincuenta años después de la conversación de Frank Buchman con el joven de Cambridge, un inmenso ejército de hombres se ha levantado de un extremo a otro de la tierra, hombres que, gracias a él y de idéntico modo que él, se han consagrado a la reconstrucción del mundo empezando por la de los individuos. Algunos sonreían cuando en los años entre las dos guerras oían a Frank afirmar en reuniones en las capitales

de Europa o en la Sociedad de las Naciones: "Puede trazarse el plan de un mundo nuevo sobre una hoja de papel, pero sólo con hombres puede construirse... Sin ideología, la democracia está condenada". Muchos tenían más confianza en el éxito de conferencias o de intercambios intelectuales. Otros ponían toda su esperanza en la estrella de ciertos hombres cuyo recuerdo es hoy pisoteado por la humanidad. Algunos, en fin, se aferraban a un idealismo hueco que no tardó en romperse como se deshace la ola al chocar contra la roca de las realidades cotidianas. Todo se ha hecho para evitar el cambio del hombre. Buchman, porque fue al encuentro de las necesidades de los seres que lo rodeaban, fue inducido a seguir un camino que podía parecer más largo pero que hoy día, después de cincuenta años de recorrido, ha probado ser el más eficaz.

En 1921, Frank fue invitado a Wáshington durante la Conferencia del Desarme por un experto militar británico amigo suyo. ¿Qué queda hoy de esa conferencia? El mismo problema persiste. Si un paso en firme se ha dado hacia su solución, ese paso es el resultado de la decisión que tomó Frank, solo, en el tren que lo conducía entonces a Wáshington, cuando tuvo una inspiración: "Renuncia, renuncia, renuncia". Frank renunció entonces a toda la seguridad de su situación universitaria y se lanzó, solo al principio, con el valor de un hombre de fe, a la tarea que consiste en poner orden en este mundo en caos, corrigiendo el desorden de los corazones. Una nueva convicción se apoderó de él: "Podemos, debemos y vamos a desarrollar una fuerza moral y espiritual tan poderosa que logre rehacer el mundo".

Algunos hombres lo siguieron. Así como un hombre recibiera de Frank el primer secreto que habría de orientar nuevamente su vida, así un día un hombre, el primero, resolvió también dejar todo para lanzarse a su lado en la lucha. Hoy son más de mil. Pero lo que interesa a Frank no es el número de ellos, sino el trabajo inmenso que a través de ellos ha realizado la Sabiduría que preside los destinos del mundo.

Frank, por humildad, no ha querido jamás ponerse a su frente. No ha querido crear una organización, un movimiento del que

podiera estar hoy día orgulloso. Repite a menudo: "Es Dios quien dirige, no soy yo", y añade: "He sido maravillosamente dirigido".

Frank no se forja ilusiones sobre las debilidades de la naturaleza humana, pero tiene una fe inquebrantable en sus posibilidades. No propone ningún itinerario. Cree que cada uno puede descubrir en el fuero de la fe que le es propia su contribución a la reconstrucción del mundo, si acepta vivir esa fe en toda su extensión. "A nosotros, que pertenecemos al Islam", decía un pakistano, "el trabajo de Frank Buchman nos enseña a descubrir de nuevo y a volver a aplicar los principios de nuestra fe". Cristianos, budistas y shintoístas hacen la misma afirmación.

"Me aparté del cristianismo porque llegué a conocer a demasiados cristianos", decía Paul Kurowski, que durante más de veinte años perteneció al Partido Comunista alemán. "Conocí a Frank Buchman; la atmósfera que lo rodeaba era para mí algo completamente nuevo, una verdadera revolución. Había allí una paz, una preocupación por los demás, una gran humildad que nunca había visto antes en ningún hombre. Frank Buchman me escuchaba con paciencia, jamás trató de convertirme o de refutar mis argumentaciones antirreligiosas. Tenía simplemente fe en lo mejor que había en mí".

Frank no ha ofrecido nunca a nadie ni posición, ni seguridad, ni porvenir. A nadie le ha pedido que se enrole en sus filas. Pone a cada hombre frente a las necesidades del mundo, frente a su propio yo, y deja que cada uno tome la decisión que su conciencia le dicta.

Para algunos, este ejército mundial que se ha formado en torno de Frank Buchman se presenta como una realidad difícil de captar. Buscan estatutos, jefes, tarjetas de miembros, voces de mando y ... no encuentran nada. Algunos desearían poder discutir con personas que tuvieran la autoridad de hablar en nombre del conjunto; otros desearían poder plegar la exigente calidad de esta dedicación a las conclusiones de sus propios ratiocinios. Se trata principalmente de un conjunto de hombres cuya dedicación se hace en forma individual, de hombres que han

hecho a solas su elección, libres ante Dios y, sin embargo, profundamente ligados por su comprensión de los verdaderos problemas del mundo y por su inquebrantable voluntad de hallarles solución.

Y así se explica que hombres de todas las religiones que nunca han visto a Frank ni a sus amigos, pero que gracias a los recursos de su fe han vivido una dedicación semejante al servicio de Dios, reconocen inmediatamente en él un compañero de lucha.

Es naturalmente comprensible que algunos dirigentes religiosos a cargo de las almas piensen en los problemas que pueden crear la reunión de seres de tantas confesiones distintas luchando todos codo a codo. Un hecho debe tranquilizarlos y es que, como dice Buchman, *el Rearme Moral refuerza todas las fidelidades de origen*, sean ellas nacionales, familiares o religiosas.

El Sheik El Azhar, rector de la célebre Universidad de El Cairo, decía a unos amigos de Frank Buchman: "Les repito la profunda satisfacción que siento al verles llevar a la humanidad esta ideología que tiende a difundir entre todos, sin distinción de individuos o de países, los principios de paz, de amor, y de sana moral. La ideología para la que trabajan Vds. representa la esencia de lo que defiende el Islam y constituye una fiel interpretación de sus principios esenciales".

El venerable U Rewata, uno de los principales abades budistas de Birmania, asegura por su parte: "El budismo posee también los cuatro principios morales que son las bases del Rearme Moral; lo importante es que los pongamos constantemente en práctica. Debemos llevar el Rearme Moral a todos los países".

Frank cree que Dios puede utilizar decenas, centenas, miles de otros hombres, para hacer mejor que él lo que él está haciendo. *Nada se ha hecho*, dice a menudo, *si no se ha logrado formar otras diez personas que hagan el trabajo mejor que uno mismo*.

Cree en la virtud de proponerle a cada uno una tarea inmensa que aparenta estar por encima de las posibilidades, pero que, por eso mismo, genera en sí la fe. Por eso se atreve a confiar a cuatro jóvenes la responsabilidad de todo un continente

cuando, en 1952, manda a Luis, hijo de la señora Laure, con tres amigos, al Brasil.

Centenares de hombres, estimulados por su inspiración, aprenderán a trabajar juntos en equipo para realizar lo irrealizable gracias a la conjunción de sus esfuerzos. Algunos africanos se juntarán de ese modo viniendo desde los cuatro puntos cardinales de su continente para ir al sur de los Estados Unidos a llamar la atención de los blancos, ganar la simpatía de los negros y la comprensión entre unos y otros. Políticos, obreros, industriales de diversos países occidentales, irán de la misma manera, como una sola fuerza, a tomar contacto con sus colegas de Asia y de África. "Es la primera vez que veo a un grupo de occidentales de países tan variados y de medios tan distintos, perseguir un mismo fin", hará notar un embajador comunista que se encontró con ellos. El genio de Frank consiste en concebir la solución de los problemas del mundo en términos de hombres.

No tiene ninguna idea preconcebida sobre el modo en que una cosa debe ser hecha. "No sé, pero usted mismo la hallará", es a menudo la respuesta desconcertante que da a los que esperan recibir de él alguna directiva.

Inmediatamente después de la guerra, cuando un importante equipo de sus colaboradores se preparaba a lanzarse a una acción en Alemania, fue a visitar al presidente de las minas de carbón alemanas. Éste preguntó: "Dígame, doctor Buchman, ¿qué puedo hacer por Alemania?"

"No sé, pero Dios se lo indicará".

Al día siguiente el industrial le telefonicó invitándole a ir en compañía de hombres de todos los países a una ciudad minera del Ruhr, que era uno de los principales centros de la actividad comunista. Eso debía ser el principio de un vuelco total de la corriente ideológica en Alemania.

Un japonés cuenta también que una mañana Frank se le acercó y le dijo: "Sumi, usted no debe ponerse bajo la dirección de Frank, sino bajo la dirección de Dios". Ese japonés añadió: "Es muy característico de él, porque no ha permitido nunca a

nadie considerarlo como jefe. Pero siempre los ha empujado a depender de Dios en todas las cosas”.

Citemos aquí unas líneas de un periodista sueco, publicadas en 1938:

“Su secreto no reside en su sonrisa luminosa, ni en sus frases precisas, ni en la movilidad de su espíritu y su flexibilidad, ni en la fuerza que le permite dominar una asamblea y al mismo tiempo confundirse entre los presentes...; nada de eso pinta lo que es el verdadero Frank Buchman.

“Observad de cerca su retrato y veréis en su expresión algo así como distraída, como si estuviera oyendo. Esta vez el lente dice la verdad. En la vida real también parece constantemente estar escuchando algo, aunque toda su atención esté concentrada. Observadle durante algunos días, estudiad bien su semblante y quedaréis sorprendidos de ver cuán a menudo parece al límite de sus recursos, por no decir desorientado. Y no lo disimula.

“Su vida fabulosamente activa se apoya sólo en un elemento: la dirección divina, que persigue en todo momento. Es como una vela siempre inflada por el viento; su corazón es inmenso, cálido y humilde; es un demócrata que trabaja para dar a los hombres la libertad bajo el mandato de Dios”. (Herbert Grevenius en el *Stockholms Tidningen*).

“La sabiduría de Dios puede triunfar ahí donde la sabiduría del hombre ha fracasado”.

Ésa es la actitud de Frank Buchman ante los problemas más graves. “En cada país, cada cual parece tener su propia solución, basada en su propio interés o en el de su pueblo”, afirma. “Pero la clave es la siguiente: no a mi manera, sino a la manera de Dios; no según mi voluntad, sino según la voluntad de Dios”.

No se trata aquí, para él, de una verdad teórica; se trata de una experiencia diaria de la que quiere hacer partícipes a todos los que encuentra. Cree que el ciudadano del siglo XX puede, sobre ese punto, aprender de los hombres que fueron utilizados en la historia como instrumentos de la Sabiduría suprema.

Volviendo de Roma, donde, en la basílica de San Pedro, había asistido a la canonización de Nicolás de Flüe, Frank Buchman proponía al mundo el ejemplo de ese santo que fue para la Suiza del siglo XV un verdadero estadista en todo el sentido de la palabra:

“Nicolás tenía ese don de la dirección divina. Fue ejercitándolo que llegó a ser el salvador de su patria. Era un campesino que labraba cuidadosamente su tierra; era soldado y magistrado. A los cincuenta años, angustiado por los problemas de un mundo siempre en guerra, renunció a muchas cosas para seguir totalmente la dirección de Dios. Su inspirado buen sentido, el conocimiento que tenía de los hombres y su integridad, inspiraron rápidamente el respeto de sus contemporáneos no sólo en Suiza, sino en toda Europa. Se volvió el árbitro más solicitado en los asuntos de los Estados. Al volverse violentas las encarnizadas peleas de los cantones de su país al punto de llegar al borde de la guerra civil, fue su respuesta, inspirada por Dios, la que llevó a Suiza al buen camino y le dio su unidad.

“Es oportuno”, prosigue Frank Buchman, “que este hombre de Estado, que hace quinientos años escuchó la palabra de Dios y la transmitió valientemente a sus contemporáneos, reciba hoy este homenaje supremo. Fue un verdadero santo para nuestros tiempos y un modelo para las Naciones Unidas”.

Para Frank Buchman, esa misma voz silenciosa que en la soledad de un compartimiento de ferrocarril le había murmurado a su conciencia: “¡Renuncia, renuncia, renuncia!”, puede hacerse oír en el corazón de todo hombre. “Estudiemos ese punto de la dirección divina: el espíritu de Dios... mi espíritu. El pensamiento que se presenta en ciertos momentos, de día o de noche, puede ser el del Autor de todos los pensamientos. Un pensamiento viene, quizá una simple chispa que fija la atención. Se reacciona y, si efectivamente se pone en práctica, puede beneficiar a millones de seres”.

Hace algún tiempo, Frank era huésped oficial del primer ministro de Birmania. U Nu es budista. jefe de un país budista, pero hay para él en el ejemplo de Nicolás de Flüe la misma

realidad que para el cristiano que se entrega totalmente a lo que sabe ser la Suprema Autoridad.

U Nu le preguntó a Frank: "Dígame, por favor, ¿cómo recibe usted direcciones precisas? Yo paso mucho tiempo en meditación. Tengo una casa a orillas del lago donde voy a meditar. Pero no recibo dirección como la de que usted me habla". Frank acababa de decirle simplemente cómo, a pesar de las dificultades del viaje, del calor, del clima, se había sentido empujado en forma imperiosa a venir desde Nueva Zelandia hasta Rangún para conversar con él.

"¿Son claros sus pensamientos?", preguntó U Nu.

"Sí", contestó Buchman, "tan claros que los escribo".

Hubo un largo silencio.

U Nu lo interrumpió: "Es importante para mí. En mi calidad de primer ministro tengo que encarar problemas que el espíritu humano, por sí mismo, es incapaz de resolver".

Al contacto de Frank Buchman, miles de otros hombres así como U Nu han descubierto que existe en el fondo de la conciencia una voz que habla: a condición de que estemos dispuestos a escucharla.

"Estaba muy ocupado", cuenta el mismo Frank; "trabajaba de dieciocho a veinte horas diarias. Estaba tan atareado que tenía dos teléfonos en mi dormitorio y sin embargo no estaba satisfecho de los resultados. Había a mi alrededor un continuo ir y venir, pero no había en la vida de mis visitantes un cambio efectivo suficientemente profundo para ser duradero. Entonces adopté un procedimiento radical; consagrar esta hora del día, entre las cinco y las seis cada madrugada, cuando hay pocas probabilidades de que suene el teléfono, a escuchar esa Vocecilla silenciosa que me inspira y me dirige..."

Frank Buchman aportó a este mundo de velocidad y de tumulto el silencio y el recogimiento: lo ha sacado de los monasterios y de las casas de retiro para introducirlo en la oficina del industrial, el gabinete del ministro, en el aula y en la cocina familiar.

“Podemos hallar una satisfacción tan profunda en ese silencio”, dice él, “que el recogimiento se volverá la fuente cotidiana de nuestro pensamiento y de nuestra vida creadora. De esta manera el silencio puede ser el regulador de los hombres y de las naciones. Porque es en el silencio que nos llega la directiva divina”.

Dice también con firmeza: “Tomar una responsabilidad de hombre de Estado sin la dirección de Dios y sin un cambio interior, equivale a pilotear un avión en plena tempestad sobre un territorio desconocido sin querer servirse de la radio, del mapa ni de la brújula”.

Al borde de la Segunda Guerra Mundial, lanza esta fórmula: “Escuchar la voz de Dios u oír la voz de los cañones”; o bien ésta: “Dios a la cabeza de todo, ahí está la seguridad del mundo, la vuestra y la de vuestro hogar”. Todas estas fórmulas encierran una misma convicción central para Frank: Dios tiene un plan para el mundo, y es por intermedio de los hombres que se entregan a su voluntad que lo realiza.

En el discurso que pronunciara por radio en su octogésimo aniversario, Frank Buchman termina con estas palabras:

“Es un hombre de ochenta años el que os habla, un hombre que se ha visto muchas veces agobiado por el desaliento y que, poco a poco, ha logrado discernir la solución para un pueblo.

“Todos los problemas que preocupan al hombre de Estado y al hombre corriente encuentran su solución en el hombre que escucha. Pero hay que estar dispuesto a obedecer. No se trata de lo que esperamos, sino de lo que dejamos que Dios nos dé. Con toda la sinceridad de mis ochenta años, llevado por la urgencia que me inspira la crítica situación del mundo, les digo que Dios es la respuesta a la confusión actual que nos acosa.

“Id hasta el final con Dios y tendréis la solución. Id hasta el final con Dios y llevaréis la solución a vuestro país”.

Es en la confianza en Dios que Frank ha encontrado el coraje de hacer frente a todas las oposiciones que se han presentado en su camino.

Sus palabras, el testimonio de su vida, lanzan un desafío incómodo a los que tratan de justificar sus debilidades a los ojos del mundo. Pero, más aun, su acción y la de sus amigos destruye en sus bases la obra de los que construyen sobre odios, sobre prejuicios, egoísmos, sobre los celos y las pasiones humanas. Las más extrañas coaliciones se han alzado contra él, coaliciones en las que los hombres más opuestos se han encontrado unidos por sus debilidades comunes. Frank ha visto reprochársele las cosas más contradictorias y, adaptadas a las circunstancias del momento y del lugar, las más péfidas calumnias. Los mismos hombres que le reprochaban con sarcasmo el no atacar a una u otra figura mundial, han tratado luego de comprometerlo con ella. Hasta personas de buena voluntad, pero de horizontes limitados que no les permitían captar la amplitud de las fuerzas en juego en el mundo, se han dejado llevar a apoyar esa oposición sospechosa, con el deseo de expresar sus críticas mezquinas.

“Ser criticado no es cosa agradable, lo sé”, dice Frank Buchman. “La primera vez que me atacaron sentí como una espada traspasarme el corazón. Sufrí. Sé lo que esto quiere decir. Pero cuando se es un verdadero revolucionario, se guarda siempre el sentido de una justa perspectiva, digan de uno lo que fuere. No importan las piedras que se os lanzan; hay que seguir derecho su camino. Las piedras de la crítica son un estimulante; os funden la fuerza para toda la jornada”.

Frank aplica en todos los campos de la vida su fe inquebrantable en la dirección de Dios, muy especialmente en el problema material que presenta el financiar un trabajo gigantesco sin la base de ningún recurso previo. Cuando aceptó, hace unos cuarenta años, responder al llamado que le pedía renunciar a su puesto universitario, Frank Buchman perdió su última posición remunerada, para vivir exclusivamente una vida de fe; está convencido de que ahí donde Dios dirige, Él provee. Decenas de miles de hombres han aprendido desde entonces, siguiendo su ejemplo, a vivir según esa nueva concepción. Las empresas más

atrevidas se han organizado sin otra seguridad material que la convicción íntima de sus organizadores de que tal empresa respondía con toda urgencia a una necesidad precisa.

Un hombre de negocios americano escribió un día a Frank para pedirle su parecer. Era de los que se habían propuesto poner a disposición de Frank un gran centro en América donde pudieran ser recibidos los delegados de todos los países; se sentía particularmente responsable de financiar la obra; las facturas se acumulaban, los obreros empleados en el trabajo eran numerosos y no había dinero. Como hombre de negocios prudente, le preguntaba a Frank si no sería oportuno considerar la reducción del programa de los trabajos.

“Quiero que, conmigo y con el pueblo americano”, le respondió este último, “siga usted adelante en la dimensión de lo que debe hacerse y no de lo que creemos poder hacer. Quiero que usted me ayude a contar siempre, no con lo que tengo, sino con lo que Dios da. Se tiene así tanta libertad y las cosas marchan...”

Esta vida de fe anima todo el trabajo de Frank Buchman. Cuántas veces lo han visto sus amigos dar todo lo que había recibido para responder a una necesidad inmediata. Cien jóvenes dirigentes de la juventud japonesa estaban listos para asistir a una conferencia que, los hechos lo han probado después, había de ser de gran importancia para el porvenir del Japón; la fecha del viaje estaba fijada, el avión que debía llevarlos de Tokio a los Estados Unidos estaba contratado, pero no había un céntimo. No hay nunca fondos especiales sobre los que se pueda girar en esas circunstancias. Frank ha aceptado de una vez por todas en cada circunstancia confiar sólo en la fe. Fue uno de los casos en que Frank vació su cartera y, al igual que él, la vaciaron decenas, centenas de personas.

Si esta concepción de la economía choca un tanto con las más sabias tradiciones del hombre de negocios occidental, encuentra en cambio amplia aceptación entre los obreros y los que están animados de una convicción sincera. Es la razón por la cual el mayor número de donaciones viene de miles de personas

muy sencillas que deciden hacer sacrificios para ayudar al desarrollo de una acción que les parece imprescindible.

Frank conversaba un día con un militante socialista, George Light, que no había tenido nunca, aun en sus momentos de mayor prosperidad, más dinero del que requería para llegar al final de la semana. Era entonces época de plena inflación y George era uno entre los tres millones de desocupados que había en Gran Bretaña. Le habló a Frank de lo que padecía la gente. Frank lo llevó a su habitación y le dijo: "Mi dirección me pide que comparta contigo todo el dinero que tengo". Abrió su cartera y le mostró el estado de su cuenta del banco. "Puso entre mis manos", contó George después, "la mitad de todas sus pertenencias, y al salir yo de su cuarto estrechó mi mano y me dijo con una sonrisa: "Ahora somos los dos socialistas".

Los campesinos arroceros de la India comprenden la simple filosofía de Frank cuando les dice: "Hay bastante arroz en el mundo para las necesidades de todos, pero no para la codicia de cada uno", y Frank añadía: "Si todos amaran lo suficiente, si todos compartieran lo suficiente, ¿no es cierto que todos tendrían lo suficiente?"

Los inmensos medios técnicos que los recientes descubrimientos han puesto al servicio del hombre hoy, Frank quiere utilizarlos en esta lucha por la reconstrucción del mundo. Ya sea el transporte en avión de numerosos equipos de un extremo al otro del mundo, ya la organización de encuentros en los sitios más alejados, la producción de films, de piezas de teatro, la edificación de centros que permitan reunir hombres de todos los continentes, todo eso es para Frank un acto de fe cotidiano. Siguiendo su ejemplo, miles de personas han empezado a vivir poniendo sin reservas a la disposición de una acción mundial todos sus recursos inmediatos. De esta manera han visto desarrollarse ante sus ojos empresas gigantescas que han aumentado su fe, así como la de centenares de otros. Aquel que tenía una casa familiar, la ha utilizado para que puedan efectuarse reuniones, intercambios, reconciliaciones; aquel que sólo tenía sus brazos que ofrecer, ha

colaborado con su trabajo; pero todos, antes que nada, han hecho el don generoso de su persona.

“Los problemas del mundo quedan sin cambiar, porque el problema principal —el de la naturaleza humana— queda sin solución. Mientras no arremetamos a la naturaleza humana totalmente y radicalmente, en escala nacional, los pueblos seguirán fatalmente la ruta histórica que lleva a la violencia y a la destrucción.

Frank Buchman sabe que es posible cambiar fundamentalmente los móviles del hombre. Ha visto cambiar sus propios móviles en Keswick hace cincuenta años. Ese día, un nuevo concepto de valores se impuso él para siempre. En un instante lo vio todo, lo que separaba del absoluto de Dios, la vida eminentemente respetable, conforme a las costumbres y a los mejores principios, que él había llevado hasta entonces.

En una época en que el egoísmo y el oportunismo son moneda corriente entre los individuos y entre los pueblos, Frank vuelve a establecer con firmeza los principios morales absolutos. En el curso de su carrera en el colegio del Estado de Pensilvania, Frank Buchman tiene la ocasión de agudizar su pensamiento en la dura realidad de la vida entre jóvenes despreocupados y escépticos. Se da cuenta de que los más grandes idealismos se marchitan porque una lenta podredumbre que asoma del interior los invade, alejando cada vez más los límites del decoro y de la decencia. “Lo que necesitan ustedes”, dirá algunas veces a esos jóvenes, “es una buena limpieza de barrendera rotativa municipal, un buen lavado con manguera de bomberos”. El punto de partida para el hombre en particular es siempre un cambio interior, “un retorno a esas verdades tan simples que aprendimos un día sobre las rodillas de nuestras madres y que tan a menudo han sido olvidadas y abandonadas”.

Siendo la crisis de orden moral, también tiene que ser la recuperación del mismo orden: “Todo se limita a estas realidades fundamentales: la honradez absoluta, la pureza absoluta, el desinterés

absoluto y el amor absoluto". Habiendo respondido en su propia vida con un "sí" total al absoluto de Dios, Frank tiene la osadía de hacer la misma proposición al hombre de Estado, al estudiante, al portuario. El gran sindicalista berlinés Scharnowski decía humorísticamente: "Esos cuatro principios se encuentran en la Biblia, en el Corán. ¡Pero no se encuentran en el sindicalismo..., por lo menos hasta ahora!"

"No se trata de decir "sí" con los labios solamente, sino también con la disciplina de nuestra vida", añade Buchman. "Entonces se vuelve uno espontáneo, se vuelve uno real, no se necesita parecer más sabio ni mejor de lo que uno es en realidad. Las masas se sentirán atraídas por el que así vive y lo seguirán".

Es lo que impresiona al marxista francés, que se encuentra con Frank, hombre endurecido por la áspera lucha sindical, y que afirma: "Lo que impresiona es la irradiación que se desprende del hombre que valientemente le dice a uno, mirándole a los ojos: yo me aplico a mí mismo esto de que hablo. No hay muchas personas en el mundo que digan: yo aplico estos cuatro principios absolutos. Es una fuerza de ataque: se ve la llama en los ojos y esto convence más que cualquier discurso".

Frank sabe, efectivamente, que lo que el mundo necesita no es tanto un nuevo trabajo filosófico, sermones de alto alcance espiritual, discursos llenos de promesas halagadoras, sino, sobre todo, una calidad de vida, día tras día, año tras año. "El arte consiste en ganar la confianza de alguien, en saber ofrecerle lo que más profundamente necesita". Frank habla poco, pero a menudo lo que dice penetra profundamente en la vida de los que lo escuchan.

Un día, una alta personalidad del nuevo Estado de Ghana se encontraba con él en una reunión. Era a la vez diputado de su Parlamento, jefe político de todas las poblaciones musulmanas de las provincias del Norte y jefe religioso de su pueblo. Ese hombre llevaba en el rostro la distinción de un largo abolengo de monarcas. El Tolon Na se complace en hacer hoy este relato.

"Nos encontrábamos en una reunión plenaria en la gran sala de Caux. Frank estaba allí y alguien habló de lo que el robo

cuesta a un país. Entonces Frank, que estaba sentado a mi lado, se volvió hacia mí y tranquilamente, con un guiño pícaro en los ojos, me preguntó: “¿Cuándo robó usted la última vez?”

“Esa pregunta fue para mí como una descarga eléctrica. Mi corazón latió furiosamente, la sangre me subió a la cabeza y quedé mudo. Esa pregunta era de las más simples y sin embargo no podía contestarla inmediatamente.

“Volví a mi habitación y le pedí a Alá que me brindara su generosa ayuda, pidiéndole perdón por todas las culpas que había cometido desde mi infancia. Mientras me encontraba postrado, sentí que Dios esperaba aun la respuesta a la pregunta que me había hecho Frank; me parecía que el mundo entero me estaba mirando. Fue el momento más crítico de mi vida.

“Mis pensamientos se atropellaban en forma desordenada. Una gran paz se restableció en mí cuando me decidí a escribir sobre una hoja de papel todas las veces que recordaba haber robado desde mi infancia. Anoté que debía devolver algunos libros que me había llevado de las escuelas donde había enseñado; anoté también que debía pedir perdón a varias personas a las que había ofendido. Decidí ese día vivir la vida que vivía Frank Buchman”.

Por su experiencia personal, Frank había aprendido que ese cambio interior no llegará por el esfuerzo humano hacia un absoluto moral. Así como el Tolon Na le había pedido ayuda a la potencia superior que él conocía, Frank también hace cincuenta años había tomado su decisión fundamental postrado a los pies de la Cruz.

El secreto que encierra la vida de Frank no se puede expresar en palabras. En las páginas anteriores hemos evocado rasgos, incidentes, anécdotas. Todos estos elementos son como las piedras de un mosaico antes de que el artista haya empezado su trabajo. Si cada uno de nosotros ha permitido a cada piedrecita ocupar el lugar que está llamada a tener en nuestra personalidad, si ha aceptado que el gran Ordenador de todas las cosas realice este trabajo en lo más profundo de su ser, habrá sentido desprenderse

el secreto del que tantos hombres de hace miles de años han sentido la realidad. Que cada uno sea, por sí mismo, el artesano que el Artista requiere para que se revele la plenitud de Su obra.

Verá entonces que ésta sobrepasa de modo singular los límites de su propia personalidad para desbordarse en el mundo, en la historia, en lo que perdura.

TERCERA PARTE

DE LO ÍNTIMO A LO MUNDIAL

Una inexorable marea amenaza tragarse ciertos pueblos.

Aquí y allí algunos hombres se esfuerzan tímidamente por levantar un dique, sin otro resultado que aplazarla unos meses y producir luego una catástrofe más violenta.

Un sistema de ideas, una cierta conciencia colectiva se apodera de ciertas masas y, repentinamente, se levanta un viento revolucionario que, transformándose en una borrasca, destruye edificios que sin embargo creíamos sólidos.

Una idea se posesiona de un pueblo, sin la formalidad de una declaración de guerra. Hace prisioneros sin disparar un tiro, y avasalla países enteros, mientras los parlamentos continúan sus debates.

Frente a estos acontecimientos, los gobernantes toman actitudes contradictorias. Algunos alientan esos movimientos revolucionarios porque están de acuerdo con sus intereses, o bien, según su sentir, siguen el curso de la historia. Otros estiman que su tarea consiste en aferrarse a lo existente porque tienen conciencia de defender "valores" que, a veces, no son otra cosa que lugares comunes que ocultan sus intereses y, sin embargo, están todos unánimemente de acuerdo en sostener que son las suyas, las ideas políticas buenas.

El mundo occidental no quiere vivir según el concepto del mundo comunista, ni tampoco el mundo comunista según el concepto del mundo occidental. Uno y otro desean exponer su ejemplo a los pueblos de África y Asia, lo que, por su parte, parecen decididos a encontrar por sí mismos su propio destino.

¿Existe, acaso, un camino por el cual los pueblos del mundo pueden caminar al unísono?

Hoy, la frecuencia con que las conferencias internacionales se suceden y las decepciones que acarrear, parecen dar una respuesta negativa a esta cuestión. Pero la acción de Frank Buchman y de los hombres que lo acompañan da una prueba incontestable de que ese camino existe. No sólo existe, sino que hay hombres y pueblos ya encaminados en él.

En la actualidad, después de tantos años de esfuerzos incansables, la magnitud de los hechos, la repercusión mundial de ciertas experiencias, el alcance inmenso de ciertos cambios, han borrado las últimas dudas en un número creciente de hombres de Estado.

Existe una solución.

En su prólogo del libro de Frank Buchman, Robert Schuman habla de un "comienzo de una vasta transformación de la sociedad" de la que ya se ven los frutos.

En los momentos en que acababan de firmarse en Europa importantes acuerdos internacionales, después de negociaciones difíciles, el canciller Adenauer clogiaba, en una carta dirigida a Frank Buchman, la fuerza que había tenido "la intervención discreta pero eficaz para allanar las diferencias entre las partes negociantes y mantenerlas en la perspectiva de un acuerdo pacífico, ayudándolas a encontrar un bien común".

El mundo comunista, asimismo, después de muchos años, ha captado la importancia de esta empresa. Se ha podido oír en las ondas soviéticas el siguiente comentario relativo a los amigos de Frank Buchman: "Desde hace varias decenas de años, esos hombres se han señalado en primera fila en la lucha ideológica... Han establecido cabezas de puente en cada continente y forman cuadros capaces de propagar su ideología entre las masas. Su obra decisiva está empezada: la expansión en el mundo entero". (Radio Moscú, Cadena Nacional, 21 de noviembre de 1952). Por las mismas ondas se oía más tarde: "Esos hombres reemplazan la inevitable guerra de clases, por el eterno combate entre el bien y el mal... Es éste el centro de su acción, cuyas consecuencias serían, según ellos, nada menos que la transformación del mundo". (*Idem*, 9 de enero de 1953).

Los hombres de Estado de Asia aprecian este esfuerzo. “En este momento crítico de nuestra historia, esta idea es indispensable”, dice el Presidente del Consejo japonés, Kishi. “He quedado impresionado por la eficacia demostrada por esos hombres para crear unidad entre pueblos antes divididos”.

El Presidente Ngo Dinh Diem escribe a Frank Buchman lo siguiente: “Me doy cuenta de la inmensa repercusión que tendrá esta movilización de fuerzas espirituales que usted ha iniciado en el mundo”.

En las columnas de un diario norteamericano se encuentra el juicio más característico: “En América, y a través del mundo, esos hombres han cambiado el curso de la historia contemporánea”. (*New York Journal American* - 28 de julio de 1957).

¿Cuál es el camino propuesto?

Muchos han estudiado la situación mundial. Muchos han dado su diagnóstico. Muchos han propuesto como solución un sistema de ideas, una concepción de relaciones entre pueblos. Muchos libros se acumulan sobre esta materia. En los archivos de las cancillerías se amontonan los proyectos. Parece que siempre hace falta un elemento: ¿cómo hacer que se adhieran a estas concepciones los gobernantes, las masas, las fuerzas antagónicas? ¿Cómo atraer a gentes con tendencias diametralmente opuestas a compartir una convicción común?

El mundo comunista parece poseer ese secreto de la guerra de ideas; se ve al comunismo infiltrarse, ganarse a los hombres aun en los ministerios de los países que encabezan la oposición contra ellos; se le ve ampararse del espíritu de una parte de la juventud. Frente a esta situación, el mundo occidental se analiza a sí mismo y, para tratar de recuperar el retraso en que tiene conciencia de encontrarse, sugiere, precipitadamente, una “acción psicológica”, sin tener a veces un concepto claro de lo que se propone.

La acción del *Rearme Moral*, dirigida por Frank Buchman, ha sido edificada tomando como base al hombre. Está fundada sobre un conocimiento profundo de la naturaleza humana, de los

móviles íntimos que la rigen y de las fuerzas espirituales y sobrenaturales que pueden transformarla.

Debido a un conocimiento íntimo de aquello que puede transformar la vida del hombre, Frank Buchman ha señalado el camino que puede transformar la vida del mundo.

Frank Buchman dice con clarividencia: "En el curso de mi existencia, he sido testigo de dos descubrimientos históricos: el descubrimiento de la fuente inagotable de energía que representa el *átomo* y su movilización, lo que nos ha conducido a la edad atómica, y el descubrimiento de la fuente sorprendente de energía que representa el *hombre* y su movilización, lo que nos ha conducido a la era ideológica. He ahí la clave de los acontecimientos actuales".

Para el hombre del siglo XX, el conflicto ideológico se presenta con demasiada frecuencia bajo la forma de una falsa alternativa; cree que debe elegir entre Oriente y Occidente. Aquellos que se resisten a dejarse arrastrar por uno u otro de estos dos sistemas, ensayan desesperadamente la construcción de un sistema coherente captando algo de estos dos conjuntos de ideas diametralmente opuestas. Frank Buchman propone una solución que representa un cambio para el Oriente y un cambio para el Occidente, pero al cual todos pueden adherirse: y de hecho son muchos los que ya comienzan a hacerlo.

Con motivo de las reuniones internacionales organizadas por Frank Buchman, se ve acudir a los dirigentes de pueblos jóvenes de África y Asia asimilarse una idea constructiva, realmente satisfactoria, que ellos, a su vez, pueden proponer a sus pueblos. Es bien significativo que sean los gobiernos de Vietnam, de las Filipinas, de Birmania, así como el del Japón, los primeros en aportar su apoyo a las reuniones internacionales que se han llevado a cabo los últimos años en Baguio, en las Filipinas, en el seno de una acción de rearme moral. Los pueblos de África están listos para unirse a esta empresa. Es así como el primer ministro de la República de Sudán escribía: "Los destinos de Asia y África se encuentran ligados por una herencia espiritual común. Los dirigentes del Sudán desean asociarse con el presidente

del Consejo, Kishi; con el presidente García; con el primer ministro de Birmania, U Nu; y con los demás dirigentes de Asia, cuya iniciativa y sabiduría política preparan el camino para el rearme moral de los pueblos bajo el designio de Dios, la autoridad común a todos”.

En Nigeria, Camerún y Ghana, se observan movimientos similares; asimismo, esto también es verdad para muchos hombres de África del Norte. Efectivamente, todavía se encuentra en estos hombres un sentimiento casi perdido en Europa, del vínculo que debe existir entre lo político y lo moral.

Esta observación explica, tal vez, por qué ciertos políticos occidentales miran con actitud escéptica esta acción del Rearme Moral, pero también explica por qué aquellos que viven en la inquietud de los destinos futuros de los pueblos vean en ella no solamente una esperanza, sino, tal vez, *la* Esperanza.

¿En qué forma la acción del Rearme Moral se apodera del pensamiento de un pueblo, y en qué forma, una vez que lo ha hecho, obra sobre los destinos de un país, de un continente y del mundo?

Ésta es la cuestión que vamos a tratar de contestar en esta tercera parte. Sería posible hacer una exposición teórica, pero es preferible tomar un ejemplo particular, y seguir con los hechos el progreso continuo de esta otra marea creciente que levanta un pueblo y lo lleva hacia un renacimiento.

El hijo pródigo

El 6 de agosto de 1945, una explosión, al arrasar toda una ciudad, estremeció al mundo y rompió los marcos tradicionales de la Historia.

La bomba atómica de Hiroshima no dejaba sólo tras de sí centenares de miles de muertos, y las ruinas calcinadas de una ciudad, sino también el vacío espiritual de una nación que había perdido su razón de ser.

En algunos segundos, una nación que había comprometido la totalidad de sus energías en una guerra, ciertamente insensata, pero sobrehumana, estaba vencida por la fuerza más brutal que hoy existe: la fuerza del átomo.

Es interesante releer los testimonios de los primeros japoneses que lograron salir de su país, después de más de diez años de transcurridos los hechos. Una estudiante japonesa decía en aquel entonces: "Hasta el final de la guerra, se ha enseñado a los jóvenes japoneses a estar listos para morir por su país. Vino el fin del conflicto y el derrumbe. Se comenzó a hablar de democracia, pero eran muy pocos los que conocían su significado. Se comenzó a hablar de libertad, y los jóvenes se imaginaron que significaba la rebelión contra toda ley y todo principio. La generación actual se encuentra hoy día muy desamparada y constituye una presa fácil para otras ideologías".

Citemos también a este otro joven: "Después de la guerra perdí toda esperanza en el porvenir. Me metí en el mercado negro para ganar dinero, y enriquecerme ha venido a ser el único móvil de mi vida".

Muchos hombres en el extranjero vieron el vacío ideológico que se había producido en la nación por su brusca caída, y algunos concibieron ideas sobre la forma de cómo llenarlo.

Cada cual ofreció lo que producía por excelencia. Estados Unidos ofreció sus consejos, sus dólares, y una Constitución. Rusia, que sabe formar hombres, aprovechó la oportunidad que se le presentaba con numerosos japoneses en los campos de prisioneros: los fue liberando a medida que su adoctrinamiento parecía satisfactorio. "Tenemos una nueva Constitución", comenzaron a decir los japoneses; "es como una canasta vacía. ¿Qué es lo que vamos a echarle adentro? Necesitamos una ideología que le permita a la democracia entrar en funcionamiento".

El mundo occidental titubeaba sobre la forma de llevar a cabo su contribución ideológica. El mundo comunista ofreció sus ideas en bandejas de plata. Pero un hombre, Frank Buchman, le presentó al Japón otro contenido para esta canasta vacía: "El Rearme Moral da una oportunidad al pueblo japonés para vivir la democracia y ponerla en práctica". Se leía entonces en un editorial del *Nippon Times*: "...La regeneración espiritual del individuo influenciará a aquellos que lo rodean y, ganando una persona tras otra, podrá penetrar todo un país y ponerlo en movimiento".

Lograr el renacimiento de unos seres, de allí ganarse a los hombres, uno tras otro, penetrar así en un país entero y ponerlo en movimiento para orientar los destinos de todo un continente; tal era el programa, tales fueron las etapas: las etapas que seguiremos en este capítulo y los siguientes.

Los pocos individuos sobre los cuales todo esto debía edificarse se los había dado la Providencia a Frank Buchman en el curso de los años anteriores a la guerra. Hemos hablado del primer viaje de Frank Buchman en 1915, y de los amigos que allí conoció. Hemos dicho cómo en Oxford le propuso a un estudiante japonés hacerse un "constructor de paz" para su país. Ese japonés es Takasumi Mitsui, presidente de la fundación que lleva su nombre, que fue uno de los primeros en llevar a Europa a un grupo de japoneses que vinieron a participar de una reunión internacional en Caux.

Abramos aquí un breve paréntesis. Inmediatamente después de la guerra, un pequeño grupo de suizos, conscientes de la gracia que para ellos significaba que su país hubiera sido preservado de los horrores del conflicto, decidieron poner a disposición de Frank Buchman un centro donde pudiera, en forma práctica, renovar los vínculos entre los pueblos. De hecho se trataba, tomando la palabra de un hombre de Estado francés, “de una escuela donde pudiera aprenderse, por una especie de iniciación recíproca, el trato con los demás hombres”. Algunos suizos comprometieron la totalidad de su fortuna, así como las donaciones de gran número de sus conciudadanos, para adquirir los hoteles del pequeño pueblo suizo de Caux, cuyo nombre es hoy conocido por millones de hombres en el mundo. La clarividencia y los sacrificios de esos suizos han permitido que el centro de Caux jugara, en el curso de los años que siguieron a la guerra, un papel decisivo en la orientación del Japón contemporáneo, así como también en la de tantos otros países.

El primer grupo japonés vino a Caux en 1949. Tres años más tarde, en 1952, las naciones del mundo se reunían en San Francisco para firmar la paz japonesa. En esta ocasión, el representante francés, presidente Schuman, quiso dejar un testimonio de agradecimiento a Frank Buchman, diciendo: “Usted hizo la paz con el Japón dos años antes de que nosotros la hubiéramos firmado”.

¿Qué había ocurrido en el curso de esos años?

Esos primeros japoneses vieron en Caux, en 1949, una familia de naciones que acogía nuevamente en su seno a un país que se encontraba en una situación semejante a la de ellos: Alemania. Numerosos delegados alemanes se encontraban allí. Con algunos meses de anterioridad, el doctor Konrad Adenauer, hoy primer ministro, había venido allí con su familia. Los japoneses vieron a ese pueblo descubrir un sentido nuevo de su destino y echar las bases sobre las cuales se edificó la democracia de Alemania occidental. Su ejemplo hizo reflexionar al señor Katayama, que había tenido la ardua tarea de presidir los destinos de su país, inmediatamente después de la guerra. Decía

al partir de Caux: "Si queremos restablecer la paz y la democracia en nuestro país, no lo haremos, seguramente, sobre la base del materialismo, porque el materialismo crea conflictos debido a los intereses opuestos, sino sobre una moralidad superior que es la sola fuente verdadera de regeneración espiritual". Otra voz japonesa se refería al problema de la juventud: "Estudiantes conscientes de su responsabilidad desean actualmente organizar un centro interuniversitario para promover los principios democráticos. Dicen que en ninguna parte podían encontrar los hombres capaces de darles las directivas sobre el plan moral".

Buchman y los hombres de todas las nacionalidades que se encontraban en Caux ofrecieron al Japón aquello que inconscientemente buscaba.

Algunos japoneses partieron decididos a convencer a su gobierno de que enviara ante Frank Buchman a una importante delegación representativa de todo el país. Un año más tarde, en junio de 1950, un avión especial aterrizaba en Ginebra, con setenta y seis personalidades, enviadas por el primer ministro del Japón. Se contaban entre ellos siete gobernadores de provincia, parlamentarios, los alcaldes de Nagasaki e Hiroshima, dirigentes industriales y sindicales. Leamos el texto del mensaje que el primer ministro señor Yoshida, enviaba de manos de la delegación:

"El Japón mucho espera del Rearme Moral; primeramente puede darle una directiva moral a la nueva democracia japonesa y permitirle restaurar los principios morales que, después de la última guerra mundial, han sido a menudo dejados de lado...

"Puede, asimismo, el Rearme Moral impartir al país una fuerza que establezca sus ideas y sus actividades, desprendiendo a los hombres del materialismo.

"Por fin, el Rearme Moral establece los fundamentos sobre los cuales el pueblo japonés podrá reconstruir una nación pacífica...

"Tengo fundadas esperanzas de que estos delegados japoneses regresarán con la buena simiente y que, con la ayuda de

todos sus amigos del Rearme Moral, podremos ver en el Japón una inmensa cosecha”.

Sólo el porvenir nos dirá si la esperanza del Sr. Yoshida ha sido satisfecha. Mas los hechos que vamos a referir y sus repercusiones, ya reales, en la vida de otros pueblos del Asia le dan, hoy día, después de varios años, un marcado acento profético. Por otra parte, al saludar a la delegación antes de su partida, el primer ministro le decía: “En 1870, una misión japonesa salió en viaje para Occidente. A su regreso, hizo cambiar el curso de la vida en el Japón, aportando una revolución industrial. Confío en que esta delegación, asimismo, volverá una hoja más de nuestra historia, trayéndonos una revolución ideológica”.

Hay en los japoneses que se encuentran en Caux en 1950 una misma nota de esperanza. Shinzo Hamai, alcalde de Hiroshima, en una declaración formulada al diario *Le Monde*, después de recordar el infierno en que quedó sumida su ciudad, afirma: “Nosotros queremos decir a la humanidad: basta de armas atómicas; ahora es el Rearme Moral lo que necesitamos. El Japón está sufriendo una desmoralización política. Sin un vuelco en el corazón de cada japonés, de cada hombre en el mundo, este mundo perecerá, cada ciudad correrá el riesgo de recibir bajo el imperio del terror la prueba de fuego que la nuestra debió soportar”.

El señor Hamai es portador de un mensaje enviado por la Municipalidad de la ciudad. Dice así: “La rehabilitación del individuo y el establecimiento de una paz durable, objetivo que persigue la acción del Rearme Moral, corresponden exactamente a todas nuestras esperanzas”. Citemos también esta observación de un ex ministro de Finanzas: “Una de las condiciones básicas de nuestro restablecimiento económico es la rehabilitación moral del pueblo japonés”.

¿Qué les pasó a los japoneses mientras se encontraban en Caux? Es difícil saberlo. Escucharon a numerosos oradores, tomaron contacto con gran número de personalidades. Una de ellas era la señora Irene Laure; les comunicó lo que había sido su experiencia; formó parte de la resistencia francesa y se había

trasladado a Alemania para transformarse en artífice de la reconciliación francoalemana. Estos japoneses vieron también a comunistas y marxistas de diferentes países de Europa recibir el mensaje de Frank Buchman como una superación de sus propias ideologías. Vieron también a dirigentes patronales del mundo occidental encontrar un sentido revolucionario en su misión, de manera que sus obreros estaban dispuestos a luchar junto a ellos. Pero, sobre todo, se sintieron comprendidos, queridos, y se encontraron con hombres dispuestos a apoyarlos.

Algunos comprendieron entonces cuál sería el alcance que para su vida personal tendrían las experiencias que se les habían relatado. Se encontraban, en el avión que los conducía, dos hombres que habían tomado asiento lo más lejos posible el uno del otro. Uno de ellos, el señor Susuki, era jefe de la Policía de Osaka. En esta calidad había sido encargado, en varias oportunidades, de organizar el servicio del orden en períodos de huelgas, y sabe Dios lo que esto significa en el Japón. El otro era, precisamente, un sindicalista, miembro ejecutivo del Sindicato de Metalúrgicos de la ciudad de Osaka; su nombre era Katsuji Nakajima, pequeño de estatura y de temperamento combativo, bastante distinto de físico al señor Susuki, hombre grueso y macizo.

Una noche, estando en Caux, el sindicalista no podía dormir. Le daba vueltas en la cabeza lo que había oído en el transcurso del día. No pudiendo contenerse, se levantó y fue a golpear la puerta de Susuki y a pedirle perdón por el odio que por él sentía. “Todos mis lindos discursos sobre la fraternidad de nada valdrían —díjole— mientras anide en mi corazón semejante odio hacia usted”. El sindicalista regresó a su habitación con la paz en el alma. En cambio, fue el señor Susuki el que no pudo seguir durmiendo. Al día siguiente, en plena asamblea, delante de mil asistentes de todos los países, el jefe de Policía presentó sus excusas al señor Nakajima por sus sentimientos en contra de los socialistas y comunistas. “He quedado perplejo con su actitud”, díjole: “usted ha desencadenado en mí una especie de reacción nuclear. Gracias a usted, he sido completamente liberado de mi odio”.

Todos aquellos que han vivido en el Japón, y que conocen la gran reserva y el orgullo de este pueblo, habrían considerado estas excusas como un imposible. Sin embargo, estaban destinadas a ser seguidas por otras más, que tendrían resonancia mundial.

Estos japoneses tuvieron el valor de mirar de frente al pasado reciente de su país. "El Japón es un hijo pródigo que ha abandonado la familia de las naciones", declaró uno de ellos. "Ahora, lamenta profundamente lo hecho y desea recuperar su lugar. El grito del hijo pródigo: "Padre, he pecado contra Dios y en contra de ti; no soy digno de llamarme más tu hijo", es la expresión del cambio de los japoneses. Es por medio del arrepentimiento que el Japón debe principiar".

Fue en el curso de la estada en Caux, en 1950, que bajo la inspiración de Frank Buchman la familia de naciones aceptó con júbilo el regreso del "hijo pródigo". El mundo no tardaría en seguir la senda señalada por Frank Buchman.

La delegación nipona, de regreso al Japón, a su paso por Estados Unidos, se detuvo en Nueva York, y fue la primera delegación de ese país que fue recibida por las Naciones Unidas. Pero el hecho más significativo ocurrió en Wáshington. La delegación fue primeramente recibida en el recinto del Senado americano. El representante personal del primer ministro japonés fue invitado a hacer uso de la palabra desde la tribuna; era la primera vez, desde la guerra, que una personalidad japonesa hacía uso de la palabra en Estados Unidos. El orador japonés presentó las excusas de su pueblo por la conducta de su país durante la guerra. En aquel recinto, donde se habían oído tantos debates, hubo un instante en que la concurrencia quedó sin aliento. Un testigo presencial australiano nos relata que hubo un silencio impresionante; cada cual se daba cuenta de que acababa de ocurrir algo que nadie hubiera creído posible minutos antes. "Era una página de la historia a la que se daba vuelta ante mis ojos", escribió.

El orador japonés siguió diciendo: "Hemos ido a Caux en busca del verdadero contenido de la democracia. Hemos encontrado

la ideología que establecerá una democracia en el Japón y que será, asimismo, un avance más allá del comunismo”.

Un acontecimiento semejante ocurrió en la Cámara de Representantes. Rompió ésta con todas sus tradiciones para recibir a la delegación japonesa en su recinto. Un diputado tomó la palabra en nombre de los japoneses y, después de renovar el gesto de su colega en el Senado, añadió: “Nos hemos reunido en Caux porque el programa del Rearme Moral parece ofrecernos la única base posible para una verdadera rehabilitación”.

Al día siguiente decía el editorial del *New York Times*: “Es verdaderamente reconfortante comprobar que los enemigos de ayer pueden ser los amigos de hoy... El señor Chojiro Kuriyama, miembro de la Dieta, llamó especialmente la atención del Senado, señalando su pesar por “la gran culpa japonesa” y reconociendo “la clemencia y la generosidad americanas”. ¡Y decir que esto ocurría en Wáshington el 28 de julio de 1950, a poco menos de cinco años del lanzamiento de las primeras bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki!... Los alcaldes de Hiroshima y Nagasaki se encontraban entre los japoneses allí presentes. Ellos también tienen algo que perdonarnos. Al hacerlo, se ha conseguido este milagro: vislumbrar por unos instantes, a pesar de las sombrías horas que vivimos, el día en que todos los hombres podrán llamarse hermanos”.

Cuando el sindicalista de Osaka fue, en medio de la noche, a presentar sus excusas al jefe de Policía, aquél pudo regresar a su dormitorio con el alma en paz y el otro pasó una noche de insomnio. El gesto de la delegación japonesa en el Congreso americano, ¿tuvo, acaso, un efecto semejante? El *Saturday Evening Post* escribía: “Es difícil para un americano comprender la declaración del señor Kuriyama. Sin embargo, es reconfortante comprobar que una nación puede admitir que se ha extraviado. Puede ser que los mismos americanos pudieran pensar en algunos acontecimientos del pasado, de los cuales podrían decir: “No hay duda de que, en aquella oportunidad, nos equivocamos”.

Esta delegación, antes de regresar al Japón, en una entrevista de un periódico británico, lanzó un llamado que captó la atención

de numerosos gobiernos occidentales: "La Unión Soviética ha logrado progresar en el Asia porque el gobierno soviético sabe cómo dirigir la lucha ideológica, ya que lucha para apoderarse del espíritu de los hombres. Nosotros pedimos a los gobiernos y pueblos occidentales que obren de la misma forma, haciéndose campeones del Rearme Moral, de su filosofía y de su obra práctica, pues es la ideología del porvenir. Así se hará escuchar en toda el Asia". (*The Observer*, 22 de julio de 1950).

El alcalde de Hiroshima le hizo entrega a Frank Buchman de una cruz de madera tallada en el corazón que quedó a salvo de un alcanfor gigante calcinado por la bomba atómica; aquel árbol fue plantado en Hiroshima cuatrocientos años atrás, en circunstancias de la fundación de la ciudad. La delegación japonesa que vino a Caux en 1950 regresaba con una simiente que debía tomar hondas raíces en suelo japonés y dar luz a otro árbol capaz de desafiar todas las explosiones del porvenir.

*No a la izquierda, ni a la derecha,
sino derecho*

En mayo de 1957, cien jóvenes japoneses estaban a punto de hacer sus maletas para Moscú. Habían sido invitados al Festival Mundial de la Juventud y, a la vuelta, a Pekín. Cada uno de ellos tiene una posición directiva en la más influyente de las organizaciones juveniles, el Seinendan, cuyos 4.300.000 miembros representan, hasta en el más lejano villorrio del Japón, a los elementos más dinámicos y progresistas de la nueva generación.

El Seinendan tiene trescientos años de existencia. En sus comienzos fue sólo un conjunto de jóvenes deseosos de participar en los progresos de la comunidad; ellos constituyeron las primeras brigadas de bomberos que conoció el Japón; ellos iniciaron grandes trabajos de irrigación y caminos. La organización fue aprovechada durante la guerra con fines militares.

El Seinendan fue reconstituido después de 1945 con la ayuda de las autoridades americanas de ocupación, con el fin de dar a la juventud el amor a los principios democráticos occidentales. Grupos políticos solicitaron luego el apoyo de sus jefes. La extrema izquierda emprendió la obra de infiltrar todas las esferas de la organización, y uno de sus portavoces decía con confianza: "Cuando la bandera roja flote sobre el Seinendan, estaremos a punto de apoderarnos del poder en este país".

Cuando llegó la invitación para Moscú, se oyó sólo una objeción en el Comité Ejecutivo del Seinendan; la de una vicepresidente, hija de una modesta familia de campesinos. Cuando elevó la voz para expresar su desacuerdo, no sólo fue acogida por las vociferaciones de la extrema izquierda, sino que hasta sus

propios amigos demostraron desinterés: “¿Qué quiere usted que hagamos?” “Para la invitación de Moscú, ¿tiene usted alguna contraproposición?”

Dos semanas después, cien dirigentes del Seinendan bajaban de un avión cumpliendo un viaje de 10.000 kilómetros. Un vaporcito los trasladó a un sitio encantador, la isla de Máckinac, en el corazón de los Grandes Lagos americanos. Una invitación, la única venida de Occidente, había llegado de Frank Buchman y, gracias a la lucha tenaz de la joven dirigente, se había realizado ese prodigio. En dos semanas, la balanza ideológica se había inclinado del otro lado.

La isla de Máckinac sirvió antaño como centro de agrupación para las tribus indias de América del Norte. Después, los franceses, ingleses y americanos se la disputaron, y las tres banderas flamearon sucesivamente en lo alto de su fuerte de madera, testigo de la historia.

Desde hace algunos años, cada verano, en sus edificios recientemente construidos, miles de seres venidos de todos los sitios del globo se reúnen ahí en las asambleas del Rearme Moral. Según la leyenda, el Gran Manitú, dios de los indios, había predicho: “En esta isla las tribus se encontrarán para reconciliarse; más tarde, serán los pueblos de la tierra los que se encontrarán para establecer la paz”.

Los cien dirigentes del Seinendan han caído en un torbellino de naciones. Mientras su avión se posaba sobre el suelo americano, se vio llegar a Máckinac a otros delegados de los cinco continentes. Ahí está Damasio Cardoso, portuario brasileño, con sus compañeros del puerto de Río; el joven nacionalista R. D. Mathur y el nieto de Gandhi se reunían con sus compatriotas indios; el jefe nigerio Elhadj Umoru estaba presente con representantes de todo el continente africano, entre ellos una delegación de parlamentarios de Ghana; ahí estaban sindicalistas e industriales de Europa, y también políticos. En fin, todo un mundo se encontró luego reunido en la gran sala en forma de “wig wam” indio.

Los cien japoneses representaban también un capítulo de la historia humana. La mayoría venía de la granja y del campo de arroz; muchos de ellos habían combatido en los ejércitos japoneses en la China, Indonesia y las Filipinas. Cuatro de ellos se habían encontrado en Hiroshima o en Nagasaki bajo la bomba atómica; habían perdido ahí sus familiares. En el corazón de cada uno existía una profunda hostilidad a la política americana. La poca fe que podían haber tenido un día en la democracia occidental, había desaparecido.

Los japoneses saben organizarse. Desde los primeros días, se forma en la delegación un grupo de derecha y una célula de izquierda. Después de cada reunión plenaria, los diferentes grupos tienen conciliábulos y deciden cuál será la "línea del partido". Todas las noches, hasta el amanecer, se puede oír a los pequeños grupos, que discuten en sus piezas con gran pasión. Todo es analizado, debatido, disecado; cuando no es posible llegar a una conclusión, se van a acostar.

Pero cada día, en las reuniones, detrás de cien caras, por mucho tiempo impasibles, la realidad de un mundo nuevo se abre camino.

"Como muchos otros, entre los cien jóvenes que vinieron conmigo", contaba más tarde una institutriz de Hiroshima, "yo más bien era escéptica y no comprendía que estos asuntos mínimos y puramente personales pudieran tener algún efecto sobre la situación mundial. Pero, un día, una joven holandesa que había vivido en Indonesia con su familia contó en una reunión cómo ella y los suyos habían sido capturados por soldados japoneses e internados en un campo de concentración. Nunca habían tenido suficiente comida, fueron maltratados y muchos, entre los ocupantes del campo, murieron. Nos había odiado. Sin embargo, agregó: ¡Ahora no siento amargura porque sé que no se puede realizar la paz con odio en el corazón! El gobierno japonés le había dado, recientemente, una suma de dinero a título de reparación. Ella anunció su intención de dar este dinero para la

campaña del Rearme Moral en el Japón. Según su opinión, ese estado espiritual era lo único capaz de crear la unidad del Asia. Su historia nos llegó directamente al corazón. Empecé entonces a comprender”, siguió diciendo la joven institutriz, “lo que Frank Buchman quería decir cuando afirmaba: “La paz no es una idea, sino seres que se vuelven diferentes” y: “si usted desea ver un mundo diferente, el mejor modo de empezar es con usted mismo”. Comprendí que también yo debía empezar conmigo”.

Una mañana, uno de los japoneses más resueltamente anti-americano fue invitado por un cirujano de Nueva York, su mujer y sus cuatro niños. “Durante el desayuno con el doctor Close y su familia”, contó el mismo japonés, “relaté la historia de una mujer japonesa que fue muerta en una base americana en el Japón. Ellos oyeron con atención y se excusaron humildemente de que los americanos hubiesen cometido un acto semejante. El niño de seis años me dijo: “Tengo un poco de dinero guardado; tómelo para esa gente que sufre”. Hasta ese momento, yo odiaba a la gente. Pero nunca había comprendido que otros también podían odiarme. ¡Y ahora venía ese niño a excusarse por lo que los americanos habían hecho!”

Ese acto tan sencillo disipó años de amargura.

En una de las mesas, a la hora de comer, podía verse a una birmana rodeada de cinco japoneses. Ella les relata cómo, durante la ocupación japonesa, su tío preferido había tratado de guardar buenas relaciones humanas con los soldados que ocupaban su casa. Pero esta actitud disgustó a los oficiales superiores japoneses. El tío fue arrestado; murió unos meses más tarde en la prisión. Esta historia produjo un profundo silencio entre los cinco japoneses. Cuatro de ellos habían servido como oficiales, el otro como instructor en la Academia Militar. De repente, el japonés sentado frente a la birmana no se domina más y estalla en llanto. Por vez primera, la responsabilidad de su país lo disgusta. Recuerda el día en que, bajo las amenazas de su superior, tuvo que liquidar prisioneros. Lo que nunca había dicho a nadie, lo cuenta ahora con sencillez, y este relato, en vez de aumentar los rencores, sana las heridas más profundas. Para cada uno de

los que rodean esa mesa es como si el corazón se liberara del peso de la obsesión y de la desesperación.

Estas experiencias, los japoneses aun no lo saben, son las que llamarán más la atención de los miembros del Congreso americano. La delegación japonesa fue, en efecto, invitada a Wáshington. En el restaurante del Senado, un chofer de taxi de Nagasaki describe cómo después de la caída de la bomba atómica, de la cual él es uno de los sobrevivientes, su vida tuvo sólo dos fines: vengar el pasado y buscar por todos los medios sólo impedir una guerra atómica. Durante las tres primeras semanas en Máckinac, dijo, nunca consintió en sentarse a la misma mesa que un occidental. Pero esta estada lo había convencido de que no se puede trabajar en favor de la paz mundial con el corazón lleno de odio.

El senador Wiley, miembro de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, queda tan impresionado por las palabras de este japonés que las citará en la sala del Senado, unos días más tarde, describiendo esta conversación como "una experiencia que recordaría largo tiempo". Hablando de los dirigentes del Seinen-dan, el senador agregó: "Están descubriendo una ideología de la libertad que puede poner fin a la corrupción y la división que deja en su estela el materialismo en Occidente y Oriente".

Entre los japoneses había un joven farmacéutico, Yamamoto. Durante la primera semana de su estada en Máckinac se demostró como un exaltado partidario del antiamericanismo y de la oposición a la bomba atómica.

Dirá él: "Durante mi primer mes en Máckinac, dormía durante el día y estaba bien despierto por la noche. Mi fin era hacerles la vida difícil a las gentes del Rearme Moral. Mi compañero de pieza se llamaba Leland Holland. Durante el día trabajaba mucho, y sólo volvía a su pieza a las once de la noche. Como había dormido en el día, yo estaba lleno de energías a esa hora. Ayudado de un intérprete me ponía entonces a discutir con él sobre el Rearme Moral. Yo pensaba que al día siguiente él dormiría hasta más tarde. Pero nunca lo hizo. Su disciplina me

impresionó profundamente. Se levantaba todas las mañanas a las cinco y media y me traía una taza de café; y esto durante cuarenta días. Poco a poco comprendí que la gente del Rearme Moral no habla mucho, pero pone en práctica una idea”.

Un día, Yamamoto se levanta durante una sesión en Máckinac. “Acabo de enviar una carta”, dice, “que puede modificar el curso de mi vida”. Cuando partió del Japón, sus peleas familiares habían llegado a un grado tal que no veía más solución que el divorcio. En esa carta, por vez primera, reconocía honradamente sus culpas, se excusaba por ellas y pedía a su mujer si deseaba empezar una nueva vida con él.

Pocos días después, Yamamoto se despierta con el espíritu lleno de proyectos: la trama entera de una obra de teatro se le imponía. Setenta y dos horas más tarde, había terminado *El Camino Hacia el Mañana*, y a la semana siguiente la obra fue representada. Esa pieza estaba llamada a un gran destino.

Los jefes del Seinendan estaban en Máckinac cuando el primer ministro japonés, señor Kishi, fue en visita oficial a WASHINGTON. Ahí recibió la visita de tres jóvenes dirigentes y de varios políticos japoneses que venían de Máckinac. De Blair House, tradicional residencia de los huéspedes del gobierno americano, el señor Kishi telefoneó a Frank Buchman para agradecerle la formación que dirigentes de los países asiáticos recibían en Máckinac. “Yo creo que el camino más seguro para una paz duradera”, le dijo, “pasa primero por el cambio del corazón. Lo que usted hace es más necesario que nunca”.

“Estos dirigentes de la juventud del Japón”, contestó Frank Buchman, “están aprendiendo a no ir a la derecha ni a la izquierda, sino derecho. Esto es lo que los jóvenes necesitan aprender: ir absolutamente derecho”. Y Frank Buchman agregó: “Deseo que el Japón sea para Asia, no sólo un faro, sino una central de energía. Ojalá él pudiera llevar a todo el Oriente unidad, propósito y dirección”.

Inmediatamente, el primer ministro, por intermedio de un altoparlante conectado con el teléfono, se dirigió a los cien japoneses que rodeaban a Frank Buchman y les dijo: “Espero mucho de ustedes. Espero que comprendan plenamente el Rearme Moral, que se impregnen de su espíritu y que lo lleven a nuestra patria”.

“La política del corazón humilde”

La expresión de Frank Buchman en su conversación telefónica con el primer ministro japonés debía ser recogida por éste cuando, unos meses más tarde, hizo una declaración pública en Tokio. “Nuestro gobierno aprende a ir, no a la derecha, ni a la izquierda, sino derecho”, declaraba el primer ministro: “quiero que ésta sea nuestra política nacional. Creemos que el Rearme Moral trae al mundo una paz justa y duradera”.

El pensamiento del doctor Buchman no sólo representaba la expresión de la orientación tomada por la juventud japonesa, sino que se volvía la máxima fundamental de la política del primer ministro.

El señor Kishi no era el primer jefe del gobierno japonés en adoptar este camino. Hemos visto sucederse en las páginas anteriores los nombres de algunos de sus predecesores: señor Tetsu Katayama, quien fue el primer jefe de gobierno después de la guerra, se trasladó a la Conferencia de Caux en 1949; su sucesor, señor Yoshida, había enviado la delegación de 76 personalidades japonesas cuya visita a Caux marcó una etapa en la historia del Japón de posguerra. Pero fue el sucesor del señor Yoshida, el primer ministro Hatoyama, quien por vez primera se inspiró en los principios del Reame Moral para su política extranjera; a él corresponde el honor del gesto que transformó las relaciones entre Japón y uno de sus vecinos.

Estamos en julio de 1955, en una ciudad donde, por todas partes, yacen las ruinas de las iglesias destruidas por las bombas

japonesas. Dentro de las fortificaciones, viejas de varios siglos, inmensas brechas dejan ver una extensión desierta, cubierta de escombros donde antaño se elevó una ciudad muy populosa. Los sobrevivientes llevan el luto de 110.000 de los suyos, muertos bajo los bombardeos, en los campos de concentración, frente al fuego del pelotón o en mano de los verdugos. Hay centenares de personas que juraron no dirigir nunca la palabra a un japonés, o aun que matarían al primer japonés que encontraran. Tal era entonces la atmósfera de Manila.

El presidente de las Filipinas, el sentido Ramón Magsaysay, acaba de invitar una delegación de hombres dedicados a la acción del Rearme Moral para venir a Manila. El señor Hatoyama, enterándose de esta invitación, desea que representantes del Japón acompañen a la delegación. Manda como delegados oficiales a dos parlamentarios, conservador el uno, Niro Hoshijima, una de las personalidades más eminentes de la Dieta; socialista el otro, Kanju Kato.

La gran sala de la Universidad del Extremo Oriente está colmada. Además de los estudiantes, está allí lo más selecto del país: el señor Carlos García, quien debía suceder a Magsaysay en la presidencia de las Filipinas, está sentado en su palco en calidad de vicepresidente. Hay en la sala centenares de hombres que han sufrido entre las manos japonesas o han perdido a sus familiares durante la guerra.

El señor Hoshijima toma la palabra en japonés. Se elevó en la sala un murmullo de protesta; unos instantes más y se hubiera convertido en tumulto. Pero se oye de súbito la voz del intérprete que impone a la sala un impresionante silencio:

“Los japoneses tienen que pagar las reparaciones de guerra, pero las reparaciones no bastan. Ante todo tenemos que pedirles humildemente perdón por el pasado. Ésta es la razón por la cual el primer ministro me pidió que acompañara a esta delegación. Os ruego nos perdonéis...”

El estruendo de los aplausos resonó en la sala.

“El Rearme Moral edifica ya un nuevo Japón”, continuó el intérprete. “Con el Rearme Moral puede unirse el Asia toda”.

Este gran acto de humildad política marcó un vuelco en las relaciones entre el Japón y las Filipinas. Al día siguiente, bajo las inmensas lámparas de cristal de la vieja residencia española de Malacañang, el presidente Magsaysay recibía a los miembros de la delegación y estrechaba las manos de los japoneses. Unos meses más tarde, recibiendo en este mismo marco a Frank Buchman, le expresaba su agradecimiento y agregaba: "La mayoría de los seres me abruman con sus problemas; usted me trae soluciones".

La promesa que el señor Hoshijima hizo al pueblo filipino sobre reparaciones de guerra fue cumplida. Algunas semanas después, se realizaba un acuerdo al respecto, aunque antes, durante meses, las negociaciones no habían podido encontrar un término de conciliación. Los japoneses declararon estar dispuestos a pagar 550 millones de dólares de reparaciones. Poco tiempo después el Senado filipino ratificó el tratado de paz con el Japón.

En noviembre de 1955, el señor Hatoyama hacía una declaración que publicó el *Journal de Genève*. "El Rearme Moral", declaraba el primer ministro, "nos señala el modo práctico de restablecer relaciones con los países vecinos. Estoy convencido de que la diplomacia necesita ese espíritu para asegurar la paz mundial".

Unos meses más tarde, Frank Buchman debió ir al Japón, en abril de 1956. Su visita fue destacada por un incidente que le dejaremos relatar tal como lo hizo por radio a su regreso a Europa, después de un viaje que lo llevó a Formosa, Filipinas, Vietnam, Tailandia y Birmania.

"Uno de los principales diarios del Japón escribió que mi reciente visita a Tokio tuvo lugar en un momento crítico", declaraba Buchman. "La Dieta estaba en plena efervescencia. Estábamos en una "impasse" y la división parecía irremediable. Cada diputado empleaba un tiempo interminable para depositar su voto. Ellos llamaban eso el "paso del bucy". Esto exasperaba y enfurecía. Se dormía poco; se protestaba mucho; era necesario un nuevo elemento. Dirigentes de la mayoría y también de la oposición organizaron un almuerzo en la Dieta para mí y los amigos

que me acompañaban. Hombres y mujeres que viven una ideología que crea la unidad. Miembros del gobierno y de la oposición declararon después: "Esto fue milagroso. Usted devolvió el sentido común allí donde reinaba la locura; se encontró una solución. No hubo revuelta. Resolvimos nuestro problema, sin apoyarnos en los deseos de uno u otro de los partidos, sino buscando lo que era justo". Observen que esto no venía de mí; no fui yo quien lo hizo: sólo una ideología ha podido cambiar el pensamiento de hombres y mujeres en el Parlamento".

El gobierno japonés aprovechó la visita de Frank Buchman para expresarle el agradecimiento oficial del pueblo japonés haciéndole entregar, por el ministro de Relaciones Exteriores, las insignias de la Orden del Sol Naciente. A esto se agregaba poco después el agradecimiento del pueblo filipino, pues unos meses más tarde el presidente Magsaysay encargaba al senador Lim le diera en su nombre la Legión de Honor de las Filipinas.

A principios de 1957, el presidente Magsaysay, impresionado por lo que se había logrado en el dominio de las relaciones de su país, dio su pleno apoyo a la idea de celebrar una conferencia que reuniría en las Filipinas a los dirigentes de diferentes países asiáticos. En el marco de la acción del Rearme Moral, esta conferencia debía tener lugar en Baguio, capital de verano de las Filipinas. Magsaysay escribió a los tres hermanos Colwell, de Hollywood —Frank Buchman los había hecho cantar para él un año antes—, pidiéndoles que vinieran a la conferencia.

Desgraciadamente, aun antes de que los hermanos Colwell recibieran la carta, el mundo entero supo con estupor que el presidente Magsaysay había encontrado trágica muerte en un accidente de aviación sobre las rocas de la isla de Cebú. Fue su sucesor, el presidente García, quien, cumpliendo el deseo de Magsaysay, fue a Baguio con tres miembros de su gobierno para llevar el apoyo de su presencia a esta conferencia. Es allí que debía desarrollarse otro episodio decisivo entre dos de los más implacables adversarios de Asia: Japón y Corea.

Todas las noches, a las doce, la madre de Choi Lang Woo lo despertaba, lo envolvía en gruesas frazadas y lo llevaba a la buhardilla de la casa. Noche tras noche, ella le enseñaba de ese modo su idioma coreano, que las autoridades japonesas de ocupación en Corea prohibían que se enseñara a los niños. Durante cuarenta años, centenares de miles de mujeres, al igual que la madre de Choi, mantuvieron así, en el alma de sus hijos, el amor por su patria y su cultura. Por ser coreano, el joven Choi no fue admitido en el liceo, a pesar de ser el primero de su clase. Un pueblo entero soñaba con el día en que, rompiendo sus cadenas, su patria recobraría la libertad.

Cuando, en marzo de 1957, los japoneses tomaron la palabra en la asamblea de las naciones asiáticas de Baguio, Choi, que asistía como delegado de Corea, no pudo soportar el oír ni un momento ese idioma odiado y, parándose de su asiento, abandonó la sala. "Cuando oía a esos japoneses", relató más tarde, "tantos viejos recuerdos volvieron a mi memoria que lloré amargas lágrimas".

Tal era la medida del odio que separaba a estos dos países; muy pocos lo saben, aun en Asia. Algunos gobiernos tratan de remediarlo; pero en octubre de 1953 las negociaciones oficiales entre los dos países fueron interrumpidas. El viceministro de Relaciones Exteriores del Japón, señor Kubota, trató de probar que los coreanos debían demostrar al menos reconocimiento al pueblo japonés por el desarrollo económico que la dominación nipona trajo a ese país. En esa misma declaración, el señor Kubota hacía valer los derechos japoneses sobre el 80% de los inmuebles coreanos. Frente a tal afirmación, los coreanos rompieron las negociaciones y ninguna otra tentativa diplomática para reanudarlas tuvo después resultado.

La tensión entre los dos países era tal que la participación de uno de ellos en un encuentro internacional bastaba en general para causar la ausencia del otro. En la conferencia organizada con el auspicio del Rearme Moral en Baguio, japoneses y coreanos se encontraban por vez primera. ¿Iba esta tentativa a terminar de nuevo en una "impasse"?

Encabezando la delegación coreana se hallaban el señor Yoon Sung Soon, presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores en la Asamblea Nacional, y la señora Park Hyun Sook, quien había formado parte durante varios años del gobierno coreano.

Del lado japonés, el señor Niro Hoshijima, quien fue después presidente de la Dieta japonesa, volvía a las Filipinas. Junto con él, la senadora Shidzue Kato, miembro del Comité de Relaciones Exteriores del Senado. Estos japoneses llegaban a Baguio deseosos de admitir sus errores, prontos a reconocer las crueldades de las cuales eran culpables frente a otros pueblos. Pero, a su llegada, encontraron una atmósfera tan fría que les pareció imposible hablar en ese sentido.

Sin embargo, llegó un día en que la señora Kato se resolvió a tomar la palabra y, del fondo del corazón, se dirigió a los coreanos pidiéndoles perdón. Ellos aceptaron sus excusas.

“Era evidente que, para demostrar nuestra buena fe, era necesario algo más que excusas”, diría más tarde el señor Hoshijima. “Cuando estaba en Baguio, un pensamiento me fue invadiendo: en vez de esperar una conferencia de gran envergadura, donde los gobiernos del Japón y de Corea discutirían todos los problemas pendientes, era necesario dedicarnos inmediatamente a resolver las cuestiones esenciales, tratando de encontrar lo que era justo”.

Los japoneses pidieron a los coreanos que les dijeran honradamente lo que sentían después de estos años de dominación; ¿cómo podían ellos, además, probar prácticamente la sinceridad de sus excusas? La señora Park Hyun Sook narró sus años de prisión, los sufrimientos de su marido, cuyas cuerdas vocales fueron cortadas por un policía japonés, y que permanecía en cama desde hacía dieciocho años.

Las cuarenta y ocho horas siguientes fueron empleadas en largas conversaciones entre los representantes de los dos países, y en ellas se trataron los diversos puntos en litigio: las famosas declaraciones del señor Kubota, las reivindicaciones de los japoneses sobre los bienes privados, un problema agudo sobre pesca, una cuestión territorial y, por fin, el intercambio de prisioneros políticos retenidos por ambas partes.

Públicamente, en Baguio, el señor Hoshijima expresó su convicción personal de que el Japón debía ceder inmediatamente sobre los dos primeros puntos. Los delegados coreanos acogieron esta gestión como un paso importante hacia una mejor comprensión entre los dos pueblos.

El señor Hoshijima se comprometió a ver en ese sentido al primer ministro, cuando regresara al Japón. La señora Kato, que pertenecía a un partido de la oposición, ofreció facilitar la acción del primer ministro, proponiendo ella misma el planteamiento ante la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado. Los coreanos aceptaron inclusive ir de visita oficiosa al Japón, con la condición de alojarse en la casa que los japoneses habían puesto a disposición de Frank Buchman en Tokio.

El 30 de abril de 1957, dos semanas después de la asamblea asiática de Baguio, el primer ministro japonés escribía una página en la historia de las relaciones nipocoreanas. Respondiendo ante la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado a la pregunta de la señora Kato, el señor Kishi declaraba: "El elemento más importante de todas nuestras negociaciones no es la justicia de nuestras posiciones en vista de tal o cual ley; lo que importa es saber si nos ocupamos de hacer nacer un espíritu de entendimiento entre nuestros dos países. En ese caso, es a nosotros, los japoneses, a quienes corresponde tomar la iniciativa". Evocando en seguida las dos cuestiones más difíciles, el primer ministro continuó: "No tengo ninguna vacilación en retirar la declaración del señor Kubota, y lamento que haya sido interpretada del lado coreano como la expresión de una actitud altanera". Después, haciendo alusión a las reivindicaciones concernientes a los bienes privados de los japoneses en Corea, agregó: "No tengo la intención de usar sólo una estrecha interpretación del derecho, como lo hiciéramos antes; no nos atendremos a lo que hemos afirmado en el pasado. Trataremos de resolver los diferentes problemas prácticos con humildad de corazón".

Pocos días después de estos acontecimientos, el señor Niro Hoshijima escribía en un artículo: "He visto realizarse la esperanza que Frank Buchman concibió hace tiempo para mi país.

Dirigido por Dios, Japón está llamado a ser el faro de Asia. Frente a este llamado me siento humilde e impotente. He visto llegar una luz a los otros pueblos asiáticos, cuando nosotros, los japoneses, abrimos honestamente nuestro corazón y aceptamos la responsabilidad por las heridas y odio del pasado”.

Un delegado chino presente en la Conferencia de Baguio, el general Ho Ying-chin, antiguo primer ministro y ex jefe del Estado Mayor de la República China, declaró: “Lo que no se pudo hacer en diez años de esfuerzos diplomáticos, ha sido logrado en Baguio”.

“Tensión — Aplausos en Canberra — Kishi se excusa”. Tal es el título que en diciembre de 1957 el *Japan Times* ponía en primera página sobre una información de Australia.

“Durante el acontecimiento más importante de su visita a Australia —un banquete dado en el Parlamento por el primer ministro Roberto Menzies—, el primer ministro japonés, Nobosuke Kishi, expresó al pueblo australiano los más profundos sentimientos del pueblo japonés por lo que había sucedido durante la guerra”.

El origen de esta gestión se explica por un hecho que la prensa no relató. Fue en Baguio donde la senadora socialista señora Kato supo la noticia de la gira oficial que el primer ministro se preparaba a efectuar en diferentes países, a la cabeza de una delegación comercial. Un pensamiento se le impuso: “Ir a decirle que no hablara de comercio, pero que presentara excusas sinceras en todos los sitios que visitara”.

A su regreso al Japón, trató varias veces de obtener una entrevista con el señor Kishi, pero siempre sin éxito; paralizada en parte por el miedo de hacerle una proposición de tal naturaleza al primer ministro, casi abandonó esta idea. La fecha de la partida del señor Kishi se aproximaba y, súbitamente, con una convicción renovada, resolvió visitarlo sin pedirle una entrevista. Lo encontró en la sala del Consejo de Ministros con otros cinco miembros de su gobierno, y se dirigió hacia él.

"Señor primer ministro", le dijo, "Dios me manda a darle este mensaje para su viaje..." Cuando se separó del señor Kishi, la señora Kato no sabía si sus palabras serían escuchadas.

Pocos días después de su visita a Australia, el primer ministro Kishi se encontraba en visita oficial en las Filipinas. El presidente García había colocado a uno de sus colaboradores más cercanos, el mayor Ajerico Palaypay, para acompañar al señor Kishi durante su visita a Manila. Un día en que el programa oficial lo permitía, el mayor ofreció mostrarle algunas partes de la ciudad al señor Kishi; lo llevó al interior de la antigua fortificación donde quedan montañas de ruinas; le mostró la catedral de Manila, que se estaba reconstruyendo. Mientras marchaban, le iba relatando sus experiencias de guerra. El mayor Palaypay se había hecho ilustre en el "maquis" contra los japoneses y después se distinguió como edecán de Magsaysay, en su lucha contra las bandas Huks, cuando este último era ministro de Defensa. Palaypay había tenido la ocasión de conocer a Frank Buchman; estaba con Magsaysay cuando recibió a Buchman en 1956. Poco después de la muerte de Magsaysay, acompañó al nuevo presidente a la Conferencia de Baguio. Pero fue en Máckinac, unos meses más tarde, donde por primera vez, después de la guerra, Palaypay vio cara a cara a los japoneses.

"Esta cicatriz en mi mano", declaró antes de dejar Máckinac, "quedó después de la guerra como símbolo de mi odio hacia los japoneses. Mi razón me indicaba que no debía odiar, pero mi corazón me empujaba por otra vía. Aquí he sido liberado totalmente de todos esos resentimientos. Si un odio tan profundo como el mío pudo borrarse, creo que todos los hombres pueden cambiar".

Mientras volvía de su gira por la ciudad, el primer ministro permanecía silencioso. Y esa misma noche, en una comida oficial en el hotel Manila, frente a un público que reunía la "élite" de las Filipinas, el señor Kishi se excusó una vez más en nombre de su patria. Había tal nota de sinceridad en sus palabras, que impresionó a los presentes.

Un diario alemán, relatando el viaje del señor Kishi a través de los países asiáticos, usó este título: "Kishi, el rompehielos".

Citemos estas líneas del editorial que publicó el *Evening Star* de Wáshington, el 18 de diciembre de 1957:

“El señor Kishi acaba de volver a Tokio después de realizar una de las misiones más extraordinarias para un hombre de Estado de su rango. En resumen, durante el curso de las tres últimas semanas, ha visitado los nueve países que el Japón había ocupado o amenazado después del ataque de Pearl Harbour. En cada uno de estos países, que comprenden Nueva Zelandia, Australia, Indonesia y las Filipinas, se excusó públicamente por el sufrimiento causado por su país a otras naciones, durante la guerra.

“El hecho es que, desde la derrota y la capitulación de 1945, los japoneses han tenido numerosos gestos que demuestran su arrepentimiento. Pero el viaje del señor Kishi ha hecho más que todos los esfuerzos anteriores para subrayar y concretar el deseo que tienen los japoneses de borrar el pasado y de recuperar la confianza a su alrededor. A pesar de que recuerdos dolorosos quedan aun en la memoria, hoy día existe mucho menos amargura y odio que antes. La visita del señor Kishi hizo mucho para encaminar el restablecimiento de las relaciones cordiales entre los pueblos”.

En marzo de 1958, el primer ministro envió desde el Japón un mensaje a los delegados de las diversas naciones asiáticas que se encontraban reunidos en una segunda conferencia en Baguio. En este mensaje, entre otras cosas, decía:

“Durante el transcurso de estos últimos doce meses he tenido el privilegio de visitar un gran número de los países que serán representados en vuestra Conferencia. Estoy impresionado por la eficacia con la cual el Rearme Moral crea la unidad entre los pueblos que estuvieron divididos. Yo mismo experimenté lo que pueden realizar las excusas sinceras para curar las heridas del pasado. Si deseamos devolver equilibrio y paz a los asuntos humanos, necesitamos esa sabiduría política, que nace de la humildad del corazón. Si en Asia conseguimos edificar una unidad, buscando juntos lo que es justo para todos, entonces tendremos una valiosa contribución que ofrecer a los gobiernos del mundo entero”.

El camino hacia el mañana

Cuando los cien jóvenes dirigentes del Seinendan se encontraron en el Japón, a su regreso de Máckinac, tenían conciencia de la inmensa tarea que los esperaba: se trataba impartir a todo un país el concepto del que venían compenetrados. Para ser eficaces debían llegar hasta los dirigentes y penetrar en las masas. La pieza teatral *El Camino Hacia el Mañana* les pareció un arma enteramente nueva forjada a la medida del combate al cual habían de lanzarse.

Sin embargo, ninguno de ellos disponía de todo su tiempo, pues eran requeridos por las distintas tareas profesionales que habían abandonado hacía dos meses. Fue en el propio corazón de varios de estos jóvenes que este combate por el Japón debió ganarse primero.

La pieza teatral que había escrito el joven farmacéutico estaba hecha según la mejor tradición del teatro japonés. Es la historia de una familia de labriegos que vive en un pueblo destrozado por desigualdades sociales. El hijo de la familia parte a Máckinac, donde se le ve algunas semanas más tarde escribiendo una carta de excusas a su familia, mientras que los proyectores enfocan, por turno, en un rincón oscuro de la escena, a sus hermanos, hermanas y padres al dirigirse a cada uno. La pieza señala también el llamado de la conciencia del joven japonés, a propósito de los daños cometidos por su país contra los filipinos, los coreanos, los chinos y otros pueblos. Desde Máckinac, el joven trajo a su pueblo un germen de unidad.

El papel de la madre de familia había sido representado en Máckinac por una joven, Tomi Susuki, presidenta de la federación del Seinendan en su provincia. Tomi al volver a Tokio, piensa en sus padres, con quienes se reunirá pronto. Ella es hija única. Sus ancianos padres han trabajado tanto toda la vida, agachados en los campos de arroz, que su madre sólo puede moverse apoyándose sobre un pequeño aparato de ruedas. ¿Qué debería hacer Tomi ahora? ¿Tenía el derecho de pedir a sus padres que cargaran solos con el peso de su pobre finca? Se fue a verlos con el corazón destrozado. Durante tres semanas trabajó día y noche tratando de ganar tiempo en los trabajos agrícolas, y así poder estar libre por lo menos durante algún tiempo. Sus viejos padres, viendo el ardor de su convicción, ofrecieron ellos mismos continuar el trabajo para que ella pudiera partir nuevamente. Sus amigos del Seinendan, por otra parte, vinieron también a ofrecer su concurso, y ella pudo planear con ellos una continua ayuda para sus padres.

Otro papel de la obra era representado por un joven campesino. Él también tiene padres ancianos que lo necesitan para la cosecha. Cuando les cuenta sus intenciones, ellos le dan todo su apoyo y venden una parcela de terreno para liberarlo de toda obligación hacia ellos.

Cada uno de estos jóvenes del Seinendan siente, al volver a su hogar, un desgarramiento parecido. Se trata del hijo mayor de una familia. En el sistema tradicional japonés, es el hijo mayor el que todo lo decide cuando el padre se ha retirado del trabajo. Él no se atreve a hablar de este proyecto de la pieza teatral. Sin embargo, llega un día en que le confía a su padre lo que descubrió en Máckinac y cómo ha resuelto vivir de un modo distinto. Su padre lo escucha, lo interroga y, finalmente, el hijo le cuenta el proyecto que lo apasiona. "Si tú crees que esto es lo más importante que debes hacer", le contestó su padre, "pues anda y hazlo".

Algunas semanas después de la vuelta de la delegación a Tokio, diecisiete jóvenes japoneses se reunieron luego de haberse liberado de sus obligaciones profesionales y familiares, para lanzarse juntos

a la batalla por su país. Tenían la común convicción de que esta obra debía ser puesta en escena inmediatamente, y presentada en la capital antes de hacer una jira por varias ciudades. Tenían que movilizar para ello medios técnicos, pues ni unos ni otros tenían recursos a su disposición. Una sociedad teatral decidió hacerles los decorados y proporcionarles gratis el equipo eléctrico. Uno de los mejores escenógrafos de Tokio, Sugawara, ofreció su pericia para montar la pieza. Cuando uno de los embajadores acreditados en Tokio supo que el grupo teatral carecía de sala para sus ensayos, ofreció la gran sala de recepción de la embajada. Su hijo y su hija se entusiasmaron tanto con la perspectiva de esta gira teatral, y con lo que supieron de estos jóvenes japoneses, que se ofrecieron como voluntarios para trabajar entre bastidores.

Fue así cómo la convicción y los sacrificios de unos cuantos jóvenes del Seinendan forjaron el instrumento que debía llevar, a través de varias ciudades, un mensaje de renacimiento nacional al Japón.

Uno de los japoneses, que se agregó a los jóvenes actores del Seinendan, había pasado once años en las prisiones rusas de Siberia. Hecho prisionero al final de la guerra en Manchuria, Tatsuji Seki fue llevado con miles de sus compatriotas a diferentes campos de las regiones más áridas de Siberia. Uno de sus camaradas y él se esforzaron, durante su largo cautiverio, en escapar al estado de desesperación creando numerosas piezas de teatro. Él tomaba los papeles principales, y su amigo era el director de escena. Trataron, de ese modo, de mantener en el espíritu de sus camaradas el amor de la patria y la esperanza del regreso a una vida normal.

Durante esos años, Seki tuvo la ocasión de observar a los rusos. Soportó su disciplina de hierro, pero también se dio cuenta de los odios y envidias que separaban a sus guardianes.

Una noche de 1954, tendido en el dormitorio común lleno de humo, miraba la revista rusa *Cultura*, cuando sus ojos fueron atraídos por una fotografía de grandes edificios en Suiza con el

título de "Rearme Moral". El artículo era escrito por un periodista ruso que había ido a Caux ese año, con un grupo de colegas, durante una interrupción de la conferencia de los Cuatro Grandes, en Ginebra. Era un ataque violento, y esto intrigó a Seki. "Rearme Moral", se dijo, "esto es lo que el mundo necesita".

Cuál no sería su asombro al recibir, pocos días después de volver del cautiverio, una carta de su hermana enteramente dedicada a la lucha junto a Frank Buchman. Ahora Seki declara no tener ningún miedo a los comunistas, "pues descubrió cómo cambiar el corazón de los hombres, sean o no comunistas".

Junto con su antiguo compañero de cautiverio, representa ahora uno de los principales papeles en *El Camino Hacia el Mañana*, porque el espíritu de esta obra representa para él el solo camino que llevará a un futuro mejor.

Después de un estreno organizado en Tokio para los miembros de la Dieta, *El Camino Hacia el Mañana* plantó sus decorados en la ciudad industrial de Hitachi. Éste fue el primer contacto con las masas obreras japonesas. El éxito fue tal que de todos los puntos del país empezaron a llegar invitaciones. En el curso de los meses siguientes, la obra fue pedida de ciudad en ciudad, en las minas de cobre, en la zona carbonífera, en los astilleros navales, en los grandes centros industriales, etc., a medida que crecía en el país la ola que estos jóvenes habían desatado.

Estos jóvenes representaron en teatros modernos con escenarios bien equipados, a veces también en salas modestas donde los espectadores, sentados sobre los "tatamis" (esteras de paja), se apretaban en forma tal uno contra otro que habría sido imposible introducir uno más entre ellos. En total dieron 76 representaciones. Cuando terminaban, los espectadores se quedaban en las salas, y rodeaban a los actores, deseosos de profundizar lo que habían visto evocar en escena.

Estando en Urawa, cerca de Tokio, durante un helado día del mes de enero, en una de las funciones de los jóvenes del

Seinendan, se hallaban en el auditorio dos hombres que no acostumbraban sentarse cerca el uno del otro.

Uno de ellos, el señor Sogo, era uno de los más importantes funcionarios del Japón y tenía en su calidad de gobernador general de los ferrocarriles, 450.000 ferroviarios bajo sus órdenes. En el Japón, los ferroviarios son conocidos como los obreros más comba- tivos y son ellos, en general, quienes desarrollan la "ofensiva de primavera" para llevar al gobierno y a los patronos a la vía de los aumentos de salarios. La última de estas "ofensivas" había tenido un desarrollo desgraciado. Se había iniciado una huelga, se había producido un grave accidente, y el gobierno había despedido a los sindicalistas responsables, rehusando entablar negociaciones antes de que tuvieran lugar otras elecciones sindicales. Estaban en una completa "impasse"; los sindicatos reeligieron a sus mismos jefes y el gobernador continuaba rehusando negociar con ellos.

Sentado en la primera fila del auditorio se hallaba, precisa- mente, el presidente del sindicato de los ferroviarios, el señor Koyanagi; decía, con ironía: "La tarea del gobernador es asegurar que los trenes marchen. La mía parecía ser el asegurar que no marchasen".

Esa noche, después de la función teatral, en un té ofrecido por el alcalde de la ciudad a los espectadores, el anciano gober- nador Sogo se dirigió al sindicalista: "He sido como el anciano padre dictador que acabamos de ver en el teatro. A menudo, no hice lo que debía para encontrar una solución a los numerosos problemas que nos dividían; le ruego perdonarme".

Esa noche, los jóvenes del Seinendan habían roto el hielo entre estos dos hombres, y las negociaciones se entablaron.

La Federación Nacional de los Ferroviarios invitaba poco tiem- po después a estos mismos jóvenes para que presentaran su pieza de teatro en la central de Tokio. En esta ocasión, el huésped de honor era el propio gobernador Sogo.

En Hiroshima, un nuevo teatro se elevó a sólo pocos metros del sitio donde cayó la bomba atómica. Fue ahí donde se representó la pieza *El Camino Hacia el Mañana*.

Desde la guerra, el odio suscitado por las explosiones atómicas de Hiroshima y de Nagasaki fue una de las armas más eficaces en las manos de los que trataban de separar al Japón del Occidente, sobre todo de América. Día tras día, los diarios japoneses relatan la vida de hombres y mujeres que sufren aun los efectos de la bomba atómica. Cada año, con demostraciones, reuniones y resoluciones, se ha tratado de avivar el odio y aumentar los resentimientos.

“Yo odiaba a América”, escribía una de esas víctimas. “Cuántas veces he descado, hasta soñado, ver a los americanos masacrados como lo fuimos en Hiroshima. Antiamericano violento, no supe comprender que el odio en mi vida creaba el odio en mi familia, mi sindicato, mi patria y también en Asia, y que este odio causaba una inevitable división”.

Oigamos ahora a la joven Ayako Yamada, originaria de Hiroshima, contar lo que pasó en su ciudad.

“Esa noche, más de 2.500 personas vieron *El Camino Hacia el Mañana* en el gran auditorium municipal, y nuestro alcalde presentó la pieza. Mi hermano se agregó a la compañía para una función, y su papel de cartero del pueblo le encantó.

“La misma mañana de la representación, los sesenta miembros de la compañía fueron al Parque de la Paz para depositar una corona al pie del monumento que se eleva en forma de medio círculo, para las víctimas de la bomba atómica. Ahí están grabadas las célebres palabras: “Duerman en paz; jamás volveremos nosotros a cometer esta falta”. Cuando el alcalde de Hiroshima las hizo grabar, fue muy criticado. Muchos no querían que se pusiera la palabra “nosotros”, y deseaban que se reemplazara por “ellos”. Pero nuestro alcalde, que había perdido a varios miembros de su familia en la catástrofe, y cuya mujer sufría aun los efectos de la bomba, había concurrido a Caux. “No debemos acusar a nadie de lo que ha pasado”, contestó; “debemos juntos tomar la responsabilidad de impedir que se repitan cosas semejantes”.

“Frente al monumento de los muertos”, continúa la joven, “muchos recuerdos invadían mi mente, y me sentía acongojada. Dije a mis amigos: “Gracias por haber venido a Hiroshima. Hemos tenido visitantes de muchos países, pero nadie nos ha traído un remedio para nuestra amargura. Ustedes son los primeros en hacerlo. Os agradezco el estar hoy aquí con vosotros para poder transmitirlo al mundo”.

Osaka estuvo a punto de impedir la representación de *El Camino Hacia el Mañana*.

Había en la distribución de la pieza un pobre labriego que iba por la noche a robar agua a un rico vecino. Este papel era representado por Kichizaemon Sumitomo, jefe de la gran familia de industriales que empleaba, antes de la guerra, a más de medio millón de obreros. Cuando en la sede misma del Imperio Sumitomo, en Osaka, uno de los representantes contó a los administradores el haber visto en Tokio a Kichizaemon Sumitomo en el papel de un labriego, todos quedaron horrorizados, y se resolvió impedir que la pieza teatral viniera a Osaka.

Dos administradores se trasladaron a Tokio para convencer al señor Sumitomo de que renunciara a su papel.

“Este es un papel demasiado humilde para usted”, le dijeron.

“Yo represento este papel en la obra no por mí mismo, sino por el porvenir del Japón, para que nuestros hijos y nietos puedan vivir en una democracia. Muchos de estos jóvenes del Seinendan han sacrificado todo para dar esta obra, y yo estoy convencido de que debo permanecer a su lado”.

“¡Pero piense en el prestigio de la familia Sumitomo! ¡Esto sería un desastre!”

“Yo comprendo sus razones, pero es natural que yo también piense en el nombre de la familia Sumitomo ¡puesto que nací en ella!”

“Entonces continúe con su papel de labriego”, dijeron los administradores, “pero no lo haga en Osaka; sería muy duro para todos nosotros verlo en él”.

“Si ustedes pensarán realmente en el porvenir de sus nietos, desearían verme en esta pieza. Si ustedes no lo comprenden, sólo puedo entonces rezar para no inclinarme ni a la derecha, ni a la izquierda, sino ir derecho adelante para que Dios se sirva de mí”.

El señor Sumitomo se mantuvo firme. La pieza llegó a Osaka y los directores vinieron a verla con desconfianza.

“Después de la guerra”, declaró el señor Sumitomo avanzando en el proscenio al término de la obra, “perdí todo lo que constituía mi seguridad, y viví al margen de toda responsabilidad concerniente al porvenir del país. El Rearme Moral me ha hecho ver que debía cambiar mi modo de vivir si deseaba construir un mundo nuevo. Esta ideología señala una verdadera perspectiva hacia el porvenir. Por eso acepté con alegría un papel en la pieza, así fuera el más humilde”.

Uno de los administradores afirmó: “He llorado como un niño... Esta pieza toca una fibra muy profunda del corazón”. En la representación siguiente, dos de los administradores más respetables tomaron la palabra para presentar la obra al público, y se excusaron delante del auditorio de haberse opuesto al señor Sumitomo. Al final de la noche, un espectador se paró en la sala y, tomando la palabra, dijo: “El fin que el señor Sumitomo persigue al hacer este papel es el de cambiar al mundo. Queremos rendir homenaje al espíritu que lo anima”. Era el antiguo presidente del Banco Sumitomo el que hablaba.

Al abrirse las puertas de Osaka, se abrieron todas las otras de las industrias Sumitomo en el Japón.

“En el seno del Seinenan, 1958 era el año llamado a coronar todos los esfuerzos concertados por los extremistas para el triunfo en las elecciones, donde descaban conseguir los puestos en el Consejo Ejecutivo”, relata la joven vicepresidenta Kinu Wakamiya. “Cuidadosos preparativos se habían hecho para lograr la victoria. Pero el triunfo, aunque por escaso margen, fue

conseguido por los que deseaban que el Seinendan no fuera aprovechado por ninguna fuerza del exterior.

“Algunos hombres que se habían liberado de su ambición personal, y habían aprendido a tenerse mutua confianza, siendo honrados los unos con los otros, y que habían adquirido una verdadera autoridad moral, fueron los verdaderos artesanos de este éxito en las elecciones. Pusieron en jaque la estrategia comunista que consiste en explotar las debilidades y ambiciones humanas”.

Pocos días antes de las elecciones, otro miembro del comité director, que también había ido a Máckinac, expresó: “Antaño, las elecciones se decidían siempre entre los de la derecha y los de la izquierda. Ahora, se llevan a cabo entre los que desean vivir el Rearme Moral y los que no lo quieren”.

Fue en ese plano que se debatió este problema en la asamblea general de la organización. No hubo transacciones entre bastidores ni discursos vehementes; por todos lados se veían pequeños grupos sentados sobre “tatamis” discutiendo apasionadamente; en cada grupo se encontraba un extremista de izquierda, portador de órdenes precisas, y también se hallaba uno de los hombres que habían estado en Máckinac.

Poco después de ser anunciados los resultados, el jefe comunista se dirigió a la joven vicepresidenta con estas palabras:

“¡Fuimos derrotados por el Rearme Moral!”

“No fue el Rearme Moral el que los venció”, contestó ella con una sonrisa, “sino el espíritu de lo que es recto”.

Esta joven vicepresidenta evaluaba en esta forma este éxito: “Si hubiésemos sido vencidos, habría sido un desastre para el país. Hay que reconocer que la orientación tomada por el Sohio (Federación Japonesa de los Sindicatos), con sus cinco millones de adherentes, el sindicato de profesores, con 500.000 miembros, y el Seinendan, con 4.300.000 personas, decide prácticamente el porvenir de nuestro país. Hoy día dos de estas organizaciones son ya procomunistas. Por ese motivo, el Seinendan debe seguir su política de no ir ni a la derecha, ni a la izquierda, sino derecho.

En la Segunda Conferencia Asiática para el Rearme Moral en Baguio, en marzo de 1958, fue un grupo unido de estos japoneses el que transmitió a los delegados de otros países de Asia la experiencia que acababan de vivir.

El primer ministro Kishi había enviado como representante personal, al señor Kunio Morishita, a la cabeza de una delegación que contaba entre otros los del elenco de *El Camino Hacia el Mañana*. Esta pieza japonesa, la primera que se representó en las Filipinas después de la guerra, conmovió a los espectadores, al igual que en América y en el Japón. Pero lo importante estaba en la frase de la senadora Shidzue Kato: "Esta asamblea está creando un grupo unido de asiáticos que llevará la unidad al mundo".

En realidad, ahí se encontraron delegados de la India, Vietnam, Birmania, Formosa, Japón, Filipinas e Indonesia. Uno de ellos era Aryo Piereno, presidente del Frente de la Juventud, que reúne en Indonesia a dos millones de jóvenes que representan tendencias que oscilan de la extrema izquierda a la extrema derecha. Fue dos veces condenado a muerte, primero por los comunistas, después por los holandeses. Un día, Aryo Piereno se dirige en público a uno de los delegados presentes, el senador Dirk de Loor, de los Países Bajos. "A mi llegada aquí", le dijo, "no descaba hablarle, puesto que pertenece usted al Parlamento holandés. Pero cuando lo oí pronunciar un discurso reconociendo sus faltas del pasado, esto me hizo ver en usted no a un enemigo, sino a un camarada de combate para rehacer el mundo". En seguida se estrecharon la mano. Este apretón de manos, y el discurso del senador holandés que lo había hecho posible, desencadenaron un huracán por todos los Países Bajos, pero hubo en el Parlamento y en la prensa más voces de apoyo a este gesto generoso del senador de lo que podían prever muchos especialistas de la política holandesa. En Baguio, el senador de Loor dijo a los indonesios: "Hay páginas sombrías en la historia que los Países Bajos han escrito en Asia. Juntos empezaremos una página en blanco. Os pido perdón por nuestras faltas del pasado".

Este dirigente de la juventud indonesia resumía así cuál había

sido, para él, el significado de esta asamblea: "Primero encontré el secreto de la unidad familiar; luego, vi a indonesios y holandeses hallar aquí una mutua comprensión; y, por fin, hemos visto cómo, con la ayuda de nuestros otros amigos asiáticos, especialmente los japoneses, podremos dar alimento a estómagos hambrientos, trabajo a manos desocupadas y, para los corazones vacíos, la ideología del Rearme Moral".

Otro de los delegados, el joven Rajmohan Gandhi, dijo también: "Esta conferencia ha presenciado el nacimiento de una fuerza que unirá el Asia, porque trae el remedio para extinguir el odio que existía entre las naciones asiáticas, y que estas naciones sentían hacia el Occidente".

De ese modo, el "faro" japonés empezaba a alumbrar al Asia.

Pero fue en la isla de Máckinac, en el verano de 1958, donde estos asiáticos unidos se prepararon para lanzarse al asalto de todo su continente. A los que crearon *El Camino Hacia el Mañana*, al nieto de Gandhi, al joven indio R. D. Mathur, al señor Sumitomo, se agregaron jóvenes artistas filipinos, muchachos del Vietnam y de China y, por fin, el ídolo de la canción japonesa, Minoru Obata. Este último, después de abandonar su carrera triunfal, acaba de decidir, por honradez, recuperar su verdadero nombre de Paul Kang y, sobre todo, su verdadera nacionalidad coreana.

Todos estos hombres acaban de escribir una nueva pieza, esta vez musical, que está destinada a hacer para el Asia lo que *El Camino Hacia el Mañana* hizo para el Japón. Una de sus primeras representaciones tuvo lugar en Seattle, en noviembre de 1958, cuando se desarrollaba allí la conferencia de los países del Plan de Colombo.

Éste fue el principio de una ofensiva cuyo objetivo es el continente asiático.

¿Y ahora?

En el transcurso de las páginas anteriores hemos visto cómo ciertas almas y todo un pueblo fueron ganados por un nuevo concepto de su propio destino. A la falta de un ideal, o a ideales falsos, se ha sustituido una esperanza que ha vuelto a orientar tanto el comportamiento individual como el de la nación.

Ya hemos visto delinearse los grandes rasgos de una nueva sociedad. Todo está por crearse. Lo que importa es que el surco esté abierto, y que se haya avanzado más allá de la etapa de los planos del arquitecto. Lo que también importa es que el alcance y la eficacia de los principios de acción se desprendan de todos los hechos relatados.

Escogimos como ejemplo el Japón. Podríamos haber escogido otro país. Esta acción del Rearme Moral es mundial. Los hechos relatados no pueden ser rechazados con el pretexto de que era necesario una mentalidad japonesa o asiática para explicarlos. Lo que hay de más profundo en el hombre es común a todos los pueblos.

Acontecimientos parecidos a éstos se han producido en el continente africano. Las naciones de África dan al mundo una demostración de sus experiencias en el campo del Rearme Moral.

La personalidad política más destacada de una región de Nigeria —el profesor Eyo Ita, de la provincia de Calabar— se da cuenta, súbitamente, en una asamblea del Rearme Moral, de que el conflicto que opone su región al gobierno central es, de hecho,

sólo una rivalidad entre individuos; observando su conciencia debe comprobar que un antagonismo agudo lo opone personalmente a su primer ministro, Nnamdi Azikiwe, por ser él quien lo desalojó de su puesto como cabeza del gobierno. Decide, entonces, ir a ver a su antiguo adversario, le presenta sus excusas y le ofrece acompañarlo en una visita por su provincia, lanzando luego un llamado por radio invitando a la concordia: "Acabemos con este tipo de política tribal que ha dividido a nuestro país. Me comprometo a trabajar para la fusión de nuestro pueblo. Con un solo corazón, con un solo espíritu, la nación que somos se levantará y trabajará, guiada por Dios, hacia su libertad". De ese modo, un pueblo sigue el camino que le señalaron unas decenas de hombres desde el día de 1949 en que el Nnamdi Azikiwe asistió por primera vez a la Conferencia de Caux.

Un acontecimiento similar se produjo en una nación vecina —Ghana— cuando ella consiguió su independencia. Uno de los jefes de la oposición, el Tolon Na, evitó con un gesto de esta misma naturaleza una grave crisis constitucional a su país.

En otro de esos países que bordean el golfo de Guinea, un hombre, hoy ministro de Hacienda, extirpa de su corazón el odio que cultivaba contra el colonizador, arranca de una vez el elemento de discordia que lo separaba de los miembros de su familia y de sus colegas políticos. Desde entonces, es considerado como el pilar sobre el que reposa la unidad nacional.

Hasta los prejuicios más tenaces ceden ante este nuevo concepto de las relaciones entre los hombres. En África del Sur, negros que han luchado en la vanguardia para defender los derechos de sus semejantes —tales como William Nkomo, que fue presidente de la Liga de la Juventud en el Congreso Africano— y blancos entre los más intransigentes —tales como Jan Loubser, dirigente estudiantil de la universidad africana de nativos blancos de Stellenbosch— no sólo encuentran en el transcurso de sus entrevistas una total unidad de objetivos, sino que además dan al mundo un nuevo concepto de las relaciones entre las razas.

Estos sudafricanos, viajando juntos por el sur de Estados Unidos, llaman la atención de los hombres de Estado americanos,

deseosos de resolver sus propios problemas. “Ustedes nos dicen lo que América necesita oír”, declara el comisario McLaughlin, al recibirlos en el Ayuntamiento de Wáshington.

Podríamos multiplicar los ejemplos. Estas experiencias tienen un alcance mundial. Los africanos están conscientes de que pueden renovarse en otras partes del mundo. Para esto, crean en 1957 una película titulada *Libertad*, cuyo escenario es el desarrollo de lo que han intentado, vivido y verificado. Uno de los cameramen de Walt Disney, Rikard Tegstrom, llamado el “Rembrandt de la cámara”, junto con otros excelentes técnicos de la industria cinematográfica, se ponen generosamente a su disposición, y hoy día esta película, traducida a varios idiomas, comunica a otros pueblos la experiencia vivida por ellos.

Por ejemplo, en Berlín, *Libertad* es presentada en el límite de la zona soviética, en un cine donde sólo se acepta el pago en marcos orientales; hombres y mujeres vinieron por miles a buscar ahí una esperanza.

Sea en Finlandia o en las universidades blancas y negras de África del Sur, en Little Rock, en Argentina o frente a parlamentarios en diecisiete capitales, esta película invierte los conceptos. “Anoche asistí a la exhibición de una película que puede cambiar el curso de mi vida”, escribe un crítico de cine de Hollywood después de una representación de *Libertad*.

Esta resonancia de las experiencias, de un continente a otro, es una de las características del desarrollo de esta acción del Rearme Moral. Este es el genio propio de Frank Buchman. Un día, reunió a unos treinta africanos de doce países presentes en Caux, que en esos momentos se preparaban para volver a su patria, y les sugirió poner el fruto de sus experiencias en *Libertad*, diciéndoles: “África debe hablar al mundo”.

En realidad, la voz de ese continente se ha hecho oír en los sitios más remotos. Asimismo, en una conferencia en Máckinac, cuando seis parlamentarios de Ghana —de dos partidos adversos— decidieron escribir una pieza de teatro titulada *La Etapa Siguiente*, y la montaron con la ayuda de los otros delegados africanos, Frank Buchman pensó al momento en el efecto que

esta pieza produciría en América. El tema era muy sencillo; se trataba de mostrar que un pueblo que acababa de adquirir su independencia, debía encontrar un remedio para sus rivalidades internas si no quería ser sometido a la peor esclavitud. Todos los actores eran negros; nativos blancos de África del Sur se presentaron como voluntarios para hacer los trabajos entre bastidores. Washington acordó una entusiasta acogida a *La Etapa Siguiente*. Ciudadanos de Atlanta, la gran capital del Sur, vieron la pieza e invitaron a los actores a instalar sus decorados en el auditorium municipal. Estos africanos eran, de hecho, los únicos seres que gozaban de la simpatía de blancos y negros; por primera vez la reglamentación de la segregación fue borrada en el auditorium de Atlanta.

En contacto con Frank Buchman, los africanos toman conciencia del papel que su continente está llamado a representar en la construcción del mundo del mañana. A nuestras naciones occidentales que, por sus tradiciones intelectuales, se han acostumbrado a resolver sus problemas con soluciones demográficas, económicas, financieras o técnicas —por otro lado a veces irrealizables—, las naciones africanas les pueden enseñar que, atacando los móviles de los hombres y transformándolos, se puede obrar con más eficacia.

“Nuestra época exige una ideología lo suficientemente radical como para responder a los problemas que suscitan las pasiones humanas del odio, del miedo y de la envidia”, afirma el diputado Dowuona Hammond, de Ghana. “Ella exige una ideología de la libertad que lleve a los hombres a transformar sus relaciones, sustituyendo la explotación por el dar desinteresado. Es el único modo de poner fin a lo inhumano del hombre hacia el hombre. Los hombres cesarán de temerse mutuamente porque los móviles de vida se habrán transformado”.

Todavía está intacto en esos africanos un sentimiento, hoy día muy disminuido en los occidentales, según el cual lo humano debe dominar en todo lo que determina las relaciones entre los hombres.

Durante el curso de los últimos diez años, los hombres de estas jóvenes naciones africanas han venido por centenares a las diversas asambleas del Rearme Moral, en Caux o en Máckinac. Han sido los primeros en comprender el vínculo que debe existir entre el cambio de su comportamiento personal, en sus vidas privadas y públicas, por un lado, y el establecimiento de una política sana en su país y su continente, por otro. Al final de una estada en Caux, el ministro de Obras Públicas de una república africana exponía a la prensa el programa que pensaba seguir al volver a su patria. Este programa tenía cuatro puntos: poner orden en su vida familiar, reconciliarse con otros hombres políticos de su región, restablecer buenas relaciones entre las provincias del Sur y del Norte y, por último, crear una unidad en el seno del gobierno al cual pertenecía. Para terminar, agregó: "Estoy muy agradecido a Frank Buchman por haber pensado en África como el continente del renacimiento. Él fue el único en idearlo, y esta nueva África se constituirá sobre las decisiones morales que tomarán en su corazón nuestros jefes y hermanos... Yo quiero que los cuatro principios morales del Rearme Moral sean la política de mi ministerio, y me esforzaré en hacerlos respetar por mi gobierno dentro de nuestra política nacional".

Si sonreímos frente a esta valiente declaración, ¿no será eso condenarnos a nosotros mismos y admitir que hay en nuestras propias vidas compuertas que dividen los diferentes dominios de nuestra actividad?

Estos hombres de África están solicitados por el mundo comunista; el mundo occidental se esfuerza en convencerlos de la lógica de sus principios democráticos. Pero ellos miran con más esperanza hacia Frank Buchman.

Estos hombres han sentido la necesidad de reunirse en una asamblea africana del Rearme Moral. "De estas asambleas", escribía recientemente el jefe de un gobierno de Africa, "puede nacer una nueva política en la que los hombres no tratarán más de dominarse entre ellos, ni temerán perder la influencia que pueden

tener aquí o allá, pues todos aceptarán para ellos mismos y para su país el dominio de Dios Todopoderoso y decidirán vivir bajo Su dirección”.

La experiencia de estos pueblos de Asia y de África, más que ninguna otra cosa, hace reflexionar al mundo occidental y al mundo comunista. El uno y el otro ven que ella obliga a revisar los principios sobre los cuales ellos han edificado su sociedad. Los más clarividentes se dan cuenta de que Asia y África ofrecen al mundo una contribución de la cual puede depender su propio porvenir.

Recordemos lo que decía uno de los compañeros del Mahatma Gandhi, el gobernador Munshi, en ocasión de su visita a Caux: “¿Vamos a aceptar la supremacía de un orden moral o la del materialismo? Éste es el conflicto fundamental en el cual estamos comprometidos. En esta época en que Oriente y Occidente son naciones anticuadas, nuestra generación ha tratado de resolver este conflicto con el nacionalismo y las diferentes formas de democracia, el socialismo, y otros medios. Pero esto no nos ha ayudado a encontrar una solución.

“El mundo moderno está obsesionado por la noción del nivel de vida económico; aceptó la idea de que una transformación de las estructuras cambiaría automáticamente a los hombres. En realidad, la elevación del nivel de vida no ha traído ni paz ni felicidad. Ya es tiempo de que demos prioridad a los imperativos morales absolutos del Rearme Moral”.

Pondremos junto a esta cita de una personalidad hindú, esta otra de Frank Buchman: “El comunismo y el no comunismo tienen en común una debilidad fundamental: no crean un nuevo tipo de hombre y, en consecuencia, falta a los dos la única cosa esencial para construir un mundo nuevo. Pero existe una ideología superior que da a los hombres nuevos móviles y un nuevo carácter. Es un pensamiento nuevo forjado por una vida basada sobre principios morales absolutos de honradez, pureza, desinterés y amor. Con esta ideología, las naciones empezarán

a pensar; resolverán todos sus problemas. La juventud descubrirá una finalidad más dinámica y más estimulante que una vida de rebelión.

“Ésta es la nueva sabiduría política”, continúa Frank Buchman; “una dedicación total capaz de conducir al mundo a pensar, vivir y arriesgarse de un modo distinto. Para cada uno, en todas partes, he ahí el porvenir, he ahí la vida normal”.

Lo que ayer podía parecer utópico a hombres sin fe, es ya, hoy día, parte de los hechos. Una ola creciente de hombres disponibles —hombres de buena voluntad, en el propio sentido de la palabra— se vuelca sobre el mundo, barriendo el materialismo, tanto el materialismo desordenado del mundo occidental como el materialismo orgánico del mundo comunista. Millares de hombres, por el hecho de haberse despojado de sus pequeñas preocupaciones para elevarse a la altura de un pensamiento mundial, hacen hoy día converger sus esfuerzos hacia los puntos donde esta ofensiva es más necesaria.

Recordemos aquí a estos equipos de hombres entrenados que, en el curso de estos años, se han trasladado a más o menos quince de las capitales de Asia, para contribuir a llenar el foso cavado por dos siglos de materialismo económico entre Oriente y Occidente.

Recordemos, también, el esfuerzo que se persigue en el sur de los Estados Unidos. Habiendo los africanos encaminado la acción con su obra teatral *La Etapa Siguiente*, una nueva pieza, *Culminación de una Vida*, la reemplazó. Un abogado negro de Atlanta el coronel Walden, afirmaba: “Un grupo de hombres del Rearme Moral pasó cinco meses en Atlanta, y de hoy en adelante nuestra ciudad no será ya la misma”. Dos excelentes artistas americanas tenían los papeles principales en esta pieza musical: Muriel Smith, la cantante negra, y Ann Buckles, cuyo nombre se ha visto a menudo en las carteleras de Broadway. La presencia conjunta de ambas, en papeles que desempeñan sin ganar salarios, con gran convicción personal, habla con autoridad a una América descon-

certada. La Municipalidad de Wáshington les remitió, simbólicamente, las llaves de la ciudad en el curso de las siete semanas en las que 83.000 espectadores vinieron a aplaudirlas en el Teatro Nacional (récord de afluencia en los ciento veintitrés años de la historia de este teatro).

Sigamos recordando a esos centenares de miles de personas, que ahí donde están, en el marco de sus vidas profesionales, en la aparente rutina de la jornada diaria, viven sin embargo una vida donde todo ha sido nuevamente orientado en relación con una convicción íntima que abarca el mundo, y toma raíces en las fuentes más profundas de su fe. Por ejemplo, citemos la resuelta lucha hacia una sana gestión y hacia la unidad, en el seno del sindicalismo americano, por esa gran figura, tan recordada, de John Riffe, que fue vicepresidente del CIO. Riffe decía a un senador: "Usted puede decir a América que, al cambiar a John Riffe, Frank Buchman le hizo economizar 500 millones de dólares a la nación".

No olvidemos las asambleas que tienen lugar en Caux, en MácKinac, en los territorios asiáticos y africanos, y donde, con el intercambio de sus experiencias, los hombres se enriquecen en espíritu y aprenden los unos de los otros cómo resolver sus problemas más agobiadores. Son escuelas de sabiduría política donde los hombres de Estado, los obreros y los industriales aprenden cómo ganar para una idea superior a hombres animados por una ideología materialista.

En esta corriente, Europa toma su posición al lado de los otros continentes. Podríamos haber multiplicado los hechos relatados. Habríamos mencionado el papel indiscutible que ha representado el Rearme Moral en la edificación de la unidad europea. La señora Laure, cuyo testimonio aparece al principio de estas páginas, ha hecho más que cualquier otra mujer, con su solo esfuerzo, para la reconciliación entre Francia y Alemania, como ha sido reconocido por dos hombres cuyos nombres quedarán ligados a la idea de Europa: Adenauer y Schuman.

Habríamos podido citar los momentos difíciles durante las negociaciones entre países tales como Alemania y Francia, Francia

y Túnez, Holanda y Alemania, Alemania y Dinamarca, que fueron ocasión para que el Rearme Moral representara un papel decisivo, reuniendo a hombres que no podrían haberse encontrado en ningún otro terreno común. Estos hechos pertenecen a la historia, y no queremos relatarlos.

Habríamos podido hablar de aquel mitin que el canciller Adenauer le pidió a Frank Buchman que organizara en 1950, cuando se reunió en Berlín la juventud comunista y a propósito del cual se pudo leer al día siguiente en grandes títulos en un diario alemán: "Berlín, un fiasco. El Rearme Moral, la solución fundamental".

También habríamos podido descubrir todo lo que se ha hecho en el terreno de las relaciones sociales, en la industria textil francesa, en los centros del carbón inglés, en la industria química de Italia, etc. Testimonios personales han hecho alusión a ellos, y varias obras los han relatado.

Corresponde a cada nación encontrar cuál puede ser su contribución a la edificación de este mundo nuevo. Sus tradiciones y su genio propio imponen que Francia medite sobre este tema.

Durante demasiado tiempo, hemos puesto nuestras esperanzas en quimeras; el hombre providencial, la organización internacional, el plan concebido por algún cerebro brillante, el sistema económico o político... En cada caso hemos creído que el objeto de nuestra esperanza resolvería los problemas en lugar nuestro.

Nuestras ilusiones han sido barridas por el tiempo, dejándonos escépticos y amargados. Pero es posible un mundo nuevo. Ahí están los hechos; ellos hablan. Todos los que relatamos son sencillos: son la consecuencia de gestos simples. Están al alcance de todos.

Quienquiera que sea, allí donde esté, puede tomar la decisión de pertenecer a esta ola creciente de hombres.

No hay nada que firmar; sólo poner nuestro nombre al pie de la página blanca de nuestra vida y dejar que la Voluntad que preside los destinos de este mundo la llene como Ella lo desee.

No existe ningún movimiento al cual haya que adherir. Es necesario dejarnos movilizar al romper las ligaduras que nos atan al materialismo inerte de nuestra vida.

No se reciben órdenes de nadie, sino aquellas que salen del fondo de nuestra conciencia. Como lo ha sido para cientos de miles de seres, el punto de partida para cada uno está en nosotros mismos.

El cambio en los hombres abre el camino para un cambio de esperanza.

Existe una red mundial de hombres que han comenzado esta tarea. Veremos que, si aceptamos que nuestra vida sea dirigida nuevamente, nuestros esfuerzos se unirán naturalmente a los de ellos. El mundo del mañana está en nuestras manos.

¿Qué les ofreceremos a nuestros hijos? ¿Un mundo desorientado, en un caos, edificado al azar de egoísmos, conflictos, pasiones y temores?

¿Dónde empeñaremos la totalidad de nosotros mismos y de nuestros países para que nuestros hijos vivan en alas de una gran esperanza?

Indice

	<u>PÁg.</u>
CARTA-TESTIMONIO A TRES AMIGOS INQUIETOS, por Gabriel MARCEL	7
PRIMERA PARTE	
ENCUENTROS DECISIVOS	27
Una socialista acoge al mundo	29
Revolución en el puerto de Río	45
Balance de un industrial francés	61
Para ella, nada hay imposible	67
Un joven hindú ante la independencia	77
En Sesto-San-Giovanni novedad en la prensa	91
Del Komintern a Caux con un marxista noruego	99
"Jamás me había preocupado de mi pueblo"	115
Constructor del África de mañana	121
"Lo mencionaron en Stalino"	135
Hombre de negocios, pero revolucionario	141
Un nuevo convencimiento al servicio de los trabajadores	153
El torpedo humano	163
Tres hermanos, un propósito	175
Encuentro entre Oriente y Occidente	191
SEGUNDA PARTE	
ESE HOMBRE SIN FRONTERAS, FRANK BUCHMAN	199
TERCERA PARTE	
DE LO ÍNTIMO A LO MUNDIAL	229
I. El hijo pródigo	235
II. No a la izquierda, ni a la derecha, sino derecho	245
III. "La política del corazón humilde"	253
IV. El camino hacia el mañana	263
V. ¿Y ahora?	275

ESTA OBRA SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN BUENOS AIRES,
EN LOS TALLERES GRAFICOS DE
GUILLERMO KRAFT LTDA.,
SOC. ANÓN. DE IMPRESIONES GENERALES,
RECONQUISTA 319,
EL DÍA SIETE DE AGOSTO DE 1961.